
UN CORAZÓN
EN
PELIGRO
JANA WESTWOOD
Wharton & McEntrie - Libro 3

UN CORAZÓN EN PELIGRO

Saga Wharton & McEntrie - Libro 3

JANA WESTWOOD

© Jana Westwood. Noviembre 2025

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

A las que aman con el alma temblando
y aun así avanzan hacia la luz.
A las que no sabían ser queridas
hasta que alguien las sostuvo con cuidado.
Ruby Brown

A los que se creen muy dueños de sí mismo
hasta que una mujer pequeña, testaruda y brillant
les pone la vida patas arriba
Lo siento, caballeros, no hay defensa posible
Andrew Greenwood

PRÓLOGO

—Ve haciéndote a la idea porque quiero tener muchos hijos…

La observo sentada frente al tocador mientras ella sigue hablando del futuro y el cuerpo se me enciende como una tea. No deja de sorprenderme lo mucho que la deseo, a pesar de que ya hace más de cinco meses de nuestra boda. Y me maravilla pensar que su vientre alberga a nuestro primer hijo y que ello no haya menguado en absoluto mi anhelo.

—Ven aquí —ordeno conteniendo la sonrisa.

Claire se gira para mirarme con picardía.

—¿No puedes esperar a que acabe de…?

No termina la frase. Siempre me da todo lo que le pido. La acojo entre mis brazos y se recuesta contra mi pecho. Me gusta tenerla así entre mis brazos.

—Estoy segura de que va a ser un niño y ya tengo nombre para él

—¿Ni siquiera vas a consultarme?

Claire levanta la cabeza, me mira con sus brillantes ojos azules y me pregunto si ese azul existe fuera de aquellos ojos.

—Noah Greenwood. ¿A que suena bien?

Frunzo ligeramente el ceño, pero en realidad diré que sí a cualquier cosa que ella proponga. Es como si fuésemos parte del mismo río. Nos entendemos a la perfección. Lo supe desde el mismo instante en que la vi. Fue un fogonazo en mi pecho. Era ella. Tan dulce, tan calmada, tan… mía.

—¿Te he dicho alguna vez por qué me enamoré de ti? —dice, y aparto el pelo de su mejilla para verla bien.

—¿Por mi porte masculino y mi don de palabra?

—Oh, eso influyó, desde luego, pero hubo algo más destacable. Escuché a tus hermanas hablando de ti. De cómo eras de niño.

Sonrío con la calidez que da la confianza y la complicidad.

—¿Y eso te enamoró de mí? ¿Qué dijeron?

—No fue lo que dijeron concretamente, fue el modo en el que lo decían. Te amaban y admiraban. Eso es muy raro de encontrar hoy en día.

—Tú amas a Lewis.

—Pero no lo admiro. Mi hermano no es un hombre admirable y no hace falta que finjas que no lo sabes. Su labor en el Parlamento no es en beneficio de todos, solo se preocupa por sí mismo.

—Lo sé bien —afirmo sin disimulos—. Ya he tenido varios encontronazos con él a causa de alguna ley injusta que ha intentado promover.

Claire sonríe y me mira con devoción.

—Prométeme que nunca dejarás de amarme —dice acorralándome.

Me mira con fijeza y tiene esa expresión juguetona que tanto me gusta.

—Prométemelo —insiste.

Le acaricio el pelo y su fragancia inunda mis fosas nasales, se cuela en mi cerebro y…

Me siento en la cama de golpe con el corazón latiendo desbocado y un sudor frío empapándome todo el cuerpo. Las noches de mayo están siendo demasiado cálidas para mi gusto, aunque sé que el clima no tiene nada que ver con el fuego que me quema por dentro. Bajo los pies al suelo y me aparto el pelo mojado hacia atrás. Me acerco a la ventana y la abro de par en par. Evito deliberadamente mirar hacia el tocador. Todo está como a ella le gustaba. El cepillo del pelo a la izquierda, sus perfumes a la derecha y un jarrón de flores secas sobre la pequeña repisa.

Dejo escapar el aire que sale tembloroso de mi garganta y espero a que mi corazón se calme. El dolor es un fiel compañero que no me abandona nunca. Me enfrenta a ella de manera traicionera cuando no tengo defensa y la trae a mis brazos, aumentando la intensidad de su ausencia.

—¡Dios! —gruño entre dientes, con la impotencia arañándome desde dentro.

Miro la mesilla de noche en la que dejé la lista de mi madre. Me acerco, la tomo en mis manos y leo los nombres que anotó. Solo puse dos condiciones para aceptar sus candidatas: que no fuesen muy agraciadas y que hubiesen cumplido los treinta. No deseo quitarle a ninguna mujer la posibilidad de un matrimonio por amor. Si escojo

esposa será alguien que comprenda que mis motivos son meramente prácticos. Alguien que pueda darme al menos un hijo y que sea capaz de gobernar mi casa, siendo mi esposa. Alguien que cuide de Noah. Una mujer consciente de que jamás voy a amarla.

«Prométeme que nunca dejarás de amarme».

—Lo prometo, amor mío.

CAPÍTULO 1



Laringston, junio, 1839

El hogar de acogida Woodhouse estaba en los terrenos de la fábrica pequeña, en Laringston. El bosque cercano tenía un lago al que solían llevar a los niños al menos una vez al mes.

—¿Adónde vas así vestido, John? —preguntó Ruby mirando a pequeño que tenía el rostro serio y expresión concienzuda.

—No quiero resfriarme, señorita Ruby.

Ella trató de no sonreír, aunque con John le resultaba siempre muy difícil. Se agachó para quedar frente a él.

—Hace un día precioso, por eso hemos decidido ir al lago. Creo que un abrigo será más que suficiente, John.

El niño llevaba puestos dos abrigos y dos pantalones, además de su bufanda y gorro más cálidos. Sostenía en su mano el cazamariposas y se movía con dificultad a causa de lo embutido que iba dentro de la ropa.

—No quiero perderme la fiesta, señorita. El año pasado estuve en cama justo ese día —dijo el niño haciendo pucheros.

Ruby sonrió al tiempo que asentía.

—Lo entiendo y voy a vigilarte estos días para asegurarme de que no haces ninguna travesura, como la del año pasado y que te costó un buen resfriado. —Se irguió y dejó al fin que su sonrisa emergiera sin reservas—. Por eso, ahora mismo vas a subir y te vas a quitar toda esa ropa de más que llevas. Con el abrigo corto será más que suficiente. Y un solo pantalón, John. Procura no acercarte al lago más de la cuenta mientras cazas tus mariposas.

—No las cazo, señorita. Solo las cojo para verlas de cerca, pero luego las suelto.

—Lo sé —afirmó Ruby empujándolo suavemente hacia la puerta— Ve y no pierdas tiempo. En cuanto regreses nos marcharemos. Ya están todos afuera esperándonos.

El niño corrió para hacer lo que le decía, visiblemente incómodo con tanta ropa, y ella se giró hacia la señorita Bledel, que se encogió de hombros.

—No pienso adelantarlo, mamá, no insistas…

Matilda entró en el salón seguida de Elinor cuya expresión dejaba muy claro que pensaba insistir en lo que fuera que estuviesen hablando.

—¿Por qué después del verano? ¿Es que no estás segura? El pobre Walter me ha pedido ayuda…

Matilda se detuvo en seco y se volvió hacia su madre adoptiva con evidente disgusto.

—¿Qué?

—Es normal, quiere vivir en su propia casa.

—¿Y te lo dice a ti?

—¡A ti te lo ha dicho un montón de veces y no le haces caso!

—Quiero estar completamente segura, mamá.

—Tú no me engañas. A ti te pasa algo.

Ruby le hizo un gesto a la señorita Bledel y las dos hicieron además de salir de allí sin hacer ruido.

—Ruby, quédate —pidió Elinor con firmeza.

La señorita Bledel cerró la puerta al salir sin hacer ruido.

—¿Qué tienes en la cabeza, hija? Suéltalo de una vez.

—No sé si seré una buena madre.

—¿Qué? —Elinor la miraba con ojos muy abiertos.

—Si estoy en casa contigo, me sentiré más segura.

—¿Es por lo que le pasó a Aidan? —preguntó Elinor sin más rodeos —. ¿Temes que te ocurra como a ellos? Esas cosas pasan, hija, pero ya has visto que se superan. La pequeña Emma está bien.

—Pasaron mucho miedo —dijo Matilda con los ojos llenos de lágrimas.

—Claro que sí, pero no por eso tienes que dejar de vivir.

—¿Y si no estoy preparada para ser madre? ¿Y si Walter no es el padre que creo que puede ser?

—Walter será un padre excelente —dijo Ruby con suavidad—. No hay más que verlo con los niños para saberlo.

Matilda la miró con las lágrimas cayendo a borbotones de sus ojos
A una indicación de Elinor, las tres se sentaron.

—Hija, es normal tener miedo. La responsabilidad de ser madre no
es cualquier cosa. Pero Walter te ama con devoción y, como dice Ruby
será un padre extraordinario.

—Sí… —sollozó Matilda—, y yo lo amo con todo mi corazón. Pero ¿y
yo? ¿Seré una buena madre? Soy muy cabezota. Y caprichosa. ¿Y si m
hijo no me gusta? ¿Y si descubro que su presencia me irrita?

Elinor sonrió abiertamente.

—No digas tonterías. Tú adorarás a tu hijo, igual que adoras a su
padre.

—¿Estás segura, mamá?

—Tú y Walter os iréis a vivir a vuestra propia casa y cuando te
quedes embarazada, yo te ayudaré en todo lo que necesites.

—Y yo —añadió Ruby con una cálida sonrisa.

—¿De verdad? —preguntó Matilda con temor.

Matilda miró a su madre y luego a Ruby.

—Ese hombre te idolatra y tú no puedes estar más de tres días sin
verlo. Estáis hechos el uno para el otro. No entiendo los chistes de
Walter, pero tú te partes de la risa con él. Nunca te he visto reír tanto
como te ríes con sus tonterías. Si yo me riese así con un hombre
querría que fuese el padre de mis hijos.

Matilda asintió y se soltó de su agarre para sacar un pañuelo y
limpiarse las lágrimas.

—Debería irme, están esperándome para ir al lago —dijo Ruby
poniéndose de pie.

—Espera —la detuvo Elinor—. En realidad he venido a hablar
contigo. ¿Podrías ir tú al lago, Matilda?

—Claro, mamá. Después de esta conversación me sentará bien
estar con los niños.

—Vigila a John —pidió Ruby cuando la otra llegó a la puerta—. Que
no se acerque al lago, no quiero que se constipe este año otra vez, antes
de la fiesta.

Matilda asintió y salió dejándolas solas. Ruby miró a Elinor con
curiosidad.

—No ocurre nada malo, no pongas esa cara —la tranquilizó Elinor sentándose a su lado en el sofá—. Katherine envió ayer a uno de sus mozos con una nota para mí. Al parecer la señorita Colbert, la niñera de Noah, tiene a su madre enferma y va a ausentarse un par de semanas de Londres. Katherine me preguntaba si podía cederle a alguna de las maestras para que se ocupe de su nieto esas dos semanas.

Ruby no varió su expresión, aunque sus manos se crisparon ligeramente conteniendo parte de la tensión que se estaba produciendo en su cuerpo.

—Yo he pensado en ti. Te he visto con Noah y creo que se siente seguro contigo. Además, tienes un don para los niños. ¿Qué opinas? ¿Te gustaría pasar unos días en Londres?

—Yo… Aquí hay mucho trabajo…

—Por eso no te preocupes. Yo vendré todos los días a echar una mano.

—No puedo permitirlo.

—Escúchame, Ruby. Para mí es mucho más importante el bienestar de Andrew que tener un poco más de trabajo. Mi sobrino es un alma en pena desde que murió la pobre Claire, no quiero que tenga que meter a una desconocida en su casa para que cuide de su hijo. Tú eres de la familia. Sé que os lleváis bien.

—Sí. Pero…

—Por favor, Ruby. Hazlo por mí. Me quedaré mucho más tranquila sabiendo que Noah está a tu cargo. Y estoy segura de que Katherine ha pensado lo mismo y por eso me ha escrito. Solo serán quince días.

La miraba con expresión suplicante y Ruby era incapaz de negarle nada.

—Está bien, si es lo que quiere, lo haré.

Elinor le sonrió con afecto mientras le daba palmaditas en las manos.

—Muy bien, pues prepara tu equipaje. He venido con Tom en el carruaje, él te llevará hasta Londres.

—Pero ¿y usted cómo…?

—Oh, yo me quedaré hasta la tarde y regresaré a casa caminando. Es un paseo muy agradable. Tú ve a preparar tus cosas, corre. Cuanto antes llegues, mejor. Vamos. ¡Ve! Y no te lleves libros, la biblioteca de

Andrew es lo bastante interesante como para mantenerte distraída durante tu estancia.

Ruby no se entretuvo y salió corriendo. La señorita Perkins la detuvo en mitad de las escaleras.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —preguntó desde abajo—. ¿No deberías estar en el lago?

—La señora Woodhouse está en el salón. Pregúntele a ella, yo tengo prisa.

Cuando estuvo en el cuarto, tras la puerta cerrada apoyó la espalda en ella y respiró hondo varias veces antes de ponerse a sacar vestidos del armario. Las manos le temblaban y su corazón latía desbocado.

La puerta se abrió y Hannah entró como una exhalación.

—¿De verdad te vas a Londres? —preguntó llegando hasta ella.

Ruby siguió revisando los vestidos para elegir los que mejor le parecían para ese viaje.

—Supongo que te lo ha dicho tu madre.

—¿A casa del primo Andrew?

Ruby la miró ceñuda. Si había algo que caracterizaba a Hannah era su tendencia a decir su opinión y, sobre todo, sin que nadie la preguntase.

—Mamá no se entera de nada —dijo la pequeña de los Woodhouse sentándose en la cama junto al montón de vestidos—. Llévate este. Y este. Te favorecen mucho y hacen que parezcas más joven.

—No necesito que me favorezcan, voy a ser la niñera de Noah y no creo que a él le importe lo que me ponga. Tampoco quiero parecer más joven —dijo malhumorada.

—Ya, seguro.

—Hannah, estoy un poco nerviosa, no tengo ganas de…

—¿Cómo vas a hacer para que no se dé cuenta viviendo con él? No el primo Andrew es tan tonto.

Ruby, de espaldas a ella, cerró los ojos un momento y dejó salir el aire de sus pulmones muy despacio. Luego se volteó hacia ella y la miró con fijeza.

—¿Qué? —preguntó Hannah con expresión inocente.

—No puedes hacer esto, Hannah.

La otra miró a su alrededor.

—Estamos solas.

—Aunque estemos solas. Te conté eso en un momento de debilidad No deberías mencionarlo nunca.

Hannah la miró durante unos segundos y meditó bien su respuesta

—De acuerdo. Prefieres fingir que eso no pasó. Incluso parece querer fingir que no sientes lo que sientes. ¿Crees que eso es una actitud madura? Mi abuelo siempre dice que las cosas que no enfrentamos, se enquistan. Y yo creo que tiene razón.

—Acepto tu opinión, ¿puedes respetar tú la mía?

Hannah dejó escapar el aire en un suspiro y después asintió.

—Está bien, Ruby. —Se puso de pie—. No volveré a hablarte de esto jamás, pero creo que te equivocas.

—Gracias, Hannah —dijo antes de que saliera de su cuarto.

La otra se giró para sonreírle y después se marchó sin más.

CAPÍTULO 2



Cámara de los Lores. Turno de palabra del Conde de Aveldon, Andrew Greenwood.

—Mis lores, no estamos ante una simple petición, sino ante un desafío a la estabilidad del Reino. Hemos recibido más de un millón de firmas exigiendo cambios que, de ser implementados sin dilación podrían poner en peligro las instituciones que mantienen nuestra nación.

—¡Muy bien dicho! —exclamó alguien de la bancada de los *Tories*.

—Nadie puede negar la difícil situación de muchos de nuestros trabajadores —siguió Andrew—, tanto en las fábricas como en las minas. Lo reconozco, no cierro los ojos ante su problemática, pero la miseria no se aliviará destruyendo las bases de nuestra Constitución. —Señaló a los hombres que tenía enfrente y que lo miraban con hostilidad pragmática. Eran Whigs, pero tampoco estaban muy conformes con aceptar las peticiones de aquellas cartas—. Nuestro deber, como guardianes de esta Cámara, es garantizar que cualquier reforma sea prudente, gradual y en beneficio de todos. Rechazar esta petición no significa despreciar al pueblo, sino protegerlo de un futuro aún más incierto. Sí a la mejora de la educación. Sí a la justicia en la administración de la ley. Pero no a desmantelar un orden que ha asegurado la paz y la prosperidad de este país por generaciones. Si cedemos ante este órdago, pondremos en peligro a la monarquía y las libertades que estamos obligados a defender.

El Primer Ministro, William Lamb, vizconde de Melbourne, asintió levemente otorgándole su conformidad silenciosa.

—La verdadera compasión no consiste en alimentar esperanzas imposibles y vanas, sino en sostener con firmeza un camino seguro para todos —sentenció Andrew—. ¿Podemos mejorar? ¡Por supuesto! Pero no lo haremos tomando decisiones precipitadas, empujados por el clamor de la desesperación.

Los *Tories* prorrumpieron en aplausos y vítores, mientras que los *Whigs* cuchicheaban entre ellos, reacios a darle su manifesta aprobación. Mientras esto sucedía en la Cámara de los Lores, los Comunes tenían a otro Greenwood lanzando una andanada discursiva mucho más beligerante.

—Señores, no podemos ignorar el rugido que ha llegado a estas puertas. Esas cartas han sido escritas por ciudadanos ingleses hartos de aguantar el desprecio de un sistema que los ignora mientras los explota. Hombres que trabajan hasta el agotamiento en minas, fábricas y campos, han estampado su nombre en esas cartas reclamando justicia. ¿Cómo responderemos a ello? ¿Con desdén? ¿Quieren que vean nuestro miedo?

El rumor de desaprobación en la bancada de su propio partido, los *Whigs,* le hizo arquear una ceja.

—Señor Presidente, mi Honorable amigo, el señor Dagnell, opina que estas demandas son subversivas —afirmó mirando a Cameron Dagnell que lo observaba con expresión burlona—. Teme el germen de una revolución. Y, aun así, los que piensan como él, pretenden ignorar sus súplicas. De momento es la petición pacífica de un pueblo que confía en sus instituciones. Rechazarla de plano es empujar a nuestros compatriotas a la desesperación.

—Señor Presidente —intervino lord Russell, Secretario de Estado de Guerra y Colonias—. Los argumentos del Honorable señor Greenwood son muy peligrosos. No podemos dar voz a la chusma aquí. Y resulta sorprendente viniendo del hijo del Duque de Greenwood.

—Señor Presidente, me permito tomar de nuevo la palabra para responder al Honorable Secretario de Estado —dijo Benjamin girándose hacia el también miembro de su partido—. Lo que trato de expresar aquí hoy es que debemos plantearnos sus peticiones con seriedad y darles una respuesta acorde a lo que demandan. No que digamos a todo que sí, pero sí que nos planteemos sus peticiones de manera concienzuda y les demos algo a lo que puedan aferrarse. No se trata de ceder a la muchedumbre. Se trata de escuchar a nuestros compatriotas. Quieren votar, quieren poder decidir sobre sus destinos

Y también quieren que su voto sea algo privado, que no los enfrente a compañeros, o a amigos, o a familiares que los juzguen por sus ideas Piden distritos electorales igualitarios, representación por población No veo cuál es el problema a concederles esto. Lo del pago a los parlamentarios, podemos discutirlo para buscar una salida digna. Y la cuestión de la abolición del requisito de propiedad para ser parlamentario...

—Señor Presidente, con la venia de la Cámara, deseo intervenir —pidió lord Dagnell, y miró a su amigo con fijeza cuando le concedieron la palabra—. Mi honorable amigo, las peticiones incluidas en esas cartas no serían en sí mismas un problema si no hubiesen sido escritas con una clara amenaza hacia el sistema que nos gobierna. De lo que ahí se desprende, lo único discutible sería el voto secreto y los distritos electorales. Todo lo demás es inaceptable. No vamos a convocar elecciones cada año, no aboliremos el requisito de propiedad para ser parlamentario, no aceptaremos que se pague un sueldo a los miembros de la Cámara, permitiendo así que entre cualquiera al Parlamento. Y de ninguna manera aceptaremos que todos los hombres, sin importar su condición, puedan votar.

Los dos amigos se retaban con la mirada y Benjamin apretó los puños en señal de contención, mientras que Cameron Dagnell elevaba ligeramente la ceja.

—Señor Presidente, desearía terminar mi intervención sin más interrupciones.

El susodicho hizo un gesto de cabeza y Benjamin se dispuso a acabar su discurso.

—Honorables miembros de la Cámara, en ningún caso hablo de arrasar con nuestras tradiciones, sino de fortalecerlas frente a los cambios que puedan llegar. Un Parlamento que cierra sus oídos a pueblo se convierte en tiranía encubierta. Y si tememos la voz de los ciudadanos, ¿qué clase de gobierno queremos sostener? La pobreza no se apacigua con discursos ni con caridad ocasional. Se calma con leyes que devuelvan al pueblo la confianza. Yo no temo a esas cartas, lo que sí temo es el día en que este Parlamento ignore al pueblo, porque quizá entonces no nos enfrentemos a peticiones sino a levantamientos.

El rumor en la Cámara manifestó a las claras el disgusto de la mayoría de sus miembros. Benjamin recogió sus papeles y regresó a su asiento con expresión de claro disgusto.

Al día siguiente, después del almuerzo, Benjamin se presentó en casa de su hermano para pedirle cuentas.

—¡Un millón doscientas mil firmas, Andrew! —Su voz temblaba de indignación—. Y todos os burláis como si fueran papel mojado. ¿De verdad crees que el país puede seguir ignorando una voz tan unánime?

Andrew observaba a su hermano, que deambulaba por su despacho como gato enjaulado. El eco de los carruajes que pasaban cerca de la casa acompañaba los agitados pasos del pequeño de los Greenwood visiblemente alterado.

—¿Quieres un té? ¿Brandy? Son las dos de la tarde, pero está claro que necesitas algo para calmar tus nervios.

El otro se dejó caer en una butaca ignorando sus palabras.

—No me puedo creer que tengáis la mente tan obtusa.

Andrew se levantó y fue a sentarse frente a él.

—No es una voz unánime, Benjamin. Es el grito de los que ansían arrastrar a este país al mismo caos que devoró a Francia. Nos toca contenerlos, no prender fuego a todo.

—¿Contenerlos? —se burló su hermano—. ¿De verdad crees que podéis contener a los hambrientos? ¿A los obreros que viven en auténticas pocilgas, personas hacinadas en un reducido espacio y sin visos de avanzar hacia una vida mejor? ¿Queréis contener a los mineros que mueren antes de cumplir los treinta, y que dejan a sus hijos atrás para que sigan sus pasos? Tú y yo hemos nacido en el lado afortunado, Andrew. No hemos tenido que elegir entre pan o carbón.

El futuro Duque de Greenwood dejó escapar el aire en un suspiro y se recostó contra el respaldo del sillón sin apartar la mirada de aquellos furiosos ojos.

—Lo sé —admitió—. Sé que la vida de esas personas no es justa, que su miseria no tiene justificación, pero permitirles acabar con un sistema que lleva siglos funcionando no es la solución. Ellos también dependen de que su país tenga estabilidad. No podemos permitir que

esto nos lleve a una guerra civil, Benjamin. Esas peticiones desmantelarían nuestros Parlamentos. ¿Cómo crees que serían las sesiones si esos obreros, mineros y sirvientes estuvieran en las Cámaras? No atenderían a razones, ya no pedirían sino que exigirían y si no se les diese lo que quisieran, se sublevarían. Así es cómo funciona el pueblo, hermano, has estudiado lo suficiente para saber que tengo razón.

—No se van a conformar.

Un silencio pesado los envolvió durante unos segundos en los que ambos reflexionaron sobre sus posiciones.

—Entiendo tu preocupación —dijo Andrew retomando la palabra— Sabes que no soy un hombre insensible, comprendo sus demandas y entiendo que no podemos ignorarlas.

—¿Entonces? Todo el mundo habla de tu discurso, de lo razonable e inteligente que fue, en contraposición al alocado e insensato de tu hermano menor —se burló de sí mismo.

—No seas imbécil. Debemos trabajar juntos en esto. Pensar en ello buscar soluciones. Quizá hay algo que podamos darles…

—¿Algo? ¿Y cómo haréis para que se conformen? Dices que ellos nos amenazan, ¿y nosotros? ¿Acaso no les amenazamos nosotros?

—Benjamin, lo que digo…

Se oyó un suave toque en la puerta.

—Adelante —dijo Andrew haciendo un gesto a su hermano para que esperase.

Keating, el mayordomo, entró en el despacho con su habitual expresión estirada.

—Ha llegado una inesperada visita, y parece que tiene intención de quedarse, ya que trae equipaje.

Andrew se puso de pie sorprendido. No esperaba a nadie.

—Dice llamarse Ruby Brown y asegura que viene del hogar de acogida de los Woodhouse. Lo que no ha dicho es si es una inquilina o una profesora.

Andrew frunció el ceño.

—¿Ha dicho que viene a… quedarse?

—Así es. Asegura que usted sabe de lo que se trata.

—¿Y si vamos a preguntarle a ella? —dijo Benjamin caminando hacia la puerta—. Está claro que el señor Keating no tiene la información necesaria y tú tampoco.

Andrew lo siguió aún confuso y los dos hermanos llegaron hasta el vestíbulo donde Ruby esperaba sin soltar las asas de una bolsa bastante grande.

—Señorita Ruby… —Benjamin corrió hacia ella y la libró del peso inmediatamente.

—¡Oh, no es…!

Andrew ya estaba frente a ella y la miraba interrogador.

—¿La esperábamos?

—¿Su madre no ha hablado con usted? —Lo miró visiblemente confusa—. Creía…

Benjamin los miró a los dos de manera alterna y fue el primero en hablar.

—¿No buscabas una niñera? —dijo al recordar la preocupación de su madre.

Andrew abrió los ojos con sorpresa y luego soltó una carcajada.

—¡Claro! ¡Es eso! —se rio.

Ruby asintió aliviada, por un momento pensó que tendría que irse avergonzada. Él se volvió hacia el mayordomo.

—Lleve el equipaje de la señorita Brown al cuarto que prepararon para la sustituta de la señorita Colbert.

Benjamin le entregó la bolsa al mayordomo y luego se giró hacia Ruby, sonriente.

—Imagino que tendrán cosas de las que hablar —dijo haciendo una ligera inclinación—. Me marcho. Ya hablaremos, Andrew.

Su hermano no trató de detenerlo y en lugar de eso miró a Ruby y le hizo un gesto para que pasara delante de él.

—Iremos a mi despacho y hablaremos de las condiciones, si le parece bien.

—Por supuesto.

CAPÍTULO 3



Ruby se sentó en el borde de la silla y Andrew ocupó su lugar al otro lado del escritorio.

—Espero que mi tía no la haya forzado a aceptar —expresó él con una leve sonrisa.

—Bueno, ya la conoce, es bastante insistente —respondió ella sin esconderse.

Él aceptó el guante sin reparos.

—También tengo noticias sobre su carácter, y me extrañaría que se hubiese dejado convencer contra su voluntad.

—El pequeño Noah ha sido un argumento muy poderoso en esta negociación.

Andrew sonrió abiertamente.

—Solo se han visto un par de veces en casa de mis abuelos.

—Suficiente para saber que es un niño adorable que merece tener todos los cuidados posibles.

—Me tranquiliza mucho escucharla. Le pagaré el mes entero aunque solo trabajará dos semanas.

—Trabajo para su tía —aclaró ella—. Usted no tiene que pagarme nada. Estaré aquí, pero en realidad será como si continuase mis labores cotidianas en el orfanato.

—Insisto.

—Y yo insisto en declinar su ofrecimiento —dijo mostrando claramente que no iba a dar su brazo a torcer.

—Es usted muy obstinada. Más de lo que imaginaba. Siempre creí que la testaruda era Heather.

—¿La testaruda con relación a qué? ¿O a quién? Si se refiere a los niños que crecimos en el orfanato de la señora Lavinia, debo decirle que Charlie era el más cabezota de todos.

Andrew amplió su sonrisa y no respondió a su comentario. En lugar de eso sacó un papel del cajón de su escritorio y lo colocó sobre la mesa delante de ella.

—Este es el resumen de la señorita Colbert con los horarios de Noah.

—¿Ya se ha marchado? Creí…

—No, aún no se ha ido. Me dio una semana para encontrar sustituta y aún quedan tres días. Mi tía ha sido muy rápida en hallar la solución.

—Tengo entendido que la madre de la señorita Colbert está enferma desde el fallecimiento de su padre. Si le parece bien, hablaré con ella ahora mismo y así, quizá pueda adelantar su viaje —dijo cogiendo el papel sobre la mesa y poniéndose de pie—. Usted y yo podremos hablar después, y podrá darme sus indicaciones personales.

Andrew se levantó también.

—No tengo indicaciones que hacerle. Haga lo le diga la señorita Colbert y siga su propio criterio.

—Como guste —dijo y, con una ligera genuflexión, dio por terminado el encuentro y salió del despacho.

Una vez fuera se llevó una mano al pecho para tratar de calmar los latidos de su corazón desbocado. Respiró hondo varias veces y se recompuso. Estaba segura de que no se le notaba absolutamente nada por fuera, de cómo se sentía por dentro, pero temía que la señorita Colbert fuese más perspicaz que Andrew y detectase cualquier pequeño gesto por su parte.

—¡Oh! Me parece excelente —dijo la niñera, después de que Ruby se hubiese presentado en el cuarto de juegos de Noah—. Y tiene razón si me doy prisa podría marcharme esta misma tarde y llegar a Watford para cenar. No sabe cuánto se lo agradezco, señorita Brown.

—Puede llamarme Ruby —dijo con una ligera sonrisa.

—Entonces tiene usted que llamarme Georgia. ¿Ya le han enseñado su habitación?

—No, acabo de llegar. He hablado un momento con el señor Greenwood y he venido a verla enseguida.

—Se lo agradezco mucho. Si se queda con Noah ahora, yo prepararé mi equipaje y luego le explicaré todo lo que necesita saber. Veo que el señor Greenwood le ha dado los horarios, es lo más importante. No se

preocupe, no estará sola, tendrá la ayuda de Annie. Cuando acabe de prepararme la llevaré a conocer al personal de servicio.

—Vaya tranquila, yo me quedo con Noah —dijo Ruby señalando a pequeño que estaba sentado en la alfombra con sus juguetes.

Cuando la señorita Colbert salió, ella se acercó al niño y se sentó a su lado mientras el pequeño amontonaba cubos de madera con letras grabadas.

—Esta es la letra N, de Noah —dijo cogiendo uno de los cubos.

El niño miró la letra y sonrió al tiempo que decía «Noah» en voz alta. Ruby asintió con una sonrisa y cogió el cubo que tenía la *o* para ponerlo al lado.

—¡Está aquí!

Ruby se giró y vio a una mujer regordeta, que no debía medir más de metro y medio y que se movía con una vitalidad asombrosa para su edad. Se detuvo frente a ella y esperó a que la niñera se pusiera de pie.

—Soy la señora Morton, el ama de llaves —dijo tendiéndole la mano—. Usted es la señorita Brown, me han dicho. Y que va a ser la sustituta de la señorita Colbert. También me han contado que es usted una de las maestras del orfanato y que fue una de las pupilas de la señora Lavinia McEntrie.

—Veo que ya se lo han contado todo —respondió Ruby con ironía después de estrecharle la mano.

—Todo el mundo me lo cuenta todo. Soy como una esponja, no hace falta que pregunte, solo paso junto a alguien y la información cae sobre mí como lluvia de verano.

—¿Torrencial?

La mujer se rio a carcajadas.

—Más bien imparable y constante. Pero a veces también es torrencial, sí.

—Si quiere puedo enseñarle su habitación —dijo con simpatía—. Puede traer a Noah, no se quejará, le gusta mucho deambular.

Ruby elevó una ceja.

—Ya sabe a lo que me refiero —siguió la señora Morton—. Le encanta ir de un lado para otro sin un destino.

—Me ha hecho gracia —sonrió Ruby—, es lo que siempre han dicho de mí.

—Vaya. Pues le agradezco que me lo diga, habría sido muy raro verla por ahí sin un propósito.

—Intento contenerme.

—Mejor entonces. ¿Vamos?

Ruby asintió y le ofreció a Noah su mano.

—Vamos —dijo el pequeño agarrándose a ella con entusiasmo.

Recorrieron el pasillo y la señora Morton le fue indicando qué había detrás de las puertas de cada cuarto.

—Este es el dormitorio de la señorita Colbert —señaló a la izquierda una puerta cerrada—. A la derecha está el cuarto de Noah.

El pequeño negó con la cabeza cuando Ruby hizo ademán de entrar.

—Dormir, no.

—No, tranquilo —sonrió ella—. Solo quiero ver tu bonito cuarto.

La habitación era espaciosa, con techos altos como el resto de la casa. Había una gran ventana con cortinas de muselina blanca y estores sencillos de lino claro con un borde decorativo. La luz entraba tamizada, creando un ambiente sereno, perfecto para el cuarto de un niño tan pequeño como Noah. La cama era excesiva para un niño, pero al ser una habitación tan amplia, Ruby supuso que querían darle continuidad cuando el pequeño creciera. No había almohadones en la cama, eran peligrosos para los niños tan pequeños. En un rincón había una pequeña mesa con aguamanil y jarra de porcelana, que la niñera utilizaría para lavarlo antes de acostarlo, supuso Ruby. Una cómoda baja, una mecedora junto a la cama y un arcón de madera. El suelo estaba cubierto con una alfombra de lana en tonos cálidos, las paredes estaban cubiertas de un papel azul pálido. Y olía a cera de abeja y jabón de lavanda.

—Muy bonita —dijo Ruby con sinceridad.

—Todo lo eligió la señora, bendita sea —dijo la mujer con evidente cariño—. Pensó hasta el último detalle. Quería que la habitación de su hijo fuese perfecta y lo consiguió, ¿verdad?

Ruby asintió.

—¿Usted conoció a la señora Greenwood? —preguntó el ama de llaves con curiosidad.

—La vi en un par de ocasiones, después de casarse con el conde.

—Era una mujer maravillosa, no solo por su perfecta belleza y sus ademanes delicados, además era buena, cariñosa y comprensiva. Jamás la vi regañar a ningún criado, siempre era paciente con los errores ajenos. —Suspiró—. Ay, el señor perdió un ángel, pero ganó un querubín.

Ruby miró a Noah, que se había llevado la mano a la boca y se chupaba el dedo. La niñera se agachó frente a él y se metió su propio dedo a la boca imitándolo. El niño frunció el ceño y negó con la cabeza al tiempo que se sacaba el dedo y se lo limpiaba en el pantalón. Ruby sonrió y se puso de pie. La señora Morton la miraba estupefacta, pero no dijo nada.

Salieron del cuarto de Noah y continuaron hasta la habitación que habían preparado para la sustituta de la niñera y que sería la suya durante esos quince días.

—¿Le gusta? —preguntó el ama de llaves revisando que todo estuviese perfecto.

Ruby asintió mientras observaba con atención. Papel pintado en tonos pastel de color verde, con menudos motivos florales. Cortinas dobles, alfombra de lana colocada sobre las tablas enceradas del suelo. Una cama sencilla de nogal, mesilla de noche con velador de aceite. Se acercó a la cómoda y se vio en el espejo ovalado enmarcado en madera oscura que había colocado sobre ella en la pared. Sus perpetuas ojeras marcando una ligera sombra bajo sus ojos.

—Su ropa ya está en los cajones y en el armario. Temíamos que fuese demasiado pequeño para sus vestidos, pero ha traído muy pocos.

—Solo estaré aquí dos semanas, no creo que necesite más —aclaró Ruby.

Como había ocurrido en la habitación de Noah, olía a cera y a limpio.

—La habitación del señor está al final del pasillo. Es la misma que compartía con su esposa y tiene un tamaño el doble de grande que esta además de que cuenta con balcón. En caso de que Noah se despierte por la noche, debe explicarle muy bien que ha de llamarla a usted. No

ha de molestar nunca al señor, porque madruga mucho y se acuesta tarde.

Ruby asintió sin decir nada.

—Todo eso se lo explicará la señora Colbert, no se preocupe ¿Conoce el resto de la casa? No recuerdo que haya estado aquí.

—No, no había venido nunca.

—Ya veo. Pues venga conmigo. Le diré dónde está el comedor, la biblioteca, el salón de recibir y la llevaré a las dependencias del servicio para que conozca al personal. El señor ha dejado claro que debemos tratarla como una invitada, no como miembro del servicio, pero también va a ser la niñera de Noah y necesitará conocer a los empleados.

—Oh, por supuesto, yo no...

La mujer ya había salido del cuarto y Ruby miró a Noah, que le sonrió con simpatía. Lo levantó del suelo cogiéndolo en brazos y salió corriendo detrás de la mujer.

—Esta es la señorita Ruby Brown y será la niñera de Noah durante las próximas semanas —anunció el ama de llaves frente al resto de servicio—. Al señor Keating ya lo conoce. Esta es Annie Bell y será su ayudante como niñera. Es un poco despistada, pero muy alegre y amable. Noah la quiere mucho.

—Encantada —dijo la joven doblando las rodillas y con una enorme sonrisa—. Me encargo de vestir al niño y de lavarlo. También juego con él.

Ruby frunció ligeramente el ceño preguntándose qué hacía entonces la señorita Colbert.

—La señora Hardwick, la cocinera —siguió la señora Morton— famosa por sus guisos y sus pastelitos. Ha trabajado para la familia Greenwood desde que entró en casa de los duques como pinche de cocina.

—Ha llovido mucho desde entonces —dijo la robusta mujer asintiendo—. Esta de aquí es Ellen, mi pinche.

Ruby sonrió al ver que la joven se sonrojaba y hacía una exagerada genuflexión.

—Señorita Ruby, me alegro de verla.

—Yo también me alegro, Ellen.

—¡Oh! —exclamó la cocinera al darse cuenta de que se conocían de orfanato.

—La señorita Ruby fue mi maestra hasta que vine aquí —explicó Ellen.

—¿Estás contenta con tu trabajo? —preguntó la recién llegada.

—Sí, señorita, muy contenta. Aquí todo el mundo es muy bueno y paciente conmigo.

—Déjeme a Noah —pidió Annie extendiendo los brazos—. Así podrá hablar tranquila.

—¿Quiere probar uno de mis famosos pastelitos de arándanos? —preguntó la cocinera.

—Oh, pruébelos, señorita Ruby —asintió Ellen con entusiasmo—, le aseguro que no ha probado nada igual.

—Pues lo cierto es que no he almorzado. Me encantaría probar esos pastelitos.

—Le prepararé un té también —dijo la cocinera saliendo de la salita para ir a la cocina.

—Esta es Sarah Finch, doncella de habitaciones —siguió el ama de llaves.

—También me encargo de la ropa blanca y del planchado. —Señaló a la joven que tenía a su lado—. Martha es mi hermana pequeña y es segunda doncella.

La joven hizo una genuflexión y Ruby se percató de lo mucho que se parecían las dos, aunque Sarah tenía un aspecto más serio.

—Y por último, este es James Halloway, lacayo y ayudante del señor Keating.

El joven, de unos veinticinco años, la saludó con una sobria inclinación de cabeza.

—Al mozo de cuadras, Tom, lo conocerá cuando salga a montar —dijo el mayordomo—. Si es que usted acostumbra a montar.

—No, no monto —dijo negando con la cabeza.

—El conde tiene muy buenos caballos y disfruta enormemente de cabalgar con ellos.

Ruby sonrió levemente, pero no dijo nada al respecto.

—Bien, ya conoce a todo el servicio, cualquier cosa que necesite...

La cocinera regresaba en ese momento con una taza de té y un plato con pastelitos.

—El desayuno se sirve a las siete de la mañana y el almuerzo a las doce —dijo colocando las cosas sobre la mesa—. Siéntese y coma. Aún faltan dos horas para el té y no es bueno pasar tanto tiempo con el estómago vacío.

CAPÍTULO 4



Andrew bajó las escaleras hasta el vestíbulo y vio a Ruby, que despedía a la señorita Colbert en la entrada. Llevaba a Noah en los brazos y el niño agitaba su manita diciendo adiós a su niñera. Caminó hacia ellos y la joven dio un respingo al darse la vuelta.

—Vaya, veo que se asusta usted con facilidad —dijo sorprendido.

—Papá…

El niño lo llamó en tono bajo y no hizo ademán de que quisiera que lo cogiera, algo que no pasó desapercibido para Ruby. Andrew le tocó suavemente la mejilla con el dorso de un dedo y luego volvió a poner su atención en ella.

—¿Ya se ha marchado la señorita Colbert?

—Sí. Tiene dos horas de viaje y quería llegar antes de la cena. Pero no se preocupe, me lo ha explicado todo muy bien.

—No estoy preocupado, sé que hará un trabajo excelente —sonrió afable—. ¿Le han dicho los horarios de las comidas? Yo almuerzo aquí los miércoles, sábados y domingos, si no tengo compromisos y todas las noches a las ocho.

Ruby entornó ligeramente los ojos sin saber muy bien por qué le decía aquello.

—Usted me acompañará, por supuesto.

—No creo que sea adecuado, soy una…

—Invitada —dijo antes de que ella pudiese acabar la frase—. Es mi invitada. Si no deja que le pague por cuidar de Noah, no es mi empleada.

Ella sonrió levemente al ver su jugada. Si pensaba que así iba a cambiar de opinión estaba muy equivocado.

—De acuerdo, lo acompañaré en las cenas.

—Y en el almuerzo.

Ruby asintió.

—Bien —dijo él disponiéndose a marcharse—. Nos veremos en el comedor a las ocho.

Ruby lo vio alejarse y soltó el aire en un suspiro. Después miró a Noah, que la observaba con las manitas juntas mientras jugaba con sus deditos.

—Tu papá es un poco intransigente, ¿verdad, Noah? —dijo poniéndolo en el suelo.

El niño se alejó caminando y Ruby lo siguió sin preguntar a dónde se dirigía.

Ruby llegó dos minutos tarde a la cena y entró al comedor, donde Andrew ya la esperaba.

—Discúlpeme —dijo sentándose. Cogió la servilleta y la desplegó para ponérsela sobre la falda—. No he calculado convenientemente el tiempo con Noah, mañana lo haré mejor.

—No se disculpe. Es su primer día aquí —sonrió.

El señor Keating le preguntó si quería vino, a lo que ella respondió que no.

—¿Qué tal ha ido con Noah? Imagino que bien, ya que usted tiene mucha práctica con los niños.

—Muy bien. Nos estamos conociendo. —Se apartó para dejar que el mayordomo le colocase el primer plato y luego cogió la cuchara—. No he visto en el horario ningún apunte respecto a su intervención en él. Quiero decir, en qué momento usted lo visita o si es él el que lo visita a usted.

Andrew cogió la cuchara también y centró su atención en la sopa que tenía delante. Tomó un sorbo antes de responder.

—Tengo un horario muy apretado. Veo a mi hijo… cuando puedo.

—Lo supongo —afirmó ella—. Pero tal vez podríamos…

—Las cosas están bien como están. Solo permanecerá usted aquí dos semanas, no se preocupe por eso, céntrese en Noah. Nada más —dijo tajante.

Ruby arrugó ligeramente el ceño, pero no hizo ningún comentario al respecto. No era muy de dejar las cosas «como están» cuando no estaba de acuerdo. Muchos años discutiendo con Heather o con la señorita Perkins habían desarrollado ese músculo verbal.

—¿Le gusta su habitación? Si necesita algo…

—¡Está todo perfecto! —sonrió levemente—. ¿Le parece bien que salga con Noah a pasear todos los días?

—¿Todos los días? —Andrew la miró con una sonrisa burlona— ¿No le ha hablado la señorita Colbert de lo nocivo que es el aire de Londres y de que es mejor que el niño salga lo menos posible? Me regañaba incluso cuando lo sacaba al jardín.

—Sí, pero no estoy de acuerdo con ella. De hecho, creo que sus exhaustivas indicaciones sobre los horarios del niño no me van a servir de mucho.

—¡Vaya! Es usted una rebelde, veo.

—En absoluto. Soy una persona muy poco atrevida y nada rebelde pero llevo toda mi vida rodeada de niños y sé que lo más saludable es que tengan sitio para correr. Que se manchen las manos y que intenten ponernos nerviosos.

Andrew soltó una carcajada sin dejar de mirarla.

—Me sorprende usted, Ruby. ¿Puedo llamarla Ruby? Me sentiría más cómodo.

—Por supuesto.

—Pero usted debe llamarme Andrew a cambio.

—Por supuesto que no.

Él se mostró sorprendido, pero su sonrisa dio cuenta de que se estaba divirtiendo.

—Somos amigos.

—En absoluto —negó ella con la misma expresión falsamente seria.

—No es usted muy amable al decir eso, ¿no cree?

—Usted es mi empleador ahora mismo y, además de eso, es conde. Yo solo soy una huérfana, sin familia ni posibles, una persona a su servicio.

—Solo durante quince días.

—Me temo que seguiré siendo huérfana y sin posibles después de eso.

Andrew soltó otra carcajada sin poder contenerse y Ruby sonrió también mostrando su verdadero rostro.

—Es usted muy divertida.

—En absoluto. No tengo la menor gracia.

—Le gustan mucho esas dos palabras juntas, ¿verdad? «En absoluto».

—Puedo decir que no, si lo prefiere, pero «en absoluto» me parece mucho menos cortante e igual de contundente, ¿no cree?

Siguieron hablando de temas generales durante la cena y Andrew soltó alguna que otra carcajada más. Ruby se percató de la sorpresa que eso provocaba en el señor Keating y supuso que no era habitual verlo reír. Se sintió conmovida por ello.

Andrew, por su parte, estaba anonadado. Conocía a Ruby, la había visto en numerosas ocasiones a lo largo de los años. Era muy amiga de Heather y nadie que fuese amiga de Heather podía pasar desapercibida. Pero siempre la percibió como una joven austera y seria que apenas hablaba más que para responder.

Cuando acabaron de cenar Ruby se excusó para retirarse, pero Andrew le pidió que se quedase con él en el saloncito contiguo al comedor y ella aceptó sin pensarlo.

—Puede traerse un libro de la biblioteca para las siguientes noches —propuso él.

Se habían sentado en sendas butacas colocadas junto a la chimenea, ahora apagada.

—Sería mejor que las butacas estuvieran colocadas frente a la ventana en verano —dijo ella pensativa—. No creo que sea muy saludable respirar el aire del tiro de la chimenea.

Andrew entornó los ojos y miró el lugar que ella señalaba.

—Durante el día, recibirá los beneficios del sol y por la noche podrá contemplar las estrellas.

—¿Qué suele hacer después de cenar, Ruby?

—Dibujo.

De nuevo lo sorprendió.

—No sabía que dibujase. ¿Y se le da bien?

—En… —Sonrió al darse cuenta de que iba a volver a usar la misma expresión otra vez—. No, nada bien.

—¿Podría ver alguno de esos dibujos?

—Si usted quiere… —asintió—. Estoy acostumbrada a provocar expresiones de decepción en los demás.

—Es muy crítica con usted misma, ¿no le parece?

—No me caigo muy bien.

Andrew estuvo a punto de reírse, pero su risa se congeló al darse cuenta de que hablaba en serio.

—¿Usted dibuja, señor?

El conde asintió pensativo.

—¿Podría ver alguno de sus dibujos?

Andrew señaló un rincón en la pared y Ruby se levantó para ir hasta él. Cogió una de las lámparas y lo iluminó para verlo bien.

—Es Claire, mi esposa.

Ella dio un respingo. No se había percatado de que él se hubiera acercado y escuchar su voz tan cerca la asustó. Andrew tenía los ojos fijos en el retrato y, cuando Ruby volvió a mirarlo, sintió una punzada que la atravesaba justo a la altura del corazón.

—Era bellísima —dijo con un nudo en la garganta.

—La mujer más bella que he visto jamás. Este dibujo es del día después de nuestra boda —susurró él—. Por eso tiene ese aspecto somnoliento y esa expresión… lánguida.

Ruby comprendió que Claire estaba recostada sobre los almohadones de su cama y sus mejillas se colorearon sin que pudiera disimularlo. Se dio la vuelta y regresó rápidamente a su asiento mientras Andrew se quedaba unos segundos contemplando el retrato.

—Discúlpeme —dijo él caminando hacia la puerta—. Que tenga una buena noche, Ruby. Nos veremos por la mañana.

Salió del salón y Ruby se quedó sentada en la butaca, con las manos crispadas sobre los reposabrazos y la garganta seca.

CAPÍTULO 5



Katherine dejó a Noah sobre la alfombra junto a Abigaíl y Matthew, los hijos de Charlotte y Madison. Las gemelas observaban a Ruby, que explicaba que había llevado a Noah a *St. James's Park*.

—A la señorita Colbert le dará un patatús —dijo Madison conteniendo la risa—. Por favor, avísame cuándo vayas a contárselo haré una visita a mi hermano.

—Qué mala eres —dijo Charlotte—. La pobre mujer se preocupa muchísimo por Noah.

—Ya. Está tan convencida de que va a ser el único hijo de nuestro hermano, que pretende mantenerlo a salvo de todo peligro, aunque para ello tenga que vivir enclaustrado.

—Me parece muy bien que lo hayas llevado al parque y luego lo hayas traído a ver a su abuela —dijo Katherine tirando de la campanilla para llamar al mayordomo—. Pediré limonada y galletas. Los niños siempre tienen hambre. Siéntate, Ruby, por favor.

La niñera hizo lo que le pedía.

—¿Cómo está la tía Elinor? —preguntó Madison—. Seguro que no le ha hecho ninguna gracia que mamá pidiera que vinieras.

—Yo solo pregunté —dijo Katherine acercándose al mayordomo para pedirle un refrigerio.

—La señora Woodhouse estuvo de acuerdo —explicó Ruby.

—Todos sabemos que tú llevas el orfanato, aunque la directora sea Matilda —siguió Madison.

—...yo solo digo que podrías hablar con él, papá...

Benjamin se detuvo al ver a Ruby y se inclinó levemente para saludarla sorprendido.

—No sabía... —Al ver a Noah su ceño se arrugó—. ¿Ha venido Andrew?

—No, hijo —respondió su madre—. Solo Ruby y Noah.

—Ah —respondió decepcionado—. Habría sido perfecto para que papá hablase con él.

—¿De qué quieres que hablen? —preguntó Katherine, interesada.

—Serán cosas de política, mamá —se quejó Charlotte, temiendo que si empezaban con ese tema ya no se hablase de nada más.

—¿Es por el parlamento que hicisteis la semana pasada? —preguntó Katherine a su hijo—. Me han hablado de que mis hijos defendieron posiciones opuestas en las cámaras.

—No puedo creerme que Andrew sea tan poco sensible a los problemas de la gente —se lamentó Benjamin.

—Tu hermano es un hombre justo y jamás lo catalogaría de insensible.

—Pues en este caso lo es —dijo Benjamin mirando a su padre— Habla con él. Que te exponga sus ideas. Yo ya te he expuesto las mías así podrás evaluar quién de los dos tiene razón.

—No puedo interferir en vuestras opiniones, hijo. Eso no estaría bien.

—Estáis en partidos enfrentados —dijo Madison, a la que le gustaba opinar sobre cualquier tema—. Sería muy raro si pensarais igual.

—No somos enemigos —Benjamin se frotó la nuca—. La mayor parte del tiempo nos entendemos bastante bien.

—Ya hablaréis de ello con más calma —insistió Alexander—. Lo importante es escuchar la versión del otro, siempre se puede sacar beneficio de escuchar a los demás.

Benjamin no pareció muy conforme, pero el servicio llegó con el refrigerio y se centraron en atender a los niños.

Esa noche, durante la cena, Ruby no podía dejar de darle vueltas a las palabras de Benjamin de aquella mañana.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo mirando a Andrew después de soltar el tenedor y limpiarse los labios.

—Por supuesto. ¿Ha ocurrido algo con Noah hoy? Tengo entendido que han ido a casa de mis padres.

—No, no ha ocurrido nada, pero su hermano ha dicho algo que ha llamado mi atención.

—¿Mi hermano? ¿Benjamin estaba allí?

—Sí, había ido a hablar con su padre. De hecho, estaba toda la familia. Excepto usted.

—Ya veo. —Dejó el tenedor y cogió la copa de agua para beber un sorbo—. ¿Y cuál es esa curiosidad que debo saciar?

—Su hermano mencionó una disputa en la cámara.

—Por supuesto. ¿Cómo no? ¿A eso ha ido? ¿A pedirle a mi padre que interceda?

Ruby asintió y Andrew puso los ojos en blanco.

—No soporta que estemos en desacuerdo en nada. Es así desde que era un crío.

—Solo se llevan cinco años. Habla de él como si fuese un niño.

—A veces lo parece —dijo malhumorado.

—¿Le he molestado?

—Usted no. Él.

Durante unos segundos permanecieron en silencio, hasta que Andrew la miró interrogador.

—Ha dicho que quería preguntarme algo.

Ruby asintió.

—Su disputa. ¿En qué consistió?

Andrew entornó los ojos y se recostó en el respaldo.

—¿Le interesa la política?

—Sí. ¿Le parece mal?

—¿Mal? No. Inusual. A las mujeres, normalmente, no les interesa «en absoluto» —bromeó.

Ruby sonrió consciente de la pulla y lo miró con fijeza.

—Pues ya ve, a mí sí me interesa.

—Ahora soy yo el que la ha molestado.

—No, no me ha molestado. Sé perfectamente que las mujeres no solemos preguntar sobre estos temas y que las que lo hacen son tildadas de… imprudentes.

—Ha estado usted bajo el auspicio de mi tía Elinor, lo extraño sería que no se interesase por estos temas.

Ruby sonrió. No podía discutírselo.

—¿Ha oído hablar de la Petición Cartista?

—Sí. Incluso estuvimos en una reunión pública en la que se invitaba a firmarlas.

—¿Estuvieron?

—Su tía Elinor, Hannah y yo misma.

—Ya veo. —Andrew movió la cabeza—. Espero que mi tía no hiciese la estupidez de firmar.

—No nos lo permitieron —respondió ella sin variar de expresión.

—¿No se lo...? —Abrió la boca incrédulo—. ¿Lo intentaron?

Ruby asintió.

—A las mujeres nos niegan la voz incluso cuando lo que pedimos es que se escuche a los hombres.

Andrew bebió de su copa de vino, consciente de que necesitaba algo más que agua para tragarse aquello.

—¿Qué es lo que no le parece bien, señor Andrew? ¿El sufragio universal masculino? ¿Que el voto sea secreto y, por tanto, no manipulable? ¿Que todos los distritos sean considerados iguales? ¿El pago a...?

—¿Va a enumerarme todos los puntos, Ruby?

—¿Y usted va a contestarme o es que la respuesta es que no le gusta ningún punto de esa carta?

—No se trata de lo que me guste a mí.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué hace usted en la cámara, hablar por otros?

—Por mi partido, concretamente.

—Pero usted tendrá opinión, ¿no?

—Eso es irrelevante.

—No lo creo —dijo ella cogiendo la copa de vino y bebiendo un sorbo.

Nunca bebía, pero esa noche le apetecía.

—Es un tema extenso, no puede resolverse en una cena.

—¿No puede resolverse o no cree que esté capacitada para entenderlo?

—Desconozco sus conocimientos sobre política, Ruby.

—Dentro de esta cabeza —se señaló con el dedo índice—, también tengo un cerebro que piensa. Mi madre no me dio belleza, pero sí me dio inteligencia.

—No lo dudo.

—Pero no va a responderme.

Andrew lo pensó un momento y finalmente le pidió al mayordomo y su ayudante que los dejasen solos. Cuando hubieron salido de comedor él dejó escapar el aire en un suspiro y asintió.

—Sí tengo opinión, Ruby.

—Pues me gustaría escucharla.

—La idea, sobre el papel, puedo entenderla, es coherente y lógica Pero no estamos preparados para llevarlo adelante. La sociedad no puede asumirlo aún.

—¿Qué tiene de malo que todos los ciudadanos puedan votar?

—¿Cree que un minero está capacitado para saber qué es mejor para el conjunto del Reino?

—No, pero seguro que sabe mejor que un conde lo que es más beneficioso para él —argumentó Ruby.

—Evidentemente. Y eso es exactamente lo que sucedería. El minero miraría por sí mismo y el sirviente, igual. Y así, cada escalafón de la sociedad solo se preocuparía por su propio bien.

Ruby lo miró enarcando una ceja.

—¿Y qué cree que hacen los lores de la Cámara, señor conde?

Andrew apretó los labios visiblemente molesto.

—Puedo hablar por lo que hago yo, Ruby, y le aseguro que no busco mi propio bien.

Ella le sostuvo la mirada durante unos segundos y finalmente la posó en su plato antes de morderse el labio.

—Lo sé —musitó.

Andrew suavizó el gesto y sonrió.

—No deberíamos hablar de política —dijo tratando de sonar relajado—. La verdad es que ya discuto bastante en la Cámara como para querer seguir en mi propia casa.

—Lo siento —se lamentó ella—. Discúlpeme, señor.

—De acuerdo, la disculparé. Pero solo si me llama Andrew.

Ella levantó la mirada y la posó en él con cierta sorpresa. El conde enarcó una ceja e inclinó la cabeza conteniendo una sonrisa consciente de que había ganado esa mano.

—A Noah le ha encantado ir al parque…

Andrew la observó mientras hablaba de su hijo y sintió una cálida sensación en el pecho. La señorita Colbert nunca hablaba de lo que

hacían. Claro que, pensándolo bien, no creía que hicieran nada.

CAPÍTULO 6



Cuando pasaron al saloncito contiguo al comedor, Andrew le sirvió una copita de jerez que ella aceptó esta vez. Ruby se fijó en que alguien había desplazado las butacas, acercándolas a la ventana. Lo miró sonriente y él le indicó que se sentara para ocupar su sitio.

—¿Mi padre estaba disgustado? —preguntó él.

Ruby negó con la cabeza.

—Su padre opina que es usted un hombre justo y que si ha defendido su postura es porque cree que es lo mejor para todos.

Andrew dejó escapar el aire como si se le hubiese atascado en los pulmones, y Ruby comprendió que no le estaba resultando cómoda la situación.

—Ha dicho que también estaban mis hermanas. ¿Qué hacían allí?

—No lo sé. Supongo que habían ido a visitar a su familia.

Andrew frunció el ceño y negó con la cabeza.

—No, deben haber venido para el baile de los Satchell. ¿Le gustan los bailes, Ruby?

—No mucho.

Andrew la miró interrogador, le parecía una respuesta demasiado escueta. Las mejillas de Ruby se colorearon ligeramente.

—No me siento muy cómoda bailando en público.

—¿Qué le gusta hacer?

—Dibujar.

—Ah, sí, me lo dijo anoche. —Inclinó la cabeza sin dejar de mirarla —. ¿Qué dibuja? ¿Paisaje? ¿Retrato?

—No hago retrato, no capto muy bien las expresiones de la gente.

Él la observaba con atención, pero no dijo nada. Ruby se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo con suma delicadeza.

—Mañana traiga esos dibujos —ordenó él sin disimulo—. Quiero verlos.

Ella frunció ligeramente el ceño, le sorprendía aquel tono autoritario.

—¿Monta, Ruby?

—No.

—¿No?

Ella negó repetidamente con la cabeza.

—¿Por qué?

—No me gusta.

—¿Qué es lo que no le gusta exactamente?

—Los caballos.

—¿No le gustan los caballos? ¿Ha tenido algún percance?

—No, pero me dan miedo.

—¿Por qué?

—Son demasiado… grandes.

Andrew lo pensó un momento.

—Sí, son imponentes, lo reconozco. Una enorme masa de músculo Pero es un animal noble y nos sirve con lealtad.

—A mí no me servirían.

Andrew soltó una carcajada.

—¿Por qué dice eso?

—No les gusto.

—¿Qué?

—No sé por qué es, pero sé que no les gusto —dijo removiéndose inquieta en su asiento.

Andrew la vio encogerse como si el sillón estuviese creciendo a ojos vista.

—¿En qué nota que no les gusta?

—En la forma en que me miran. Cuando el señor McEntrie trajo a su potrillo lo supe. Supe que yo no le gustaba.

Andrew contuvo una sonrisa burlona.

—¿Habla de Brodie McEntrie? ¿Cuántos años tenía usted?

—Ocho.

—¿Y desde los ocho años ha creído que no les gusta a los caballos porque un potrillo dio un paso atrás al verla?

—No es obligatorio montar. Aunque no lo crea, se puede vivir sin usar un caballo.

—¿Tiene miedo?

—No.

—¿No?

—No —repitió molesta—. He montado alguna vez. La última.. cuando tenía quince años, creo.

—Entonces aceptará salir a montar conmigo.

—No veo el…

—Mañana. Antes del desayuno.

Ruby frunció el ceño.

—¿Antes del desayuno?

—No querrá cabalgar con el estómago lleno.

—¿Cabalgar?

Andrew sonrió divertido.

—¿Va a repetir todo lo que yo diga?

Ruby arrugó más su entrecejo.

—No pienso salir a cabalgar ni mañana ni nunca.

—Póngase ropa cómoda y algo de abrigo, a esa hora aún hac fresco.

—He dicho…

—¿Mi madre ha mencionado la lista?

Aquella pregunta la confundió y su mente viajó rápidamente par analizar las conversaciones en casa de los duques. Negó con la cabez antes de responder.

—No han mencionado ninguna lista. —Se llevó la copa a los labio sin dejar de mirarlo.

Andrew echó la cabeza atrás apoyándola un momento en e respaldo.

—¿Por qué me metería en este embrollo?

—¿De qué lista habla? Si puedo preguntar.

—La duquesa de Greenwood ha confeccionado una lista d candidatas para casarse con su hijo. O sea, conmigo.

—Oh.

—Sí, «oh» lo define bastante bien.

—Espero que haya tenido en cuenta su opinión al redactarla.

—Sí, lo cierto es que le puse unas condiciones muy concretas y s ha atenido a ellas.

Ruby asintió sin decir nada y él la miró burlón.

—¿No va a preguntarme qué condiciones impuse?

—Puedo imaginarlas.

La sonrisa en el rostro de Andrew aumentó ostensiblemente.

—Lo cierto es que no creo que acertara. Mis condiciones fueron dos y muy claras: deben ser mujeres poco agraciadas y mayores de treinta años. También valoraría que necesitaran apoyo económico, de esa manera el compromiso también las beneficiaría.

Ruby, que bebía de nuevo de su copa, escupió el contenido de su boca sobre su vestido, tosiendo repetidamente. Andrew se apresuró a ayudarla ofreciéndole una servilleta sin disimular una sonrisa divertida.

—¿Se encuentra bien? —preguntó cuando ella dejó de toser.

La mujer lo miraba con las mejillas tan arreboladas que era imposible que no se diera cuenta de que esa descripción la contenía a ella. Pero Andrew la miraba expectante.

—¿Qué es lo que le ha sorprendido? No voy a casarme con una jovencita que podría encontrar el amor en otro hombre. Mi corazón pertenece por entero a mi esposa y no habrá mujer que pueda competir con su recuerdo.

—¿Y por eso necesita que sea pobre?

—No hace falta que sea pobre, pero algún aliciente ha de tener el matrimonio, ¿no cree?

Ruby sentía el vello de su cuerpo erizado y le costaba trabajo mantener la compostura.

—Está claro que no es lo que esperaba —dijo él llevándose la copa a los labios.

—No. Creía que sus peticiones serían otras.

—Adelante. Cuénteme qué pensaba. Tengo curiosidad.

—Pues… que sea de buena familia. Obviamente, hermosa. Lo bastante joven y alegre para que su compañía resulte estimulante, pero no tanto como para resultar demasiado frívola…

—¿Y de dónde ha sacado esas ideas?

—Eran las características de su anterior esposa. No la traté, pero todo el mundo dice que era hermosa por fuera y por dentro. Y está claro que era joven y alegre…

—No la conoció, pero eso no le ha impedido juzgarla.

—No pretendía juzgarla, tan solo…

—Mi esposa no era frívola en absoluto. Y sí, era hermosa por dentro y por fuera.

—Discúlpeme si algo de lo que he dicho lo ha molestado. Solo trataba de responder a su pregunta.

—¿Es usted de las que juzga a las otras mujeres comparándolas consigo misma?

Ruby sintió que la sangre abandonaba su rostro.

—En ningún caso me habría comparado…

—Y hace bien —la cortó tajante—. No sería inteligente por su parte.

Ella tragó saliva y dejó la copa sobre la mesilla.

—Lo tendré en cuenta. En lo sucesivo no haré comentario alguno sobre su esposa. Discúlpeme, señor conde.

Andrew sentía una rabia inexplicable. ¿Cómo se atrevía a insinuar que Claire no era absolutamente perfecta?

—Será mejor que me retire —dijo poniéndose de pie. Hizo una ligera genuflexión y se dirigió hacia la puerta sin que él la detuviera.

Andrew cerró de un portazo después de entrar en su cuarto y maldijo entre dientes prestando atención por si había despertado a Noah. Respiró aliviado al no escuchar el menor sonido y se apartó el pelo de la frente. ¿Quién se creía esa huérfana que era para juzgar a Claire? ¡Su Claire! La mujer más perfecta que hubiese existido. No era su belleza lo que más destacaba en ella, aunque sin duda era deslumbrantemente hermosa. ¡Era su corazón! La ternura que emanaba de ella. Su dulzura, su comprensión, su paciencia.

Respiró hondo y se acercó a la ventana para abrirla de par en par. Observó los árboles del jardín, que gracias a la luna se vislumbraban fantasmagóricos. Casi pudo escuchar su risa mientras se movía entre esos árboles. Una risa cantarina y suave… Entornó los ojos al ver la figura que deambulaba silenciosa. Se acercó más y vio que era Ruby. ¿Qué hacía paseando sola a esas horas?

La observó un buen rato. Caminaba con paso ligero, como si sus pies apenas tocaran el suelo. Se maldijo en silencio por haber sido tan desagradable con ella. No era necesario poner en evidencia su falta de atractivo, sabía que ella se tenía en baja estima y ni siquiera lo pensaba

de verdad. No creía que fuese una mujer fea. No tenía la belleza cálida de Claire o la brillante luminosidad de Heather, pero no era poco agraciada. Al contrario. Tenía un rostro hermoso dentro de su sencillez. A lo que se refería con que no sería inteligente compararse con Claire era al hecho de que eran mujeres demasiado distintas, con orígenes y vidas completamente distintas. Pero sabía cómo había sonado aquello. Había visto el efecto que le había causado.

Suspiró y se alejó de la ventana sintiéndose un desgraciado. ¿Qué le pasaba? Él no era un hombre cruel e insensible, podía comprender las dificultades a las que Ruby se había enfrentado en su vida. Se sentó en la cama y dejó escapar el aire con un bufido. Algo lo estaba removiendo por dentro. Había conseguido una esperada calma después de aquellos dos años torturándose por su pérdida. ¿Por qué de repente todo volvía a sacudirlo por dentro?

Se dejó caer hacia atrás y cerró los ojos unos segundos. La lista de su madre apareció frente a él como un enorme cielo que lo cubría todo. Aquellos nombres bailaban una danza perversa. Casarse. Casarse con alguien a quien no amaba. Con alguien que no era Claire. Su Claire. Se sentó de golpe con los dientes apretados. Eso era lo que lo estaba alterando, lo que había vuelto a traerle el recuerdo de sus días felices juntos para enseñarle lo que no iba a tener. Sintió un nudo en la garganta y se miró las manos vacías. Vacías de ella. De su piel, de su rostro. Gruñó como un animal herido y después de unos segundos de tensión se obligó a calmarse y borró de un plumazo aquellos pensamientos. Para un observador externo habría sido evidente su toma de control. Se desvistió y se metió en la cama dispuesto a dormir. Necesitaba dormir una noche entera. Y eso iba a hacer.

CAPÍTULO 7



A la mañana siguiente, cuando Ruby bajó, Andrew la esperaba en e vestíbulo con su traje de montar y la fusta en la mano.

—Los caballos nos esperan fuera —anunció haciéndole un gesto— Veo que el traje le queda bien.

Ruby se miró en el espejo del vestíbulo y le pareció sorprendente lo que un buen paño puede hacer. Sarah, la doncella principal se lo había llevado al ir a despertarla. Era un traje de montar que permitía hacerlo a horcajadas, una costumbre que algunas mujeres ya empezaban a utilizar con cierta asiduidad. Las Wharton llevaban años haciéndolo y ya nadie se sorprendía de ello.

—Tenemos que regresar antes de que Noah despierte —dijo saliendo delante de él.

—La señorita Bell se encargará de él si nos retrasamos.

Ruby se detuvo frente al caballo y miró su lomo como si fuese e borde de un acantilado y Andrew le hubiese pedido que saltase. La última vez que montó tenía quince años, lo que en su caso era media vida.

—¿La ayudo? —preguntó el conde acercándose a ella.

Su cercanía solo contribuyó a ponerla más nerviosa. Ruby trató de colocar el pie en el estribo, pero estaba demasiado alto y cada vez que lo alcanzaba perdía el equilibrio.

—Debería haber traído una banqueta, ha sido un despiste por m parte —dijo Andrew sin moverse de su lado y sin pedir permiso la cogió de la cintura y la levantó sin esfuerzo colocándola sobre el animal— Ahora pase la pierna al otro lado y sujete bien las riendas.

Ruby estaba tan colorada que sus ojos brillaban como dos luminarias. Cuanto más fingía que todo era normal, más evidenciaba su turbación. Andrew sonrió ligeramente sintiendo la cálida sensación que lo envolvía. Subió a su caballo con rapidez y lo guio despacio vigilando que ella lo seguía.

Avanzaron a paso tranquilo hacia Hyde Park. El sol apenas asomaba entre los árboles y los prados estaban aún húmedos por el rocío. Ruby respiraba acompasadamente, con la cadencia de los suaves movimientos del animal. Poco a poco se fue relajando, su cuerpo recordaba el modo de unirse a ese movimiento para que fuese fluido.

—¿Más tranquila? —preguntó Andrew.

Ella asintió sincera y sonrió.

Cuando entraron en el ancho sendero de Rotten Row ya estaban allí los más madrugadores, aunque no eran muchos. Él propuso trotar un poco, pero la mirada asustada de Ruby lo hizo desistir. Para un primer día después de quince años, el paseo tranquilo sería la mejor opción.

—Esta noche es el baile de los Satchell —dijo ella después de unas cuantas observaciones sobre la botánica del parque.

Andrew percibió cierta hilaridad en su voz y la miró inquisitivo.

—¿Se burla de mí?

—¡Dios me libre! —exclamó ella con demasiado ímpetu.

—No debería. Burlarse de la gente cuando están en clara desventaja puede crear animadversión en el otro. Nunca sabe uno cómo pueden reaccionar.

Ruby bajó la cabeza para esconder una sonrisa y Andrew soltó una carcajada.

—Yo también me reiría de mí si fuese usted. Esta noche mi madre me azuzará para que baile con las damas de su lista y, ¿qué voy a hacer? Yo solo me metí en este embrollo.

—¿Por qué aceptó su juego? La duquesa es una mujer muy razonable, no le habría obligado a…

—Lo hice por Noah —la interrumpió.

Ruby lo miró y cuando sus ojos se cruzaron, asintió.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiende —negó él—. Mi hijo no tiene la culpa de lo que le pasó a su madre. Él no eligió nacer y tampoco eligió que ella muriera pero lo cierto es que murió y tuve que sostenerlo en mis brazos mientras mi corazón se hacía pedazos.

Ruby entornó los ojos y su rostro se despojó de calidez.

—¿Lo culpa por ello?

Andrew no respondió enseguida. Dejó escapar el aire de sus pulmones observando el paisaje a su alrededor mientras su mente buscaba las palabras que estaban profundamente escondidas en su cerebro.

—Conscientemente no.

—Pero lo hace.

Él asintió con expresión dura.

—No puedo evitarlo.

—Claro que puede. Es solo un niño inocente, no merece…

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Es una cuestión de piel, Ruby. Cuando estoy con él solo puedo pensar en que ella no está, que nunca lo verá, que lo llevó en su vientre sin saber que ese era el único tiempo que nos quedaba juntos.

—Por eso lo evita.

—No lo evito.

—Oh, ya lo creo que sí. Por eso siempre está «ocupado».

—Siempre estoy ocupado. Trabajo mucho, Ruby.

—Sin embargo ha sacado tiempo para venir a montar conmigo.

La expresión de él mostraba claramente que lo había dejado sin argumentos.

—Su hijo lo necesita, no tiene a su madre, no puede privarlo de su padre.

—Por eso voy a casarme.

—¿Va a casarse escogiendo a su esposa de una lista?

—¿Se le ocurre otro modo mejor? Quiero a alguien que pueda cuidar de Noah y, quizá, darme otro hijo para que él no esté solo. No busco amor, solo una compañera agradable con la que poder convivir.

—Eso es muy injusto. ¿Qué pasa con ella?

Él se encogió de hombros.

—Por eso acepté la lista. Mi madre tuvo en cuenta lo que acabo de decirle y seleccionó a mujeres a las que el amor no les interesa. Mujeres que se casarían conmigo conscientes de que no voy a amarlas. ¿Le parece mal?

—Me parece… triste.

—¿Triste? ¿Por qué? Nadie sufrirá y todos obtendremos lo que buscamos: ella estabilidad y posición social y yo una mujer que se encargue de nuestros hijos.

—¿Y Noah?

—Noah tendrá una madre.

—¿Una mujer puede amar a su hijo sin amarlo a usted?

Andrew frunció el ceño confuso por aquella pregunta.

—¿Usted cree que no?

Ella apartó la mirada visiblemente incómoda.

—No lo sé.

—Ruby, yo amo a mi esposa, el hecho de que haya muerto no ha variado un ápice mi amor por ella. Mi corazón está lleno de Claire y no hay espacio para nadie más. Pero seré un buen esposo. Seré fiel y la trataré bien. Las damas de esa lista no van a casarse, sus circunstancias lo hacen del todo improbable…

—¿Por qué?

A Andrew le pareció que había cierta rabia en su mirada.

—¿Por qué?

—Sí, ¿por qué? ¿Por qué no va a casarse si no es con usted? ¿Están desahuciadas? ¿Son feas? ¿Viejas? ¿Por qué las han puesto en esa lista?

—Bueno… —Se rascó la nuca incómodo—. No son muy agraciadas… Y ya han cumplido los treinta años. Excepto la señora Hanlon, que es viuda.

—O sea, que han escogido para usted a mujeres feas y viejas o viudas. ¿Eso es lo que quiere?

—Yo no quiero nada, Ruby.

—Puede encontrar una esposa que lo ame.

—No quiero que me amen.

—¿Por qué? —lo miraba furiosa—. ¡Merece que lo amen!

Él no entendía aquella actitud y tampoco sabía cómo abordar el tema y menos en un lugar público.

—Debería bajar la voz, la gente me conoce.

—Perdón… —Ruby se mordió el labio y miró a su alrededor avergonzada—. Lo siento.

—¿Por qué se enfada tanto?

Ella miró sus manos, que sostenían las riendas con suavidad y su pulgar acarició el cuero mientras recuperaba la cordura.

—Usted dice que no puede amar a nadie, pero eso no significa que no haya nadie que pueda amarlo a usted. Y a... su hijo.

—¿Le parecería bien eso? ¿Que buscase una mujer que me amase sabiendo que nunca podrá ser correspondida?

—¿Por qué habría de decidirlo usted? —lo retó—. ¿Es que acaso ella no tiene nada que decir?

Andrew frunció el ceño, no estaba muy seguro de que estuviesen hablando de lo mismo.

—¿Usted aceptaría algo así? —la abordó sin recato—. ¿Se casaría con un hombre al que amase sabiendo que él no la amará jamás?

Le temblaron los labios, pero le sostuvo la mirada. Todo su cuerpo se puso tenso, sus manos se crisparon alrededor de las riendas.

—Sí. Lo haría.

CAPÍTULO 8



El baile en casa de los Satchell sería el primer desafío para Andrew tras aceptar el plan de su madre. En él estarían dos de los nombres de su lista: Imogen Knigge y Grace Hanlon.

La señorita Knigge era famosa por ser una «mariposa», una mujer de carácter voluble. Había tenido dos pretendientes y finalmente ninguno de los dos la había llevado al altar. Los dos caballeros habían manifestado públicamente que cambiaba demasiado de opinión y no les ofrecía la menor confianza. De eso ya había pasado mucho tiempo debía rondar los treinta y un años y su aspecto ya no era tan lozano como antes. Al parecer su mariposeo también había languidecido y ahora permanecía siempre en un segundo plano, mostrándose discreta y callada. Andrew la observó por encima de su copa con disimulo. Tenía el pelo rubio y un rostro bien formado. No le resultaba atractiva, había algo en su expresión que le producía rechazo, aunque por más que lo analizase no había nada que justificase ese sentimiento.

La señora Hanlon era otra cosa. Tenía veintinueve años y era viuda Se había casado con Robert Hanlon a la edad de veintidós años y cuando él contaba ya los cincuenta. Había sido un matrimonio corto solo había durado cuatro años y no había tenido fruto. Todo el mundo aseguraba que el pobre hombre ya no tenía nada que ofrecer, pues había pasado más de diez años aquejado de una dolencia, que finalmente le costó la vida. Ella había jurado y perjurado que no volvería a casarse jamás. Económicamente, no había quedado muy mal parada y la experiencia no parecía haberle gustado demasiado. Pero a juzgar por cómo lo miraba en ese momento, Andrew sospechaba que podría hacerla cambiar de opinión. Físicamente, le resultaba muy atractiva. Su pelo negro contrastaba con la blancura de su piel. Tenía unas bellas facciones y un cuerpo bien formado. También era lo bastante joven para darle un hijo.

—¿Es una de tus candidatas? —dijo Frederick acercándose a él.

Andrew lo miró enarcando una ceja.

—Lo sabe toda la familia —explicó su primo—. La abuela está entusiasmada con la idea. La tenías muy preocupada.

—¿Qué saben? —preguntó Cameron Dagnell acercándose a ellos.

Andrew miró a su amigo y sacudió la cabeza en señal de negación.

—No es asunto tuyo.

Dagnell miró a Frederick interrogador, pero el otro se encogió de hombros y se alejó de ellos para evitar meter la pata.

—Vamos, Andrew, somos amigos.

—No te metas.

El otro siguió su mirada hasta la señorita Hanlon y frunció el ceño.

—¿Estás… interesado en ella?

—Mmmm.

—¿Qué ha sido de aquello de «no me casaré nunca»?

Andrew suspiró y luego bebió un largo trago. Cameron miró hacia donde estaba la madre de su amigo y la vio charlando con Ava Vickars y Elizabeth Carmichael. Volvió a mirar a su amigo y frunció el ceño.

—¿Has aceptado que tu madre te busque esposa? —Miró a la señora Hanlon y luego de nuevo a Andrew—. ¿La viuda de Hanlon?

El otro bebió otro sorbo de su copa y no respondió. Dagnell miró a su alrededor.

—Veo por lo menos a tres opciones mejores. ¿Qué me dices de Amelia Gunning? ¿O Phoebe Thorne?

—Son muy jóvenes.

Su amigo lo miró sorprendido.

—¿Que sean jóvenes te parece algo malo?

—Sí.

—Entonces de que sean guapas, ni hablamos.

—La señora Hanlon es bastante guapa.

—¡Andrew!

—¿Qué? Tiene una belleza… peculiar.

—¿Qué me dices de Isabella James? —insistió su amigo que no parecía dispuesto a ceder—. Es joven, guapa e inteligente. Entera de cualidades.

—No quiero el conjunto perfecto.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Ya sabes por qué, Cameron. Me conoces lo suficiente. No voy a amar a nadie más que a Claire. No quiero casarme con una joven fantasiosa que crea que puede cambiar eso.

—¡Ah! ¡Entiendo! Pretendes casarte con alguien a quien le motive la misma causa interesada. Ya veo… ¡Qué inteligente tu madre! ¿Así es como te ha hecho cambiar de opinión?

Andrew lo miró enarcando una ceja.

—Piénsalo. Hasta hace poco defendías tu derecho a ser viudo el resto de tu vida. No aceptabas la posibilidad de volver a casarte bajo ninguna circunstancia. Y ahora, mírate, estás sopesando pedir la mano de la señora Hanlon. Tu madre lo ha hecho muy bien ofreciéndote lo que insistes en que quieres. Sospecho que cree que eso te hará darte cuenta de tu error.

Andrew siguió disfrutando de su copa y observando a los que bailaban en aquel salón. Era plenamente consciente de las artimañas de su madre y su abuela. En ningún momento lo habían engañado pero es que él tenía razón en sus argumentos. Noah necesitaba una madre y un hermano, a ser posible, varón. Él era el heredero al título de Duque de Greenwood, y tener solo un hijo sería demasiada presión sobre los hombros de Noah. Además, y esto no podía compartirlo con nadie, no se sentía cómodo con su hijo y temía que eso acabase repercutiendo en él. Si conseguía construir una familia a su alrededor aunque no estuviese basada en el amor…

—No me malinterpretes —dijo Cameron sacándolo de sus pensamientos—, me parece excelente que estés valorando la idea de casarte de nuevo…

Enmudeció al ver la expresión elocuente de su amigo.

—¿Me vas a dar un sermón precisamente tú? ¿Dónde está la señora Dagnell?

—La señora Dagnell está allí —señaló con el mentón hacia el rincón en el que su madre charlaba con su tía Harriet y Andrew sonrió sin poder evitarlo.

—Me han dicho que no fuiste muy amable con mi hermano.

—¿Yo? Me comporté muy bien, la verdad. A Benjamin se le fue un poco la cabeza con el tema, pero me mantuve bastante frío.

—Ahora que estamos solos, ¿qué opinas?

Su amigo lo miró ceñudo.

—¿Qué opino de qué?

—De los cartistas.

—No opino nada. Lo que dije.

—Ya.

—¿No me crees? —Bebió un sorbo de su copa mirando a su alrededor—. No tenemos veinte años, Andrew. Atrás quedaron los tiempos en los que queríamos cambiar el mundo.

El conde suspiró asintiendo.

—Eso me digo todos los días —murmuró. Enseguida le entregó la copa a su amigo y se estiró el chaleco—. Voy a bailar con la señora Hanlon.

Se alejó de él y Dagnell lo observó mientras se acercaba a la mujer y le pedía, con su habitual elegancia, que lo acompañase a la pista de baile. Cameron observó la sala y vio que la mayoría de jovencitas en edad casadera no perdían detalle de su amigo. Movió la cabeza con disgusto. Cualquiera de ellas sería mejor que la viuda de Hanlon, pero estaba claro que su opinión no contaba para nada.

—¿Estás segura de lo que haces, mamá? —Charlotte había llegado junto a su madre y siguió su mirada hasta ver que su hermano bailaba con la viuda Hanlon.

—Muy segura.

—¿Te gusta esa mujer para Andrew?

Katherine sonrió levemente y bajó un poco más el tono de voz.

—Esas listas se hacen sin incluir a la persona adecuada en ellas hija.

Charlotte miró a su madre, ceñuda.

—¿Le has dado una lista de no candidatas? ¿Él lo sabe?

—Si lo supiera no funcionaría. —Su madre la cogió del brazo y las dos se pasearon por la sala observando a los asistentes y saludando cuando eran observadas—. Tu hermano no quiere casarse.

—Lo sé bien. He discutido mucho con él.

—Y no cederá mientras crea que traiciona el recuerdo de su amada Claire.

—Lo sé también.

—El amor solo podrá alcanzarlo si lo hace en silencio. Si alguien intenta ir de frente, lo esquivará.

Charlotte abrió la boca sorprendida.

—¿En quién estás pensando? —preguntó cuando se recuperó de la sorpresa.

—No tengo una candidata, solo un perfil. Tiene que ser alguien paciente, inteligente, que no se amilane fácilmente. Con un corazón tierno, pero bien protegido.

Su hija la miró confusa.

—¿Por qué?

—Tu hermano no es una persona fácil. Ha crecido con el peso de la responsabilidad de un gran título. Su mujer, a la que adoraba, murió en sus brazos después de dar a luz a su hijo. Se siente culpable por su muerte, aunque no lo diga. Cree que no merece la felicidad que el amor puede ofrecerle y ha decidido castigarse por ello.

—Por eso es tan frío con Noah, lo sé.

Katherine suspiró y se detuvieron frente a los ventanales que daban al jardín. Hacía una noche preciosa.

—No permitiré que mi hijo se convierta en un amargado. Ni que mi nieto crezca sin un padre amoroso. Haré lo que haga falta para abrirle los ojos.

Charlotte la miró con una enorme sonrisa.

—¿Y la señora Hanlon va a ayudarte a eso?

Katherine la miró con expresión inocente y una sonrisa pícara.

—Entre otras.

CAPÍTULO 9



Ruby bordaba relajada, sentada junto a la ventana, cuando escuchó que un carruaje se detenía frente a la puerta de entrada. Tuvo que contener el impulso de levantarse para ver si era Andrew, que ya regresaba. No pretendía esperarlo despierta, pero era demasiado pronto.

—¿Quién va a ser sino él? —musitó nerviosa.

Se mordió el labio calculando mentalmente cuánto tendría que correr para llegar a las escaleras antes de que él entrara, pero no se movió. El corazón se le aceleró lentamente y su respiración se hizo densa, pero consiguió encontrar el modo de que su expresión no mostrase su agitación. Cuando la puerta del salón se abrió dio un imperceptible respingo y levantó la mirada de su bordado posándola sobre él. No había sido testigo de su partida, ya que estaba con el pequeño Noah, y tal vez por eso su presencia le provocó ese cosquilleo en los dedos y en el estómago. Llevaba un frac negro de corte impecable. Las solapas de seda brillante relucían perfectas. Lo llevaba desabotonado dejando ver el chaleco de seda color marfil y con bordados geométricos. Los ajustados pantalones marcaban los desarrollados músculos de sus piernas y a Ruby se le secó la garganta

—Buenas noches —saludó él aflojándose el corbatín—. Aún levantada…

Caminó hasta donde ella estaba y se dejó caer en la butaca frente a la suya.

—Parece cansado. Es temprano, no son ni las doce.

—Me agotan los bailes. Tener que estar sonriendo todo el tiempo y dar conversación a las damas…

Ruby siguió bordando mientras se esforzaba en contener su sonrisa.

—¿Le parece más agotador que dar conversación a caballeros?

—Muchísimo más. Con ellos puedo hablar de política. O de esgrima.

Cerró los ojos relajando el cuello hacia atrás, hasta que la cabeza se apoyó en el respaldo. Ruby aprovechó para repasar su rostro como si de un retrato se tratase. Era el hombre más guapo que hubiese visto jamás. Sus facciones eran tan perfectas como las de su madre, pero en un rostro muy masculino y anguloso, como el de su padre. Deslizó su mirada bajando por su cuerpo y deteniéndose en zonas del todo inapropiadas, sin poder resistirse. Cuando levantó la vista se topó con los azules ojos de Andrew que la miraba con una afilada expresión. Ella centró su atención en la labor fingiendo que todo estaba bien, aunque sus dedos temblaban tanto que apenas podía sostener la aguja.

—¿Le apetece una copita de jerez? Imagino que no ha bebido nada mientras estaba sola.

—Nnnn nnno —dijo trabándose un poco—. Quiero decir que no he tomado. Sssssí... me apetece.

Andrew se puso de pie, sirvió dos copas y le pasó una, notando el temblor de sus manos.

—He bailado, charlado y flirteado con dos de los nombres de la lista de mi madre —dijo sentándose de nuevo.

—Espero que esos nombres tuviesen oídos para escuchar y boca para responder.

Andrew torció una sonrisa.

—Tiene usted un humor muy ácido, Ruby, ¿se lo han dicho alguna vez?

—No. De hecho, no tengo el menor humor. —Dejó la copa sobre la mesilla y cogió la aguja—. A la única que le parezco graciosa es a Heather, y los dos sabemos que no es una espectadora objetiva.

—Pues yo estoy de acuerdo con mi prima.

A Ruby le caldeó el pecho escuchar que la llamase así, aunque siendo la esposa de Robert Wilmot, sí era su prima política oficialmente.

—¿Qué hace? —preguntó Andrew señalando el bordado.

Ella enganchó la aguja antes de desplegar la tela para mostrársela.

—¿Un abecedario? —se sorprendió él.

—Voy a enseñar a Noah a leer.

—¿Tan pronto?

—Lo haremos como un juego, no se dará ni cuenta de que está aprendiendo —dijo volviendo a coger la aguja—. Es un niño muy listo.

—Sale a su madre —musitó él.

Ella no dijo nada, pero habría querido contradecirle. Noah se parecía mucho a su padre y no era por lo mucho que lo veía.

—Había pensado llevarlo a visitar a sus otros abuelos, ¿le parece bien?

Andrew la miró sorprendido.

—¿Quiere ir a casa de los Holdway? ¿Con Noah?

Ruby asintió.

—Hemos ido a visitar a sus abuelos paternos, creo que lo justo es que visite también a los maternos, ¿no le parece?

Andrew frunció el ceño, pero después de unos segundos asintió.

—¿A qué vienen esas visitas? Mis padres lo ven siempre que quieren.

—Pero es bueno que él los visite también. Establecer buenas costumbres. Que se sienta cómodo en sus casas. Por lo que sé, no es usted de hacer visitas.

—No tengo tiempo de esas cosas. Y Noah es pequeño aún. La señorita Colbert opina que el aire de Londres es pernicioso para un niño y lo saca poco de casa.

—Ya.

Siguió bordando mientras Andrew esperaba una ampliación de contexto.

—¿No va a decir nada más? Ruby, soy político, me muevo bien en los discursos largos.

Ella sonrió sin poder evitarlo y su rostro cambió de un modo que él no pudo obviar.

—Está sonriendo —dijo con sorpresa.

Ruby no levantó la mirada del bordado, pero mantuvo el gesto.

—Háblame de usted —pidió llevándose la copa a los labios. Bebió un sorbo sin dejar de mirarla.

—Soy huérfana y maestra en el hogar de acogida Woodhouse.

—Eso ya lo sé. Háblame de usted, no de sus orígenes o de lo que hace.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Y qué quiere que le diga de mí? No tengo nada que contar.

—Todos tenemos algo que contar, ¿qué tontería es esa?

—Yo no —dijo burlona.

Andrew entornó los ojos.

—¿Se está riendo de mí?

—En absoluto.

—Ya estamos otra vez con esas dos palabras.

—Es la primera vez que las digo desde que me hizo ver que abusaba de ellas.

—Ya, pero se suman a las de entonces, así que para mí son repetidas.

—¿No podré usarlas nunca más sin que lo constate? —Seguía con aquella estúpida e incomprensible sonrisa.

—Probablemente no. ¿Y por qué no me mira cuando hablamos? No deja de prestar atención a ese estúpido bordado.

Ella levantó la mirada y la posó en él con expresión perpleja.

—¿Cómo quiere que borde si no veo lo que hago?

—Pues deje de bordar mientras yo le hablo, me gusta ver los ojos de mi interlocutor, es el único modo de saber lo que mis palabras producen en él.

Ruby apoyó las manos sobre la tela y recostó la espalda en la butaca mirándolo relajada.

—¿Así mejor? —preguntó.

—Mucho mejor, sí. Y ahora, háble me de usted. ¿Qué le gusta?

Ella indicó lo que tenía entre manos.

—Aparte de bordar y dibujar. Le gustarán más cosas, digo yo.

—Leer.

—Vale, leer. ¿Qué más?

—Nada más.

—¿Nada más? Veamos, ¿le gusta hablar?

Ella negó con la cabeza.

—¿No le gusta hablar? Pues ahora estamos hablando. ¿Significa que no está disfrutando de la conversación?

—Sí, estoy disfrutando. Aunque es un poco… extraña.

—¿Por qué es extraña?

—Porque parece más un interrogatorio que una conversación.

Él contuvo su sonrisa.

—Pero eso es porque usted no habla si no le pregunto.

—¿De qué quiere que hable? Dígame un tema y yo hablaré de ello dentro de mis posibilidades.

Andrew entornó los ojos.

—Háble me de sus planes. ¿Qué piensa hacer en el futuro?

—Lo mismo que he hecho siempre. Dar clases a niños huérfanos ayudar a la señora Woodhouse en todo lo que me sea posible y procura que el asilo funcione sin contratiempos.

—Pero eso es respecto al trabajo. Tendrá planes para usted. Algú deseo. ¿No quiere casarse?

Ruby sintió que el rubor la arrollaba sin remedio y no había mod de ocultarlo con él mirándola con fijeza.

—He sido un poco brusco, perdóneme, no debería haberl preguntado así. Lo que quería decir es si hay… alguien. Si está usted.. enamorada.

—Esa pregunta es muy… inapropiada. —Se colocó el pelo y fijó l mirada en un cuadro de la pared—. ¿Quién iba a…? Yo no…

—He visto cómo cuida de Noah, debería tener sus propios hijos,

El rubor aumentó unos cuantos grados más y a Ruby empezó costarle respirar. Andrew, en cambio, estaba disfrutando.

—Deje de hablarme de ese modo.

—¿De qué modo? —preguntó él intentando ocultar la sorpresa qu le producía que ella abordase el tema directamente. Lo normal era qu las mujeres disimulasen cuando se las colocaba en semejante situación.

—Me está poniendo en evidencia —dijo Ruby llevándose las mano a la cara para tratar de refrescar sus mejillas.

Cogió la copa de jerez y apuró el contenido que le quedaba, después la depositó de nuevo en la mesita y lo miró.

—Sabe perfectamente que me está haciendo sentir incómoda, y e precisamente por eso que lo hace, no lo niegue.

—No lo niego.

—¿Le resulta divertido incomodarme?

—Mucho —afirmó él—. Es usted tan sorprendentemente sincera que me resulta adictivo provocarla.

—Lo dice como si no fuese algo malo.

—¿Malo? Esta noche he bailado y hablado con dos damas que m
madre considera que serían buenas para mí y no he escuchado una sol
verdad salir de sus labios. Le aseguro que es muy refrescante saber qu
al regresar a casa estará usted esperándome.

Aquello provocó un escalofrío en Ruby.

—¿Y usted ha dicho alguna verdad? —preguntó dejando el bordad
sobre la cesta, para después colocarse bien la falda con disimulo.

—No creo que ellas quisieran escuchar la verdad.

—¿Cómo lo sabe? ¿No debería permitir que ellas decidieran por s
mismas?

—¿Cree que debería abordarlas exponiéndoles la situación como s
de un intercambio contractual se tratase?

—¿Acaso no es exactamente eso? ¿Por qué ha de fingir frente a ella
cuando pretende ser del todo claro en la intimidad? ¿No es mejor se
sincero desde el primer momento?

—No podemos ir por ahí diciendo la verdad de lo que pensamos sin
ponerle un filtro.

—Pero luego acusa a esas damas de hacer exactamente lo mism
que hace usted.

Él frunció el ceño molesto.

—No veo qué finalidad podría tener que finjan que no sé la edad
que tienen. Si eso me importase no me habría acercado a ellas.

—Pero es lo que todos esperan que hagan. Es como un baile d
máscaras en el que cada uno tiene un papel. Ellas no hacen más qu
cumplir con el suyo.

—Pues yo preferiría que se mostrasen tal y como son. Saben lo qu
está en juego y la sinceridad sería su mejor baza conmigo. Me gust
llamar a las cosas por su nombre, Ruby.

—Pero ellas lo desconocen porque usted también finge con ellas
Desde niñas las enseñaron a ocultarse, a ser invisibles y mostrar solo l
que los demás quieren ver. Las mujeres, señor conde, sin importar l
clase social, debemos ser invisibles a los ojos de todos.

—Usted no es invisible, la veo muy bien.

Lo dijo de un modo que le erizó el vello de los brazos. Ruby trag
saliva y recuperó la compostura.

—Mi posición aquí es completamente extraordinaria y eso me da cierta libertad para mostrarme sin subterfugios.

—Ahora entiendo por qué no ha querido que le pague un sueldo – dijo él torciendo una sonrisa—. Así está fuera de mi alcance.

Ahora fue el pelo de su nuca el que se erizó y Ruby tragó saliva consciente de que se movía en terreno peligroso por sus sentimientos hacia él. Sería muy fácil que acabara por percibirlos y no estaba preparada para ello.

—Me retiro ya —dijo poniéndose de pie.

Andrew se levantó también y al hacerlo quedaron demasiado cerca Ruby trató de dar un paso atrás, pero chocó contra la butaca. El corazón le latía tan fuerte que temía que fuese audible para él.

—Buenas noches —dijo apartándose con rapidez y cierta torpeza.

—Buenas noches, Ruby.

Ella echó a correr hacia las escaleras como si la persiguiese el mismo diablo. No se detuvo hasta estar dentro del cuarto. Se tiró sobre la cama, escondió la cabeza en las sábanas y pataleó de impotencia.

CAPÍTULO 10



Lady Holdway miraba a Noah con expresión tierna mientras Ruby lo sostenía sentado en sus rodillas.

—Está bastante crecido —comentó la mujer con admiración.

—A esta edad crecen muy rápido. —Ruby dudaba si preguntarlo pero ver la expresión de la mujer la decidió—. ¿Quiere cogerlo?

—Él no querrá. No me conoce.

Ruby se levantó con el niño y lo puso en sus rodillas. Noah la miró sin inmutarse y Lady Holdway lo acogió emocionada. Sus ojos se humedecieron al ver cómo él le cogía la manita.

—Eres un niño muy guapo. ¡Te pareces tanto a mi Claire!

A Ruby la conmovió su tristeza y dejó que abuela y nieto se conocieran sin intervenir. La abuela hizo que llevaran dulces y en una hora estaba corriendo por el salón delante de su nieto que trataba de pillarla riéndose a carcajadas por los gritos que daba la pobre mujer. Ruby se reía también y se alegró enormemente de haber llevado al niño para que viese a su abuela.

Después de sus juegos, Noah se sentó en el suelo con unos bloques de madera y Lady Holdway se dedicó a interrogar a Ruby sobre todo tipo de temas relacionados con el niño, como los horarios, cuál fue su primera palabra o cuál era su comida favorita. Después la mujer empezó a hablar de su hija y de que su esposo y su hijo no se llevaban muy bien con Andrew.

—No me dejan ir a visitar esa casa —confesó en tono bajo, como si temiera que alguien pudiese oírla—. Mi esposo es un hombre... severo y mi hijo ha salido a su padre. William no quería que su hija se casara con Andrew. No le parecía suficiente y eso que algún día será duque. Pero no tenía nada que ver con eso, la consideraba demasiado perfecta para cualquier hombre, le habría ocurrido con el mismísimo rey. En cuanto a mi hijo... Lewis y Andrew discutieron por una cuestión económica a los pocos meses de casarse con su hermana. Le pidió ayuda para un negocio y Andrew no quiso ofrecérsela. Después murió

su hermana y lo acusó de no haberla cuidado a ella tampoco. —Movió la cabeza con pesar—. Sé lo mucho que mi hija lo amaba y sé que él también la amaba a ella. Nunca he visto a un hombre tan devastado como lo vi a él en su funeral.

Ruby había escuchado con atención sin decir nada.

—¿Y no puede ver a Noah? —preguntó al ver que la mujer se quedaba pensativa mirando al niño.

—William opina que este niño es el causante de... —Miró a Ruby con expresión de horror—. Yo no lo pienso, por Dios, qué crueldad. Esta criatura es sangre de mi sangre, si mi hija viera...

—¿Cree que a su esposo le molestará que yo lo traiga?

Lady Holdway asintió despacio y Ruby se quedó pensativa.

—Vamos a pasear a *St. James's Park* a menudo, si usted quiere podría encontrarse con nosotros de manera casual. —Apretó los labios pensativa—. Pasado mañana, por ejemplo.

El rostro de Lady Holdway se iluminó.

—¿Le parecería bien si compro algo para él y se lo doy entonces? Así podría regalarle alguna cosa y que él supiera que su abuela...

Ruby sonrió abiertamente al tiempo que asentía al ver que se emocionaba. Se puso de pie y se inclinó para levantar a Noah del suelo.

—Debemos irnos ya —dijo cogiéndolo de la manita—. Dile adiós a la abuela, Noah.

El niño hizo lo que le pedía y Lady Holdway lo abrazó con lágrimas en los ojos.



El aire olía a flores aquella mañana de junio. Ruby caminaba despacio por el sendero de grava llevando a Noah de la mano, seguidos por Annie a corta distancia. El niño, con paso torpe y curioso se detenía constantemente atraído por un insecto, una piedra o un ave que olvidaba casi al instante. La niñera miró a su alrededor tratando de vislumbrar la figura de la señora Holdway en la distancia, pero ya llevaban media hora en el parque y la abuela de Noah no aparecía.

Se acercaron al lago y Annie sacó un mendrugo de pan para tirarl a los patos. Noah dio palmas entusiasmado con la idea y Ruby lo observó con una sonrisa, pero sin dejar de buscar a Lady Holdway cad cierto tiempo.

—¡Creí que no llegaba a tiempo! —dijo la mujer acercándose casi a la carrera, seguida de una oronda doncella que boqueaba en demand de aire para sus pulmones—. Mi hijo me ha entretenido y no he podid librarme de él hasta hace un momento. ¡Noah!

El niño fue hacia ella y la abrazó respondiendo a su gesto y la muje lo estrechó en sus brazos levantándolo del suelo. Annie miró a Rub que le hizo un gesto para que supiera que todo estaba bien.

—Sentémonos allí, ¿quieres, Noah? —preguntó la mujer señalando un banco—. La abuela es mayor y tú pesas mucho.

La siguieron y Ruby se sentó a su lado en el banco dejando qu sostuviera a Noah en su falda.

—Te he traído juguetes —dijo señalando a su doncella—. Mar sácalos para que los vea.

Durante la siguiente hora Noah estuvo al cuidado de su abuela qu disfrutó como una niña de la emoción que la embargaba. Ruby lo observó interviniendo lo menos posible, sabiendo que para Lad Holdway aquel era un momento importante. Estaba contraviniendo l opinión de su esposo y de su hijo, pero lo hacía para honrar la memori de su hija fallecida.

—Tiene los ojos de mi querida Claire… —dijo mientras Anni jugaba con el pequeño. Miró a Ruby con el corazón en los ojos— Gracias. No imagina lo que esto significa para mí.

Ruby asintió levemente.

—Vendremos todos los miércoles —dijo con complicidad.

—Si su abuelo pudiera verlo…

Ruby la miraba a ella y ella miraba al pequeño que se reía jugand con una pelota rellena de lana. Cuando llegó la hora de despedirse, l mujer volvió a agradecerle que la hubiese incluido en aquella salida y confirmó que estaría allí el siguiente miércoles, si no sucedía nad imprevisto. Annie tuvo que cargar hasta el coche con todo lo que l abuela de Noah había llevado para él y Ruby llevó a Noah, que parecí realmente contento.

CAPÍTULO 11



Junio se terminó y julio llegó con la noticia de que la señorita Colber no regresaría en dos días como tenía previsto. Ruby escuchó la explicación de Andrew con cierto nerviosismo, aunque en un lugar muy escondido de su cerebro también hubo un enorme regocijo al saber que seguiría conviviendo con él en aquella casa. Las noches se habían convertido en su momento más esperado del día. Pasaba las horas disfrutando de cada situación como si fuese un regalo. Acompañaba y educaba a Noah con todo el cariño y la profesionalidad que la caracterizaban, mientras su corazón se emocionaba al pensar en la cena, la conversación y la compañía. Pasar una hora con él todas las noches en aquel saloncito contiguo al comedor, era la experiencia más enriquecedora y emocionante de su vida. Era un hombre culto, siempre dispuesto a explicarle cualquier cosa que ella le preguntara. Pero también era ingenioso y divertido cuando se lo proponía. No la trataba con condescendencia y, si discutían, cosa que hacían a menudo respetaba sus opiniones aunque no fuesen versadas en el tema. Decía que su visión del mundo era muy lúcida y que, aunque desconociese cómo funcionaba la política, su perspectiva lo ayudaba a pensar con mayor claridad.

Andrew, por su parte, empezó a volver a casa para almorzar, en vez de ir al club o comer en la Cámara de los Lores, y después trabajaba en su despacho hasta la cena. Algunas tardes había salido al jardín a escuchar a Ruby jugando con Noah en el exterior y se había sentado a observarlos, mientras leía el periódico o tomaba notas para algún discurso.

—Me gusta mucho encontrarte aquí cuando vengo a ver a Noah —dijo Katherine sentándose junto a su hijo, con las mejillas sonrojadas por correr detrás de su nieto y una mirada brillante y satisfecha—. Antes no salías de la Cámara y solías quedarte a trabajar hasta tarde. Es un gran cambio.

—Faltan menos de dos meses para la clausura del año y tengo mucho trabajo pendiente —explicó él sin apartar la vista del periódico —. Aquí hay menos distracciones.

—Ya veo —dijo su madre mirando a Noah que estaba atento a la canción que Ruby le cantaba al tiempo que lo animaba a dar palmas— Está tan contento. Creo que no lo había visto nunca tan alegre.

Andrew levantó la cabeza del periódico y se fijó en la estampa Ruby de rodillas en el césped, sentada sobre sus talones, daba palmas y cantaba. Noah de pie frente a ella daba palmas también y doblaba las rodillas al compás de la cancioncilla. Su expresión era… feliz. Sintió una punzada en el pecho, pero no dijo nada y volvió a centrar su atención en el diario.

Su madre, que lo había observado con atención, miró ahora a Ruby y a Noah y lentamente sus cejas se elevaron con sorpresa.

—¡Cómo no me…! —enmudeció al instante y su hijo la miró interrogador.

—¿Qué ocurre?

—Nada, hijo, nada.

—Ibas a decir algo —insistió él.

—Nnnnno, ha sido una tontería. —Se puso de pie rápidamente y se dirigió adonde estaba su nieto.

Andrew la observó con el ceño fruncido y después de unos segundos se encogió de hombros y volvió a su lectura. Pero cada cierto tiempo, levantaba la vista y la fijaba en ellos. No podía dejar de pensar en lo bien que se le daba a Ruby lo que hacía.

Aquella noche, estaban cenando y Andrew le daba vueltas a algo en su cabeza.

—¿Va a poder quedarse hasta que la señorita Colbert regrese? —preguntó al fin—. No quiero alterar su vida con mis problemas.

Ruby pensó en decirle que no tenía vida y que nadie la esperaba en ninguna parte, pero habría sido falso e injusto en gran medida. En el orfanato Woodhouse todos la querían mucho, los niños y también las empleadas. Además, Elinor siempre la había tratado con cercanía y cariño y Matilda se había comportado como una hermana con ella. Negó con la cabeza para deshacerse de esos pensamientos.

—¿No podrá? —malinterpretó Andrew—. Lo entiendo, usted tiene sus planes y…

—¡Oh, no, no! Quiero decir, sí, puedo quedarme. Puedo quedarme todo el tiempo que haga falta. No les… no dejaré a Noah hasta que regrese la señorita Colbert.

Andrew no pudo contener la sonrisa de alivio y siguió comiendo con mejor ánimo.

—Mañana es la exhibición anual de los alumnos de la escuela de mi tía Harriet. ¿Ha asistido alguna vez?

Ruby negó con la cabeza. Había oído hablar mucho de esos alumnos a los que entrenaban en artes marciales y otras habilidades físicas, pero nunca había presenciado una exhibición.

—Pues estoy seguro de que lo disfrutará mucho.

Ruby lo miró interrogadora.

—¿Quiere que vaya?

—Por supuesto. Estoy seguro de que a Noah le encantará. Hasta ahora era demasiado pequeño para disfrutarlo.

La niñera asintió y luego se llevó un pedacito de pastel de carne a la boca.

—Mi madre se ha encargado de que las damas de su lista estén presentes en ese evento —siguió Andrew—. Ella es la que me aconsejó que lleve a Noah para ver cómo reaccionan al verlo. Así que usted será la encargada de evaluarlas.

Ruby lo miró sorprendida.

—¿Quiere que yo le dé un informe sobre su comportamiento con el niño?

Andrew asintió despacio.

—Es muy probable que yo no esté presente cuando ese encuentro se produzca. Benjamin participa en el evento y soy su asistente.

—¿Qué?

Andrew soltó una carcajada.

—¿Por qué se sorprende tanto? Todos hemos pasado por esa escuela.

—¿Todos?

Él asintió sonriente.

—Yo fui profesor hasta los veintitrés. Tía Harriet es muy convincente, se lo aseguro.

Ruby conocía a su tía y sabía perfectamente que era capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa.

—Este es el último año de Benjamin y participará con sus alumnos.

—Matilda usa el jō perfectamente —explicó Ruby—, pero no quiere enseñar a los niños. Y Hannah no sabe usarlo.

—Cada uno se ha especializado en una disciplina distinta. Solo Robert y yo aprendimos todas las técnicas. Quizá porque somos los mayores.

Ruby se quedó un momento pensativa y Andrew la observó con disimulo esperando algún comentario.

—¿Algo le preocupa? —preguntó al fin.

—No. Estaba... pensando. Trataba de imaginar cómo debe ser pertenecer a una familia como la suya. Tan grande. —Sonrió con timidez—. Es algo en lo que he pensado a menudo a lo largo de mi vida. Me crie en dos orfanatos y siempre he estado rodeada de niños, pero... no es lo mismo.

—¿Por qué no se ha casado? —Hizo un gesto con la mano al ver su expresión—. No me malinterprete, lo que quiero decir... Es evidente que le gustan los niños. ¿Formar su propia familia nunca ha sido una prioridad?

—¿Cree que eso importa? —preguntó con una sonrisa cínica—. Que sea una prioridad para mí, ¿cree que a alguien le importa? Soy huérfana, no tengo familia, ni dinero, ni posición, ni belleza.

—¿No ha tenido... proposiciones? —preguntó mirándola con fijeza.

Ella negó con la cabeza y movió la comida de su plato con expresión distraída. Andrew entornó los ojos y a punto estuvo de decir algo que le rondaba desde hacía varios días, pero se contuvo.

—¿Conoce a las damas de la lista de mi madre?

Ruby lo miró extrañada de semejante pregunta.

—No.

—Mañana las conocerá. ¿Me dará su opinión sobre ellas?

—¿Mi opinión?

Andrew suspiró y se recostó en el respaldo de la silla en actitud relajada.

—Tiene usted una percepción especial en cuanto a la personalidad de los demás. La he visto tratar a los criados y cómo es sutilmente distinta con cada uno. También hacía eso con Heather, conmigo o con cualquier otro con el que se relacione. No es que se transforme, pero tiene una capacidad única para vincularse con los demás desde posiciones distintas.

—Yo no hago eso.

—Sí lo hace.

—No —insistió rotunda.

—No le gusta que la vean.

Lo miró de nuevo confusa.

—Le gusta pasar desapercibida. Ser la persona en la que nadie repara, de ese modo puede observar sin que nadie se percate. Al menos es lo que usted se cree.

Ruby cogió la copa y se la llevó a los labios eludiendo su mirada. Andrew, por su parte sonreía sin disimulo.

—¿Qué opina del matrimonio, Ruby? —preguntó directamente.

La niñera lo miró consciente de que se estaba divirtiendo a su costa.

—Es una institución muy loable —dijo dispuesta a no caer en su trampa.

—¿Cree que es importante el amor en dicha unión?

—Diría que es un factor a tener en cuenta, pero no es imprescindible.

—¿Podría ampliar su explicación? —pidió él vertiendo un poco más de agua en sus copas.

—El matrimonio es un contrato para toda la vida y el amor podría no alargarse lo necesario. Así que el amor debería ser un factor, pero no el único.

—¿Qué otros argumentos añadiría para escoger a un marido para usted?

Ruby lo pensó un momento antes de hablar.

—Pues... En mi caso sería importante que fuese culto, que tuviese una conversación que me resultase interesante. Que le gustase caminar por supuesto. Que estuviese cómodo permaneciendo en silencio a mi lado.

Andrew esperó hasta estar seguro de que había terminado.

—¿No dice nada de su aspecto físico?

—No lo considero relevante.

—Ya veo.

—¿Por qué me hace estas preguntas? —Dobló la servilleta antes de dejarla sobre la mesa.

—Ya le he dicho que confío en su inteligencia.

—No. Ha dicho que confía en mi percepción para juzgar a los demás.

—Es usted muy exigente, Ruby.

—¿Exigente por qué?

—Porque no deja lugar a la ambigüedad. Debo ser exacto en mis apreciaciones.

—Es un tema importante, no valen aquí las ambigüedades.

Andrew sonrió satisfecho y ambos se levantaron para abandonar el comedor y pasar al salón. Ruby fue directamente hacia el sillón y se sentó. La cesta con su labor estaba debidamente colocada a su lado y sacó el bordado que ya estaba prácticamente terminado. Quedaba por rematar la filigrana de la última letra. Andrew sirvió la copita de jerez como todas las noches y se la entregó antes de sentarse frente a ella.

—Desde afuera, cualquiera pensaría que somos un matrimonio ¿no le parece, Ruby?

Ella sintió que se ruborizaba y evitó levantar la vista para no ver la sonrisa que seguro mostraría su rostro. Andrew cogió el libro que descansaba sobre la mesita a su lado y se dispuso a leer mientras ella bordaba. Un agradable silencio los envolvió y ninguno se sintió obligado a quebrantarlo.

CAPÍTULO 12



La finca de los Burford estaba preparada para las pruebas que los alumnos de la escuela de Harriet iban a realizar. Ruby se situó con Noah en un lugar estratégico para que el niño pudiese disfrutar de los eventos sin peligro, pero sin perder detalle.

Clementine fue la encargada de empezar la exhibición. Ruby sintió una punzada de envidia al ver su pelo rojo y rizado ondeando al viento en una coleta que había atado con un lazo. Vestida como un hombre, a igual que el resto de las mujeres que participaban en la exhibición, su esbelto cuerpo revelaba sus curvas sin artificio. Dos hombres sentados en el suelo tocaban una especie de tambor marcando cada movimiento del jō. Era precisa y muy elegante, y en su fuerza se percibía que aquello no era una simple danza, sino que con esos movimientos podría hacer mucho daño a un posible enemigo. A continuación cogió el arco y se subió a su caballo con gran agilidad. Allí no podía galopar con soltura, así que se limitó a disparar a la diana mientras el caballo se movía con libertad de un lado a otro.

Después de Clementine, Benjamin presentó a sus alumnos cuyos padres estaban presentes. Noah disfrutó enormemente y daba palmas con entusiasmo al finalizar cada una de las pruebas. Algunos de los niños tuvieron pequeños traspiés, pero en general las cosas salieron como esperaban y todos los asistentes quedaron satisfechos. A finalizar, pudieron saborear platos fríos que estaban dispuestos en largas mesas ubicadas bajo techo junto a la casa. Y en una de esas mesas estaban Ruby y Noah cuando se acercó la señorita Knigge acompañada por Lady Holdway.

—Abuela —dijo el niño en cuanto vio a la mujer y le echó los brazos para que lo cogiera.

—¡Oh! Mi precioso niño. —Se inclinó para abrazarlo y lo levantó del suelo.

—¿Es su nieto, Lady Holdway? ¡Qué encanto de criatura! Eres igualito que tu padre, pequeño, tienes el porte de un duque.

Se rio a carcajadas y luego miró a Ruby despojándose de toda hilaridad.

—¿Tú eres su niñera? —preguntó mirándola de arriba abajo— Creía que era una señora de más edad.

—Ruby es encantadora y Noah la adora —explicó Lady Holdway rápidamente.

—Ya veo.

Ruby miró por primera vez con atención a la señorita Knigge y decidió que no le gustaba. No era su aspecto físico, del todo anodino era su mirada y el modo en el que rozaba a Noah con indolencia, como si temiera que pudiera manchar sus delicados guantes.

Noah empezó entonces a parlotear con su desparpajo habitual desde que estaba con Ruby y le preguntó a su abuela si le había traído algún regalo. La mujer se rio a carcajadas y mencionó que los tenía preparados para llevárselos el siguiente miércoles al parque de St James's.

—Veo que se ven a menudo —dijo la señorita Knigge—. El niño la adora, Lady Holdway. Sé lo mucho que se preocupa su padre por él siempre que hablamos, el niño sale en la conversación, pero creo que los hombres no saben lo que más les conviene a sus hijos, ¿no está de acuerdo conmigo? Este niño necesita un entorno apropiado, una escuela, un internado. Estoy segura de que su madre pensaría lo mismo que yo, ¿verdad, Lady Holdway?

El modo en que lo dijo hizo que una ceja de Ruby se elevara ligeramente en un gesto apenas perceptible. La abuela de Noah estaba demasiado ocupada con él para prestarle atención, el niño se había interesado por una piedra y Lady Holdway no tuvo más remedio que dejar que la cogiera. La señorita Knigge se centró en ella cuando se quedaron solas, afinando aún más su mirada.

—¿Y usted de dónde ha salido, si me permite preguntárselo?

Ruby tensó su espalda levemente, pero trató de sonar lo más afable posible.

—Soy maestra en el hogar de acogida Woodhouse.

—¡Ah! Esos niños…

El modo en que lo dijo dibujó una pequeña arruga en el entrecejo de Ruby.

—Señorita Knigge… —La señora Hanlon se había acercado sin que ninguna de las dos se percatase y las miraba con curiosidad—. ¿Es usted la niñera de Noah Greenwood?

Ruby la saludó convenientemente y después asintió, pero fue la señorita Knigge la que respondió por ella.

—Me estaba contando que es maestra en el orfanato de Laringston.

—¡Oh! ¿Qué me dices?

Las dos mujeres la miraban como si tuviera la cara pintada de hollín. Ruby a punto estuvo de comprobarlo con su mano.

—¿Y cómo acabó allí? Tengo entendido que la mayoría de maestras son huérfanas que crecieron allí mismo —afirmó la señora Hanlon— ¿Es usted huérfana?

Ruby asintió sintiendo el habitual frío que la envolvía cuando estaba en situaciones que la ponían incómoda.

—¿Y cómo es que es usted niñera de Noah? No me creo que el Conde de Aveldon acepte en su casa a una simple huérfana para que cuide de su primogénito —añadió la señora Hanlon con expresión anonadada.

—Señora Hanlon, señorita Knigge…

Ana Vickars y Elizabeth Carmichael llegaron cogidas del brazo y saludaron a las allí presentes antes de mirar a Ruby. La señorita Vickars era una joven robusta y de ademanes poco femeninos. Tenía un rostro peculiar, su nariz era demasiado grande y atraía la atención inevitablemente, pero sus vivarachos ojos tenían una expresión amable que Ruby agradeció. Elizabeth Carmichael, en cambio, era muy femenina, aunque excesivamente delicada. Sus ademanes eran lentos y tenía una clara marca en su nariz que denotaba que usaba alguna clase de lentes. Eso junto a sus evidentes ojeras le dijo a Ruby que tenía gran afición por la lectura. En ese momento parecía un animalillo asustado y Ruby pensó que si la otra no la tuviese cogida del brazo, probablemente ya habría huido de aquella celebración. Sintió una instantánea simpatía por ambas, al contrario de lo que le ocurría con las otras dos.

—La señorita nos explicaba cómo es que el señor Greenwood la ha contratado siendo una simple maestra del hogar de acogida Woodhouse para cuidar de su hijo —explicó la señorita Knigge.

—La dueña del orfanato es la tía del señor Greenwood —dijo la señorita Vickars como si eso lo explicase todo y después sonrió a Ruby —. Imagino que tiene usted mucha práctica con niños. ¿Lleva mucho tiempo siendo maestra?

—Sí. En realidad…

—Ella es huérfana también —se adelantó la señora Hanlon como si eso respondiese a todas las preguntas.

La señorita Hanlon siguió mirándola con la misma sonrisa afable.

—Entonces sabrá cómo cuidar de Noah.

—¿No creen que es demasiado joven para esta tarea? —intervino la señorita Knigge—. Al fin y al cabo el conde es un hombre viudo.

—No sé si es muy habitual que haya venido con su niñera y su hijo a un evento social de estas características —dijo la señora Hanlon en tono bajo, como si estuviese contando algo que no fuese evidente para todos los presentes—. Pero, desde luego, no me parece nada apropiado.

—Si quería que su hijo asistiera, su niñera era imprescindible —dijo la señorita Vickars—. ¿O querían que lo trajese él en brazos?

—Me refiero al hecho de que convivan en la misma casa. Ella no tiene familia que pueda llamarla al orden —insistió la señora Hanlon.

Ruby empalideció y apretó los labios para no dejar escapar las palabras que pugnaban por salir de su garganta.

—Estoy segura de que al conde le encantará saber su opinión a respecto —dijo la señorita Vickars con una pérfida sonrisa— Pregúntele a él directamente, por favor, me encantará escuchar su respuesta. ¿Dónde está Noah, por cierto? Me gustaría saludarle.

—Está con su abuela —dijo Ruby señalando hacia el parterre que Noah se afanaba en pisar, mientras Lady Holdway trataba de impedírselo sin parar de reír.

—Nosotras ya lo hemos visto —dijo la señorita Knigge—, vayan ustedes.

Ruby temió que la dejaran sola con aquellas dos damas, pero la señorita Vickars le hizo un gesto con la mano bastante elocuente.

—Usted debería acompañarnos —dijo interponiéndose entre las otras dos damas y Ruby—. El niño tiene los pies llenos de tierra y no me gustaría que ensuciase mi precioso vestido. Por lo que veo, la señora Holdway no tiene mucho control sobre él.

El modo en que lo había presentado no dejaba opciones para una negativa y Ruby tuvo que contener una sonrisa al acompañarla.

—¿Se puede saber qué hace, madre?

La señorita Vickars se detuvo al ver al hijo de Lady Holdway sujetarla del brazo con muy malos modos.

—Si padre la ve con ese crío se pondrá furioso —masculló irritado.

—Este niño es mi nieto.

—¡No diga eso! —exclamó contenido.

—Es la verdad.

Ruby se acercó presurosa y cogió a Noah en brazos apartándolo de allí para que no presenciara una situación tan bochornosa.

—Vamos, madre, venga conmigo.

—Lewis Holdway es un cretino —musitó la señorita Vickars con expresión de desagrado.

—Una vez lo vi dejar un libro en un charco —dijo la señorita Carmichael con cara de repugnancia—. Yo lo cogí, por supuesto, y después de tratarlo como merecía ahora forma parte de mi biblioteca.

Ruby creyó que Lady Vickars iba a decir algo, pero solo miró a su amiga enarcando una ceja. Se giró y vio que Andrew estaba con la señora Hanlon y la señorita Knigge. Él miraba a Noah en sus brazos y su rostro estaba muy serio, mientras escuchaba el parloteo incesante de la viuda. La niñera se acercó despacio preocupada por lo que él estaría pensando después de aquella escena. Sabía que no aprobaba que hubiese ido a visitar a Lady Holdway y no había mencionado que se encontraban los miércoles en el parque. No era su intención ocultárselo, podía escuchar a Noah hablando de ello cada vez que regresaban o cuando jugaba con alguno de los juguetes que su abuela le proporcionaba. Simplemente, no se lo había comunicado expresamente.

—…con el servicio. Mi madre siempre me lo decía y cuando me case lo tuve muy claro.

Al pasar junto a ellos, Ruby hizo una inclinación cortés dispuesta a seguir su camino, pero Andrew la detuvo y cogió a su hijo de sus brazos y lo alzó por encima de su cabeza colocándolo sobre sus hombros. Las dos damas abrieron los ojos sorprendidas por semejante

comportamiento, pero el conde no pareció percatarse. Ruby, por su parte, sintió que el corazón se le aceleraba irremediablemente.

—Acompáñeme a ver a mi tía —pidió Andrew haciéndole un gesto significativo.

Ruby saludó cortésmente a las damas y se apresuró a seguirlo.

CAPÍTULO 13

Tras el almuerzo, Ruby llevó a Noah a una de las habitaciones de primer piso y se quedó con él hasta que se durmió. El servicio tenía trabajo atendiendo el almuerzo de sus señores y los invitados que se habían quedado a la comida. Salió de la habitación y deambuló un poco por la casa. El edificio era impresionante, y Ruby se distrajo admirando su arquitectura y los cuadros en el pasillo, hasta que llegó al final del corredor. La puerta estaba abierta y no pudo evitar la tentación de entrar en aquel enorme y precioso salón que la dejó sin habla, era exactamente como Heather se lo había descrito. Había estado antes en casa de los Burford, una vez hacía años, pero no había tenido ocasión de verlo con sus propios ojos. En la pared principal, apoyado en un pedestal, había un mascarón de proa que representaba a una sirena de escamas azules y larga melena que cubría sus pechos desnudos. Ruby se acercó sin perder el menor detalle. Debía medir dos metros, por lo menos, y era de una talla exquisita. ¿Qué hacía un mascarón de proa en un salón como aquel? —se preguntó desconcertada—. Observó después el resto de objetos y utensilios que allí había. Mapas y cartas náuticas en las paredes, sextantes, brújulas, astrolabios... Algunos estaban en vitrinas, otros colocados en diferentes superficies. Había maquetas de barcos de un realismo asombroso, enormes conchas marinas, corales preciosos y estrellas de mar disecadas. Había hasta un caparazón de tortuga colgado de la pared.

Paseó sin perder detalle y se detuvo frente a un grupo de sables y dagas colgadas sobre la chimenea apagada. Aquellas afiladas hojas le provocaron un escalofrío. En otra pared había un grupo de pistolas de chispa, e incluso un pequeño cañón de abordaje situado en un rincón detrás de un sillón. Estaba maravillada y estupefacta. Todos aquellos objetos pertenecían a algún barco y se preguntaba por qué alguien querría tenerlos dentro de casa. Cofres de madera reforzados con hierro, sillas con respaldo en forma de rueda de timón... ¡Una campana!

—Sí, es raro. La primera vez que lo ven, siempre ponen esa cara.

Ruby se giró sorprendida hacia el lugar del que provenía la voz y se topó con Clementine que estaba tumbada en el sofá y sostenía una carta en las manos.

—Hola, Ruby —saludó la joven incorporándose y bajando los pies al suelo.

—¿No estás almorzando?

—No tengo hambre y quería leer esta carta cuanto antes —dijo la joven haciéndole gestos para que se acercase.

Ruby se acercó y aceptó el ofrecimiento de la joven que le indicaba que se sentase.

—Hace tiempo leí la correspondencia del pobre Duque de Braxton —Al ver la expresión de la niñera comprendió que necesitaba contexto —. Suelo rebuscar en las cosas de la gente cuando se mueren.

—¿Qué?

Clementine se apartó uno de sus rojos rizos que se empeñaba en caer sobre su ojo izquierdo y bufó antes de seguir.

—No es que me cuele en sus casas a hurtadillas, pido permiso a la familia. La gente ya me conoce en Londres y casi siempre me dicen que sí. A casi nadie le interesan las cosas de sus padres o abuelos que no valen dinero. Salvo algunas excepciones. Como la señorita Ashton Cuando murió Poppy y le pedí si me dejaba ver sus cosas, Caitlin Ashton se mostró muy ofendida de que quisiera «hurgar en algo tan privado», pero me invitó a té y galletas y pasamos la tarde hablando de Poppy. Al final me dejó ver sus cosas estando ella delante y fue muy sorprendente. ¿Sabías que estuvo a punto de casarse, pero su prometido murió?

Ruby no estaba muy segura de estar siguiendo la conversación debidamente, pero negó con la cabeza porque no tenía idea de lo que le hablaba.

—La cuestión… —Clementine golpeó suavemente la carta que sostenía—. Cuando estuve en casa de los Braxton encontré esta carta.. Heather me dijo que fuese a visitar a Duncan MacDonald. Y así lo hice pero no se mostró muy colaborador.

—¿Heather…? ¿Cuándo?

—Oh, hace tiempo, el verano pasado cuando estuvo aquí. Antes de casarse con el primo Robert.

—¿Llevas un año con esto?

Clementine asintió.

—Normalmente no les dedico tanto tiempo, porque se resuelven solos.

—¿El qué se resuelve?

—El misterio.

—¿Qué misterio? —Ruby se sentía completamente estúpida, pero no conseguía seguirle el ritmo.

Clementine cogió aire impaciente y lo dejó salir en un sonoro suspiro.

—La gente esconde cosas.

—¿Que la gente...? ¿Indagas en los asuntos privados de los muertos?

La hija de los Burford frunció el ceño con expresión pensativa y finalmente asintió.

—Sí, podría decirse así.

—¿Podría decirse así? ¿Hay otro modo en el que se pueda decir?

—Busco tesoros.

—¿Qué?

—Llevo toda mi vida queriendo encontrar un tesoro. No sabes las historias que cuenta mi padre de cuando era... capitán de un barco —dijo corrigiéndose a tiempo. Lo de pirata era solo para la familia más cercana—. Todo esto es suyo. Ni te imaginas las aventuras que vivió de joven. Yo quiero vivir aventuras también.

—Pero eres una mujer, no puedes vivir aventuras. —Miró el mascarón de proa al fondo de la sala y luego volvió a mirarla a ella—. A menos no como estas.

—Lo sé. No puedo capitanear un barco y surcar los mares con mi tripulación. Y tampoco puedo viajar a Oriente, como hicieron el tío Alexander y el tío William.

—¿Por eso rebuscas entre las cosas de la gente muerta?

Clementine asintió.

—Pero... ¿Qué esperas encontrar?

—Pues... secretos. El plano de un tesoro escondido. Documentación de un hecho histórico, cartas de un amor prohibido... La gente no lo cuenta todo, se guardan muchas cosas interesantes de sus vidas. ¿Sabes lo que significa *ionmhas falaichte*? —Ruby negó con la cabeza—. Era una frase que encontré en una de las cartas del Duque de Braxton a Bhattair MacDonald. ¡Significa tesoro escondido! Al parecer, un antepasado del duque, de nombre John Braxton, hizo negocios oscuros con Alasdair MacDonald y ambos escondieron un tesoro que compartían.

La niñera frunció el ceño.

—¿MacDonald? ¿Te refieres a...?

—Sí, la familia de la tía Bonnie. Por eso hablé con Duncan MacDonald, su hermano. Me lo aconsejó Heather, incluso intercedió para que me recibiese en su casa. Fue muy amable, pero esquivo. Por eso me sorprendió tanto recibir una nota de su esposa, en la que me invitaba a tomar el té en su casa. —Agitó la carta en su mano—. Me dio esta carta de Alasdair MacDonald a John Braxton. Y es de lo más interesante. No es que hable de ningún tesoro, ni en gaélico ni en ningún idioma, pero da a entender que debían reunirse para hablar de «eso» en persona y sin intermediarios. Y Alice, la esposa de Duncan dice que sí se reunieron, que el duque fue hasta Lanerburgh y pasó una semana en el castillo de los MacDonald, porque así lo había leído su esposo en el libro de la familia. Ya sabes, uno de esos libros en los que la gente anota los nacimientos y fallecimientos de cada miembro. Pues ahí anotó Alasdair MacDonald la visita del «noble inglés».

Ruby la miraba como si le estuviese hablando en algún idioma extraño e incomprensible. Le maravillaba la gente que era capaz de hablar tanto sin interrupción. Heather era así también. No, Heather era mucho peor que Clementine. Miró sus rizos rojos y frunció el ceño preguntándose si tendría algo que ver con eso.

—... y pensé ir a Escocia, a Auchencrow, a ver a la madre de Bonnie. Pero Alice me dijo que todo se quemó, que el despacho de Bhattair quedó totalmente destruido y no se salvó nada, así que no quedan

documentos ni el libro familiar siquiera. Heather se ofreció a hablar con la señora Morrison, la madre de Bonnie, cuando la viese. Pero no me ha escrito, así que no debió averiguar nada.

Ruby vio su expresión decepcionada y sonrió con ternura. Las diminutas pecas alrededor de su nariz le daban un aspecto infantil y adorable a su inquieta mirada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Clementine, ajena a sus pensamientos.

—Noah está durmiendo la siesta y me aventuré a ver vuestra magnífica casa. Espero no haber hecho nada indebido.

—¡Oh, no! Puedes husmear todo lo que quieras, no seré yo la que te critique. Me encanta colarme en las habitaciones de las casas a las que voy. Lo hago siempre. A veces con resultados no deseados. —Se rio contenida y bajó el tono—. Una vez encontré a una dama, de la que no diré el nombre, pero es más que condesa y menos que marquesa fumándose un puro a escondidas. Había tanto humo a su alrededor que me costó averiguar quién era. Después se roció de perfume para que no lo detectaran y no sabes lo que costaba respirar a su lado.

Ruby sonrió sin poder contenerse.

—Tendré cuidado con husmear, entonces —dijo fingiendo seriedad —, no querría meterme en líos por descubrir cosas tan terribles como esa.

Clementine se puso de pie y se llevó la mano a la barriga.

—Ahora tengo hambre. Y seguro que ya han acabado de almorzar. Iré a la cocina y le pediré a la señora Ramsay que me dé un poco de lo que haya sobrado —dijo caminando hacia la puerta—. Ya está acostumbrada.

La joven desapareció sin más y Ruby suspiró antes de poner su atención de nuevo en los objetos de aquella sala. Se levantó para acercarse a una figura de madera, colocada sobre un pedestal en un rincón de la sala. Era pequeña, no más alta que Noah, de madera negra como si estar a la intemperie hubiese oscurecido el tronco en el que fue tallada. Los ojos brillaban con un fulgor húmedo, piezas de nácar incrustadas que reflejaban la luz que entraba por la ventana. Su rostro era grotesco, tenía la boca abierta en un gesto que podía ser risa o llanto y le dieron escalofríos.

—Mi tío lo llama Pakúa —dijo Andrew detrás de ella—. Lo trajo de un puerto remoto del Pacífico.

Ruby siguió mirando la figura con atención.

—¿Qué es ese brillo en la superficie? —preguntó haciendo además de tocarlo.

Andrew detuvo su mano al instante y Ruby sintió que se le erizaba el vello de todo el cuerpo al sentir el contacto de aquellos dedos.

—Según una leyenda suda agua salada antes de una tormenta —dijo él con voz suave al tiempo que dejaba su mano con un movimiento lento.

Ruby lo sentía muy cerca de su espalda y el calor que emanaba de él traspasaba la fina tela de su vestido de verano.

—¿Sssuda? —titubeó sin girarse.

—Acérquese y aspire el olor, verá que huele a mar.

Ruby hizo lo que él decía y percibió un ligero aroma salado con una mezcla especiada. Se incorporó de nuevo y miró la figura desconcertada. Se giró hacia él y lo miró interrogadora.

—¿Es alguna clase de truco?

—No, no hay truco. Que yo sepa.

—¿De dónde es?

—De las Islas Marquesas, en la Polinesia francesa.

Ruby sonrió burlona.

—Pues debe estar desajustado, porque hace un día magnífico y no parece que vaya a haber tormenta.

—Créame, Ruby, si él dice que va a llover, lloverá.

La niñera miró al ídolo con expresión ceñuda y luego volvió a mirar a Andrew incrédula.

—¿Qué hace aquí? —preguntó él—. No me malinterprete, no estoy cuestionando su presencia, puede deambular por donde guste, pero pensé que estaría en la biblioteca leyendo, así que fui a buscarla allí.

—¿Me necesitaba para algo?

—No, exactamente. Quería hablar con usted.

Ella lo miró con ojos curiosos y Andrew se apoyó en la pared junto al ventanal por el que llegaban voces del exterior. Había personas paseando por el jardín.

—¿Qué opina de las candidatas de mi madre?

Ruby sintió que sus mejillas se caldeaban al instante.

—La he visto en compañía de las señoritas Vickars y Carmichael. Y por lo que ha dicho la señora Hanlon, también estuvo con ellas un rato.

—Así es.

—¿Y bien? ¿Cuál es su veredicto?

—No tengo ninguno.

—Alguno tendrá. Debe haber hablado un buen rato con la señora Hanlon, a juzgar por el rato que ella ha estado hablándome de usted ¿Qué le ha hecho a la pobre mujer para que haya quedado tan sorprendida de su carácter?

—Apenas he dicho una frase.

—¿De verdad? Pues ha causado una gran impresión en ella. Tenga cuidado, si es capaz de influir de semejante forma con solo una frase, es usted temible, Ruby.

—Lo tendré en cuenta.

—Y ahora dígame su veredicto. ¿Con quién cree que debería casarme?

—No soy quien para opinar, señor.

—¿Cuándo va a llamarme Andrew? Está bastante claro que va a vivir en mi casa los próximos meses, ¿no podemos ser amigos?

—De ningún modo. —Lo miraba asustada.

Andrew no pudo evitar su sonrisa.

—Está bien, si quiere seguir llamándome señor, lo aceptaré, pero solo si me dice con quién cree usted que debo casarme. ¿La señora Hanlon?

—¡No, por Dios! —exclamó sin darse cuenta—. Perdón…

Andrew se cruzó de brazos sin borrar su pícara sonrisa.

—La escucho. ¿Por qué no le gusta la señora Hanlon?

Ruby se mordió el labio. Sabía que debería excusarse, pero en el fondo quería decírselo, lo deseaba tanto que le dolía la mandíbula de apretar los dientes para contenerse.

—No parecen gustarle los niños y habla de un modo… muy poco cristiano.

—Ya veo. Entonces descartamos a la señora Hanlon. ¿Qué opina de la señorita Knigge?

—Querrá que Noah vaya a un internado. No parece que le guste tampoco los niños.

—Vaya. Ha descubierto usted en una mañana lo que yo no he sabido ver en días de tratar con ellas. Menos mal que le he preguntado ¿Y qué me dice de la señorita Carmichael?

—Oh, no la he conocido apenas, creo que no ha dicho una palabra en el rato que hemos estado juntas. Parece una muchacha tímida y culta, eso sí.

—Bien, ¿entonces dejamos a la señorita Carmichael en espera?

Ruby asintió sin mucho convencimiento.

—Pues ya solo nos falta la señorita Vickars y por su sonrisa parece que ella sí le gusta.

—Es una persona amable y comprensiva y miraba a Noah con cariño. Si el aspecto físico no es un problema para usted…

—No lo es.

—Pues entonces, si yo tuviera que opinar, que no digo que lo esté haciendo, tan solo respondo a sus exigencias…

—¿Exigencias? Yo creía que había sido más una petición. —Se descruzó de brazos sin dejar de mirarla—. Bien, dejando a un lado mi actitud exigente, según usted la mejor candidata es la señorita Vickars. Pues voy a hacerle caso y me centraré en dicha dama para desplegar mis encantos de seducción. Si el matrimonio llega a buen puerto, podrá decir que usted fue la artífice de mi felicidad.

Se inclinó a modo de saludo y salió de la estancia dejando a Ruby con un enorme peso en su corazón.

CAPÍTULO 14



Andrew entró en el vestíbulo enlosado y el lacayo del club inclinó la cabeza al reconocerlo. El aire olía a cuero y humo de cigarro. Atravesó la galería principal, donde retratos de antiguos miembros observaban desde sus marcos dorados. Cuando accedió al comedor, la amplia estancia de techos altos estaba abarrotada. Las lámparas de gas encendidas, aunque en el exterior era pleno día, se reflejaban en los espejos venecianos de las paredes. Se acercó a una mesa vestida con un mantel blanco inmaculado, cubiertos de plata y copas de cristal tallado.

—¿Vendrá Benjamin? —preguntó Cameron Dagnell, con quien había quedado para almorzar.

—No. Tenía una reunión con miembros de su partido.

—¿Lo de siempre, milord? —preguntó un camarero con librea azul y dorada que se había acercado de inmediato.

Andrew asintió y desdobló la servilleta para colocarla en su regazo.

—Ya tengo el libro de Robert —dijo Dagnell mostrando una sonrisa contenida—. Esta noche empezaré a leerlo.

Andrew miró a su alrededor buscando a Sir Ashcroft. Lo vio en un rincón apartado, con su inseparable lacayo Lewis Paxton. Era el único que no le había dado la espalda después de su enfrentamiento con la reina.

—Veo que tú ya lo has leído —dijo Dagnell siguiendo su mirada.

Los camareros les sirvieron el primer plato y los dos amigos se dispusieron a comer, mientras charlaban. Se escuchó el tono elevado con el que un lord tachaba la petición cartista de «peligrosa demagogia» y advertía de que estaban viviendo tiempos difíciles.

—Deberían prohibirnos hablar de política durante el almuerzo —dijo Andrew con desagrado—. Al menos cuando como querría no tener que pensar en estas cosas.

El camarero les sirvió una copa de *claret bordelés* y él se lo agradeció con un gesto de cabeza antes de tomar la copa para dar un

sorbo.

—Tu cuñado acaba de entrar en el comedor —anunció Dagnell en un susurro—. Creo que… Sí, te buscaba a ti. Viene hacia nosotros.

—Andrew —saludó llegando hasta ellos—. Lord Dagnell.

—Lewis —respondió su cuñado inclinando levemente la cabeza, a igual que su acompañante.

—¿Me recomiendas el salmón? —preguntó Holdway señalando su plato.

—Está delicioso, sí.

—Parece que tienes una nueva niñera.

Andrew frunció levemente el ceño ante aquel cambio de tema tan inesperado.

—¿Podrías pedirle que deje de inmiscuirse en asuntos de mi familia? —siguió Holdway—. Al parecer tiene algún interés en engatusar a mi madre.

—Solo llevó a Noah a conocer a su abuela materna —dijo contenido.

—Ah, entonces estabas al tanto.

—Por supuesto. Ruby no hace nada sin…

—¿Ruby? —lo interrumpió sorprendido—. ¿Llamas a la niñera por su nombre de pila?

—Yo llamo por su nombre de pila a mi mozo de cuadras —dijo Dagnell cogiendo su copa de vino.

Holdway lo ignoró por completo sin borrar de su rostro una sonrisa de suficiencia.

—Pues tu «Ruby» ideó un plan para encontrarse con mi madre todos los miércoles en *St. James's Park*. Y está claro que pretende aprovecharse de la sensibilidad de una mujer con un corazón demasiado grande.

—Lo dices como si Noah y ella hubiesen conspirado para quedarse con todos los dulces de tu casa —dijo Dagnell burlón—. ¿Qué pasa? ¿Temes quedarte sin toffee?

Holdway lo miró muy serio.

—¿Podrías meterte en tus asuntos?

—Has sido tú el que ha interrumpido mi almuerzo.

—¿Qué quieres, Lewis? —preguntó Andrew con hartazgo.

—Que le digas a esa niñera tuya, o lo que sea, que no vuelva a acercarse a mi madre. —Se inclinó para bajar el tono—. Tú te habrás olvidado ya de Claire, pero para nosotros no hay olvido ni perdón.

La mano de Andrew se crispó en la servilleta y la apretó tan fuerte que se le pusieron los nudillos blancos. Lewis se inclinó cortésmente y se alejó en dirección a otra mesa.

El portazo resonó en toda la casa y el señor Keating acudió rápidamente al vestíbulo para ver cómo su señor subía los escalones de dos en dos. Entró en el cuarto de juegos donde Ruby cantaba una canción con las letras del abecedario. En el suelo, Annie y Noah daban palmas y frente a ellos estaba extendido y bien planchado el bordado en el que Ruby había trabajado desde que llegó a la casa.

—Annie, llévate a Noah —ordenó con firmeza.

La joven cogió al niño en brazos sin protestar mientras Ruby lo miraba nerviosa. No dijo nada, consciente de que estaba muy enfadado y que era mejor esperar a saber qué era lo que había pasado.

—¿Ha estado viéndose con la madre de Claire a escondidas?

—Si encontrarnos en un parque se considera «a escondidas», sí.

—¿No se le ocurrió consultarme antes?

—No, la verdad. Le comenté que íbamos a ir a visitarla. La señora Holdway me contó que su marido y su hijo no la dejaban ver a Noah pero que ella quería a su nieto y que eso la hacía muy infeliz.

—Y decidió engatusarla para que se presentara en el parque un día a una hora convenida. Como dos ladrones que se citan para robar.

Ruby se puso frente a él con las manos entrelazadas y sin expresión de debilidad.

—¿Qué es lo que le molesta tanto? ¿No le parece bien que Noah vea a su abuela? Creía que amaba a su esposa.

—Ni se atreva a hablar de Claire.

—¿Cree que a ella le gustaría que su hijo no conociese a su abuela? Por lo que me ha dicho la señora Holdway, su hija y ella se querían mucho y estaban muy unidas.

Andrew apretó los labios.

—¿De verdad le parece mal que se vean?

—A mí no. Pero a ellos sí —masculló.

—¿A ellos? —Ruby recordó la escena en el evento de la escuela Burford—. ¿Se refiere al desagradable hijo de la señora Holdway?

—Me ha abordado en el club mientras almorzaba con Cameron Dagnell y ha dicho cosas ofensivas sobre…

Andrew se detuvo antes de terminar la frase y Ruby entornó los ojos mirándolo con total atención.

—¿Sobre mí? ¿Qué puede haber dicho sobre mí? —Hizo un gesto con la mano—. No necesito saberlo, y tampoco importa. Yo no soy nadie.

—No diga eso, claro que es alguien.

—Para el señor Holdway, no.

El conde se llevó una mano a la nuca y se la frotó nervioso.

—No es culpa suya —dijo bajando el tono y mirando el abecedario en el suelo—. Noah estaba entusiasmado cuando he entrado.

Ruby siguió su mirada y asintió sonriendo.

—Sí, le gusta mucho la canción que hemos inventado Annie y yo. —Volvió a mirarlo—. Lo siento, si no quiere, no volveré a llevar a…

—No se preocupe. Lewis me odia porque no quise ayudarlo con un negocio. Y creo que lo que más odia es que yo estaba dispuesto a hacerlo, pero Claire me lo prohibió. Sabía que es un botarate y que no hace más que perder dinero. Su hermana me hizo prometer que jamás invertiría en nada que tuviese que ver con él.

—No debí intervenir, fue un error. Yo no sabía que estaba poniéndolo en una situación incómoda.

—Y yo no debería haberme enfadado con usted. Discúlpeme, Ruby lo siento.

El modo en que la miró hizo que se agarrara las manos para tener algo en lo que ocuparlas. ¿Por qué era tan amable y considerado? No debería hablarle así, eso la confundía y hacía que sus fantasías…

—El sábado mi madre ha organizado un almuerzo para unos cuantos amigos. Téngalo en cuenta porque deberá asistir con Noah.

Ruby asintió y Andrew se giró para salir. Antes de hacerlo se volvió de nuevo y añadió:

—Vendrán mi tía Elinor y Hannah. Seguro que se alegra de ve caras amigas.

La niñera sonrió como despedida y luego se quedó pensativa dándose tiempo antes de ir en busca de Annie y Noah. Necesitab calmar su corazón para seguir siendo la comedida Ruby de siempre Esa Ruby que todos veían impertérrita y casi como un mueble en l habitación. Se estiró el corsé que le apretaba las costillas y dejó escapa el aire con cierto temblor. Aún la atacaba de improviso aquel irracional miedo de que volviese el tartamudeo en el momento más inoportuno Por eso hablaba poco y solo con personas con las que se sintiese cómoda. Un almuerzo en casa de los duques de Greenwood, co aquellas cuatro mujeres candidatas a ocupar el trono y la cama de conde de Aveldon... Abrió la boca escandalizada por sus pensamientos ¿Cómo se le ocurría pensar aquello? ¿Quién era ella para frivolizar co semejantes imágenes? Pero ahí seguían perversas, empeñadas e mostrarse en actitud cariñosa con un hombre que a todas luces er demasiado bueno para ellas. Sacudió la cabeza y se mordió el labio co rabia. Porque era rabia lo que sentía. Estaba sola, no tenía qu ocultarse. Ella lo amaba. Ella lo comprendía. Ella sería buena para él El destino le cerró todas las puertas, la dejó tirada en mitad de u callejón sin salida, con un único camino: el fracaso y la soledad. Nunc sería madre. Nunca la amaría un hombre digno como Andrew Greenwood. Para él solo era una criada. Alguien que había nacido par servir. Fea, insulsa, despreciable.

La puerta se abrió y apareció Annie con Noah de la mano. Ruby s puso de espaldas rápidamente y se secó las lágrimas horrorizada de qu pudieran verla así. Respiró hondo antes de volverse hacia ellos y su labios sonrieron, con la acostumbrada calidez.

—Justo iba a buscaros ahora —comentó mientras recibía a pequeño que se aferró a su falda.

Annie fingió no percatarse de esas lágrimas y de sus esfuerzos po disimularlas, porque pensó que eran debidas a la regañina que seguro acababa de recibir. Y Ruby agradeció que no hubiese allí nadie que l preguntase qué le pasaba. Estaba tan acostumbrada a que nadie l preguntase eso que si alguna vez alguien le preguntaba, no estab segura de que pudiese contenerse.

CAPÍTULO 15



Andrew observaba a Frederick sosteniendo el florete en posición vertical frente a su rostro, luego lo bajó hasta el suelo como gesto de cortesía y asintió con la cabeza para comenzar el enfrentamiento. El otro avanzó rápido probando la guardia de Andrew y este respondió con una parada en sexta para lanzar enseguida una *riposta* directa que lo hizo retroceder. Frederick amenazó entonces con un ataque alto pero cambió la dirección hacia abajo. Andrew lo anticipó y contraatacó con una estocada en línea que obligó a Frederick a batir su hoja y golpearlo para apartarla.

El salón de armas estaba iluminado por la claridad de la mañana que se filtraba por los altos ventanales. El piso de madera crujía bajo las botas de los dos adversarios. Ambos portaban floretes con puntas romas y protegidas con botones de cuero. Y menos mal, porque de no ser así, alguno habría acabado ensartado sin remedio.

—No piensas ceder hoy —dijo Frederick después de perder el primer asalto.

—¿Por qué? ¿Quieres que te deje ganar?

Aquello borró la sonrisa en el rostro de Frederick y se colocó en posición para el segundo asalto. Avanzaron un par de pasos cortos y el futuro Conde de Kenford fue el primero en atacar con un estiramiento rápido del brazo en estocada directa. Andrew desvió la hoja de nuevo con una parada en sexta, giro de muñeca y de inmediato una *risposta* lo que obligó a su primo a retroceder.

—No está mal para un parlamentario que ocupa su tiempo en usar la palabra y no los músculos —dijo Frederick burlón.

—Será que tú no le das a la sin hueso.

Siguieron batiéndose con resultados más o menos equilibrados hasta que Frederick, sin perder la concentración y con desatado ímpetu encadenó una serie de estocadas rápidas y obligó a Andrew a retroceder varios metros. Finalmente encontró la apertura necesaria, paró en firme, giro de muñeca y su hoja tocó limpiamente el hombro de su primo. El sonido seco del botón contra la tela marcó el final del cuarto asalto, dándole la victoria definitiva.

—¡Gané! —exclamó Frederick con entusiasmo y sin el menor disimulo.

—¿Quieres ponerte a dar saltos?

El otro lo hizo provocando su risa.

—Es curioso lo diferentes que sois Robert y tú —dijo Andrew cuando se encerraron en el cuarto de higiene para lavarse y vestirse adecuadamente.

El criado del club permanecía fuera para asegurarles intimidad. Se desvistieron completamente y sin pudor y usaron las palanganas para lavarse y retirar el sudor que los había empapado dentro de los trajes.

—¿Almorzamos en Rules? —preguntó Frederick.

—No, prefiero volver a casa —dijo el otro terminando de secarse las axilas.

—¿A casa? —Frederick lo miró sorprendido—. ¡Vaya! Esto sí que no me lo esperaba. Es la tercera semana que me das plantón para almorzar. ¿Qué pasa en tu casa ahora?

—No pasa nada. No tengo que ir a la cámara esta tarde y prefiero trabajar allí.

—Ya. —Frederick se calzó el pantalón y lo abrochó sin mirarlo.

—Es reconfortante tener un sitio al que llamar hogar. Cuando te cases, lo comprenderás.

El hermano de Robert cogió la camisa que descansaba en el respaldo de una silla y lo miró interrogador.

—¿Ya te has decidido?

Andrew lo miró interrogadoramente y luego volvió a bajar la vista a los botones de su pantalón.

—Estoy en ello.

—No quiero meterme en tus asuntos, pero ya sabes lo que dicen de la señorita Knigge. No entiendo cómo la ha puesto tu madre en esa

lista.

Andrew no fue capaz de responder a eso. De hecho, a él le extrañaba casi tanto como a su primo.

—¿Qué opinas de Ava Vickars? —preguntó sin tapujos.

Frederick lo miró enarcando una ceja.

—¿En serio?

—Me parece una mujer muy interesante.

—¿Interesante? ¿Ava Vickars? Es más masculina que yo, y no me considero delicado, precisamente.

—Eso son tonterías.

—Si tú lo dices.

—Entonces, según tú, solo tengo que elegir entre la señora Hanlon y Elizabeth Carmichael.

—Con la señora Hanlon tendrás experiencia. Y con la señorita Carmichael, silencio y muchos libros.

—¿Experiencia? —Terminó de hacerse el nudo del corbatín y lo miró con una sonrisa burlona.

—Estuvo casada y todos sabemos los gustos de Hanlon en la cama. Seguro que le enseñó muchas cosas de las que un hombre como tú sabrá disfrutar.

—Vaya, Frederick, no sabía que te interesasen los temas de alcoba ajena.

—Y no me interesan, pero seguro que lo has oído, igual que yo. Lord Hanlon era muy dado a hablar después de la tercera copa y eso solía ser su intermedio.

—Eso son historias de salón, más proclives a alimentar su ego que fieles a la verdad.

—¿Entonces no crees que fuese tan apasionada? ¿O te intriga saber que podrías tener a una mujer que te enseñaría más posturas que un tratado de anatomía francesa?

Andrew lo miró enarcando una ceja.

—¿Crees que necesito instrucción?

El otro soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—No, hombre, no. Pero no sé si te interesa estar casado con una viuda de la que su esposo decía aquellas barbaridades. Todos las hemos escuchado y ya sabes lo que pensarán cuando te miren.

Andrew sabía que tenía razón y también se preguntaba por qué su madre había elegido unas candidatas tan poco apropiadas. Quizá el hecho de que él hubiese puesto unas condiciones tan estrictas lo explicase, pero no le quedaba muy claro. ¿Quería quizá abocarlo a una única opción? ¿Quería acaso que eligiese a Ava Vickars y las otras solo estaban de relleno?

—¿De verdad no quieres ir a Rules? En casa solo te espera Ruby. Noah estará durmiendo cuando llegues.

La mirada inquisitiva que le lanzó Frederick fue suficiente para que se replantease su respuesta.

—Está bien. Vayamos a Rules, hace tiempo que no voy.

—Bien —dijo el otro, satisfecho.

A aquella misma hora, Ruby entró al comedor y se detuvo al ver que solo habían colocado un servicio. Miró al mayordomo sorprendida.

—El señor ha enviado un aviso de que no almorzará en casa.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó ella con preocupación.

—Su primo, el vizconde de Kenford le ha invitado a comer en Rules

—Ah. —Se mordió el labio y miró el servicio ya dispuesto—. Si no le importa, señor Keating, comeré en la cocina con los demás.

—Como desee —afirmó él y miró al lacayo para que desmontase la mesa.

—Pues yo quiero que se case —dijo la señora Hardwick sirviendo el estofado—. Un hombre joven como él necesita una esposa.

—Usted las ha visto, ¿verdad, señorita Ruby? —preguntó Ellen, la pinche de la señora Hardwick.

—¿Cómo son? —Se unió Martha, la segunda doncella.

—Pueees… —Ruby trató de ordenar sus pensamientos para adecuar su respuesta a lo que era pertinente—. Son cuatro damas muy distinguidas.

—¿Tiene alguna favorita? —Sarah, la primera doncella, cogió un trozo de pan antes de llevarse la cuchara a la boca.

—Nnnnnno —titubeó la niñera.

—A mí me gustaría que fuese la señorita Vickars —dijo James, el lacayo.

—¿Tú de qué la conoces? —Martha lo miró interesada.

—Trabajé para su padre antes de venir aquí —explicó James—. Son personas muy agradables, tratan a los criados con mucho respeto.

—Pero dicen que ella es… muy especial. —La señora Hardwick carraspeó después de decirlo ante la mirada severa del mayordomo— No me mire usted así, señor Keating. No me estoy refiriendo a nada indebido.

—Aquí no hablamos de los señores —recordó el hombre.

—Ella no es nuestra señora —recordó la señora Morton, el ama de llaves—. Al menos, de momento. Y no están diciendo nada malo. Es normal que el servicio tenga curiosidad por el posible cambio de estado del señor Greenwood.

El mayordomo no parecía muy de acuerdo, pero no quería enzarzarse en una discusión con la señora Morton que, probablemente perdería. Esa mujer era implacable cuando discutían y por más que él argumentara siempre tenía algo que decir que desmontaba esos argumentos.

—Supe que la señorita Matilda se casó. ¿Usted no quiere casarse señorita Ruby? —preguntó la muchacha que había crecido en el orfanato.

—¡Ellen! —exclamó la cocinera al tiempo que le daba un pescozón.

Ruby intentó tragarse el agua, que a punto había estado de lanzar a saber dónde. Su rostro apenas se inmutó y miró a la pinche de la señora Hardwick con total serenidad.

—No, Ellen.

—¿Nunca?

—¡Pero bueno! —La cocinera la miraba estupefacta—. Vete a fregar los platos ahora mismo.

—Pero señora Hardwick, aún no he probado las…

—He dicho que a fregar. Ya. Ahora.

La muchacha se levantó con disgusto y salió del comedor gimoteando. Ruby no dijo nada para no empeorar su situación.

—James, tú acompañarás al señor a Greenwood Hall, el sábado. Señorita Ruby, ¿necesitará que Annie vaya con usted?

—No será necesario. —Negó ella como respuesta.

Aún no se había recuperado de la impertinente pregunta de Ellen y se sentía observada por todos aquellos ojos que se esforzaban en no mirarla. La conversación derivó a temas domésticos y ella siguió comiendo, aunque la comida había dejado de tener sabor.

CAPÍTULO 16



—No quiero —dijo el pequeño y enseguida se cruzó de brazos y arrugó los labios con un puchero.

—¿Por qué no quieres? —dijo Ruby fingiendo tomarlo en serio— Estás muy guapo.

—Quiero ese. —Apuntó al traje azul claro.

—Noah, si te ponemos ese traje, no podrás jugar en el jardín con tus primos. ¿No quieres jugar con Abigaíl y Matthew? —El niño cambió de expresión y frunció el ceño pensativo—. Con este, nadie se va a dar cuenta si te manchas de tierra.

El pequeño descruzó los brazos y miró sus pantalones. Luego miró a la niñera aún dudando.

—Y podrás comer natillas —dijo Ruby poniéndose de pie.

Los ojos del pequeño se abrieron como platos y se relamió solo de imaginarlo. El *Custard* era su postre favorito y su abuela Katherine siempre lo preparaba cuando él iba a visitarla.

—Estás muy guapo, Noah —dijo Annie extendiendo la mano para ofrecérsela—. Ahora dejemos que la señorita Ruby se arregle. Tú y yo iremos a la cocina, la señora Hardwick está preparando tartaletas y dice que si tú no las pruebas no sabrá si las ha hecho bien.

El niño agarró su mano y juntos salieron del cuarto seguidos por Ruby.

—Iré a vestirme —dijo al despedirlos.

Cuando se volteó vio que Andrew caminaba hacia ella. Llevaba puesta ya la levita, que se ajustaba a sus anchos hombros. El chaleco de seda en color crema contrastaba con el paño oscuro. Camisa blanca con cuello rígido y corbatín, también de seda, perfectamente anudado. Ruby se prohibió terminantemente bajar la mirada al resto de su atuendo.

—¿Ya están listos? —preguntó Andrew deteniéndose al llegar a su altura.

—Tengo que cambiarme —dijo y sus mejillas se caldearon al ve que él la miraba de arriba abajo.

—¿Qué le pasa a ese vestido? Yo lo veo perfecto.

Ruby lo miró por debajo de sus rizadas pestañas. Aque comentario, lejos de halagarla, la hizo sentir insignificante. Po supuesto que aquel sencillo y desgastado vestido era perfecto para ella ¿Quién era ella más que una simple criada?

—No tardaré nada. Noah ya está listo y todavía no es la hora qu usted dijo.

Andrew percibió cierta amargura en su voz y se fijó entonces e que el vestido tenía algunas zonas visiblemente dañadas y comprendi lo que ella había interpretado de su comentario.

—Hay un vestidor repleto de trajes femeninos —dijo señalando hacia el lugar del que venía—. Eran de Claire. Puede coger lo qu quiera.

—¿Qué?

—Si necesita un vestido, cójalo. Es una pena que todos esos traje se… malogren. Hay varios sin estrenar. Vaya y coja el que más le guste.

—¡No! —la exclamación le salió de las entrañas y provocó u instintivo gesto de sorpresa en Andrew—. Quiero decir… Tengo mi propios vestidos. Y jamás…

—No pretendía ofenderla.

—Pues lo ha hecho. —Hizo una ligera reverencia y procedió a marcharse.

—Espere —la detuvo interponiéndose en su camino—. No estab insinuando que sus trajes no sean adecuados. Tan solo pretendía se amable.

—Soy una niñera, mi presencia en ese almuerzo no le importará a nadie, no tiene que preocuparse por mi aspecto. Ni siquiera me verán.

—Eso no es cierto. Estará mi tía Elinor, Hannah y estarán mi padres. Todos ellos la aprecian.

—Voy a cambiarme, no quiero retrasarlo.

Andrew se quedó de pie frente a la puerta cerrada cuando ell desapareció en su cuarto. No estaba seguro de lo que había pasado allí pero estaba claro que la había ofendido profundamente. Sacudió l cabeza y siguió su camino consciente de que no entendía a las mujeres.

La cocinera, las dos pinches, el mayordomo, incluso dos de las doncellas observaban a Ruby y a los tres niños, Noah, Abigaíl y Matthew.

—Pan —dijo Noah señalando el plato con caldo que tenía delante.

Ruby fue soltando pequeños pedacitos de pan en el líquido humeante.

—Cuchara —pidió el niño y Ruby se la entregó.

Sus primos miraban la escena con curiosidad, pero a ellos sus niñeras les daban la comida sin esperar petición alguna y ahora no sabían qué hacer. Ruby los miraba expectante, con el pan en la mano pero sin hacer nada.

—A mí —señaló Matthew con expresión de disgusto—. *Tengo hamble*.

—Debéis pedir la comida convenientemente —explicó Ruby de nuevo—. Aquí tenéis unos cuencos con caldo de pollo que ha preparado la señora Potter con esmero. Y también hay pan, si lo queréis.

Los niños la miraban como si estuviese hablando en un idioma que no lograban entender. Ruby sabía que tanto Madison como Charlotte estaban junto a la puerta y escuchaban todo lo que allí se decía. Habían insistido en que diese de comer a sus hijos igual que lo hacía con Noah después de que Elinor les explicase cómo educaban a los niños en el orfanato. Estaban convencidas de que era imposible que lo lograse.

Noah quería empezar a comer, pero se sentía mal por sus primos. Señaló el tazón de Abigaíl que estaba sentada a su lado.

—Caldito —dijo mirando a Ruby—. Pan. Cuchara.

—Tiene que pedirlo Abigaíl, Noah. Tú ya puedes comer.

—¿No quieres? —preguntó el niño a su prima—. ¿No sabes? Yo te enseño, mira: cal-di-to.

Abigaíl lo miraba con ojos muy abiertos.

—Caldito —dijo Matthew señalando un plato.

Ruby sonrió y le colocó el cuenco delante.

—Pan —dijo el niño.

La niñera cortó la mitad del pedazo que aún tenía en la mano y lo fue desmigando en el cuenco del niño.

—*Cuchala*.

Ruby le entregó el cubierto y el niño empezó a comer con ganas Cuando la niñera miró a Abigaíl vio que la niña hacía pucheros. Sonrió con ternura al tiempo que asentía para animarla. Abigaíl extendió la mano y señaló el cuenco que Ruby tenía delante.

—Quiero caldo —dijo muy bajito.

Ruby le acercó el cuenco.

—Pan —dijo la niña con una sonrisa incipiente.

Ruby le sirvió el trozo que quedaba.

—Cuchara.

La niñera se la dio y el rostro de la niña mostró una expresión entre admirada y sorprendida antes de empezar a comer.

Noah acabó de tomarse el pan mojado, cogió el cuenco con sus dos manitas y se bebió lo que quedaba de caldo. Se limpió la boca con la servilleta y señaló de nuevo.

—Pollo —dijo—. *Zananoria*.

Ruby le acercó primero el pollo que había desmenuzado a trozos pequeños y luego la zanahoria aplastada. El niño usó la cuchara y también las manos para comer sin que ninguno de los presentes perdiese detalle. Los otros dos niños lo imitaron en cuanto terminaron el primer plato y cuando Ruby miró a la cocinera que había estado contemplando la escena todo el rato, vio que la mujer tenía la boca abierta y la miraba como si no diese crédito.

—¿No les habría dado la comida si no la hubiesen pedido? —preguntó el señor Sanders, el mayordomo de los duques con expresión ceñuda.

—Los niños tienen aprender a pedir lo que necesitan —dijo la niñera con seguridad—. En el orfanato se les enseña desde pequeños.

—Pero los tres son nietos de un duque, no huérfanos —dijo una de las pinches de cocina.

La mirada que le echó la cocinera hizo que se encogiera como si la hubiese golpeado con un cazo.

—¿Y si no la hubiesen pedido, no comerían? —insistió el mayordomo.

—Los niños no tienen dificultad en pedir, señor Sanders. Por eso es bueno enseñarles cómo hacerlo correctamente. Así les enseñamos a responsabilizarse de su cuidado. Saber cuándo tienen hambre o frío

puede ser vital para ellos. Un niño demasiado dependiente puede encontrarse en una situación en la que le resulte difícil percibir que tiene hambre o frío. Y si no hay nadie que supla esa carencia, puede ser nefasto. Es más saludable para ellos conocer sus necesidades y aprender a satisfacerlas.

Madison y Charlotte no pudieron aguantar más y entraron en la cocina como una exhalación. En cuanto sus hijos las vieron comenzaron a parlotear sin parar de lo que había pasado. A todas luces estaban entusiasmados con lo ocurrido. Charlotte se acercó a Ruby y la agarró del brazo para apartarla un poco del grupo.

—De verdad que creía que Abigaíl se pondría a llorar —dijo en tono bajo—. Es muy tímida y apenas habla. Mientras escuchaba ahí escondida he tenido que reprimirme para no venir corriendo a consolarla.

—Solo tiene que confiar más en ella. Si acude cada vez que la ve titubear, no deja que su personalidad se desarrolle. Confíe en su hija señora Woollcott.

—Eso me dice Lucas, que soy muy protectora con ella y que así no va a desplegar sus alas.

—Haga caso a su marido. Abigaíl es una niña buena y dulce. Confíe en ella y deje que se equivoque. No pasa nada por tropezar y caer de vez en cuando. Solo asusta la primera vez.

Charlotte regresó con su hija y Ruby cogió a Noah de la mano cuando el niño fue hasta ella.

—Quiero dormir —dijo el pequeño con ojos vidriosos.

Ella sonrió y se dio la vuelta sin soltarlo de la mano. Se paró en seco al ver a Andrew de pie en mitad de la cocina.

—¿Necesita algo?

Él tenía una expresión inquietantemente serena.

—He venido a buscar a mis hermanas. Acueste a los niños un rato y después de almorzar únanse a nosotros en el salón.

Ruby supuso que querría ver a sus candidatas a esposa relacionándose con su hijo y asintió.

CAPÍTULO 17



—*¡Mía! ¡Mía peota*!

Matthew la apretaba contra su pecho y su prima lo miraba furibunda.

—¡Nooo! ¡Me toca!

Noah daba palmas y vueltas sobre sí mismo y Ruby los miraba a corta distancia, pero sin intervenir. La señora Hanlon se acercó a ella y le habló en tono quedo.

—¿No debería entretenerlos de algún modo? Esto es un salón, no e mercado de abastos.

Ruby miró a su alrededor para ver si los niños estaban molestando a los demás. Se hallaban lo bastante apartados como para que sus juegos no les afectasen y todos parecían cómodos con sus charlas y no prestaban atención.

—Para eso está usted aquí, ¿no? —continuó Lady Hanlon— Supongo que en el orfanato en el que reside las cosas son diferentes pero esta es la residencia de los duques de Greenwood, estoy segura de que nota la diferencia.

—Siento que los niños le molesten, pero las hijas de la duquesa me han pedido explícitamente que los deje jugar aquí, cuando les he ofrecido llevármelos afuera.

—¿Y no puede leerles o algo? Me dan dolor de cabeza.

—Lo siento —dijo Ruby—. Procuraré que bajen la voz.

—Hágalo, sí. No entiendo por qué tienen que estar con los adultos Para eso sirven las criadas, ¿no?

La mujer se alejó y la niñera se acercó a los pequeños.

—¿Qué ocurre?

—Matthew es tonto —dijo Abigaíl convencida—. Todo el rato quiere la pelota.

—Es mía —dijo el niño apretándola contra sí.

—¿Y te diviertes? —preguntó Ruby mirándolo—. Porque no parece muy divertido si solo la abrazas todo el rato. ¿No es más divertido hacer

algo con ella? ¿Queréis que os enseñe un juego?

Los niños gritaron que sí y ella les hizo un gesto para que bajasen e tono.

—Lo primero es que solo podemos hablar bajito. Es muy importante para este juego. ¿Me dejas la pelota, Matthew?

El niño se la dio con reticencias, pero tenía ganas de jugar y estaba claro que lo de sostenerla no era muy divertido.

—Vamos a suponer que esta pelota es un tesoro de piratas.

—¿Pidata? —Matthew abrió los ojos como platos.

—Sí —asintió Ruby—. Yo soy un pirata temible y tengo este tesoro Vosotros sois valientes soldados que estáis tratando de recuperarlo Pero yo soy muy listo y lo voy a esconder en un lugar que jamás podréis encontrar.

—¿Dónde? —preguntó Abigaíl sin perder detalle.

—Eso es lo que tendréis que descubrir. Para ello primero tenéis que apoyar la cabeza en el asiento del sofá y cerrar bien los ojos. Yo esconderé este tesoro y vosotros tendréis que encontrarlo.

Noah corrió al sofá para hacer lo que ella decía y se tapó la cara con las manitas además de cerrar bien los ojos.

—Esperad, primero os tengo que dar las normas. El tesoro estará en esta parte del salón, no podéis acercaros a ese lado —dijo señalando donde estaban los adultos. Bajó el tono aún un poco más—. Esos de ahí son un grupo de peligrosos piratas que también quieren el tesoro.

Los niños se echaron a reír a carcajadas.

—¡La abuela una pirata! —exclamó Noah.

Ruby se puso un dedo en los labios y su expresión asustada los hizo reír aún más. Los niños escondieron la cara en el sofá, cerrando los ojos con fuerza y Ruby se quitó una de las horquillas del pelo, atravesó con ella la pelota de lana y poniéndose de espaldas se levantó la falda sin que nadie la viese y la enganchó en la parte baja de sus enaguas. Soltó la falda y la colocó de modo que no se percibiese el menor atisbo de la pelota y después movió algunos muebles y dio unos golpecitos aquí y allí para despistarles. Los niños se reían y movían los pies con nerviosismo, pero no miraron en ningún momento.

—El pirata ha terminado y ahora tiene cosas que hacer —dijo Ruby apartándose a un lado para dejarlos investigar con libertad.

—No hay duda de que sabe lo que hace —dijo la señorita Vickars acercándose a ella—. Yo jugaba a esto con mis ocho primos varones cuando era niña.

Ruby la miró sorprendida, admirada y con un ligero deje de envidia. Le habría gustado muchísimo tener una familia, pero una familia numerosa habría sido un maravilloso sueño.

—Mis primos eran muy brutos y nunca me trataron como a una princesa, eso le explicará muchas cosas. —Sonrió burlona—. Usted creció con un montón de niños. En cierta manera su familia es mucho mayor que la mía.

Ruby la miró con calidez y asintió.

—No es exactamente lo mismo, pero tuve suerte de que la señora McEntrie, entonces Wainwright, nos acogiera en su casa, sí.

—Es una historia terrible, ¿verdad? No puedo ni imaginarme lo que debió sufrir al ver a su padre acabar con la vida de su madre. Yo no recuerdo a mis padres, murieron siendo yo muy pequeña. Ya ve que yo también soy huérfana, como usted. Me crie con mis tíos, y mis primos son como mis hermanos.

Ruby quiso decirle que no era lo mismo, pero se contuvo.

—¿Qué opina usted de que me case con el señor Greenwood?

Ruby la miró casi asustada, ¿quién sería capaz de preguntar algo así? La señorita Vickars se rio carcajadas.

—Debería verse la cara —dijo entre risas.

—Yyyyyo… —titubeó nerviosa. Y como siempre que sentía la amenaza del tartamudeo, apretó los labios para no dejarse hablar.

—No se preocupe, no le contaré a nadie lo que me diga. Sé que está buscando esposa y también sé que tiene una lista de cuatro nombres. Las cuatro lo sabemos, aunque no hayamos hablado entre nosotras. Es una lista muy curiosa, pues somos cuatro mujeres completamente distintas. Si me pidieran mi opinión, yo diría que la más «cómoda» sería la señorita Carmichael. No le molestará mucho, se pasa el día leyendo y no es muy sociable. Yo, en cambio…

Ruby trataba de no mostrar lo turbada que se sentía con aquella conversación. Realmente la señorita Vickars era una mujer peculiar. Y sincera. No podía negarse. Pero lo que la señorita Vickars no sabía…

—Creo que debería haber un quinto nombre en esa lista —siguió la mujer sin compadecerse de ella—. Una que sí lo ama y que podría hacerle feliz si la dejara. Una a la que su hijo querría…

Ruby sintió que el calor le subía por la espalda y se alojaba en su cara tiñéndole las mejillas de rojo.

—A veces me sorprendo al ver lo estúpidos que son los hombres ¿usted no?

Ruby ni se movió. No quería que percibiese en sus gestos el menor atisbo de sus emociones.

—Ruby —la llamó la señorita Knigge haciéndole un gesto con la mano para que se acercara—. Venga aquí.

La niñera miró a los niños que seguían buscando la pelota y se movió despacio hacia el sofá en el que estaban Lady Hanlon y la señorita Knigge.

—Estábamos discutiendo la señora Hanlon y yo misma sobre usted —dijo la señorita Knigge cuando la tuvo delante, en un tono lo bastante bajo como para que no resultase audible para el resto de invitados— Lady Hanlon asegura que usted no cobra por su trabajo en el orfanato y yo digo que sí.

Ruby las miró azorada, no le parecía en absoluto apropiado que le preguntasen eso.

—No puede ser que una mujer de su edad… ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? —La señorita Knigge miró a su amiga buscando aprobación.

—Tiene la piel marchita —afirmó Lady Hanlon—, pero supongo que es normal. Se pasa el día con niños y ya se sabe que esos pequeños siempre están enfermos y meten las manitas en todas partes.

—Lo que despierta mi curiosidad es saber cómo se compra sus cosas si no cobra un penique. Su ropa es muy modesta, pero algo costará, digo yo. Mis criadas llevan mejores prendas.

Las dos mujeres la miraban con fijeza esperando que ella respondiera.

—La señora Woodhouse paga a todas las maestras del hogar de acogida.

—¿A todas? ¡Dios Santo! —exclamó Lady Hanlon—. ¡Pero eso la llevará a la ruina!

—Seguro que no les paga lo mismo que usted a sus doncellas. —Se rio la señorita Knigge—. Solo tienen que cuidar de esos niños, lo que no creo que requiera mucha atención. Limpiar mocos y evitar que se coman las plantas.

Lady Hanlon se rio también y sus carcajadas llamaron la atención del resto de invitados.

—¿Qué les hace tanta gracia? —preguntó Andrew acercándose a ellas—. Han despertado mi curiosidad.

—¡Oh, señor conde! —dijo la señorita Knigge con afectación—. No nos haga repetirlo delante de usted.

—Hablábamos de su niñera —explicó Lady Hanlon, aun riendo.

Andrew miró a Ruby, que permanecía seria y rígida.

—¿Qué lleva ahí? —Señaló la señorita Knigge al ver aparecer la pelota por debajo de la falda.

Ruby miró hacia abajo e instintivamente se agachó para sacarla de entre sus pies. La miró confusa.

—¿Lleva una horquilla enganchada? —preguntó Lady Hanlon— ¿Qué hacía la pelota debajo de su vestido?

Las dos mujeres la miraban desconcertadas y Ruby sostenía la pelota sin encontrar las palabras. Estaba segura de que si intentaba hablar, tartamudearía. La señorita Vickars había estado detrás de ella todo el tiempo y observaba la escena con gran interés. Esperaba ver cómo la niñera las ponía en su sitio, pero a esas alturas parecía bastante seguro que eso no iba a pasar. Ruby inclinó la cabeza a modo de saludo y regresó rápidamente con los niños sin emitir sonido alguno.

—Pero… —Lady Hanlon la miró estupefacta.

—Se ha ido sin respondernos —dijo la señorita Knigge tan sorprendida como su amiga. Miró a Andrew interrogadora—. Entiendo que es una muchacha humilde y no ha recibido una educación cultivada, pero ¿está seguro de que quiere dejar a su hijo en manos de alguien así, señor conde?

—La señorita Brown es una excelente niñera —dijo Andrew visiblemente molesto—. No tengo la menor queja al respecto.

—¡Llevaba una pelota de lana enganchada con una horquilla! –exclamó la viuda—. A saber si se guarda más cosas ahí.

—Estaba jugando con los niños —dijo la señorita Vickars señalando hacia el lugar en el que los pequeños saltaban y daban palmas por haber encontrado el tesoro—. Ha escondido la pelota para que la buscaran.

—¿Debajo de sus enaguas? —Se escandalizó la señorita Knigge subiendo el tono—. ¿Se ha levantado el vestido en mitad del salón para esconderla? Pero ¿qué clase de comportamiento es ese?

Ruby no se giró, aunque podía oírla perfectamente. Todos en aquel salón la escuchaban.

—¿Qué ocurre? —preguntó Katherine levantándose para acercarse a las dos damas.

—La niñera de su nieto ha tenido un comportamiento de lo más inapropiado. Por no hablar del modo en que nos ha ignorado a Lady Hanlon y a mí.

—Ruby es una muchacha encantadora —afirmó Katherine—, estoy segura de que ha sido una confusión.

—¿Confusión? No ha dicho una palabra —intervino Lady Hanlon— a pesar de que le hemos preguntado directamente. Ella se ha dado la vuelta y se ha marchado sin más.

—Señora duquesa, debería buscarle una niñera a su nieto que estuviese a la altura de lo que se espera de ella —dijo la señorita Knigge—. A saber lo que estará enseñándole al niño.

Elinor se acercó también y Hannah no se quedó atrás.

—¿Qué quiere decir? —Elinor estaba muy seria—. Ruby es una maestra excelente, entiende a los niños mejor que nadie que yo conozca.

—Y es muy cariñosa y dulce con ellos, incluso cuando los regaña —apuntó Hannah con evidente enfado.

—No digo que no pueda ser perfecta para trabajar con niños como los que viven en su orfanato —dijo la señora Hanlon tratando de suavizar su tono—. Pero convendrán conmigo que no es lo mismo el hijo de un conde que algún día será Duque de Greenwood. Dentro de mucho tiempo, por supuesto.

Elinor iba a volver a hablar, pero su sobrino se le adelantó.

—Les agradezco mucho su preocupación por mi hijo. Pero les ruego que dejen en mis manos tales asuntos. Ustedes solo tienen que

preocuparse de lucir hermosas y de disfrutar de sus agradables vidas.

Lo dijo en un tono tan áspero que todas las presentes percibieron la crítica implícita.

—Y ahora, si me disculpan, llevaré a mi hijo a casa, ya ha tenido demasiadas emociones hoy.

Su madre lo observó dirigirse al grupo de niños que rodeaban a Ruby y contuvo la incipiente sonrisa.

CAPÍTULO 18



Andrew miraba a su madre con severidad, pero la duquesa parecía completamente satisfecha con sus quejas.

—¿Lo hiciste a propósito? ¿Todo esto forma parte de tu plan?

Katherine trató de ocultarle una risita traviesa.

—¡Mamá! —exclamó molesto.

—Tus condiciones eran estúpidas, hijo, y no estabas dispuesto a discutirlas.

—¿Me has hecho cortejar a cuatro mujeres solo para darme una lección?

—Cuando eras niño, funcionaba.

—Pero ya no soy un niño.

—Y aun así… —Katherine se llevó la taza a los labios y bebió un sorbito sin dejar de mirarlo—. Escúchame, hijo. Debes dejar a un lado todas esas tonterías de que sea una mujer desahuciada.

—Yo no dije eso.

Su madre enarcó una ceja mientras dejaba la taza sobre la mesa.

—Veamos. Debía ser lo bastante mayor para ser considerada una solterona, poco agraciada, necesitada económicamente… Una joya vaya. Tenía que buscar esposa para mi primogénito, el futuro Duque de Greenwood, una madre para mi nieto y querías que escogiese entre las peores candidatas posibles.

Su hijo enarcó una ceja con severidad, pero su madre no se retractó.

—Creía que querías que me casara.

—¡Y quiero! Quiero, hijo, pero no a cualquier precio. Si no eres capaz de escoger a una mujer por su valía, de exponer tu corazón y tus sentimientos y permitir que se acerque a ti alguien con el corazón tierno, dulce e inocente, entonces no te cases.

—¡Pero si yo no quería casarme!

—Pues no te cases. Permite que Noah viva con nosotros.

—¿Qué? —Andrew miró a su madre con estupefacción.

—¿Cuánto tiempo pasas con tu hijo? —preguntó Katherine muy seria—. ¿Una? ¿Dos horas a la semana? Aquí el niño tendría una familia. No quiero que mi nieto crezca con niñeras, sin que su padre pueda atenderlo más que unos minutos cada... varios días.

Andrew se llevó una mano a la nuca y desvió la mirada con expresión culpable. Quería rebatírselo, pero no podía.

—Ven, hijo —dijo su madre dando golpecitos en el asiento junto a ella.

Esperó hasta que estuvo sentado a su lado y lo miró de frente.

—Nunca hemos hablado de esto y creo que ha llegado el momento. Noah tiene dos años, ya se da cuenta de las cosas. El otro día, cuando estuvo aquí con Ruby, tu hermana Madison estaba también y Matthew la llamó mamá. Noah me preguntó quién era su mamá. No le has hablado de Claire, Andrew.

El dolor cruzó su mirada como la llama de una vela. Apretó los dientes y el hueso de su mandíbula se marcó prominente. Las aletas de su nariz se abrieron al tratar de acoger mayor cantidad de aire en sus pulmones.

—¿Lo culpas? ¿Culpas a tu hijo por...?

—Mamá, para —pidió con un tono que era más una orden que una súplica.

Su madre le cogió las manos y las sacudió obligándolo a mirarla.

—¿Lo culpas?

Andrew la soltó y se puso de pie. Katherine lo imitó y su rostro mostraba una severidad inusual en ella.

—No puedes culpar a una criatura por algo sobre lo que no tenía la menor capacidad de actuación. Él no pidió venir a este mundo. No hizo nada voluntariamente. El médico dijo que era imposible de prever. Noah necesita a su padre. Y también le hace falta una madre. No hagas que me avergüence de ti, hijo. Me causarás un dolor inmenso si sigues con esta actitud hacia tu hijo.

—Yo quiero a Noah —masculló furioso.

—Pero ese niño crecerá sin saberlo si tú no se lo muestras.

—No puedo.

—Claro que puedes, solo tienes que abrir tu corazón. Lo cerraste cuando cerraste el ataúd de Claire. Lo enterraste bien hondo para no

sentir, pero así no te proteges, así eres un muerto en vida.

—Tú no lo entiendes, mamá. Tú tienes a tu esposo contigo.

—¿Y crees que necesito que tu padre muera para saber lo amarga que sería mi vida si él no estuviera? Te equivocas, lo sé bien. Pero no dejaría de sentir por miedo al dolor. El dolor forma parte de la vida y no podemos eludirlo, porque hacerlo nos privaría de la felicidad también. Tu hijo es una criatura adorable, se merece un padre amoroso y una madre que lo cuide y lo proteja. Es lo que Claire querría. Y no tienes ningún derecho a negárselo.

—No quiero negárselo… —susurró—. Es que…

Los ojos de Katherine se llenaron de lágrimas. Recordaba perfectamente aquel día. La estampa de Claire sin vida sobre la cama y Andrew sosteniendo a su hijo mientras su corazón se rompía en pedazos. Cuando ella lo cogió, él cayó sobre la cama y lloró como un niño abrazando el cuerpo inerte de su joven esposa. Nunca lo había visto llorar así. Nunca había visto a ningún hombre llorar así, con aquel desgarro, aquella angustia y desesperación. Todos salieron de la habitación y lo dejaron solo conscientes de que era un momento que requería de soledad.

—Hijo mío —dijo mirándolo con todo el amor que sentía por él— No sabes lo que daría porque no hubieses vivido una experiencia tan terrible, pero eres un hombre fuerte y tienes la obligación de convertir a tu hijo en alguien de provecho. Alguien bueno y amable del que su madre se sintiera orgullosa. Claire lo trajo al mundo entregando su vida, ¿puede haber muestra de amor más grande que la de una madre? ¿Recuerdas lo que repetía sin cesar mientras tuvo fuerzas para hablar?

Él asintió y una lágrima se deslizó por su mejilla.

—Quiero que viva —susurró Katherine—. Quiero que viva.

Andrew cerró los ojos y apretó los labios tragándose las lágrimas. Su madre se acercó y él la envolvió con sus brazos haciendo que se perdiera en ellos.

Cuando salió de casa de sus padres se fue directamente a la cámara y estuvo trabajando toda la tarde. Cada cierto tiempo la conversación volvía a su mente y lo sacaba de su concentración. Benjamin fue a verlo y discutieron casi una hora sobre el tema de los cartistas y sobre la idea

de su hermano de interceder por los problemas de los mineros. Cuando Benjamin se fue, trató de concentrarse de nuevo, pero no pudo hacerlo. Se sirvió un brandy y se lo tomó frente a la ventana, con la mirada perdida y un enjambre de ideas rugiendo en su cabeza. Sabía que su madre tenía razón. Hasta ahora Noah era demasiado pequeño para darse cuenta de nada, pero ahora ya no podía obviarlo. Era un niño con una madre muerta y un padre siempre ausente. Él sabía lo que era tener una familia. La suya estaba muy unida. Su padre siempre había estado para él. En todos sus recuerdos aparecía la figura masculina protegiéndolo, enseñándolo, amándolo. Y su madre, la mejor madre que nadie pudiese tener. Bebió un largo trago y dejó que lo calentase por dentro. ¿Con quién podía él casarse? Sería una canallada cortejar a una jovencita ilusionada por ideas románticas. ¿Qué podía ofrecer él más que un corazón roto? Un cuerpo saludable, estabilidad económica y un título. A cambio ella tendría que cuidar de sus hijos y calentar su cama. Si no podía amarla, al menos tenía que desearla. Repasó a todas las mujeres a las que conocía y las que cumplían con ese último requisito no las querría como esposas.

Su mente lo llevó hasta su hijo. La última vez que lo vio estaba jugando en el jardín. Sus risas lo hicieron levantarse de su escritorio y acercarse a la ventana para ver qué era lo que provocaba tanto alboroto. Al recordarlo, volvió a sonreír como entonces. Noah sostenía un caza mariposas tan pesado que hacía que perdiese el equilibrio todo el tiempo mientras perseguía a su presa. Ruby daba palmas animándolo, pero sin levantarlo del suelo. Dejaba que el niño se las arreglase solo sin perder de vista a la mariposa para señalársela. Cuando al fin fue capaz de capturarla, se arrodilló en el suelo junto a él enseñándole a cogerla sin dañarle las alas. Después de un rato de charla en la que supuso que le había explicado todas las características del insecto alado, la dejaron volar de nuevo y Noah la había despedido entusiasmado. Su risa se parecía tanto a la de ella que se le estremecía el corazón cuando lo oía reír. Se preguntó si aquella mariposa no sería el alma de Claire visitándolo y una punzada de dolor hizo que se apartara de la ventana. Si era ella, ¿no debería haberlo visitado a él? ¿Acaso no sabía el calvario por el que había pasado? ¿La soledad en la

que vivía? Después de eso había vuelto al trabajo y el resto de la semana había trabajado en la cámara.

Bebió un largo trago y apuró el contenido de su vaso. Ni siquiera había cenado en casa. Por algún motivo se sentía profundamente dolido e irritado con Ruby. ¿Por qué Noah parecía tan feliz con ella? ¿Acaso le bastaba una simple niñera como sustituta de su madre? ¿Tan fácil era contentar a un niño? Miró el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea y dejando escapar el aire en un bufido, soltó el vaso sobre la mesilla y cogió su abrigo para marcharse.

CAPÍTULO 19



Ruby entró al comedor llevando un libro abrazado contra el pecho y se detuvo al ver a Andrew sentado a la mesa.

—¿Se trae un libro a la cena? —preguntó él con expresión severa.

—Creí que cenaría sola —dijo sentándose.

Dejó el libro a un lado y cogió la servilleta para acomodarla en su regazo.

—Dije que cenaría con el servicio, pero la señora Morton no me lo permitió.

Andrew la miró sorprendido.

—¿No se lo permitió?

Ruby negó con la cabeza.

—Dice que usted estipuló que yo cenaría en el comedor todas las noches y que el hecho de que no esté aquí no cambia eso.

—Pero usted puede hacer lo que quiera, no es mi esclava, es mi empleada, aunque no me permita pagar sus emolumentos.

—La señora Morton no estaría de acuerdo con eso, ¿verdad, señor Keating? Y lo cierto es que no me atreví a contradecirla —dijo mirando al mayordomo con una contenida sonrisa cuando este le ponía el plato de sopa delante.

—Nadie osa contradecir a la señora Morton, me temo —respondió el mayordomo volviendo a su lugar—. Ni siquiera el señor.

Andrew frunció el ceño, pero no pudo rebatirlo.

—¿Qué tal ha estado Noah hoy? —preguntó en lugar de eso—. ¿Han hecho algo interesante? ¿Han visitado a alguien o han conspirado para encontrarse en un lugar secreto con alguna persona?

Ruby sonrió abiertamente y sus ojos se iluminaron de un modo extraordinario.

—Hemos ido al parque y luego hemos hecho nuestras clases, como todos los días —dijo ella.

—Hoy el joven Noah le indicó a la señora Hardwick lo que quería comer —señaló el mayordomo sin moverse de su sitio—. Y debo decir

que la cocinera se ha mostrado enormemente feliz por ese hecho. Esta tarde no se ha hablado de otra cosa en las dependencias del servicio.

Andrew miró a Ruby con expresión burlona.

—Es un niño muy inteligente y sabe perfectamente lo que quiere —explicó la niñera enarcando una ceja.

—Ya veo.

—Lo ha explicado con todo lujo de detalles.

—Ajá.

—¿No le parece destacable? ¿Cree que todos los niños de dos años pueden pedir exactamente lo que quieren ver en su plato?

—¿No?

Ruby negó con la cabeza.

—He estado enseñando a Noah el nombre de cada cosa que come. Y ha aprendido a pedirlo por ese nombre cuando lo ve. Hoy ha sido la primera vez que ha ordenado diferentes platos en su cabeza y ha sido capaz de expresarlo con total coherencia.

—Parece algo difícil cuando lo dice así.

—Es que es difícil.

—Ya veo —dijo él llevando la cuchara hacia la boca.

—No le interesa.

Andrew tomó la sopa y luego dejó la cuchara para mirarla.

—¿Por qué dice eso?

—Es evidente. No le parece importante que un niño de solo dos años sea capaz de identificar los diferentes platos y, además, seleccionar lo que quiere cenar. Cree que es fácil para él pensar en algo que no está pasando en ese momento y ser capaz de decidir lo que querrá unas horas después, pero se equivoca, es algo muy difícil.

Andrew inclinó ligeramente la cabeza y la observó con total atención. Veía en sus ojos la misma ferocidad que había visto en Benjamin cuando defendía a los mineros. Y lo que lo alteraba era que no era eso lo que veía cuando se miraba al espejo.

«Tu hijo es una criatura adorable, se merece un padre amoroso y una madre que lo cuide y lo proteja. Es lo que Claire querría. Y no tienes ningún derecho a negárselo».

Las palabras de su madre resonaron en su cabeza como un trallazo. Sintió que se le encogía el estómago y su mano se crispó alrededor de la

copa que no levantó de la mesa. Su expresión debía haber cambiado a juzgar por cómo Ruby lo miraba entre perpleja y confusa.

—¿Ocurre algo? —preguntó la niñera.

—No, ¿por qué?

¿A qué venía ese tono de enfado? Se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo de agua. Después cogió la cuchara y siguió comiendo como si nada, pero sentía los ojos de Ruby mirándolo con disimulo.

Durante el resto de la cena charlaron de temas generales, nada personal y no se mencionó más a Noah. Andrew seguía con aquel nudo en el estómago y una idea loca deslizándose todo el tiempo entre sus palabras no dichas.

Cuando pasaron al salón, Ruby llevó su libro y en lugar de ponerse a bordar, optó por leer.

—¿Una copa de jerez? —preguntó Andrew con el mismo tono seco que había empleado toda la noche.

Ruby asintió sin dejar de preguntarse qué había dicho para molestarlo. Cogió la copa y la dejó en la mesilla para continuar con su lectura. Andrew sostuvo su vaso de whisky mirándola por encima del borde. Normalmente no bebería, se había tomado un brandy antes de la cena, pero esa noche lo necesitaba. No era posible que estuviese valorando seriamente esa posibilidad. A su juicio, algo no marchaba bien en su cabeza. Observó a Ruby con atención. Dos mechones de pelo caían a ambos lados de su cara. No era una belleza, pero tenía un rostro dulce y sus facciones eran suaves. Se preguntó qué sentiría si besara aquellos labios. Qué haría ella si la tocara. Sabía que era mayor que él pero intuía que nunca la habían besado. Deslizó la mirada por su cuello, bajó por el escote y llegó hasta las manos que sostenían el libro. Eran unas manos pequeñas, de dedos finos y uñas cuidadas. Volvió a su rostro y no se inmutó cuando ella levantó la vista y posó sus ojos en él. Se llevó el vaso a los labios y después lo depositó en la mesita.

—¿Ocurre algo, verdad? —preguntó Ruby consciente de la tensión que había entre ellos—. ¿La señorita Colbert ha anunciado su regreso?

Andrew no contestó enseguida, se mantuvo expectante unos segundos y finalmente habló, aunque no respondió.

—Ruby, ¿qué opina de Noah?

Ella abrió los ojos un poco más y movió la cabeza como si la pregunta no encajase con sus pensamientos.

—¿Qué opino? Es… un niño encantador.

—¿Lo aprecia?

—¡Por supuesto que lo aprecio! Es imposible no hacerlo.

—Él también la aprecia a usted. No hay más que ver lo alegre que está desde que llegó a esta casa.

Ruby sonrió y sus mejillas se colorearon levemente.

—¿Y qué opina de mí?

—¿Qué? —No pretendía soltar aquel gritito y el libro se deslizó hasta el suelo sin que ella se percatara.

Andrew se levantó, lo cogió del suelo y se lo entregó quedando sus ojos a poca distancia.

—Me gustaría oír su respuesta —dijo con voz queda.

Ruby trató de decir algo, pero solo emitía sonidos ininteligibles. Andrew volvió a tomar asiento y esperó.

—Nnnno sé… cccómo… —Respiró hondo por la nariz, mientras se decía que era una pregunta simple y que no tenía nada de raro—. Eees usted… aamable.

—Me alegra saber que no me considera un ogro.

—¿Por qué habría de…? —Carraspeó y miró el libro como si se acabase de dar cuenta de que se le había caído y él lo había recogido.

—¿Qué opina de que me case, Ruby?

—¿Qué? —De nuevo aquel estúpido gritito—. ¿Yo? No opino nada ¿Qué voy a opinar?

—¿Cree que es bueno para Noah?

—Depende —lo dijo más rápido de lo que pretendía.

Andrew sonrió y agitó la mano animándola a hablar, mientras él se recostaba cómodamente en el sillón.

—¿Qué? —preguntó ella como si no entendiera las señales.

—Dígame de qué depende.

—Pues de la mujer que elija.

—Amplíe su respuesta, por favor, no me haga adivinar lo que no dice.

—Pueeees… —Se removió inquieta en el asiento—. La señora Hanlon, por ejemplo. No parece que le gusten mucho los niños.

—¿Qué condiciones cree usted que debería tener la mujer que elija para ser madre de Noah? Deme su opinión sincera, por favor. Conoce a mi hijo y me consta que es usted una mujer muy observadora.

Ruby sentía el corazón bombeando sangre como si la creyese en peligro.

—Debería ser… cariñosa, pero no melindrosa, porque los niños se ensucian y no son delicados muchas veces. —Se mordió el labio pensativa—. No demasiado joven, como usted dijo, que haya perdido la excesiva ensoñación de la juventud. Responsable y cabal, la educación de un niño no es ningún juego y deberá ayudarlo a convertirse en un hombre respetable.

—¿Y respecto a mí?

—¿Cómo dice?

—¿Qué clase de mujer cree que me conviene a mí?

—Yyyyo… no sabría…

—Claro que sí. Piense en mí como ha pensado en Noah. ¿Qué clase de mujer podría vivir conmigo? Lleva aquí lo suficiente como para conocer mis horarios, el tiempo que paso en casa, mis obligaciones, mis compromisos… Lo sabe todo de mí, Ruby.

La niñera percibía algo extraño en el tono de su voz, había una insistencia velada, una presión invisible que la empujaba para que respondiera. No la estaba obligando, pero la estaba obligando.

—Debe ser… paciente. Y no esperar… demasiado.

—Mmmm. —Bebió un sorbo de su whisky sin apartar la mirada de ella—. Buenas cualidades ambas. ¿Qué más?

—No debería ser… frívola, ni hablar mucho. Usted es miembro de la cámara y decide sobre temas trascendentales, una mujer alocada podría ponerlo en serios problemas. Por eso no debería casarse con la señorita Knigge ni con la señorita Vickars. La primera es demasiado cotilla y la segunda demasiado sincera. Así que de las damas que su madre eligió para usted solo quedaría la señorita Carmichael.

—Y tampoco le gusta.

—No es que no me gusten. La señorita Vickars, por ejemplo, me cae muy bien, es una persona muy agradable e interesante. Y la señorita Carmichael es buena, lo que ocurre es que es muy tímida y apocada y Noah la agobiaría enseguida.

—Estoy totalmente de acuerdo con todo lo que ha dicho. ¿Conoce a alguien que cumpla con todos los requisitos?

—¿Yo? —Negó con la cabeza antes de responder—. No, no conozco a nadie que...

—¿Qué me dice de usted?

La sangre abandonó el rostro de Ruby y su corazón se detuvo un instante, como si hubiese perdido el ritmo o como si quisiera fulminarla.

—No debería burlarse de mí.

—No me estoy burlando, le estoy pidiendo que se case conmigo.

Ruby estaba inmóvil, con la mirada fija en aquellos ojos que la observaban sin desviarse.

—Piénselo —siguió Andrew—. Noah la quiere y usted lo entiende como nadie. Nunca lo había visto tan feliz como ahora. Además, es usted responsable y seria. Y, lo más importante, no es una mujer dada a tonterías románticas. Sabe que amo a mi esposa y que ella es la única mujer a la que amaré en mi vida. —Se levantó para rellenar su vaso— ¿Quiere más jerez?

Ruby negó con la cabeza de manera instintiva. Sus manos se sujetaban la una a la otra como si eso la sostuviese.

—Es usted una mujer fría y seria. Sabe comportarse y sé que jamás me vería envuelto en un escándalo por su causa —dijo volviendo a sentarse frente a ella—. Casándose conmigo obtendrá posición y prestigio, además de comodidad económica, ya no tendrá que preocuparse por no gastar mucho en sus vestidos.

Ruby se sentía como si fuese vestida con harapos y estuviesen subastándola en la plaza mayor de un pueblo, pero no movió un músculo mientras lo escuchaba.

—Sé que habrá personas a las que chocará que me case con la niñera de mi hijo, pero mi familia lo entenderá. Es usted casi parte de ella. Mi tía y mis primas la adoran. Además —siguió sin percatarse de la tormenta que se desataba en el interior de Ruby—, usted no tiene familia, lo que podría decirse que es un regalo. Después de la experiencia que tuve con los Holdway, lo agradezco. Creo que sería una buena solución para los dos: usted adquiere posición y tranquilidad y

yo obtengo una madre para mi hijo, que no me dará quebraderos de cabeza.

Esperó paciente dándole opción a hablar, pero Ruby seguía allí mirándolo con fijeza y sin decir una palabra.

—¿No dice nada? —preguntó confuso, había pensado que le agradaría la idea.

Ruby se levantó para dirigirse a la puerta, pero él se apresuró a interceptarle el paso.

—¿Ocurre algo? —preguntó confuso—. ¿La he molestado? Creí.

Ella negó con la cabeza, pero siguió sin decir nada.

—No puede irse sin responderme, ¿qué ocurre, Ruby? Somos amigos, puede hablar con total sinceridad. Si no desea casarse conmigo, dígalo.

Ella volvió a negar con la cabeza y sin decir nada salió de allí dejándolo en una absoluta oscuridad.

CAPÍTULO 20



Cerró la puerta con suavidad y apoyó la espalda en ella. Sus ojos estaban secos y su corazón latía muy despacio. Estaba acostumbrada. Aquella sensación viscosa y desagradable no era algo que no hubiese sentido antes. Al contrario. Formaba parte de su ser.

Recorrió la habitación y comenzó a prepararse para dormir. Se quitó las prendas una a una y las depositó sobre la silla. Después se puso el camisón y se sentó frente al espejo del tocador para quitarse las horquillas y cepillarse el pelo. Miró el rostro que le devolvía el espejo y observó sus facciones con indiferencia. No había nada que resaltar, no poseía la belleza deslumbrante de Heather ni la dulzura de Matilda. Se llevó una mano a la mejilla y la acarició con suavidad. Cuando se miraba al espejo la veía a ella. A su madre. Ese rostro era el que recordaba. El de la mujer que le dijo que no tardaría en volver, la que la envolvió con las mantas sobre aquel jergón y se marchó sin hacer apenas ruido.

Es extraño lo que hace el destino con nosotros —pensó—. Me dio su cara para que no pudiera olvidarla nunca.

Se quitó las horquillas una a una y su larga melena se liberó sin esfuerzo. Frotó el cuero cabelludo con los dedos y cerró los ojos con alivio. Después cogió el cepillo y comenzó a cepillarse con esmero. En algún momento del proceso, las lágrimas se desbordaron de sus ojos y cayeron por sus mejillas, pero ella actuó como si no estuvieran allí. Sentía una opresión en el pecho, una pena honda y amarga. Había imaginado tantas veces que le pedían matrimonio. Hacía mucho tiempo de eso, pero aquellas ensoñaciones no se parecían en nada a lo que había hecho Andrew. Su mirada fría, sus palabras carentes por completo de la menor emoción.

«*Es usted una mujer fría y seria. Sabe comportarse y es muy responsable. Casándose conmigo obtendrá posición y prestigio*

además de comodidad económica. Ya no tendrá que preocuparse por no gastar mucho en sus vestidos».

La había mirado de arriba abajo con evidente crítica. Si se convertía en su esposa no podría ir vestida con tanta sencillez. Sus vestidos serían lujosos y no pasarían desapercibidos. Dejó el cepillo sobre el tocador y se levantó para meterse en la cama, pero en lugar de eso se sentó y se quedó mirando hacia la ventana, con las manos juntas en el regazo y la espalda doblada, como si estuviese siendo aplastada por un enorme peso.

Una mujer fría y seria. Una mujer fría y seria. Trató de sonreír, pero lo que alteró su rostro fue una mueca grotesca. Si era una mujer fría ¿por qué sentía que su cuerpo ardía? Se estaba abrasando por dentro y casi no podía respirar. Sentía un dolor intenso en el pecho y su garganta emitía suaves quejidos involuntarios. No había respondido, no había dicho una palabra porque en su cabeza había vuelto a tartamudear. Estaba segura de que si intentaba hablar no podría decir ni una sola palabra con coherencia. Volvía a ser una niña. Una niña despreciada, abandonada… a la que nadie quería. Ocultó la cara entre las manos para ahogar los sollozos. No quería sentirse así, no quería abandonarse a la autocompasión, pero el dolor era insoportable y no tenía que disimular ante nadie.

Lo amaba. Había amado a ese hombre durante años. Él siempre la había tratado con respeto. Era amable y considerado. Era divertido. Era… Andrew. No debería haber aceptado ayudarlo. Eso había hecho que la viese como a una criada. Ella era pobre, pero no era una criada. Por eso no quiso que él le pagara sus emolumentos. Pero no había servido de nada. La consideraba inferior. Era inferior. Él era un conde y algún día, dentro de mucho tiempo, sería duque. ¿Qué era ella? Una huérfana a la que no quiso ni su madre. A la que no había querido nadie. Tenía treinta y un años, era mayor que él. No tenía posición ni belleza ni nada que ofrecer. Una mujer fría y seria. Así la había descrito.

«… usted adquiere posición y tranquilidad y yo obtengo una madre para mi hijo, que no me dará ningún problema».

La rabia se extendió por su organismo y se convirtió en fuego a toparse con el calor que irradiaba su cuerpo. Era una persona tan insignificante que no podía darle ningún problema. Era tan despreciable que sería como tener una nueva silla en el comedor. Fría y seria. Una madre para sus hijos. Si se casaban, él engendraría a sus hijos en su vientre sin el menor afecto. La usaría como se usa una silla robusta y firme, aunque no fuera hermosa.

Heather tenía el amor de Robert. Matilda, el de Walter. No había más que verlos juntos para saber que se amaban. El modo en que ellos las miraban la hacía sonreír emocionada. Ser testigo de ese amor le había provocado una ternura indescriptible. Pero en ese momento sentada en aquella cama reviviendo lo sucedido con Andrew, el recuerdo de ese amor se convirtió en un veneno para el que jamás tendría un antídoto. Inundó su torrente sanguíneo, retorció sus entrañas, estrujó su corazón hasta dejarlo tan duro y muerto como un tronco seco.

Se limpió las lágrimas y respiró hondo por la nariz. Después se levantó de la cama y abrió la ventana de par en par. El frío de la noche la envolvió calmando el fuego que desprendía su cuerpo. Los sollozos cesaron, su mente se aclaró. Debía pensarlo con frialdad. Andrew le ofrecía un futuro luminoso: posición, respeto, una familia, dinero... Todas esas cosas que le habían sido negadas por el simple hecho de haber nacido de su madre. Esas personas que la despreciaban, que la miraban de arriba abajo como si ella no tuviera sentimientos, iban a tener que tratarla como a una condesa. Sus labios sonrieron, aunque sus ojos mostraban una fría determinación. Lady Hanlon. La señorita Knigge... Soltó una carcajada hiriente al imaginar sus caras cuando oyeran la noticia. Sí, merecía la pena solo por eso. ¿Qué tenía que perder? Por una vez en su vida iba a tener todo lo que deseaba. Andrew no la amaría nunca, pero sería suyo. Tendría que tomarla y sería su esposo y el padre de sus hijos. ¡Tendría hijos! Amaría a Noah como a un hijo. Era un niño adorable y se parecía tanto a su padre...

El temblor en sus manos hizo que se percatara de que estaba cogiendo frío. Volvió a cerrar la ventana y se metió en la cama acurrucándose bajo las sábanas.

No importa que él no me ame. Tendré todo lo que siempre h deseado. Ya nunca volveré a sentirme despreciada frente a Heather frente a Matilda. Frente a nadie.

Alguien, por fin, me ha elegido.

CAPÍTULO 21



Estaba de pie al otro lado de su escritorio y Andrew la miraba confuso.

—Si ha cambiado de opinión…

Él se puso de pie y rodeó la mesa para detenerse frente a ella.

—No he cambiado de opinión —dijo sin entonación—. Es solo que después de su reacción de anoche, pensé…

—Me cogió por sorpresa —dijo ella despacio.

Esa mañana había iniciado una conversación con Annie, no sin cierto temor. Creía que su tartamudeo habría vuelto y, aunque no había sido así, hablaba con mayor lentitud e inseguridad.

—Ya veo. Entonces, ¿está de acuerdo en que nos casemos? —preguntó él para confirmarlo.

Ruby afirmó con la cabeza, y Andrew se tocó la nuca mientras se mordía el labio, pensativo.

—Bien —dijo para sí—. Tendré que… hablar con mi madre. Ella sabrá cómo proceder. Supongo que habrá que esperar a las amonestaciones, recuerdo que con Claire fue así, tuvimos que esperar tres semanas para poder casarnos. Fue muy molesto.

Ruby sintió una punzada en el estómago, pero no dijo nada a respecto.

—Desde hoy dejará de ser la niñera de Noah, por supuesto —siguió Andrew—. Si va a ser mi esposa no puede ser mi empleada a los ojos de todos. También tiene que irse de esta casa. Haga que preparen su equipaje y yo mismo la acompañaré a la residencia de mis padres.

—Pero Noah…

—Irá con usted —dijo él adelantándose—. Mi madre estará encantada.

—¿Puedo pasar tiempo con él? —preguntó con visible preocupación —. No creo que sea bueno que deje sus clases…

Andrew sintió una calidez instintiva al ver su malestar por tener que dejar al niño.

—Puede usted proceder como desee, por supuesto. A fin de cuentas se va a convertir en su madre.

Aquella afirmación fue suficiente para que Ruby pudiese sonreír a fin. Andrew pensó que parecía otra persona cuando sonreía.

—Deberíamos empezar a tutearnos, ¿no te parece? —preguntó él.

Ruby se sonrojó inevitablemente y asintió. Se quedaron en silencio uno frente al otro. Ella se preguntó si la besaría. Era lo que correspondería en una situación así, ¿no?

Andrew volvió a su lugar detrás de la mesa y se sentó en su silla dando la conversación por terminada.

—Yo mismo te llevaré a Greenwood House en cuanto acabe esta intervención para la cámara.

Ruby se dirigió a la puerta, pero la voz de Andrew la detuvo antes de salir de la estancia.

—Gracias por aceptar —dijo con voz profunda—. Me has evitado muchos quebraderos de cabeza.

Salió sin decir nada y cerró la puerta tras de sí.

Andrew se recostó contra el respaldo y se llevó las manos a la cabeza. ¿De verdad iba a casarse con Ruby? ¡Ruby! ¿En qué estaba pensando? Esa mañana al despertarse se había maldecido por hablar más de la cuenta. Y, sobre todo, por beber más de la cuenta. No se esperaba aquella respuesta por su parte. Pensaba que lo habría tomado por una locura y que fingiría no acordarse de sus palabras. Cuando apareció en su despacho temió que quisiera despedirse, pero ni se le pasó por la cabeza la idea de que fuese a aceptar.

Su madre iba a poner el grito en el cielo. No creía que el sueño de la duquesa de Greenwood fuese que su hijo mayor se casara con una huérfana, empleada por su tía Elinor. Se frotó la cara con las manos.

—Soy un bocazas. Maldita sea… —gruñó por lo bajo.

Miró el discurso que estaba escribiendo. ¿Cómo iba a escribir nada sobre los cartistas teniendo aquel monumental lío en su cabeza? Quizá a su madre se le ocurriría algún modo de salir de esa situación sin quedar como un canalla. No creía que Ruby hubiese recibido muchas propuestas de matrimonio y no quería ser él el que cometiese la mayor canallada de todas desdiciéndose de la suya.

Se levantó de la silla y paseó por el despacho durante unos minutos rumiando entre dientes algún que otro insulto, hasta que alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

El mayordomo entró en el despacho y cerró tras él antes de hablar como era su costumbre.

—La señora Hardwick quiere saber si van ustedes a almorzar en la casa. La señorita Ruby nos ha informado de que piensan ir a Greenwood House.

—Pueeees… —Andrew se frotó la nuca sin saber qué responder.

Todo dependía de cómo se desarrollasen los acontecimientos con su madre.

—¿Qué opina del matrimonio, Keating?

Si la pregunta le pareció extraña, el mayordomo no mostró el menor gesto al respecto.

—Es una institución sólida con muchos años de antigüedad.

—Sí, sí, pero ¿qué opina usted?

—¿Yo? —El hombre se señaló ceñudo.

—¿Hay alguien más aquí? —Andrew no tenía mucha paciencia esa mañana.

—Pues… no sé qué decirle.

—¿No ha querido casarse nunca?

—Cuando era joven lo pensé alguna vez, sí.

—¿Y por qué no se casó?

—Una de las veces, la dama en cuestión no tuvo a bien aceptarme.

—Oh, vaya. —Se lamentó Andrew poniéndose las manos en la cintura—. Pero ¿usted realmente quería?

—Sí, claro, por eso se lo pedí.

—¿Está seguro? ¿No se lo pidió por las circunstancias y luego se arrepintió?

—No —negó el hombre confuso.

—A veces esas cosas pasan. Uno habla y no es muy consciente de lo que dice. ¿No le pasó eso?

—No, señor.

Andrew sonrió inclinando la cabeza.

—Claro, no piensa eso porque ella lo rechazó. Quizá si ella hubiera aceptado, usted se habría echado atrás.

—No, señor, si hubiese aceptado, me habría casado.

—¿Cómo lo sabe?

—Bueno, quería casarme.

—Pero no puede estar seguro. Quizá si ella hubiese dicho que sí usted se habría dado cuenta de que era una locura y habría querido echarse atrás.

El mayordomo seguía muy confuso y negó de nuevo con la cabeza.

—Le aseguro que no, señor. Nunca cambio de opinión cuando tomo una decisión.

—¿Nunca?

—Nunca.

Andrew se apartó el pelo de la frente, que con tantos gestos de cabeza y tanto pasarse la mano por él se le había revuelto.

—Es usted admirable, señor Keating.

—Gracias, señor. ¿Almorzarán aquí o no, señor?

—No lo sé. Probablemente no. Pero no es seguro.

—Entonces le diré a la señora Hardwick que prepare algo frío que pueda conservarse.

—Sí, haga eso. Algo que pueda cenar yo. Que podamos cenar todos quiero decir.

—Muy bien, señor. ¿Necesita algo más?

—No, Keating, puede irse. Gracias por la charla.

—De nada, señor.

El mayordomo salió del despacho y cerró la puerta, pero permaneció de pie en el corredor durante unos segundos tratando de organizar su mente. Cuando entró en las dependencias del servicio todavía rumiaba lo que habían hablado.

—El señor no está seguro de si almorzarán en casa —dijo mirando a la señora Hardwick.

Ruby levantó la vista del botón que estaba repasando.

—¿Cómo que no está seguro? —La cocinera lo enfrentó con las manos en la cintura—. ¿Entonces qué hago?

—Prepare algo frío que pueda conservarse. En caso de que finalmente almuercen en Greenwood House, lo comerán para cenar.

—¿Cómo es que no sabe si va a venir? —insistió la cocinera—. Lo lógico es que si va a visitar a sus padres lo inviten a almorzar. No tiene ningún sentido.

—Nada de lo que dice tiene mucho sentido hoy —dijo el mayordomo con expresión distraída—. Me ha preguntado si alguna vez he querido casarme. Y cuando le he dicho que sí y que incluso pedí matrimonio a una joven, ha insistido en que seguro que quise cambiar de opinión.

—¿Usted le pidió matrimonio a alguien? —preguntó Sarah con sorpresa.

Ruby miraba la gota de sangre del dedo en el que se había clavado la aguja, mientras el mayordomo asentía a la pregunta de la doncella mayor.

—Pero nunca se ha casado —insistió Sarah.

—Me rechazó.

—¡Ah! —exclamó la doncella.

—Vaya, señor Keating, qué callado se lo tenía —dijo la cocinera riendo—. Debió ser un duro golpe para usted.

—¿Y por qué el señor le ha preguntado eso? —intervino la señora Morton, el ama de llaves.

—No lo sé. Pero tenía mucho interés en que reconociera que si ella hubiese aceptado, yo me habría arrepentido.

—Eso es porque no quiere casarse con ninguna de esas señoritingas, pero lo están obligando a ello —dijo Martha, la hermana de Sarah.

—¡Martha! —Su hermana le dio un manotazo en el brazo.

—¿Qué? —dijo la otra llevándose la mano al lugar donde ella le había dado.

—Te he dicho un montón de veces que no hables de ese modo.

—¿De qué modo?

—No son señoritingas, son damas.

—Bueno, pero estamos en confianza. —Miró a su alrededor—. Aquí solo hay personas del servicio.

Ruby se llevó el hilo a los dientes y lo mordió dando por terminada su labor. Recogió sus cosas y se dispuso a salir de las dependencias de servicio.

—¿Qué opina usted, señorita Ruby? —la detuvo Martha—. Es la que pasa más tiempo con el señor, seguro que le ha contado cosas de esas señoritingas. ¿A que no quiere casarse?

Martha recibió otro sopapo y se revolvió contra su hermana por ello, tesitura que Ruby aprovechó para salir de allí sin responder. Una vez frente a las escaleras tuvo que detenerse para recuperar el aliento. Había contenido la respiración y le ardían los pulmones. Apretó fuertemente la barandilla de la escalera, tanto que sus dedos se pusieron blancos. Después de unos segundos en los que su mente la torturó con toda clase de oscuros pensamientos, comenzó a subir los peldaños uno tras otro. Tenía un equipaje que preparar.

CAPÍTULO 22



Andrew estaba frente a sus padres y esperaba una reacción a su inesperada declaración, pero ambos lo miraban expectantes, como si creyeran que faltaba algo más por decir.

—He dicho que le he pedido a Ruby que se case conmigo.

—Te hemos oído, hijo —afirmó su padre.

—¿Y no pensáis decir nada?

Alexander miró a su esposa con expresión algo confusa.

—¿Tú qué dices, querida?

—¿Qué ha respondido? —preguntó Katherine sin apartar la vista de su hijo.

—Que sí.

Su madre dejó escapar el aire en un suspiro y bajó los brazos, que tenía cruzados, y se alisó la falda del vestido como si no estuviera impecable.

—Pues tengo mucho trabajo que hacer. Habrá que hablar con la iglesia y hacer las amonestaciones.

—Ruby es una buena chica —dijo Alexander sonriendo aliviado.

Andrew los miraba a ambos incrédulo.

—¿Os parece bien?

Sus padres se interrogaron sin palabras y ambos asintieron convencidos.

—Si tú quieres casarte con ella... —dijo su padre encogiéndose de hombros.

—¿No os parece una locura?

—En absoluto —negó Katherine—. Conocemos a Ruby desde niña es buena, es una persona muy sensible y Elinor la quiere muchísimo. Por no hablar de Matilda y Heather, que la consideran una hermana.

—Noah está encantado con ella —añadió Andrew.

—Exacto —afirmó su madre—. Y ella parece tenerle mucho afecto también.

—Entonces, ¿apruebas mi decisión?

—Totalmente.

Andrew entornó los ojos y la miró con mayor atención.

—Mamá, sabes que Ruby cumple con todas mis condiciones ¿verdad?

Katherine fingió pensarlo un momento.

—Eso parece, sí.

—Si tanto te gusta la idea, ¿por qué no me la sugeriste?

—Tú querías alguien de nuestro entorno. Alguien de una familia cercana. Elecciones… cómodas. Ruby no entra en ese espectro ¿verdad?

—¿Habías pensado en ella? —preguntó al fin cruzándose de brazos y mirándola con exigencia.

—Desde el primer momento.

Andrew abrió los ojos como platos, no se esperaba una respuesta tan clara y sincera.

—¿Por qué no lo dijiste?

—Habrías pensado que era una locura.

—¡Y lo es!

—Y, aun así, se lo has pedido.

—Estaba harto de darle vueltas a este tema… Espera —dijo descruzando los brazos para señalarla—. ¿Lo ideaste todo? ¿Ese era tu plan desde el principio?

—Yo no lo llamaría plan. Y no, no pensé en Ruby desde el primer momento. Solo creí que si te ponía frente a unas candidatas poco apropiadas, tú solo encontrarías a una que sí lo fuese.

—Ya veo.

—¿Qué es lo que te preocupa, hijo? —preguntó su padre—. ¿Creías que no lo aprobaríamos? Debe gustarte mucho si le pediste matrimonio pensando que no nos parecería bien.

—No me gusta —dijo Andrew rápidamente—. Quiero decir… me gusta. Pero no de ese modo.

—¿De qué modo? —preguntó su padre con expresión confusa.

—De ese modo.

—¿De qué modo? —volvió a preguntar Alexander.

Katherine bufó impaciente y sacudió las manos.

—¿Queréis parar? De verdad…

Los dos hombres se miraron confusos.

—¿Cuándo queréis casaros? —preguntó su madre.

—Cuanto antes —dijo Andrew.

Alexander sonrió con picardía y su hijo lo miró ceñudo.

—Si tengo que casarme prefiero que sea rápido.

—Rápido, ¿eh? —Alexander amplió su sonrisa y Andrew miró a su madre con impaciencia.

—Voy a hablar con Ruby —dijo Katherine caminando hacia la puerta.

—¿Hablar de qué? —dijeron los dos hombres a la vez.

Katherine los miró como si fuesen dos niños tontos y sin decir nada salió del salón. Alexander pasó el brazo por los hombros de su hijo y lo sacudió riendo.

—Ruby es una buena elección, hijo, mucho mejor que las que había escrito tu madre en esa lista. Os quedáis a almorzar, claro. ¿Dónde está Noah?

Katherine observó a Ruby mientras permanecía sentada frente a ella en el sofá. Estaba distinta, no había duda, tenía una mirada… vacía. Antes de hablar sonrió con cariño y le cogió la mano con delicadeza.

—¿Estás nerviosa? Conmigo no tienes que estarlo. Quiero saber lo que piensas sobre todo esto. ¿Tú quieres casarte con Andrew?

Ruby asintió sin variar de expresión.

—¿Te lo esperabas? La proposición…

—No. Estábamos hablando y de repente me lo dijo.

—Ya veo. —Katherine comprendió que estaba en shock—. ¿Fue brusco? ¿Te hizo pensar que no tenías opciones?

—No. Fue amable y muy sincero.

La frente de Katherine se arrugó levemente y tuvo que contenerse para no pedirle que se lo contase todo con pelos y señales.

—Mi hijo… Desde que murió Claire…

—Lo sé —asintió Ruby consciente de que le estaba resultando incómodo—. Sé que su hijo no me ama. Este es un matrimonio de conveniencia. Necesita a alguien que cuide de su hijo. Yo soy una buena opción.

Katherine sintió que se le encogía el corazón. ¿Esas palabras hacían referencia a lo que Andrew le había dicho? Esperaba que no.

—Eres una joven maravillosa y cualquier hombre sería afortunado de casarse contigo —dijo sincera.

Ruby sonrió por primera vez y a Katherine se le erizó el vello al ver que sus fríos ojos no acompañaban la sonrisa.

—Ruby, ¿qué te dijo Andrew?

—La verdad, ya se lo he dicho.

Su voz era tan suave como el terciopelo y sonaba tan triste que Katherine sintió deseos de abrazarla.

—Estoy bien —afirmó la joven—. He aceptado porque me parece una buena proposición. Quiero a Noah y la boda con su hijo me permitirá tener una familia, algo de lo que jamás he disfrutado. Estoy un poco... sorprendida, eso es todo. No me lo esperaba.

La fría máscara del rostro de Ruby desapareció y Katherine pudo respirar al fin aliviada al ver que sonreía de verdad.

—No sé cuáles son los pasos a seguir —dijo Ruby—, confío en que usted me ayude. No tengo a nadie más a quién pedirle...

—¡Oh, no digas eso! Cuando Elinor se entere se va a poner loca de contenta —se rio Katherine—. ¡Y Matilda! ¡Y Heather! ¡Madre mía cuando escribas a Heather para contárselo! Querrá venir a la boda.

—No podemos decírselo —se apresuró Ruby—. Está embarazada, se llevaría un disgusto por no poder venir, prefiero contárselo cuando ya haya pasado.

—¿De verdad?

Ruby asintió. Si había algo que no soportaría sería tener que responder a las preguntas de Heather que, sin duda, sabría leer entre líneas por más que ella creyese que su carta era completamente inocua.

El almuerzo resultó más agradable de lo que esperaban. Ruby se mostró alegre y habladora y Andrew la observaba con atención y desconcierto. No había ni rastro de la mujer fría y contenida que había visto la noche anterior. La que no había contestado a su inesperada petición. Ni siquiera de la que había entrado en su despacho esa mañana y había puesto su mundo patas arriba al aceptarla.

—¿Entonces son tres semanas? —preguntó Ruby después de limpiarse la comisura de los labios con la servilleta.

—Sí, las amonestaciones se harán durante tres domingos y a siguiente ya podréis casaros —respondió Katherine—. Eso nos dará tiempo para prepararlo todo. Necesitarás un vestido y hay que enviar las invitaciones...

—¿Tú podrías ocuparte de que tenga un guardarropa completo mamá? —preguntó Andrew—. Va a necesitar mucha ropa, aparte de vestido para la boda.

—Por supuesto. —Katherine sonrió a Ruby—. Lo pasaremos bien yendo de compras. Ahora que vas a vivir aquí, tendremos tiempo para todo. Y Noah lo pasará muy bien con nosotros. Estoy muy contenta de que estéis aquí.

—Será divertido —afirmó Benjamin sonriendo—. Lo primero que ha hecho cuando me ha visto ha sido señalar la primera letra de mi nombre en su precioso bordado. Ha sido muy ingeniosa con eso, Ruby.

—Deberías tutearla —dijo su madre con cariño—. Ahora va a ser tu hermana. No creo que necesitemos seguir con los formalismos, ¿no creéis?

Benjamin miró a Ruby interrogador y esta asintió con timidez.

—¿Te ha dicho papá que ya ha tallado un *jō* para Noah? —preguntó el pequeño conteniendo una sonrisa malévola al mirar a su hermano.

La expresión de Andrew se tornó severa.

—Nada de enseñarle a usar el *jō*, papá, es demasiado pequeño.

—No pensaba enseñarle, solo dejar que juegue con él para que se familiarice. Es lo que hice contigo y no creo que te haya perjudicado en nada.

Andrew señaló la pequeña cicatriz de su barbilla.

—Me hice esto cuando tenía la edad de Noah, lo pisé y me caí de cara contra el suelo.

—¡No me lo recuerdes! —dijo Katherine con expresión de pesar— Cuando te vi con la cara llena de sangre casi me da algo.

—Fue un accidente —dijo Alexander ceñudo—. Podría haberte pasado con cualquier cosa.

—Pero me pasó con el *jō* y no quiero que Noah nos dé un susto. As que nada de entrenamiento, sé un abuelo normal y juega con él sin usa armas.

—Está bien —masculló su padre con expresión seria.

—Tú serás la que tenga la autoridad aquí en cuanto a mi hijo – advirtió mirando a Ruby—. Vigílalo por mí y no te dejes seducir por m padre, tiene una labia irresistible.

—Anda, mira quién habla —dijo Benjamin burlón—. Solo hay qu verte dar esos discursos en la cámara para saber que eres un seducto nato.

—¿Has ido a verlo? —preguntó su madre—. Creí que habías dich que no volverías.

—No puede resistirse —dijo Andrew mirándolo burlón—. ¿De quié crees que aprende, mamá?

—Eso querrías tú, que aprendiese de ti —dijo Benjamin enarcand una ceja—. Lo que hago es estudiar a mi enemigo para poder vencerlo.

—¿Tu enemigo? —Ruby hizo la pregunta con preocupación y lo dos hermanos la miraron divertidos.

—No hagas caso —intervino Katherine—. La sangre nunca llega a río. Les encanta poner incómodos a los demás y ahora que te tienen a ti, lo harán más aún. Con su padre y conmigo no les funciona.

Ruby sintió la calidez que la envolvía por completo al sentir qu había empezado a formar parte de esa familia. Se guardó es sentimiento en un lugar privilegiado de su cerebro para volver a é cuando el frío y la soledad volviesen a hacerla temblar.

CAPÍTULO 23



Cecilia Drummond miró a Ruby con simpatía. Katherine la había llevado a su tienda de ropa para encargar un vestuario completo y también para que le confeccionaran el vestido de novia. La hija de Cecilia y Mason Drummond, Sophie, trabajaba con su madre y era una diseñadora magnífica. En menos de una hora tenía cinco bocetos para que Ruby eligiera.

—Son demasiado... demasiado...

Sophie sonrió con simpatía.

—Vas a casarte con el futuro Duque de Greenwood, no son demasiado, te lo aseguro. Yo usaría el color blanco puro, sin adornos. Seda.

Katherine asentía complacida y Cecilia dio unas palmadas para llamar la atención de las damas.

—Tenemos mucho que hacer, así que nada de dudar. Ruby, elige no lo pienses mucho, deja que tu corazón te guíe. Si algo he aprendido en todos estos años, es que la primera opción es casi siempre la mejor.

Ruby miró los modelos y señaló el situado más a la izquierda. Sophie sonrió satisfecha y asintió. Cecilia y Katherine se miraron sorprendidas.

—Tendrá un cuerpo ajustado —empezó a narrar la diseñadora sujetando el boceto para que lo vieran bien—. Con escote barco para mostrar los hombros. Mangas abullonadas al principio y estrechas en los antebrazos. La cintura muy marcada pero alta. Nada de cola. El material que emplearé será seda satinada. Para las mangas, encaje y tendrá delicados bordados florales de hilo de seda blanco. Los guantes serán también de encaje y llegarán por encima del codo. El velo será de tul y lo sujetaremos con una guirnalda de azahar.

—Los zapatos deberán ser de raso también —apuntó su madre.

—Sí —confirmó Sophie.

—¿Y las joyas? —preguntó Katherine—. Me gustaría prestarle algo.

—Sea lo que sea, ha de ser sencillo, para no llamar la atención –explicó la joven—. Mejor esperar a verla con el vestido, seguro que entonces se le ocurre algo que regalarle acorde con él.

—No tiene que regalarme nada más, todo esto ya es demasiado –dijo Ruby con timidez.

Katherine la cogió del brazo con cariño y le susurró.

—Me hace mucha ilusión. Déjame malcriarte un poco.

Después de ese comentario, las tres mujeres siguieron hablando sobre el vestido de novia, y sobre el resto de ajuar que iban a confeccionarle, pero Ruby solo podía escuchar aquellas palabras de la madre de Andrew en su cabeza repitiéndose en bucle: «déjame malcriarte un poco».

Las tres semanas que faltaban para la boda pasaron más rápido de lo que habría esperado. Katherine la paseó por todo Londres como su futura nuera y, aunque al principio Ruby se sentía bastante avergonzada por recibir tanta atención, lo cierto es que empezó a gustarle. El mejor momento de todos fue cuando la señora Hanlon y la señorita Knigge recibieron la noticia. Ver cómo las dos mujeres se quedaban sin palabras fue un momento delicioso que Ruby pensaba guardar en un lugar privilegiado de sus recuerdos.

Andrew acudía a almorzar un día a la semana y después, sobre las tres de la tarde, salían a pasear por Hyde Park, acompañados por los duques. Cada semana que pasaba Andrew iba viendo el extraordinario cambio que se iba produciendo en Ruby. Primero fue el modo en que se peinaba. De su austero recogido sin adornos pasó a un intrincado trabajo con algunas horquillas de pequeños adornos. Después fue su ropa, ya no usaba aquellos vestidos sencillos, pensados para soportar el trabajo con niños más que para embellecer a su dueña. Ahora usaba colores brillantes, telas de primerísima calidad y su cuerpo se veía realzado por aquellos escotes tan reveladores que, aunque no mostraban nada indebido, ponían en evidencia sus considerables curvas. Hasta tal punto había sufrido un cambio que Andrew comenzó a pensar involuntariamente en su noche de bodas. Eso lo encerró en un mutismo incómodo la última semana que se vieron antes de la boda, y

su cambio de actitud no pasó desapercibido para Ruby, que creyó que al acercarse el momento le habían surgido las dudas.

—No será tan multitudinaria como las nuestras —decía Madison sentada en el sofá junto a su hermana—, pero es que tuvimos mucho tiempo para prepararlo.

—Hemos recibido la confirmación de cincuenta invitados —explicó Katherine antes de llevarse la taza a los labios.

—Cincuenta no está mal, mamá, teniendo en cuenta las circunstancias —dijo Charlotte.

—A mí me parecen muchísimos —musitó Ruby en tono tan quedo que pareció que nadie la hubiese escuchado.

—Es el futuro Duque de Greenwood, lo normal habría sido que acudiese todo Londres —insistió Madison.

—Esta mañana he recibido una nota de Lady Emma Portman confirmando su asistencia —dijo su madre antes de beber otro sorbo de té.

Ruby abrió los ojos como platos. Lady Portman era una de las damas de cámara y amiga personal de Su Majestad. La sangre abandonó su rostro y la taza tintineó peligrosamente en su plato.

—No te asustes, Ruby —dijo Katherine mirándola con cariño—. Es normal que asistan miembros cercanos de palacio. Andrew será Duque de Greenwood, además es un destacado miembro de la cámara alta.

—Debería haber asistido la reina —dijo Madison con expresión de disgusto.

—¡Madison! —exclamó su madre fingiendo severidad.

—¿Qué, mamá? Sabes que en otra situación, así habría sido.

—No digas tonterías —dijo Katherine tratando de quitarle importancia.

Ruby comprendió cuál era esa «situación» y que tenía su nombre. La reina no podía asistir a la boda de Andrew, porque se casaba con ella, una huérfana sin importancia y que se hallaba en el escalafón más bajo de la sociedad. De repente se sintió abrumada y tuvo la urgente necesidad de salir de aquel salón cuanto antes. Se disculpó aduciendo que debía hablar con la cocinera para una cuestión con respecto a Noah y salió de allí con paso ligero. Cuando estuvo fuera, apoyó una mano en la pared y la otra en su pecho. El corazón le latía desbocado y le costaba

respirar. Esa última semana estaba siendo especialmente intensa. Todo el mundo parecía entusiasmado. Menos Andrew. La había visitado el día de antes y habían dado su paseo habitual por Hyde Park, pero su mutismo llegó a ser tan insoportable que se había visto obligada a hablar más de la cuenta. Le había contado cosas de su infancia con Heather y Matilda de las que ahora se arrepentía. Él la había escuchado con atención, pero solo emitía monosílabos de aceptación o algunos simples gestos. Cuando se despidieron ella estaba tan nerviosa que tuvo que sujetarse las manos para evitar mostrar el temblor que las sacudía. En dos días sería la boda, se convertiría en la condesa de Greenwood y Andrew sería su esposo.

Respiró hondo y avanzó por el pasillo para dirigirse a la habitación de juegos de Noah. El pequeño estaría allí con Annie y por alguna razón con el niño era con el único que se sentía tranquila esos días.

—¡Ruby! —exclamó el pequeño y corrió hacia ella abrazándose a sus piernas.

—¿Qué ocurre? —se rio ella separándolo y agachándose frente a él.

—Sigue empeñado en que quiere un *Spaniel* —dijo Annie sonriendo con ternura.

Ruby miró al niño que tenía la cabeza baja y mirada enfurruñada.

—¿Qué dijimos, Noah?

—Que en casa.

—¿Y ahora estamos en casa?

El niño negó con la cabeza.

—Hablaré con tu padre y él buscará un cachorro de *Spaniel* para ti. Pero tendrás que sonreír mucho hasta entonces. A los *King Charles Spaniel* no les gustan nada los niños que se enfadan. Si tu padre te ve tan serio…

El niño mostró una luminosa y falsa sonrisa que hizo reír a Ruby y a Annie a carcajadas.

—Vaya con las señoras —la animó Annie—. Noah está bien aquí conmigo.

—¿Quieres salir fuera? —preguntó Ruby mirando al pequeño que se puso a dar saltitos enseguida. Se levantó mirando a Annie—. Saldremos

al jardín para que juegue un poco al aire libre. Hoy no he podido sali
con él y está nervioso.

Annie asintió.

—¿Podrías repasar toda la ropa de Noah que dejé para coser? No
creo que tenga tiempo de…

—No se preocupe, yo me encargo. Usted haga que el niño corra y se
canse. Lleva dos noches durmiendo inquieto.

Ruby asintió y cogiéndolo de la manita salieron juntos del cuarto
Cuando llegaron al hall se encontraron con Meredith y Frederick, los
bisabuelos del pequeño que llegaban en ese momento.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó la mujer abriendo los brazos.

Noah corrió hasta ella y se abrazó a sus piernas sin que la anciana
hiciera ademán de agacharse, cosa que Ruby vio con cierto alivio.

—Buenas tardes, Ruby —saludó el barón con simpatía.

—Buenas tardes, señor Wharton.

—¿Está Andrew?

—Ya sabes que viene los miércoles —dijo su esposa acariciando el
pelo de su biznieto.

—Cierto, cierto. ¿Y Alexander?

Ruby sonrió al tiempo que asentía.

—Está en su despacho.

—Bien, bien. Entonces hacia allí me dirijo.

Antes de irse, besó a su biznieto en el pelo y el niño lo abrazó igual
que a su bisabuela.

—Es el niño más cariñoso que he visto nunca —dijo el bisabuelo
disimulando su emoción.

—Es cierto —afirmó Meredith y miró a Ruby interrogadora—
¿Ibais a salir?

—Sí. Noah necesita correr un poco —dijo sonriendo.

—¿Y dónde está mi hija?

—En el saloncito verde. También están Madison y Charlotte.

—¡Oh! ¿Y los niños?

—Hoy se han quedado en casa. Abigaíl ha estado enferma y su
madre prefiere que no salga todavía.

—¿Y Matthew?

—Está castigado.

—¿Otra vez? —Meredith hizo un espontáneo gesto con la mano— Pero ese niño está más tiempo castigado que ninguno de mis otros biznietos. ¿Qué ha sido esta vez? ¿Otro jarrón? Madison debería quitarlos todos.

Ruby asintió.

—¿Lo rompió a propósito?

Ruby negó con la cabeza.

—Tuvo una rabieta.

—Ese niño tiene mucho carácter para ser tan pequeño. Fue por culpa de la r, ¿verdad? ¿Alguien se rio de él?

—Eso creo.

—Algo debe poder hacerse —se lamentó su bisabuela con pesar— Pobrecito.

Ruby habría querido decirle que no debería compadecerlo. Eso hacía que él sintiera que estaba haciendo algo mal y aumentaba su inseguridad. Si había alguien que podía entenderlo era ella, pero no se atrevía a intervenir. Nadie le había pedido consejo al respecto y todos sabían de su problema de tartamudeo cuando era niña.

—Bueno, pero dime, ¿estás nerviosa? —preguntó Meredith cogiéndola del brazo con cariño—. Dentro de dos días Andrew y tú os casaréis. Sé lo abrumador que debe de estar siendo para ti. Yo era una simple institutriz cuando me casé con Frederick. De hecho, en ese momento ni siquiera era eso, daba clases a los hijos de los campesinos en las tierras del barón.

Ruby entornó los ojos mirándola con atención.

—Sé muy bien cómo te sientes, Ruby, y voy a decirte algo que quizá te ayude. No te casas con un título, te casas con un hombre. No dejes que te abrume la pompa y el boato, céntrate en la persona que es y muéstrale la que eres tú. Si eres capaz de hacer esto, todo irá bien, ya lo verás. Y ahora, ve fuera con ese muchachito, que parece un gato enjaulado —dijo viendo cómo el niño correteaba por el hall con los brazos extendidos y haciendo ruiditos.

CAPÍTULO 24



Andrew se paseaba de un lado a otro del salón mientras trataba de ordenar el lío en su cabeza. ¿Cómo había llegado hasta allí? Aquellas últimas semanas habían sido tan extrañas e intensas que apenas había tenido tiempo de pensar. Pero había llegado el momento, se casaban al día siguiente y todos los preparativos estaban ya en plena ebullición. La casa de sus padres estaba siendo desmantelada, habían sacado los muebles de las habitaciones contiguas al comedor para montar las mesas que acogerían a los invitados. Invitados que habían confirmado su asistencia y que pensaban que aquel era un matrimonio normal. Pero no lo era, no tenía nada de normal que él se casara con Ruby ¡Ruby! La mejor amiga de Heather. Se paró en seco con expresión interrogadora. ¿Estaba así por la carta de Heather? Esa carta lo había traspasado como un estilete, fino e implacable.

«Ruby ha sufrido demasiado. Su vida parte de traiciones espantosas y, aunque parece fuerte, no lo es. Si le haces daño, no te lo perdonaré jamás».

Cuando la puerta se abrió, él se volvió con expresión sorprendida y confusa.

—Andrew… —Ruby entró en el salón y dejó la puerta abierta.

El que sería su esposo en unas pocas horas, avanzó decidido y pasó junto a ella sin decir nada.

—Tenemos que hablar y es mejor que lo hagamos con la puerta cerrada.

Ruby frunció el ceño y se agarró las manos para esconder su nerviosismo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Necesito una copa —dijo él yendo hasta el mueble con las bebidas —. Y tú también.

Sirvió dos copas ante la atenta mirada de Ruby y ella esperó a que hablase. Cuando él le entregó la pequeña copa evitó su mirada y eso la puso aún más alerta.

—No podemos casarnos. —Andrew se llevó entonces el vaso a los labios y bebió un largo trago con fruición.

Ruby no dijo nada, sostuvo la copita en su mano y mantuvo su mirada posada en aquel perfecto rostro que tanto ansiaba acariciar.

—Es una locura, no entiendo cómo dejé que una idea tan absurda germinase —siguió él—. No puedo hacerte esto. Tú mereces a alguien que te quiera, mereces ser la persona más importante en el mundo para alguien. Yo ya lo he vivido, sé lo que es, y nada puede compararse a ese sentimiento de pertenencia. Mereces experimentarlo, mereces que te amen, Ruby.

—Nunca había oído a nadie mencionar ese verbo tantas veces.

Andrew la miró confuso y ceñudo.

—¿Qué?

—Has usado el verbo merecer cuatro veces.

¿Se estaba burlando de él?

—¿Has oído lo que he dicho?

—Que merezco que alguien me quiera.

—Eso es.

—¿Y quién es esa persona?

—Nnnno… lo sé —titubeó él.

Ruby bebió un sorbo de su copa y deambuló por el salón. Pensaba mejor si deambulaba.

—Si ya no deseas casarte conmigo… —Se giró hacia él mirándolo de frente—. Puedes decirlo sin más. No hace falta que finjas que te importa mi bienestar.

—Ruby…

—Tal y como yo lo veo —siguió ella con aparente serenidad—, me estás dando la opción de tener algo que no he tenido nunca. Una familia. No sé lo que es eso. Pertenecer a un grupo, ser parte de algo que importe lo que te pase. Ahora, en este momento, no os importo mucho, lo entiendo, pero sé que el tiempo lo cambiará. Seré la madre de tus hijos, al menos de Noah —puntualizó—. Es cierto que soy mayor y quizá no me quede embarazada, pero Noah es pequeño y conseguiré que me vea como a una madre. Casarme contigo es mi última oportunidad para ser amada. No por ti, tranquilo, eso ya me lo has dejado muy claro, pero los hijos aman a sus madres. Aunque sean

imperfectas. Aunque les fallen. Yo no le fallaré. Lo amaré contra todo y contra todos. Lo amaré tanto que no me quedará espacio para la soledad, el dolor y la tristeza.

Bebió un trago sin dejar de mirarlo y después caminó hasta situarse delante de él.

—Si no te quieres casar conmigo, dilo sin más. Pero no te escudes en que lo haces porque no quieres privarme de saber cómo es ser la persona más importante para alguien. Los dos sabemos que eso no va a pasar. Al menos no en esta vida.

—¿Tú...? —La miraba con tanta fijeza que a ella le temblaron los huesos—. ¿Has amado a alguien alguna vez, Ruby?

Ella sintió una llamarada y a continuación un viento gélido. Dejó de respirar y se preguntó si alguien podía seguir viviendo sin latidos. Pero de repente, un enorme alivio se instaló en su pecho y el aire salió de su boca con un largo suspiro. Asintió despacio y su mirada era tan transparente que lo traspasó. Aquellos ojos lo miraban sin prevención, no se estaba protegiendo de él, se estaba entregando. Andrew sintió que se le retorcían las tripas.

—¿Quién es él?

—Tú.

—No quiero hacerte daño. —Escudriñaba sus ojos buscando un resquicio al que agarrarse.

—Lo sé. —Sonrió con ternura.

—No voy a amarte.

—Lo sé.

—No puedo.

Ella asintió y durante unos segundos tan solo se miraron en silencio.

—Nunca te pediré nada —dijo ella—. No te pediré que me cuides. No te pediré que me necesites. No te pediré que me ames.

—No puedo hacerte esto —musitó él con voz profunda—. No puedo ni imaginar lo que sería vivir con la persona que amas sabiendo que no vas a...

—Seré tu compañera. Seré tu amiga. Y seré la madre de tus hijos. No tienes nada que temer de mí. Y tampoco tienes que compadecerte. No me estás privando de nada, porque no tengo nada.

—Ruby…

—Es la verdad. Y tú lo sabes, no me hagas exponerme en voz alta.

Sí, lo sabía. El futuro para Ruby sería envejecer enseñando a niños que no eran suyos, niños que habían tenido la misma mala suerte que ella y que nunca la llamarían «mamá» con profundo amor. Dejó el vaso en una mesa, se llevó la mano a la nuca y frotó tratando de calmar la tensión. Deambuló por el cuarto como había hecho ella, tratando de pensar con claridad, pero las emociones alteraban su juicio, y el terror se había apoderado de su capacidad de análisis.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Quién te ha hablado de mis sentimientos? —preguntó Ruby consciente de que ya lo sabía antes de preguntar.

Andrew la miró girando la cara hacia ella.

—¿Cuánta gente lo sabe? —preguntó irónico.

—Solo dos personas. Me gustaría saber… ¿Ha sido Heather?

Cuando él asintió ella cerró los ojos.

—Por eso no quería que supiera lo de la boda… hasta que hubiese pasado. Sabía que se implicaría.

—No podemos casarnos, Ruby —insistió él.

Ella suspiró y se encogió de hombros.

—No voy a suplicarte. Si no quieres que sea tu esposa, lo aceptaré.

—No es eso y lo sabes.

Lo miró de frente, sin esconderse detrás de lágrimas para darle lástima.

—¿Saber lo que siento por ti me hace peor?

—Te hace vulnerable.

—¿Alguna vez te has dado cuenta de mis sentimientos? Me enamoré de ti hace años y he podido vivir con ello.

—Pero si nos casamos será distinto. Habrá intimidad entre nosotros, ¿lo entiendes?

Ruby desvió la mirada y sus mejillas se colorearon involuntariamente. No había forma de disimular lo mucho que la avergonzaba. Y entonces Andrew hizo algo del todo inesperado. Avanzó los pasos que los separaban, cogió el rostro de Ruby entre sus manos y la miró a los ojos un segundo antes de besarla. Ella se agarró a sus muñecas, como si en un primer momento hubiese valorado la idea de

apartarlo, pero en lugar de eso entreabrió los labios y dejó que su lengua la invadiera. Estaba tan abrumada por el momento que luego no recordaría nada.

En cambio Andrew pensó que sus labios eran suaves como la seda o como los pétalos de una rosa. Sentía la deliciosa caricia, el sabor dulce de su boca, y algo se despertó en él. Algo largamente dormido. Una de sus manos se deslizó hasta su nuca para atraerla más hacia sí. Se olvidó de donde estaban, de quiénes eran y de cuál era el mejor modo de besar a una dama por primera vez. La presionó, cálido y dominante, y de nuevo dejó que su lengua la explorase como si fuese lo único que podía hacer.

Ruby recuperó la razón en algún momento y se apartó de él con una inesperada firmeza. Andrew fue consciente del deseo que había erupcionado en su cuerpo al ver sus labios rojos y magullados y la mirada fija en el bulto de sus pantalones.

—Lo... siento —dijo frotándose la nuca—. Quería comprobar... Era para...

Ruby levantó la mirada y la posó en su rostro. Quería gritarle, pero en lugar de eso preguntó:

—¿He pasado la prueba?

—¿Qué?

—Me has besado para saber si te resultaría repulsiva.

—¡No! Solo quería... —No encontraba las palabras—. Quería estar seguro.

—¿Seguro de qué?

—De que sabes... De que sabes lo que supone.

—No soy tonta, sé cómo se hacen los niños. Te recuerdo que soy maestra.

—Me estás haciendo sentir muy estúpido.

—Lo siento —dijo con una expresión que dejaba muy claro que no lo sentía en absoluto.

De repente el rostro de Andrew se distendió y dejó escapar el aire en un suspiro.

—¿Estás segura de que quieres casarte conmigo? —preguntó al fin.

Y Ruby, esta vez, asintió al instante.

CAPÍTULO 25



Clementine y Victoria entraron en el dormitorio de Ruby y lanzaron una exclamación compartida al verla con el vestido.

—¡Dios mío! ¡Es precioso! —dijo Victoria sentándose en la cama para poder contemplarla cómodamente.

—Ese encaje… —Clementine se sentó al lado de su prima sin borrar la sorpresa y la admiración de su rostro—, parece obra de otro mundo.

Hannah terminó de cerrar la parte de atrás y se alejó un poco para verla en conjunto.

—Estás preciosa, Ruby.

La novia se miró al espejo y sus mejillas se tiñeron de rojo.

—Es un vestido hermoso —musitó acariciando con cuidado la seda satinada.

Andrew no había escatimado en nada, había dejado claro que quería lo mejor para ella y el rostro de Ruby mostró la calidez que le provocaba recordarlo. Aún no podía creer lo que le estaba pasando. Ciertamente, la primera petición de mano por parte de Andrew no había sido nada romántica. Y sabía que no la amaba. Pero la había besado y se lo había vuelto a pedir por segunda vez. Recordar aquel beso la hizo estremecer. Pensar que volvería a hacerlo la llenaba de anhelo. Sonrió levemente, de verdad creía que podrían ser felices. Con el tiempo él se habituaría a su compañía y quizá…

Hannah le dio los guantes de seda para que se los pusiera y luego cogió la tiara que le había dado su madre. Ruby volvió a mirarla emocionada. Era muy valiosa y temía que le ocurriese algo y…

—No empieces otra vez o mamá vendrá a regañarte. Ha dicho que te la pongas y que no se hable más.

Ruby sonrió con lágrimas en los ojos, esas habían sido las palabras de Elinor exactamente.

Dejó que se la pusiera y volvió a mirarse ya con el atuendo completo. El vestido era un milagro de sencillez y elegancia. La seda caía en ondas suaves sobre las enaguas almidonadas. El escote, tan solo

insinuado, estaba bordeado por una filigrana del mismo encaje de las mangas.

—¿Has visto al primo Andrew? —preguntó Clementine interesada.

—Debe estar en la iglesia desde hace una hora —respondió Victoria —. No conozco a nadie tan puntual como él.

—¿Puntual? —dijo Clementine riéndose—. Llegar una hora antes no es ser puntual, tonta.

—Ya me entiendes.

—Pues no —negó Clementine.

La puerta se abrió de nuevo y apareció Anne Wilmot que se detuvo en seco al ver a la novia.

—¡Hala! —exclamó con muy poca elegancia.

—¿Hala? —se rio Victoria—. Como te oiga tu madre…

Anne ya estaba junto a Ruby y tocó suavemente la seda del vestido.

—Es la seda más bonita que he visto nunca —musitó—. Y el vestido… Quiero uno igual.

—Siempre dices lo mismo —se burló Clementine—. A todas las novias se lo dices.

—No es verdad —negó Anne arrugando los labios en un falso puchero.

—Tienes quince años, a saber cómo será tu vestido de novia —dijo Victoria—. Primero nos toca a nosotras.

—A mí no me metas en tus cábalas —dijo Hannah dejándose caer en una butaca—. No tengo ningún interés en casarme, ni ahora ni nunca.

—Pues yo sí quiero casarme —afirmó Anne sentándose en un escabel junto a ella.

—No empieces con eso —dijo Clementine negando con la cabeza.

Victoria miró a la hija de Harriet con el ceño fruncido.

—¿Sigue con la idea de…?

—Craig McEntrie, sí —afirmó Clementine.

—¿Qué puedo hacer si estoy enamorada? —dijo Anne con expresión resignada—. Ya sé que nadie me toma en serio, pero os aseguro que lo amo.

Clementine fue la única que no contuvo sus carcajadas. Hannah, en cambio, la miraba muy seria.

—¿No esperas nada de la vida? ¿No quieres aprender algo? ¿O hacer algo que haga que tu vida tenga sentido?

—Mi vida ya tiene sentido —afirmó Anne—. Me gusta mi vida Mucho. Y sabes que no soy ninguna tonta. Leo desde que tenía cinco años y he leído muchos más libros que tú.

—No todo se soluciona leyendo.

—Ya. Pero tampoco está bien que creas que todas las mujeres tenemos que pensar como tú.

—¿Mujeres? ¡Eres una niña!

—No soy ninguna niña —rebatió Anne—. Mi madre dice que tengo un alma vieja.

Sus primas y la novia la miraron sin comprender.

—Dice que tengo recuerdos de otras vidas.

—¿Qué? —Hannah no daba crédito—. Es imposible que tía Emma haya dicho eso.

—Bueno, no lo dijo así, pero eso es lo que quiso decir. Yo sé que amo a Craig porque no es la primera vez.

—¿Qué? —Ahora fueron todas las que exclamaron a la vez.

—Ya ocurrió antes —siguió Anne ignorando las expresiones de sus primas—. Él no lo recuerda, por eso finge que no siente nada por mí.

—¿Que finge…? —Hannah negaba con la cabeza.

—Sí. Soy una niña para él y le da miedo, pero cuando llegue el momento, lo recordará.

—Anne, en serio, tienes que dejar de leer esos libros que lees – aconsejó Victoria—. Los fantasmas no existen. Nadie recuerda otras vidas y tú no amaste a Craig McEntrie.

—Lo que vosotras digáis, pero un día me vestiré de novia como Ruby y os juro que ese día haré que os retractéis de vuestras palabras.

—¿Cuánto tiempo quieres hacer esperar al primo Andrew? – preguntó Hannah girándose hacia Ruby y dejando a Anne por imposible.

—No quiero hacerle esperar —respondió la novia recuperando el nerviosismo.

—Entonces deberíamos bajar.

Alguien llamó a la puerta y todas se giraron para ver al mayordomo, el señor Sanders, entrar en la habitación. Miró a Victoria

antes de hablar.

—Sus padres, los señores Crawford, esperan en el carruaje para llevarlas a la iglesia. Todos los demás ya se han marchado.

Victoria se puso de pie, y sus primas la imitaron.

—Tú irás en el carruaje de la tía Katherine —dijo Hannah mirando a Ruby mientras se dirigía hacia la puerta—. Te ha dejado el más lujoso que tienen.

—Danos unos minutos antes de salir —pidió Victoria—. No podemos llegar a la vez. Tú has de ser la última.

—Nos habrán guardado sitio, ¿verdad? —preguntó Anne saliendo detrás de las otras.

Ruby miró al mayordomo que esperaba pacientemente.

—¿Algo más, señor Sanders?

—Hay una señora en el saloncito de mañana que espera para verla un momento. —Su expresión desprovista de emoción no permitía adivinar el contexto—. Le he dicho que hoy es imposible, pero dice que solo necesita un par de minutos. Y que es muy importante… para usted

—¿Para mí? ¿Quién es?

—No ha dicho su nombre, pero dice que tiene noticias de… su madre.

La sangre abandonó el rostro de Ruby, y el aire sus pulmones. Sin decir nada más se cogió el vestido y corrió fuera del cuarto. Bajó las escaleras y atravesó el hall. No se detuvo hasta entrar en el saloncito cuyas paredes en tonos malvas siempre le habían parecido relajantes y preciosas.

—Hola, querida hija. Te has convertido en una mujer muy elegante

CAPÍTULO 26



Andrew volvió a tirar del pañuelo creyendo que así pasaría mejor el aire hacia sus pulmones.

—Si sigues tirando así ese nudo no va a haber quién lo desate —dijo Benjamin a su lado con cierta burla.

—Me molesta.

—Lo que te molesta es el miedo que tienes.

Andrew lo miró con soberbia.

—No tengo ningún miedo. Ese es un matrimonio de compromiso.

—Lo sé, pero eso no evita que te tiemblen las piernas.

Andrew optó por no responder y fingió distraerse con la arquitectura de la iglesia de St. George's, en Hanover Square. Aunque no era de las más ostentosas de Londres, tenía algo especial y por eso la había elegido. Sus ojos se elevaron hasta los vitrales por los que la luz se filtraba con tonos dorados, cayendo sobre los invitados que ya estaban sentados en los bancos de roble. Miró hacia la primera fila y vio a su madre, serena y sin una lágrima. La puerta de la iglesia se abrió y entraron Caroline y James seguidos de su hija Victoria, de Clementine y de Anne.

—Ya solo falta la novia —musitó Benjamin con intención de ponerlo más nervioso—. Quizá se lo ha pensado mejor.

Andrew miró al lugar en el que Annie sostenía a Noah en su regazo y sintió una punzada de preocupación. Finalmente, ¿habría cambiado de opinión? ¿El beso la asustó? Recordarlo hizo que unas manos imaginarias se apretaran alrededor de su cuello. No lo había rechazado de eso estaba seguro. Estaba enamorada de él. Lo amaba en secreto desde hacía años. Un sudor frío perló su frente y se pasó el dorso de la mano con disimulo para secarla. Eso no cambiaba nada. Era la mejor opción, sin duda. Desvió la mirada hacia el lugar en el que estaban sentadas la señora Hanlon, la señorita Knigge y Ava Vickars, cada una en un banco distinto. Elizabeth Carmichael se había excusado de asistir. Casarse con esas mujeres le habría proporcionado una vida

amarga. Ruby era perfecta para él. No tendría nada de lo que preocuparse, teniéndola cerca. Nunca esperaría nada de él que no pudiese darle. Conocía sus sentimientos y cómo pensaba y, aun así había aceptado ser su esposa. Fingió una sonrisa y palabras que buscaban darle calma, aunque sonaron vacías en su cabeza. La trataría bien. Sería amable. No la haría sufrir, él no era así. Y Noah la querría sería una madre para él. Todo iba a salir bien. Miró anhelante hacia la puerta y se concentró en relajar su respiración.



Ruby observaba a la mujer que tenía delante. No era esa la mujer que ella tenía en su mente y que se parecía a la imagen que veía en el espejo todos los días.

—¿Tanto he *cambiao* que ni me conoces? —Se tocó el pelo con gesto torcido—. Han *pasao* muchos años, niña. No ibas a pensar que seguiría igual. No he *tenío* una vida fácil, ¿eh? Pero sigo siendo tu madre. Deja de clavarme esos ojos, que parece que *t'he robao* algo.

—¿Qué... quiere?

—¿Sigues tartamudeando? *M'habían* dicho que ya no *t'atascabas* —Miró a su alrededor como si la información que buscaba estuviese en las paredes o los jarrones de los Greenwood.

—Duque, ¿eh? Mira qué bien *t'has colocao*, niña.

—El duque es su padre. Perdóneme, pero tengo prisa y no puedo entretenerme más. Si quiere algo, los criados y ellos la atenderán.

La mujer frunció el ceño y la miró con severidad.

—¿Así *l'hablas* a tu madre? Veo que has *cambiao* mucho, antes no me *t'habrías atrevío*. Supongo que es por haberte *abandonao*. *Pos* deberías alegrarte, si *t'hubiera llevao* conmigo habrías *acabao* haciéndoselo a sucios marineros, y *t'aseguro* que con ellos no habría

sio tan agradable como con ese conde tuyo. ¡Madre mía qué buen mozo! *M'habría gustao* catar alguno así en mis tiempos.

El rostro de Ruby perdió el color por completo.

—No le permito que hable así ni de mí ni de mi futuro esposo.

—¿Que no me...? —Soltó una potente carcajada que hizo que el corazón de Ruby se saltase un latido—. *¿Quies* que me presente en esa iglesia como tu madre? ¿Que *tos* esos *estiraos* y los duques vean con quién están emparentando? Ay, niña, es *verdá* que has *cambiao* de aspecto, pero sigues igual de tonta que antes. Más, si me apuras.

—¿Qué... quiere? ¿Dinero?

—Con unas libras me bastaba, te lo juro. No soy tan mala como crees. Pero Leo... Leo *s'enteró* de quién eras, y dice que esto no se *pue* dejar pasar, que las oportunidades se muerden o se pierden. —Se acercó hasta una figurita de porcelana que representaba a una dama con un vestido de baile. Los detalles dorados hicieron que sus ojos brillaran especialmente—. Leo ha *cuidao* de mí *tos* estos años. Me sacó *d'aquel* tugurio de mala muerte y me obligó a dejar de beber. Eso no *l'hace* cualquiera.

Ruby no quería escucharla, no ese día. Aunque sabía que después habría sido mucho peor. Mejor que todo aquello ocurriese antes de la boda. Aún podía...

—No tengo nada para darle —dijo interrumpiendo sus propios pensamientos.

Su madre levantó la vista de la figurita y la miró con severidad.

—Pero lo tendrás en cuanto te cases.

—No voy a casarme. No pondré a esta familia en una situación semejante.

—¿Qué?

—Puede ir a la iglesia y contarles todo lo que quiera. No voy a casarme en estas circunstancias. No perjudicaré a nadie de la familia Wharton. Jamás.

La mujer levantó la figura con mirada furiosa y la estampó contra e suelo ante la horrorizada mirada de Ruby que hizo ademán d alcanzarla sin éxito.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —exclamó conmocionada.

—Si haces lo que dices, yo haré que *to* Londres sepa que eres *m'hija* Diré que lo planeamos *to* juntas, que tu intención fue enredar a es pobre hombre *pa* casarse contigo.

—Nadie la creerá.

—¿*Tas* segura? ¿Crees que eres *d'ellos*, *verdá*? ¡Qué tonta eres! Sol te ven como a una huérfana tartamuda que *puen* usar *pa* su beneficio En cuanto se vean en problemas por ti, te darán una patada y verá dónde te ves.

—Márchese. —Se agachó para coger la preciosa figurita que se había hecho pedazos.

Sentía las lágrimas ardiendo en sus ojos, pero no quería que la vies llorar.

—Leo no se quedará de brazos *cruzaos*. Irá a por el conde. *Tos* l verán como un pelele que se dejó engañar por una zarrapastrosa. Y es niño crecerá sabiendo que lo usaste *pa* meterte en la cama de su padre.

Ruby se puso de pie y la miró horrorizada.

—¡Eso es mentira!

—¿Aún no *t'has acostao* con él? —preguntó sorprendida.

—¡No!

—¿Entonces cómo has *lograo* que se case contigo? No me digas qu *s'ha'ncaprichao* de ti... —La miró de arriba abajo—. No eres ningun belleza, ¿cómo *l'has conseguío*? No me digas que eres virgen... —Al ve su expresión soltó una carcajada—. ¡Yo te tuve con dieciséis años! Pero mujer, ¿a qué esperas?

Ruby temblaba como una hoja y su madre señalaba su falda si dejar de reírse.

—¡Madre mía! Eso *d'ahí* abajo debe estar más seco que la mojama.

—Es usted una persona horrible —musitó como si le sorprendiese.

—¿Horrible por qué? ¿Por decirte la *verdá*? Ya verás lo que te espera. Te va a doler mucho, si ese conde la tiene grande. ¿De *verdá* no l'has *catao*?

—Usted no puede ser mi madre.

La mujer tiró entonces de la manga de su vestido y mostró una cicatriz en el antebrazo de una antigua quemadura.

—¿*T'acuerdas d'esto*? ¡Tú me lo hiciste!

Ruby miraba aquella marca con desolación. Miró de nuevo a la mujer y se preguntó cómo podía ser que hubiese olvidado su rostro. Había dibujado un retrato falso dándole las facciones que veía al mirar su reflejo, como si con ello le diese un vínculo que su madre claramente había cortado al abandonarla. Durante todos aquellos años, había construido un relato imaginario en el que su madre la abandonaba por desesperación, pero con la certeza de que en el fondo, la amaba. Se sentía tan estúpida que quería gritar.

—Hija, no seas tonta. —Molly bajó la voz, que sonó casi dulce—. No vas a tener otra *oportunidá*, ¿me oyes? Serás duquesa algún día tendrás plata, ropa fina, *to* eso que sueña una mujer. Yo solo quiero un pellizco, una migaja, lo justo *pa* que Leo compre el local del muelle. Una taberna chica, con barra, cuatro mesas y un par *d'habitaciones* en el piso d'arriba pa que sus chicas trabajen sin que las molesten. *Na* de otro mundo.

Vio la figura rota en manos de Ruby y la miró con fingido pesar.

—Lo siento, he *perdío* los nervios, qué quieres... con lo que has *soltao* cualquiera se contiene. ¿Qué madre querría que su hija perdiera una oportunidad como esa? ¡Ninguna!

Ruby tragó saliva, el corazón le latía desbocado y sentía una opresión en el cuello, como si tuviese una mano apretándole.

—Anda, anda, que esos señoritingos te esperan en la iglesia. Ve y dile que sí, que se te va el tren. Luego, cuando tengas las manos en el dinero, me mandas lo que te digo y santas pascuas.

Ruby los imaginó a todos esperando en la iglesia. Seguro que Andrew había empezado a preocuparse por su retraso.

Su madre endureció de nuevo su expresión.

—No voy a ponerme de rodillas, pero no *t'equivoques*, sé hacer daño, y no me temblará la mano. ¿O *y'has olvidao* quién te dejó *tira* cuando eras una cría? Puedo mandarte otra vez al mismo sitio en el que te dejé sin *na* y hacer que *tos* te den la espalda. Y esta vez *t'aseguro* que no levantarás cabeza. Ese conde tuyo te mirará con tanto desprecio como si fueses un montón de mierda.

A Ruby se le retorcieron las tripas. Un dolor lacerante le subió por la garganta y tuvo que cubrirse la boca para no gritar. Toda su vida, todas sus pérdidas y frustraciones se materializaron delante de ella, como un ejército de desgracias. De ese golpe, no saldría viva. Miró a su alrededor como si buscase algo. Nerviosa. Temblando. Fue hasta un mueble y abrió uno de los cajones. Escondió los pedazos de la figurita al fondo y removió el resto de cosas para taparlos. Después lo cerró y apoyó las manos en la superficie del mueble tratando de respirar con normalidad. Estaba mareada y le zumbaban los oídos.

—¿Adónde? —masculló sin aliento—. ¿Adónde debo enviar el dinero?

Su madre le dio una dirección tratando de que no se le notase la tensión por estar tan cerca de conseguir su propósito.

—¿Cuánto? —volvió a mascullar Ruby.

—Quinientas libras, pero si *quies* darme más, no *l'haré* ascos.

Ruby se incorporó y estiró suavemente su vestido mientras su mente se despejaba. Se giró despacio y, cuando sus ojos fríos se toparon con los de su madre, una gélida y desconocida voz emergió de su garganta.

—Te conseguiré seiscientas libras, pero si vuelvo a verte cerca de esta casa o de cualquiera de esta familia, te mataré.

Molly Brown no era una mujer temerosa, había vivido cosas horribles y había sufrido maltrato físico y mental muchas veces. También por eso, había aprendido a detectar cuando alguien hablaba con la más absoluta franqueza y determinación. Y Ruby hablaba desde

ese lugar, el lugar oscuro y frío de los que ya no tienen nada más que perder.

—Vete —ordenó la novia.

Molly salió de allí sin despedirse siquiera y cuando cerró la puerta los hombros de Ruby cedieron ante un peso insoportable. Un gemido la atravesó de pies a cabeza y la soledad la cubrió con su manto frío e inmisericorde. Volvía a estar en aquella casa, tirada en el suelo asustada y hambrienta. Su madre había vuelto y traía con ella toda la inmundicia, la crueldad y la desesperación para que las sumara a los años de abandono y tristeza que tuvo a bien dejarle.

Era tan fácil perderlo todo. Solo hacía falta un segundo y alguien lo bastante cruel para quitártelo. Enderezó la espalda y elevó el mentón. No esta vez. Esta vez iba a luchar con uñas y dientes. El universo estaba contra ella. El mundo la despreciaba. Andrew no la amaba ni la amaría nunca, todos la veían como a una huérfana, alguien desprovisto por completo de valor. ¿Cómo no iban a verla así teniendo una madre como esa? Capaz de abandonarla para que muriera y presentarse allí el día de su boda para sacarle dinero, aun a costa de destruirla otra vez. Debería haber muerto en el suelo de aquella casucha, helada y hambrienta. Por eso el mundo no la quería, porque estaba viviendo en contra de su destino.

—Pero no estoy muerta —masculló con rabia—. ¡Y esta vez, yo cambiaré mi destino!

CAPÍTULO 27



Alexander la esperaba en la puerta de la iglesia con semblante sonriente. Al ver la palidez extrema y los surcos bajo los ojos de Ruby la sonrisa se le congeló en sus labios.

—¿Estás bien?

—Son los nervios —dijo ella cogiéndose de su brazo.

Se situaron frente a las puertas para entrar, sin dar aún la indicación para que los mozos abrieran las puertas.

—Cuando yo me casé, estaba tan asustado que creí que perdería la voz. Por aquel entonces llevaba un antifaz, porque se suponía que era ciego. Aparecer ciego y mudo frente a Katherine, no sería mi mejor gesta, ¿verdad? —Volteó la cabeza y la miró buscando transmitirle seguridad—. Todo va a ir bien.

Ruby asintió, respiró hondo por la nariz y el duque inclinó la cabeza para que los mozos abrieran las puertas. Atravesaron la nave con paso lento, el roce del vestido de seda se escuchaba en el silencio de la sala como un suspiro contenido. Andrew bajó los dos escalones para esperarla. Ataviado con una levita negra, chaleco gris perla y corbata blanca de muselina. Los pantalones, gris oscuro, le quedaban como un guante. Ruby sintió un estremecimiento cuando la tomó de la mano para subir al altar. Despidieron a Alexander y se colocaron frente a oficiante.

La ceremonia fue breve y solemne y para Ruby pasó como si se tratase de un sueño. Apenas escuchó las palabras que se dijeron. Ella misma respondió como un autómata. Cuando salieron de la iglesia, el repicar de las campanas se mezcló con los buenos deseos de algunos de los presentes.

—¿Qué le pasa a Ruby? —preguntó Victoria.

—No lo sé —dijo Hannah sin llevarle la contraria. Era más que evidente que le pasaba algo.

—No deja de sonreír —dijo Clementine—. Pero sus ojos…

Las tres primas siguieron al resto de invitados hacia los coches. En casa de los duques les esperaba un opíparo almuerzo que todos estaban deseando degustar.

Andrew tomó su mano para ayudarla a subir al carruaje y ella miró aquella mano un segundo antes de aceptar su ayuda. Él subió tras ella y cerró la portezuela antes de que el cochero se pusiera en marcha.

—¿Estás bien? —preguntó con cierta preocupación.

—Sí. —Trató de sonreír, pero no era capaz de mentir con los ojos así que desvió la mirada.

Andrew frunció levemente el ceño, pero no dijo nada al respecto.

—¿Ha sido una ceremonia a tu gusto? —preguntó de nuevo.

Ella asintió con la vista fija en lo que se veía a través de la ventanilla.

—Ruby… ¿Qué ocurre?

Ella exhaló un ligero suspiro. Y cómo por ensalmo su mente se despejó y el pecho se le endureció como una roca. Una sonrisa sincera apareció en sus labios y los ojos sonrieron también cuando se giró hacia él.

—No ocurre nada, esposo mío —dijo deleitándose con esa palabra —. Ha sido una ceremonia preciosa. Los nervios me han jugado una mala pasada, pero ya estoy bien. Todo está bien.

Andrew sonrió levemente, seguía percibiendo algo extraño en ella.



El comedor había abierto sus puertas a las dos salas laterales y se habían colocado tres largas mesas para albergar a todos los invitados. En la sala central estaría ubicada la familia directa y en las otras dos salas, el resto de comensales.

El duque y la duquesa tomaron asiento en el centro de la mesa, uno frente al otro. Ruby se sentó a la derecha de su suegro y Andrew a la derecha de su madre. Al otro lado, la duquesa tenía a su padre y Meredith estaba sentada a la izquierda de Alexander. A continuación el resto de la familia por orden de edad se iban distribuyendo a lo largo de toda la mesa.

Andrew miraba a Ruby que hablaba distendidamente con Edward sentado a su derecha.

—Ha sido una boda preciosa —dijo Emma sentada frente a él.

El novio asintió y la conversación siguió con algunos detalles de la ceremonia y la decoración del comedor. Los criados iban y venían sin ruido, con la eficiencia acostumbrada, y la vajilla de porcelana de Meissen brillaba como si las lámparas estuviesen encendidas.

El menú alternaría platos calientes y fríos. Consomé de ave con finas hierbas, filetes de lenguado con salsa de vino blanco y alcaparras rollitos fríos de pollo trufado…

—Ese encaje es una maravilla —dijo Madison mirando a Ruby— ¿es de París?

La novia asintió visiblemente orgullosa.

—Sí. La señorita Drummond es una modista maravillosa.

—¡Oh, sí, desde luego! Los diseños de Sophie no tienen nada que envidiar a los que nos llegan de París —intervino Charlotte, la esposa de Frederick—. Me va a hacer tres bocetos para el baile de los Bradbury y tendré que elegir uno…

—Robert estará disgustado por no haber podido venir —dijo Emma después de probar el delicioso consomé.

—Está demasiado feliz ante la idea de tener un hijo —respondió Andrew—. Y su libro está teniendo mucho éxito. El otro día hablaban de él en los pasillos del parlamento.

—Espero que hablasen bien. —Emma se limpió la comisura de los labios.

—Por supuesto —dijo Alexander metiéndose en la conversación— Ahora que Sir Ashcroft ya no ejerce su antigua presión, las personas decentes valoran que alguien como Robert defienda a unos desgraciados cuyo único pecado fue nacer pobres.

Katherine miró a su esposo con evidente admiración y cariño, pero enseguida cambió de expresión para indicarle que esos no eran temas para hablar ese día, pero fue demasiado tarde, porque Edward, sentado al lado de Ruby tomó el relevo.

—A mí me parece una humillación impuesta a los más débiles encerrarlos en esas *workhouses* —dijo y se llevó un pedacito de

lenguado a la boca.

Los cubiertos de plata repicaban sobre los platos de porcelana. Las copas de cristal tallado tintineaban suavemente y todos esos sonidos se mezclaban con las voces alegres de la celebración. Ruby tuvo un instante de pánico en el que imaginó a su madre entrando en aquel salón señalándola con el dedo. Miró a Andrew que hablaba sonriente con sus tíos y un escalofrío hizo que el tenedor se cayese de su mano. El pedacito de lenguado saltó hasta el delicado mantel y ella lo miró como si fuese la prueba de un delito. El señor Sanders, el mayordomo de los duques le hizo un gesto al lacayo que estaba a su lado y este procedió inmediatamente a limpiar el mantel. Ruby se lo agradeció con un gesto y al mirar hacia Andrew vio que tenía los ojos fijos en ella.

—Este lenguado con salsa de almendras está delicioso —dijo Caroline mirándola—. ¿Katherine te ha dejado opinar algo sobre el menú o lo ha decidido todo ella sola?

—Lo preparamos juntas —respondió Ruby, internamente agradecida por aquella pregunta.

—¿Cuándo empieza la tortura de pintar su retrato? —preguntó Harriet mirando a su hermana Caroline—. ¿Katherine te ha dicho algo?

Caroline miró a su hermana interrogadora y enseguida le siguió el juego.

—¡Ah, el retrato! Pobre Ruby.

La novia miró a Caroline con el ceño levemente arrugado.

—Supongo que esperará a que se haya acomodado a su nueva situación —dijo Caroline.

Henry, el esposo de Elinor, asintió dispuesto a intervenir.

—¿No te han enseñado aún el salón de los retratos?

—Nnnno… nunca me…

—¡Oh, prepárate, esposa, porque es digno de ver!

Ruby miró a Andrew con las mejillas rojas. Escucharlo llamarla de ese modo provocó un calor instantáneo en todo su cuerpo.

—Dejad de burlaros de ella —dijo Katherine mirándolos con severidad—. No hagas caso, no hay ningún salón de retratos en esta casa.

—Por supuesto que no —intervino Meredith—, de haberlo, estaría en nuestra casa. Mira que sois niños.

Edward se inclinó levemente hacia la novia y susurró.

—Bienvenida a la familia, ya eres oficialmente una de los nuestros.

Ruby lo miró buscando en su rostro la señal de que bromeaba, pero lo que vio hizo que se le encogiese el corazón, una expresión de verdadero afecto y complicidad.

—¿Un poco más de clarete? —preguntó el mayordomo.

Ruby se apartó ligeramente para no entorpecer su trabajo y se deshizo de los demonios que la acechaban dispuesta a disfrutar de ese día. Las conversaciones continuaron durante todo el almuerzo y Andrew pudo verla reír a carcajadas al ser testigo de una de las habituales discusiones entre Henry y Edward.

Después de la comida, los caballeros pasaron a una salita para fumar y tomar un whisky mientras conversaban de los temas que a ellos les interesaban. Y las damas se reunieron en el salón en el que se habían dispuesto algunos dulces y postres para deleitarlas. Hannah, Clementine y Victoria acompañaron a Ruby para ayudarla a cambiarse de vestido.

—Este vestido es maravilloso —dijo Victoria sosteniéndolo en las manos, mientras Ruby se refrescaba en el baño contiguo—. Creo que es el más bonito que he visto nunca.

—Sophie es una artista —dijo Clementine dejándose caer en la cama—. ¿Nosotras también podemos cambiarnos?

—¿Por qué ibas a cambiarte tú? —preguntó Hannah sacando del ropero el vestido que iba a ponerse Ruby.

—¿Puedo quitarme el corsé, al menos? —preguntó Clementine de nuevo.

—Si quieres que a tía Katherine le dé un pasmo, adelante —se rio Hannah.

La hija pequeña de Harriet se sentó en la cama y puso esa cara que todas conocían tan bien.

—¿Es verdad que Lovelace se propasó con la tía Katherine?

—¿Qué? —Victoria la miró horrorizada—. ¡No digas esas cosas!

—Se lo oí decir a una de nuestras criadas. Y que por eso, tío Alexander se casó con ella.

—No digas tonterías —negó Hannah—, tío Alexander la ama más que a nadie en el mundo.

—¿Y qué tiene eso que ver? —dijo Clementine frunciendo el ceño.

—Si eso es cierto —dijo Victoria—, ese hombre estaría muerto y que yo sepa, sigue muy vivo.

—¿No tenéis curiosidad? —preguntó Hannah entonces.

—¿Sobre qué? —Clementine la miraba interesada.

—Sobre cómo será vuestra vida dentro de unos años. Yo lo he pensado mucho últimamente.

—¿Por qué? —Victoria dejó el vestido cuidadosamente y se acercó a ellas llevando con ella un escabel.

—No quiero casarme —dijo Hannah—, y ahora que Aidan, Matilda y Ruby ya están casados, mamá tiene sus ojos puestos en mí.

—La tía Elinor no va a obligarte. —Victoria se sentó en el escabel y estiró las piernas para verse los preciosos zapatos de raso azul.

—No estoy tan segura. Ha empezado a hacer comentarios del tipo ¿No te cae bien el hijo de los Dawson? ¿Qué opinas de Harrison Lint?

Clementine se echó a reír a carcajadas y Victoria contuvo su propia risa.

—Sois horribles las dos, no deberíais reíros de mí.

Ruby regresó al cuarto después de lavarse y un aroma dulce y fresco inundó la estancia. Se acercó al vestido que Hannah había sacado del ropero y las tres se levantaron inmediatamente para ayudarla a vestirse.

—Puedo vestirme sola, llevo haciéndolo toda mi vida —dijo la novia sonriendo.

El vestido tenía una base en tono beige y estaba plagado de diminutas florecitas con pétalos rojos.

—¿Por qué no podemos ponernos un vestido escarlata? —preguntó Clementine mirando con fijeza aquellos pétalos diminutos—. ¿Por qué está tan mal visto? Es un color como cualquier otro.

—Les da miedo —afirmó Hannah con rotundidad.

Todas la miraron curiosas.

—El rojo indica pasión y que una mujer sea apasionada, pone incómodos a los hombres.

—¿Cómo sabes eso? —Victoria la miraba perpleja.

—Me lo explicó mi madre.

—¡Ah, claro! —exclamó Clementine—. Tía Elinor es una sufragista.

—¿Y qué tiene eso que ver con el color del vestido? —Victoria seguía confusa.

—Mucho. Las mujeres que piden el voto femenino son muy apasionadas. No me extrañaría que un día de estos se vistan todas de rojo para que no quede ya la menor duda.

—El rojo no está permitido porque denota... poder —dijo Hannah abotonándole el vestido a Ruby—. El año pasado fui al teatro con la abuela Meredith y vi a una mujer en uno de los palcos que llevaba un vestido escarlata de lo más escandaloso. Cuando le pregunté a la abuela quién era aquella dama, me dijo que no era ninguna dama, que era una cortesana y que no la mirase. Pero yo no podía quitar los ojos de ella. Tenía un palco entero para ella sola y vestía con tremendo descaro, sin que pareciera importarle en absoluto la opinión de los demás.

Se hizo el silencio mientras cada una pensaba en aquel suceso desde su punto de vista. Hannah acabó de abrochar el vestido y Victoria le colocó el lazo alrededor de la cintura para atárselo por detrás.

—Mamá está convencida de que algún día las mujeres usaremos la ropa que queramos y de los colores que queramos —dijo Hannah—. Siempre dice que vivimos según las normas que nos han impuesto los hombres, pero que llegará el día en el que esas normas serán discutidas. Como lo del voto femenino.

—Ni siquiera todos los hombres pueden votar —dijo Victoria negando con la cabeza.

—Ah, no. —Clementine negó también y se dirigió a la puerta para abrirla—. Nosotras no vamos a hablar de esos temas. ¡Qué aburrimiento!

Las cuatro salieron del cuarto en fila, detrás de la novia.

CAPÍTULO 28



Mientras disfrutaban de un agradable paseo por los jardines de la casa Ruby y Andrew comentaron los detalles de la ceremonia y del almuerzo con ánimo distendido. Ruby sostenía una pequeña flor que Andrew había arrancado de uno de los parterres de su madre con delicadeza y la hacía girar entre los dedos con expresión distraída.

Los invitados se distraían tocando el piano o jugando a las cartas mientras el servicio preparaba los platos de la cena que servirían en mesas bufé y organizaba el salón de baile para que todo estuviese listo a la hora convenida.

La duquesa había anunciado la llegada de más asistentes para el baile, como la dama de compañía de la reina, Lady Emma Portman que iría acompañada de su esposo, el vizconde Edward Portman. Pero Ruby solo deseaba que el día terminase y amaneciese por fin como la consumada esposa de Andrew Greenwood.

—Te has retrasado —dijo Andrew después de comprobar que estaban lo bastante alejados del resto de paseantes como para que su conversación no fuese audible—. Durante unos minutos he llegado a pensar que no acudirías a la iglesia.

—He tenido una inesperada visita —dijo repitiendo el aprendido cuento que se había preparado—. La madre de un huérfano se ha presentado cuando estaba lista para salir. Estaba muy nerviosa y he tenido que atenderla.

Andrew la miró sorprendido.

—¿La madre...? ¿Cómo es que sabía dónde localizarte? ¿Y por qué ha ido a verte a ti?

—Vive en Londres y... No tiene importancia. Ya está solucionado – se encogió levemente de hombros—. Necesitaba algo de dinero y la ayudé. ¿Te parece mal?

—No —negó confuso—. Es solo que... Me ha resultado extraño.

Ruby sonrió fingiendo jocosidad.

—Supongo que no se te acerca mucha gente a pedirte ayuda Impones mucho con ese aspecto severo con el que caminas cuando estás solo.

—¿Severo? ¿Yo? —se burló—. Soy una persona de lo más jovial.

—Posiblemente en tus sueños —afirmó ella alejándolo del tema— No encontrarás a nadie que esté de acuerdo con esa afirmación.

Giraron hacia la parte de atrás de la casa y Andrew aprovechó que estaban ocultos a las miradas de los demás para arrinconarla contra la pared más cercana colocando una mano en ella muy cerca de su cara mientras la otra la mantenía sujeta por la cintura. El corazón de Ruby se aceleró vertiginosamente cuando él acercó los labios hasta rozar los suyos.

—Señora Greenwood, ¿me está usted provocando? —musitó con voz ronca.

—¿Yo…? —No podía casi ni respirar.

Andrew cubrió su boca y la besó sin disimulos. Ruby se aferró a la chaqueta con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos Cuando sus lenguas entraron en contacto gimió involuntariamente y él rodeó su cintura para atraerla hacia su cuerpo. Las voces se acercaban pero Andrew no dejaba de explorarla con avidez. El terror se apoderó de ella y lo empujó con firmeza mirándolo con ojos muy abiertos Andrew se echó a reír a carcajadas y, cuando aparecieron Caroline y Harriet cogidas del brazo los miraron un momento interesadas, pero enseguida se hicieron una clara imagen de la situación y continuaron caminando sin detenerse.

—Ahí detrás vienen la señora Hanlon y la señorita Knigge – murmuró Caroline—. Por si os interesa.

Ruby se arregló el pelo y el vestido rápidamente y se apartó de la pared fingiendo estar mirando un parterre florido. Andrew se mantuvo a una prudencial distancia, pero su sonrisa perversa daba buena cuenta de lo mucho que le divertía la situación.

—¡Oh, están aquí! —exclamó la señora Hanlon—. Precisamente le decía a la señorita Knigge que debería ayudar a la señora Greenwood con el protocolo para atender a Lady Portman esta noche. No sería bueno que la esposa del futuro Duque de Greenwood pusiera en evidencia a su marido en el día de su boda, tratando mal a

incomodando a una de las damas de Su Majestad, ¿no le parece? Vaya vaya, señorita Knigge, nadie conoce las normas de protocolo mejor que usted. Yo me quedaré haciendo compañía al Conde de Aveldon. ¿Que plantas son esas?

Ruby los vio alejarse sin protestar y se giró hacia la señorita Knigge que sonreía con la misma simpatía que una hiena. La joven la cogió de brazo, como si de una amiga se tratase e inició la caminata de nuevo en pos de Caroline y Harriet que ya estaban a una prudencial distancia. La risa de la señora Hanlon le alteró los nervios a Ruby que tuvo que hacer enormes esfuerzos para no volverse y comprobar lo que estaba sucediendo.

—No había tenido ocasión de felicitarla —dijo la señorita Knigge sin soltarla del brazo—. Al menos no así, nosotras dos solas. Desde el principio vi que era usted una persona especial para el conde. Y el cariño que le tenía su hijo era más que significativo. Nada que ver con el afecto hacia una criada.

—Yo también lo quiero mucho. A Noah —se apresuró a aclarar abriendo mucho los ojos.

—Claro, claro, por supuesto —sonrió su acompañante con una sonrisita perversa—. Debe sentirse inquieta por todo esto, será abrumador para usted después de llevar una vida tan tranquila. No se asuste, al principio llamará la atención, no todos los días una niñera se convierte en condesa. Habrá todo tipo de comentarios, algunos maledicentes. Usted deje que hablen, ya se cansarán. En cuanto a la forma de tratar a Lady Portman le daré algunos consejos, si me lo permite. Debe dirigirse a ella como Lady Portman en todo momento nada de *milady*, por favor. No utilice diminutivos ni familiaridades, y tampoco abuse de los halagos. Nunca inicie el saludo ni se presente a sí misma, probablemente en el mundo al que usted pertenece esto se considera educado, pero le aseguro que en el de su ahora esposo, no. Espere a que su suegra, el duque o el propio conde la presenten. Mientras ellos no lo hagan, usted no existe.

Ruby caminaba cada vez más despacio dejando que todas aquellas palabras entraran en su mente acompañadas por las que lady Knigge no decía, pero ella escuchaba igual. La consideraba poco menos que una analfabeta, una salvaje que jamás había salido de la cueva en la que vivía...

—Debe mantener una postura recta. Y no gesticule, a las personas de su clase les encanta mover las manos. No lo haga. Evite morderse los labios o juguetear con los guantes.

—¿Se me permite parpadear? —preguntó con tono amable.

—Por supuesto, pero sin exageraciones. Si Lady Portman no le dirige la palabra, no se angustie, sería algo totalmente normal, póngase en su lugar. —Hizo un gesto con la mano y Ruby tuvo que morderse el labio para no decirle que ese era un gesto inadecuado—. En caso de que tenga a bien obsequiarla con alguna pregunta cortés, usted debe responder con frases breves, articuladas y sin dudar. Puede decir, por ejemplo, que es un placer conocerla.

—Ahora lamento no tener nada para anotar sus consejos.

Lady Knigge era plenamente consciente de que estaba molestándola y también de que Ruby contestaba con cinismo para devolver el golpe, pero llevaba muchos años siendo una arpía y una novata no iba a minar su propósito por más que se esforzara.

—Por supuesto, no debe hablar en ningún caso de temas delicados o alejados de los intereses de una mujer de su clase. Y no debe interrumpir jamás. —La miró de arriba abajo—. Imagino que se cambiará de atuendo para el baile de esta noche, este vestidito es adorable, pero estoy segura de que comprende la diferencia entre un traje de día y otro de noche. Su traje debe ser elegante pero contenido acorde a lo que vestiría una condesa de verdad. Uy, perdone, no estoy sugiriendo que usted no lo sea, por supuesto, se ha casado con un conde y eso la convierte automáticamente en condesa. Estoy segura de que usted me entiende. Después de todo, esta mañana se levantó siendo una huérfana que hacía las veces de niñera y ahora... ¿No es maravilloso? —Se rio afectadamente—. Es normal que cueste un poco hacerse a la idea.

—No se preocupe, la entiendo perfectamente.

Se habían detenido frente a la entrada de la casa y Ruby se colocó de frente para escuchar lo último que tuviese que decirle.

—No se le ocurra dar muestra de emociones frente a sus invitados. Nada de lágrimas ni exclamaciones ni risas exageradas. Mantenga las distancias convenientemente. Si sigue mis instrucciones, Lady Portman no se percatará de su origen, aunque es muy poco probable que no lo sepa, claro.

La risa de la señora Hanlon hizo que ambas mujeres se giraran a mirar. Ruby sintió un pellizco en el corazón al ver que la dama cojeaba ya que con ello había encontrado una excusa para agarrarse al brazo de Andrew.

—He tenido un tropiezo de lo más tonto —afirmó cuando estuvieron frente a ellas—, de no ser por el conde, no sé lo que me habría podido suceder.

Andrew miró a Ruby con calidez y ella sonrió a la señora Hanlon sin aparente disgusto.

—Será mejor que la ayudes a subir los escalones de entrada, esposo —dijo haciéndose a un lado—. Una caída desde ahí, podría ser terrible.

—Oh, sí —afirmó lady Knigge—. Una vez me torcí un tobillo y me golpee en el codo. No se pueden imaginar el daño que me hice.

Las lámparas del techo iluminaban la casa de los duques. El gran salón de baile situado en el ala este de la residencia Greenwood había sido decorado para la ocasión. Flores, butacas y sofás en los márgenes y se había encerado el suelo para que los bailarines no sufrieran el menor tropiezo. En la sala contigua se habían dispuesto unas mesas con viandas. Sobre los manteles de color marfil, centros de flores frescas intercaladas entre bandejas y expositores de diferentes platos. Había sillas, por si alguien deseaba sentarse y cenar más cómodamente aunque no dispuestas alrededor de las mesas.

—El Conde y la Condesa Portman —anunció el mayordomo después de dar dos golpes de bastón en el suelo.

Las conversaciones amainaron un instante y Katherine y Alexande acudieron a recibirlos. La condesa llevaba un vestido de seda azu profundo, con una sobrefalda de gasa bordada en hilo de plata. Un discreto broche de zafiros era la única joya que lucía. Los duques los saludaron con cortesía.

—Vuestra Gracia —saludó la dama con voz suave, devolviendo la reverencia—. Les agradezco la invitación. La reina les envía un afectuoso saludo.

Alexander hizo un comentario jocoso, mientras Katherine les hacía un gesto a Andrew y a Ruby para que se acercasen.

—Qué pareja tan hermosa —dijo Lady Portman con una sonrisa— Lleva usted un vestido precioso, señora Greenwood. Ese bordado es magnífico.

—Es obra de la señorita Sophie Drummond, ¿la conoce?

—¡Oh! He oído mucho hablar de esa dama y ahora veo que tiene unas manos prodigiosas.

El vestido de Ruby era de un tono ligeramente azulado, tan pálido que solo podía percibirse cuando le daba la luz de un modo concreto, el resto del tiempo parecía de un tono marfil. El bordado en los puños de las mangas y alrededor de todo el bajo del vestido, se había hecho con finísimo hilo de plata apenas visible y las ramas subían por la falda hasta formar la flor.

—La visitaré, sin duda —siguió la condesa—. ¿Cree que me atenderá o su lista de espera es muy larga?

—La atenderá sin duda —afirmó Ruby con voz cálida—. Estará encantada, estoy segura.

Hablaron un poco más y finalmente el duque ofreció el brazo a la condesa para acompañarla a saludar al resto de invitados. El conde imitó el gesto con Katherine y los siguieron.

—¿Te ha molestado? —preguntó Andrew cuando estuvieron solos.

—¿Quién? —Ella lo miró confusa.

—La señorita Knigge. Esta tarde. Me pareció que estabas un poco.. cansada de sus consejos. —La miró con expresión divertida, pero ella fingía no percatarse prestando toda su atención a los que bailaban— ¿Qué te ha dicho?

—Pues… Han sido muchas cosas, pero creo que se podrían resumi en que soy poco menos que una pueblerina inculta, capaz de saludar a Lady Portman con una palmada en la espalda y a voz en grito.

Andrew frunció el ceño.

—¿La señorita Knigge piensa eso? —preguntó desconcertado.

Ruby tensó ligeramente su espalda.

—Creo que todos los nombres de tu lista.

—Quizá si hablaras de ellas con menos desprecio…

—No pretendía hablar con desprecio —dijo incómoda.

—Piensas que no se te nota, pero tus ojos hablan antes que tus labios —dijo con excesiva delicadeza—. ¿Qué te ha dicho la señorita Knigge para que te haya causado tan terrible impresión?

Ruby se agarró las manos con nerviosismo e inseguridad. Repasó mentalmente toda la diatriba de la dama y de repente no quiso que él lo supiera. ¿Y si eso enturbiaba aún más su opinión sobre ella? Sintió que se le retorcían las entrañas y miró hacia los bailarines sin intención de seguir con el tema.

—No ha sido nada, tienes razón, es solo que estoy nerviosa.

Andrew la miró con fijeza unos segundos y finalmente suavizó su expresión.

—No quería ser brusco contigo, pero esto es terreno desconocido para ti y es muy fácil crearse enemigos. Lo mejor es que tengas paciencia y seas comprensiva. Esas mujeres tienen muchos prejuicios pero con el tiempo te aceptarán.

La agarró de la mano y Ruby sintió un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Ahora quiero bailar con mi esposa —dijo él susurrándole al oído.

Ruby dejó que la llevara hasta la pista. Sentía los ojos de muchas personas fijos en ella y cuando las miró con disimulo tuvo la certeza de que, exceptuando a la familia de Andrew, el resto no entendía aquel matrimonio. Él le puso una mano en la cintura y comenzó a guiarla por la pista manteniendo una expresión amable en su rostro. Ella trató de hacer lo mismo, pero por dentro notaba el calor de un volcán a punto de erupcionar. La imagen de su madre burlándose de ella, la señorita Knigge burlándose de ella, la señora Hanlon burlándose de ella…

—Sonríe, Ruby —dijo Andrew—. Haz que crean que este es el mejor día de tu vida.

Ella apaciguó su rabia y sonrió.

CAPÍTULO 29



—Siempre lo he dicho, un buen vestido puede cambiar por completo la percepción que tenemos de una persona. —La señora Hanlon sonreía afable mientras contemplaba el precioso atuendo de la novia—. Es de la señorita Drummond, ¿verdad? No hay duda de que es de su manufactura.

—A la Condesa Portman le ha encantado —dijo Matilda sonriendo —. Creo que Sophie va a tener mañana el taller lleno de gente.

—Pues es lo justo —afirmó Elinor—, es una maravillosa modista Igual que su madre.

—Menos mal que no heredó la terrible enfermedad de su padre – dijo la señora Hanlon con expresión de pesar—. Dicen que lleva toda la vida sin poder ver el sol. ¿No les parece algo estremecedor?

—Desde luego —afirmó la señorita Knigge—, no creo que yo pudiera soportarlo. Solo sale de noche. Lo vi una vez en una fiesta en casa de los barones Wharton, es un hombre realmente apuesto, pero su tez es tan pálida que se le veían las venas que…

—¿No quieres bailar esta pieza, Matilda? —preguntó Elinor con tono algo brusco—. Te encanta este baile grupal y tus primas ya se han unido.

La otra asintió consciente de lo que hacía y agarró a la señorita Knigge del brazo.

—Acompáñeme, señorita Knigge, sí que me gusta mucho bailar pero no querría ir sola.

La joven sonrió afable y se alejaron juntas dejando a Elinor y a Ruby con la señora Hanlon.

—Supongo que ahora que es usted la Condesa de Aveldon, irá a visitar la aldea que da nombre a su título. La anterior condesa solo tuvo tiempo de ir una vez, por desgracia. ¡Qué pérdida tan grande! – exclamó Lady Hanlon cubriéndose la mitad de la cara con afectación pero mirando a Ruby por el rabillo del ojo—. Recuerdo perfectamente el vestido que llevaba en su baile de boda. Llamó la atención de todos

por su clase y su delicada belleza. Siempre fue una mujer hermosa, pero aquella noche deslumbró a todos. Sobre todo a su esposo, que la miraba como si hubiese bajado directamente del Olimpo. —Ruby no se inmutó y Lady Hanlon puso cara de aburrimiento—. Perdone, no debería hablar de…

—No, no debería —dijo Elinor muy seria—. Ruby, ¿me acompañas a buscar algo para la jaqueca? De repente me duele horrores la cabeza. Discúlpenos, señora Hanlon.

La agarró del brazo sin esperar confirmación por su parte y salieron del salón. Elinor no se detuvo hasta que estuvieron dentro del despacho de Alexander. Se volvió hacia Ruby con expresión severa.

—¿Desde cuándo pasa esto? —preguntó con las manos en la cintura.

—¿El qué? —dijo la otra simulando no saber de lo que hablaba.

—Ruby, te conozco desde que eras una niña, no voy a permitir que nadie te trate como lo ha hecho esa mujer. Y está claro que no es la primera vez, porque no te ha sorprendido.

—Solo hablan.

—¿Que solo hablan? ¡Eres la Condesa de Aveldon, la futura duquesa de…!

—Solo soy una huérfana —la cortó con demasiada aspereza—. Para ellas siempre seré solo eso.

—¿Se lo has dicho a Andrew?

—No tengo nada que decirle. Es una tontería.

Elinor apretó los labios mirándola con fijeza. Tenía buena cara, estaba hermosa con aquel vestido y el intrincado peinado que le habían hecho. Le señaló el sofá y se sentaron una mirando a la otra.

—Te he desatendido, ¿verdad? —dijo Elinor cogiéndole una mano —. Apenas he venido un par de veces a Londres desde que me anunciasteis vuestra boda.

Ruby bajó la cabeza para que no viese que la había echado de menos.

—Y Matilda…

—Es una mujer casada, y tiene que encargarse del hogar Woodhouse. Y usted tiene las fábricas y sé que el señor Woodhouse ha estado enfermo.

—¿Enfermo? Los hombres son tan débiles que un simple constipado los deja inservibles varios días. —Le dio unas palmaditas en la mano—. Pero no me cambies de tema, que nos conocemos bien. ¿Por qué dejas que te hablen así?

Ruby la miró de frente. Le soltó la mano con delicadeza y sonrió levemente.

—¿Qué ha dicho que pueda reprocharle? Que debo visitar Aveldon y que todos adoraban a la anterior condesa, sobre todo su esposo. ¿Que tiene eso de malo? ¿Cómo puedo quejarme de que hablen bien de la esposa de Andrew?

—Tú eres la esposa de Andrew ahora, estoy segura de que a él no le habría gustado escuchar el modo en que la señora Hanlon te ha hablado. Es cierto que no hay nada malo en esas palabras que has repetido, pero no ha sido ese el tono que ella ha utilizado ni la intención que ha puesto en sus palabras. Y ya no me cabe duda de que es algo que lleva pasando un tiempo, ¿me equivoco?

—Esas damas estaban siendo cortejadas por Andrew, es normal que se sintieran decepcionadas al ver que había elegido a alguien tan poco apropiado como yo.

—¿Esas damas? —Elinor asintió repetidamente—. Lo que pensaban todas ellas te…

—Todas no —se apresuró a cortarla Ruby—. Solo la señora Hanlon y la señorita Knigge, pero por favor, por favor no diga nada. Deje las cosas como están. Se les pasará, es solo cuestión de tiempo, si usted interviene lo convertirá en algo importante. Por favor, señora Woodhouse.

Elinor la miró entornando los ojos. En el fondo sabía que tenía razón, si ella decía algo al respecto esas mujeres podrían cogerle a Ruby mucha más inquina y podían hacérselo pasar muy mal.

—Está bien, no intervendré, pero tendrás que hacer algo por mí.

Ruby asintió sin saber aún qué iba a pedirle.

—Desde hoy me llamarás Elinor. O tía Elinor.

Ruby abrió mucho los ojos y Elinor comenzó a reír divertida.

—Hija, no pongas esa cara. Ni que te hubiese pedido un imposible —Volvió a cogerle la mano y se la apretó con cariño—. Londres y su alta sociedad pueden ser muy crueles e injustos. Tienen una vara de medir

la suya, y si no cumples con sus estándares, te marginan, te ningunean y te maltratan. Debes marcar tu territorio. Sí, como hacen los animales o cómo les enseñamos a nuestros niños. ¿Qué les decimos cuando se quejan de que les han pegado o insultado?

—Que deben defenderse.

—Eso es. Porque no pueden esperar que siempre haya un adulto cerca para protegerlos. Deben demostrar que pueden defenderse. El miedo a recibir un golpe los paraliza, pero en realidad el golpe no es para tanto y lo que provoca ese miedo es que sufran todo el tiempo incluso cuando el matón no está.

Ruby asintió, había tenido muchas conversaciones como esa con los niños del orfanato y Elinor tenía razón.

—¿Quiere que me enfrente a esas damas?

Elinor asintió.

—Si es necesario, sí. Deben ver que no les tienes miedo. Ahora eres la Condesa de Aveldon, compórtate como tal. Y si lo olvidan, haz que se acuerden.

—El golpe no es para tanto —musitó Ruby.

—Exacto. —Elinor se puso de pie y, cuando Ruby la imitó, la abrazó con cariño—. Andrew y tú vais a ser muy felices, estoy segura. Solo hace falta tiempo.



Cameron miraba a su amigo de soslayo.

—Deja de mirarme así —dijo Andrew.

—Es que no puedo creerme que te hayas casado.

Andrew lo miró enarcando una ceja.

—En serio. ¿De verdad te has casado con tu niñera?

—Ahora que lo he hecho, te parece mal.

—¡No! Al contrario. Me parece una idea demasiado buena para que la hayas tenido tú. No te ofendas.

—¿Por lo que tú digas? Imposible. No podrías ofenderme no poniendo todo tu esfuerzo.

—Bueno —se encogió de hombros—, todo mi esfuerzo tampoco es mucho.

Los dos contemplaron la pista en la que se desarrollaba un baile en línea.

—Y… ¿cómo fue? —preguntó Dagnell.

—¿Cómo fue el qué?

—Ya sabes… La petición.

Andrew lo miró de nuevo con la misma ceja enarcada.

—¿Quieres que te cuente cómo le pedí la mano a mi esposa?

El otro asintió repetidamente y luego se llevó la copa a los labios para beber un trago, conteniendo la sonrisa burlona.

—Pues… le pregunté si quería ser mi esposa.

—¿Así, de sopetón? ¿Sin prepararla siquiera?

—Quizá hice algún comentario previo, no lo recuerdo.

—Espero que esta noche tengas un poco más de delicadeza.

Andrew cambió su expresión por una mucho menos amigable.

—Tranquilo, no saques todavía el florete.

—Deberías revisar un poco tus modales, Cameron, te estás volviendo un salvaje.

—Será la contienda política. Hablando del demonio, ¿dónde está Benjamin?

Andrew señaló en una dirección y el otro lo vio discutiendo con Sir John Campbell, miembro de la cámara de los Lores.

—A Campbell le dará un ataque de gota si sigue torturándolo así —dijo Dagnell.

—Benjamin no tiene remedio —musitó Andrew.

Su amigo sonrió y levantó su copa a modo de brindis antes de alejarse en dirección al conflicto.

—Señor conde —dijo una dama llamando su atención.

—Vizcondesa Harbor —saludó, inclinándose con cortesía.

—Me han dicho que su esposa es una gran amante de la literatura. Dentro de dos semanas organizo mi habitual velada literaria y me encantaría tenerlos entre mis invitados.

—¿Su esposo ya habrá regresado de su viaje a España?

—Así es, y seguro que tiene muchas ganas de compartir con usted sus impresiones.

El vizconde era miembro de la cámara y había sido enviado a España como observador frente a la posibilidad, bastante sólida, de que se firmase definitivamente el final de la guerra carlista en el norte.

—Estaremos encantados de asistir.

—No veo a la condesa —dijo la mujer mirando a su alrededor—. Se lo habría dicho yo misma…

—Estará refrescándose, hace bastante calor esta noche.

—¡Oh, sí, desde luego!

—Discúlpeme, vizcondesa, me reclaman —dijo señalando a Dagnel que le hacía gestos sin el menor disimulo.

CAPÍTULO 30



Ruby no había entrado en el dormitorio de Andrew hasta ese momento Estaba al final del pasillo y lo había sentido como una zona prohibida aunque nadie le había dicho semejante cosa. La cama estaba preparada y sobre ella habían dejado ropa de dormir para ambos. Se giró a mirarlo, pero él estaba encendiendo la lámpara que descansaba sobre la repisa de la chimenea. Cuando terminó, apagó la vela y dejó el candelabro sobre una mesilla antes de proceder a desanudarse el pañuelo del cuello. Ruby le dio la espalda enseguida y caminó hasta el otro lado de la cama para empezar a desvestirse.

—No, tranquila. Ahora vendrá Sarah a ayudarte —dijo él caminando hacia la puerta en mangas de camisa—. Me tomaré una copa y subiré cuando estés lista.

Lo dijo sin mirarla y Ruby lo vio salir de la habitación con el corazón encogido. Se sentó en la cama y se quedó mirando un viejo baúl. ¿Sería de Claire? ¿Habría cosas de ella todavía en ese cuarto? Se levantó arrastrando los pies y se agachó para abrir la tapa. Encontró documentos y eso la sorprendió. Volvió a cerrarlo temiendo que entrase Sarah y pensase que había estado husmeando.

Dentro de unos minutos, cuando hubiese pasado todo, sería oficialmente la Condesa de Aveldon, pero se sentía como una intrusa Se puso de pie y caminó hasta el tocador. Todo lo que allí había era hermoso y delicado. Cogió el cepillo del pelo y le dio la vuelta para mirar las cerdas. Lo puso a contraluz para tratar de averiguar si conservaba algún pelo de la difunta condesa. Habían pasado dos años ya de su muerte, sería imposible que…

—Ya estoy aquí, señora —dijo Sarah entrando alegre—. Debe estar cansada, después de un día con tanto ajetreo.

—Puedo desvestirme sola —dijo Ruby poniéndose de pie incómoda

—De ningún modo, ahora es usted la señora de la casa y yo soy su doncella —le recordó procediendo a quitarle el vestido.

Sarah siguió su mirada que continuaba fija en el cepillo de pelo pero no dijo nada. Terminó de desvestirla y la ayudó a ponerse e camisón. Luego le soltó el recogido y dejó que su larga melena cayese hasta su cintura.

—Tiene un pelo precioso —dijo la joven admirada y Ruby se sentó en la banqueta para que se lo cepillara.

Cuando la vio coger el cepillo, su espalda se envaró.

—¿Podrías… ir a buscar mis cosas a la otra habitación? —su súplica fue apenas un murmullo.

—Oh… —Sarah abrió uno de los cajones del tocador y sacó otro cepillo—. Todas sus cosas están aquí ya, ¿no se lo han dicho? Trasladamos todo mientras estaban en la iglesia.

Ruby sonrió aliviada y sus hombros se relajaron cuando la doncella comenzó a cepillarle el pelo.

—No nos atrevimos a quitar… estas —señaló todo lo que había encima del mueble—. Cuando la condesa… La anterior condesa, quiero decir…. El señor nos prohibió tocar sus cosas. Fue muy tajante. Si usted quisiera… preguntarle.

—No importa —dijo Ruby negando con la cabeza—. Mis cosas pueden quedarse en el cajón.

La doncella la miró sorprendida, pero no dijo nada al respecto y procedió a cepillarle el cabello.

—Tiene un pelo precioso, señora, con los recogidos que lleva no se aprecia tanto. Nunca había tocado nada tan suave.

—Gracias. La anterior condesa… ¿no lo tenía así? Háblame de ella sin miedo, Sarah.

—¡Oh! Era…

Ruby la miró a través del espejo y le hizo un gesto afirmativo para que supiera que podía hablar con total libertad.

—Era una mujer maravillosa —dijo sin dejar de cepillarle el pelo— Alegre, dulce y muy comprensiva. Nunca se enfadaba por nada, era tan amable con todo el mundo… Esta casa parecía otra, siempre había gente que venía a visitarla. Se escuchaban voces y risas a todas horas.

—Tengo entendido que llegaste con ella.

—Sí, me contrataron como su doncella y como teníamos la misma edad, nos entendíamos bien. Era tan graciosa cuando el señor se

enfadaba —se rio—. Era difícil no reírse al verlo protestar con tanta suavidad. Verlos juntos era muy bo…

La doncella detuvo su mano y la miró en el espejo con ojos temerosos al ver que estaba llorando.

—Discúlpeme, señora, no debería haberle hablado de esto. No sé qué tengo en la cabeza.

—Cuéntame más —pidió Ruby limpiándose las lágrimas—. Todo lo que recuerdes.

Sarah frunció el ceño confusa, pero si algo había aprendido de su trabajo era que no se debían cuestionar las rarezas de sus señores. Así que siguió hablando y hablando mientras la cepillaba.

—Le gustaba desayunar café. Detestaba los colores vivos, decía que la deslucían. Prefería los colores suaves, su preferido era el azul. Siempre lucía deslumbrante. Le divertía torturar al señor justo antes de salir para un baile. Le alborotaba el pelo, le desajustaba el corbatín o le pisaba un zapato. En muchos aspectos se comportaba como una niña. Creo que eso era lo que más le gustaba de ella. Al señor… —dijo, como si fuese necesario aclararlo—. Era bastante más joven que él y supongo que era por eso. El señor se reía mucho en esa época. Después fue… terrible.

Ruby sintió una punzada en el estómago. Lo había visto. Con ella. El modo en que la miraba, la sonrisa perenne en sus labios. Era otro Andrew aquel, muy diferente al que se había casado con ella esa mañana.

—¿Tú estuviste cuando sucedió? ¿Estuviste… aquí? —señaló hacia la cama.

Sarah asintió y sus manos bajaron como si de repente le pesaran insoportablemente. Ruby se giró para mirarla.

—Cuéntamelo.

—Señora…

—Por favor. Es el momento más importante en la vida de mi esposo, y no puedo preguntarle a él.

La doncella respiró hondo y asintió volviendo a su tarea con el pelo.

—Ella estaba bien. Había pasado un embarazo normal, con achaques, nada fuera de lo común. Pero en cuanto llegó el momento todos nos dimos cuenta de que algo no iba bien. El bebé venía de

nalgas. Las horas pasaban y la señora tenía terribles dolores. Le pidió a
médico que por encima de todo salvase a su hijo.

—¿No podían hacer nada? He oído que hay médicos que consiguer
darles la vuelta…

—No. Pero finalmente consiguieron sacarlo. En cuanto nos dimos
cuenta de que el niño estaba bien, la habitación se llenó de gritos de
alegría. El señor lloraba sosteniendo a su esposa, que estaba agotada
El doctor Brelsford estaba haciendo algo… no sé qué de la placenta. Y
de repente, salió un chorro de sangre que empapó el camisón y las
sábanas de la señora. —Sarah gesticulaba con el cepillo y Ruby se giró
en la silla para mirarla directamente—. Tuvimos que ir a por más
paños, muchos, y agua fría, y vinagre. Todo el mundo corría. Los paños
no eran suficientes, la sangre no dejaba de salir. Cortamos sábanas
pero no dábamos abasto. El médico metió la mano dentro de ella, no
sabía que podía hacer eso. Sacó el brazo empapado, completamente
rojo. Ella lo supo, supo que se moría, señora. Era tan joven… —Las
lágrimas corrían por sus mejillas—. Pidió que la dejaran sostener a
bebé un momento y el señor se lo puso en los brazos sujetándolos a los
dos mientras ella… Fue espantoso, señora. Me da terror tener hijos
desde ese día.

Ruby se limpió las lágrimas con un gesto.

—¿Qué pasó… después?

—Ay, señora, ¿por qué me hace hablar de cosas tan tristes
precisamente hoy? Debería estar pensando en cosas bonitas. Es su
noche de bodas…

Ruby puso una mano en su antebrazo mirándola desde la
banqueta. Sus largas pestañas estaban húmedas por las lágrimas que
había vertido y sus ojos brillaban acuosos.

—Cuéntame qué pasó después.

La doncella suspiró y asintió al tiempo que dejaba el cepillo en el
cajón.

—El doctor cogió al niño, y la duquesa nos hizo salir a todos de
cuarto, para que su hijo estuviera a solas con su esposa en sus últimos
momentos. —Bajó la mirada al suelo y su voz se convirtió apenas en un
susurro—. Noah no lloró, ¿sabe? Los niños lloran al nacer, pero él no

lloró. Nunca llora. Es como si creyera que no tiene derecho a llorar ni a quejarse.

—No digas eso —dijo Ruby limpiándose de nuevo las lágrimas—. Es solo un niño y no tiene culpa de nada.

—Sí, señora, es verdad. Esas cosas pasan más veces de las que la gente se piensa. Parir un hijo no es cualquier cosa…

La puerta se abrió y Andrew entró en el cuarto con una botella y dos copas en las manos. Vio los rostros llorosos de las dos mujeres y su mandíbula se marcó prominente.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó en tono seco dejando el vino sobre una mesita.

—Sí, señor, ya me iba —dijo la doncella dejando el cepillo en el cajón—. Que tengan una feliz… noche.

Salió de la habitación cerrando tras ella con cuidado. Andrew desvió la mirada del delicado camisón de encaje y comenzó a desvestirse. Ruby no se movió, clavó la vista en los utensilios que había sobre el tocador y los repasó una y otra vez evitando mirarlo. Escuchó el ruido que hacía la botella al chocar con la copa y los pasos de Andrew acercándose a ella. Cuando lo miró vio que se había puesto una bata y la había abrochado sin atención dejando a la vista su pecho desnudo. Él le entregó una de las copas y se llevó la suya a los labios. Al ver sus ojos rojos Ruby se dio cuenta de que había bebido bastante, pero no dijo nada.

—¿De qué hablabais? —preguntó él antes de dar otro sorbo.

—De nada —dijo ella desviando la mirada.

Andrew se apartó, sin insistir. Bastante nervioso estaba ya como para añadir una conversación entre mujeres que, estaba seguro, no le iba a gustar. Fue hasta la cama y apartó las sábanas. Después se subió de un salto y se sentó con la espalda apoyada en el cabecero. Dobló una pierna en una postura indolente, sin prestar atención a que la bata se abría dejándolo expuesto. Cuanto antes se familiarizara con él, mejor. Bebió otro sorbo de vino.

—¿Has estado en Aveldon alguna vez? —preguntó exigiendo atención.

Ruby lo miró y apartó la vista rápidamente.

—Nnnno —dijo titubeante—. Nnnnunca.

—Es una aldea muy pintoresca, cincuenta millas al norte de Londres. La casa es magnífica, mejor incluso que la que mis padres tienen en Londres.

Ruby emitió un ligero sonido que pretendía ser una afirmación y enseguida bebió otro sorbo de vino.

—¿Querrías ir alguna vez? Noah nunca ha estado allí y estoy seguro de que lo pasaría muy bien.

Ruby apuró el contenido de su copa, gesto que no pasó desapercibido para Andrew.

—Ven aquí —dijo en tono suave cogiendo la botella.

Ruby sentía el corazón golpeándole el pecho, como si quisiera romperla desde dentro. Se levantó rogando que las piernas la sostuvieran. Caminó hasta él y extendió el brazo para que rellenase su copa, pero temblaba tanto que tuvo que sujetarla con las dos manos. Andrew vertió el líquido con cuidado y sus ojos se percataron de las protuberancias en su camisón que mostraban a las claras sus pezones enhiestos, probablemente por el frío. La tela era demasiado fina para protegerla de él. Aun así, su cuerpo reaccionó de manera instintiva y dio gracias en su cabeza por ello. Dejó la botella y su copa sobre la mesilla y se levantó de la cama. Le hizo un gesto a Ruby para que dejase también la suya. Ella titubeó sin saber qué hacer y en un gesto inesperado, apuró de nuevo el contenido de su copa antes de obedecer. Andrew no pudo evitar una sonrisa y se obligó a recordar que por muy nervioso que él estuviese, ella lo estaba mucho más.

—Túmbate —pidió con voz suave.

Ella subió a la cama, se tumbó bocarriba y colocó las manos sobre sus pechos de manera instintiva. Se quedó muy quieta mirando al techo.

—¿Hay algo que no quieras que toque? —preguntó él aún de pie— ¿Algún lugar de tu cuerpo que quieras prohibirme?

Ella giró la cabeza para mirarlo asombrada. No sabía cómo responder a eso. ¿Quería tocarla? Pensaba que simplemente se colocaría sobre ella y…

—Nnnno —titubeó.

Andrew veía cómo temblaba y sintió una punzada en el estómago.

—Ruby, no tiene por qué ser hoy. Podemos esperar a que te acostumbres a…

—No —lo cortó asustada—. Por… favor.

La sola idea de arrastrar ese temor durante más días la volvía loca.

—Cierra los ojos —dijo él mirándola muy serio.

Se despojó de la bata y comprobó el estado de su erección antes de subirse a la cama. Se había casado con ella. Debía cumplir con su obligación. Se tumbó a su lado y le subió el camisón con sumo cuidado. El temblor de Ruby era tan visible que a punto estuvo de taparla con una manta. Pero sabía que no era esa clase de temblor. Tenía miedo.

Colocó una mano en su vientre y subió despacio, quería transmitirle calor y hacer que se sintiera bien.

—Confía en mí —musitó—. No te haré daño.

Ella asintió sin abrir los ojos, con los labios muy apretados. Andrew acarició con el pulgar la parte inferior de uno de sus senos y luego lo cubrió con la mano y lo masajeó. Desde ese momento evitó mirar su rostro. Si no se concentraba en la parte física y placentera no iba a poder llevarlo a término. Miró su cuerpo expuesto y pellizcó el pezón antes de juguetear con él. Ruby emitió un ruidito de sorpresa y eso repercutió directamente en su erección de manera sorprendente.

Tenía un cuerpo deseable. Si no pensaba en nada, todo estaría bien. Podía hacerlo, podía darle placer y conseguir que su recuerdo de esa noche fuera menos traumático. Era lo único que tenía para ella. Sería un buen amante y un buen esposo. Se inclinó sobre ella y sustituyó el pulgar por la lengua. Ruby lanzó un grito contenido y se tapó la boca con ojos muy abiertos.

—Puedes gritar bajito —dijo él rozándole el pezón con los labios y una sonrisa en la voz—, todos saben lo que estamos haciendo. Pero si despiertas a Noah, vas a tener que explicárselo.

Ruby quería ver sus ojos, necesitaba que la mirase, quería ver que sentía mientras le hacía aquellas cosas. Pero no se atrevió a pedírselo, no habría sido capaz de articular las palabras de manera coherente y tenía miedo. Sabía cuál era el proceso en sí, pero no tenía ni idea de que él fuese a tocarla de ese modo, ni que sus caricias pudieran… Gimió de nuevo con la mano apretada contra sus labios. Su cuerpo estaba ardiendo, cuando hacía solo un momento temblaba de frío. Cuando él

envolvió su pezón y lo chupó sin pudor, se le nubló la mente. Agarró las sábanas con las manos a ambos lados del cuerpo. ¿Qué le estaba haciendo? ¿Por qué sentía como si estuviese en dos sitios a la vez? Allí arriba y dentro de ella.

—Andrew… —musitó buscando sus ojos.

—No hables —ordenó un poco brusco y después mordió suavemente aquel botón precioso provocándole una sacudida en todo el cuerpo.

A pesar de las sensaciones que provocaban sus caricias, Ruby se sintió aletargada, como si su alma abandonase su cuerpo. ¿Por qué no la miraba? ¿No quería oír su voz? La estaba acariciando, pero era como si no quisiera… Abrió los ojos como platos y fijó la mirada en él. ¿En quién estaba pensando? El dolor la traspasó como una espada y llegó a su cerebro partiéndolo en dos. Cerró los ojos conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir.

—Hazlo ya —pidió con un sollozo.

—Shssss. Tengo que prepararte, no estás lista.

La mano de Andrew se deslizó hasta los rizos que cubrían su sexo y deslizó los dedos entre sus pliegues. Ruby apoyó la mejilla en la almohada y gimió, con una mezcla de placer y dolor que lo atravesó. No estaba lo bastante mojada y no quería hacerle daño. Se chupó los dedos y volvió a acariciarla con maestría, sabía muy bien cómo activar a una mujer. Pronto sintió la humedad en su mano y respiró aliviado antes de introducirle un dedo despacio. Ruby se agarró con más fuerza a las sábanas al notar la invasión. Y entonces lo supo, ella quería que acabase, pero su cuerpo no. Sentía un ansia desconocida que se arremolinaba alrededor de ese dedo que la invadía sin permiso. ¿Eso era lo que hacían los esposos en la alcoba? ¿Así fue con Claire la primera vez? ¿También la «preparó»? Seguro que no. Seguro que esa primera noche estuvo repleta de risas y juegos. De susurros y de miradas intensas que hablaban sin necesidad de palabras. Se arqueó consciente de que la manejaba sin que su voluntad interfiriese. Sintió que aquella parte de su cuerpo se ensanchaba, y que no era suficiente lo que le daba. Quería más. Se mordió el labio. ¿A ella la besó mientras hacía aquellos movimientos con sus dedos? ¿Le dijo lo mucho que la amaba? Apretó los ojos al sentir que su cuerpo se contraía. ¿Qué le

estaba pasando? No podía respirar, sentía una ansiedad insoportable quería... quería...

Andrew se colocó entre sus piernas y se las separó. Ruby lo sintió en todas partes, sus manos la acariciaban, su boca atrapó de nuevo uno de sus pezones y algo duro empujaba para abrirse paso dentro de ella. Sintió la presión y también su propia resistencia, pero el dolor duró apenas un instante antes de que él la penetrase hasta lo más profundo. Las sensaciones la arrasaron. Su cuerpo no era suyo. Él lo estaba poseyendo de un modo aterrador. Su carne y sus huesos respondían de manera desconocida y ajena. Escuchó las risas de Claire, la imaginó radiante y feliz. Lo vio a él besándola, mirándola, diciéndole lo mucho que la amaba. Que la amaría para toda la eternidad.

Su alma gritaba, pero su cuerpo había entrado en una vorágine de placer que no quería que parara. *Soy yo. Soy Ruby. No soy ella. No lo soy. No lo soy...* Se sintió desbordada, completa, llena y vacía al mismo tiempo. Su corazón latía desbocado, sus ojos estaban anegados en lágrimas, sus manos se aferraban a las sábanas con desesperación. Su mente se llenó de luz y una enorme ola arrolló su cuerpo.

Andrew siguió moviéndose despacio. Había vaciado su mente de recuerdos. Él no estaba allí, solo su cuerpo. Un montón de huesos y carne caliente que encontraba placer en aquella fricción. Tampoco ella era ella. No quería ver la angustia y la decepción en sus ojos por entregarle su vida a un muerto. Solo eran dos seres perdidos en un placer sin culpa. El cuerpo que estaba debajo de él se arqueó ansioso con sus arremetidas, se estremeció, lo estrujó por dentro y se contrajo como si quisiera exprimirlo y absorberlo. Ella sollozó y él estalló al fin en su interior, derramándose por completo.

Unos segundos. Salió de ella despacio, se levantó de la cama y desapareció en el baño. Ruby tenía el corazón destrozado y seguía aferrándose a las sábanas. Él regresó con una toalla húmeda y la limpió como si de una niña se tratase. Al ver la sangre en el paño quedó paralizado durante unos interminables segundos. Lo dobló ocultándola a su vista y dejó salir el aire de sus pulmones. Le bajó el camisón, la tapó con delicadeza y la besó en la frente.

—Descansa —susurró junto a su oído.

Ruby se colocó de lado, encogida bajo las sábanas y clavó la mirada en el tocador. *El dolor pasará. El dolor pasará*, repitió en su cabeza. Andrew regresó del baño, apagó la lámpara y se acostó a su lado. No hubo palabras, ni preguntas, ni gestos. Solo silencio.

CAPÍTULO 31



Ruby salió descalza del dormitorio sosteniendo las zapatillas en la mano. Con la bata bien ajustada por el cinturón, se dirigió a las escaleras. Al pasar junto al dormitorio de Noah asomó la cabeza para asegurarse de que todo estaba tranquilo. Bajó los escalones despacio y una vez abajo dudó hacia dónde ir. Un té le sentaría bien. Si pudiese concentrarse en la lectura un libro la ayudaría a dejar de pensar. Dejó las zapatillas en el suelo y metió los pies despacio. La cocina. Hacía allí dirigió sus pasos mientras su mente continuaba repitiendo en bucle todo lo que había sucedido esa noche. La conversación con Sarah, las manos de Andrew…

Puso a calentar el agua cuidando de no hacer ruido. Era increíble la cantidad de ruidos que se hacen sin querer. Incluso al respirar. Le dolía al respirar. Le dolía el pecho contraído, la garganta, la cabeza… Se llevó una mano allí donde latía su corazón y se le escapó un involuntario gemido, pero rápidamente se irguió y continuó preparando el té. Sabía que hacer algo con las manos, aliviaba la angustia. Se lo dijo la señorita Perkins cuando era una niña, y funcionaba. Un amago de sollozo sonó en su garganta al pensar en lo mucho que echaba de menos a la señorita Perkins. Le habría gustado verla en su boda. Y a las otras maestras. Le habría gustado casarse en el orfanato, con los niños haciendo ruido y cantando canciones alegres. Una boda alegre y feliz como había soñado tantas veces.

Vertió el agua hirviendo en la tetera, que ya contenía las hojas de té y la tapó. La llevó a la mesa junto a la taza y se sentó a esperar. Una punzada de dolor entre las piernas la hizo acomodarse mejor. Recordó las manos de Andrew acariciando su cuerpo, tocándola en lugares en los que nadie antes la había tocado. Entrando en ella como si fuera su casa, como si le perteneciera hasta la última porción de su ser. Sus ojos se llenaron de lágrimas, amenazando con derrumbar el muro que había construido. Repasó con el dedo las grietas de la vieja mesa de roble y una gota rebotó en ella desde su ojo, en una perfecta colisión.

Se limpió rápidamente con la manga de la bata, se enderezó en la silla y apretó los labios enfadada. ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué venía aquella autocompasión? Sabía que no la amaba y aceptó casarse a pesar de ello. Él había sido del todo sincero, quería una madre para su hijo nada más. La había tratado con delicadeza. No la había mirado, porque no la deseaba. Deseaba a una mujer muerta. Lo que ella sentía no tenía cabida allí. Que lo amara era solo problema suyo. No podía recriminarle nada y no tenía derecho a lamentarse. Bebió un sorbo de té esperando que ese gesto sellase por fin la grieta por la que se había colado su amargura. Pero no funcionó. El dolor seguía allí y las lágrimas regresaron impasibles.

Miró a su alrededor y se imaginó a Claire repasando con la señora Hardwick el menú de la fiesta que se celebraría esa noche.

—Deberías estar aquí —susurró—. Deberías ser tú.

Se preguntó si su fantasma viviría en esa casa. Si habría visto cómo el hombre que la amaba, tomaba a otra. Cómo la acariciaba, como se introducía en ella y derramaba por completo su simiente. Se llevó una mano a la garganta sintiendo una angustia insoportable.

OBJ

Andrew abrió los ojos despacio y parpadeó varias veces antes de que los recuerdos de la noche anterior aparecieran frente a él. Volteó la cabeza y se sentó en la cama al ver que Ruby no estaba. Miró el reloj de la repisa y frunció el ceño. Ni siquiera había amanecido aún. ¿Había ido al baño? Se quedó quieto escuchando por si la oía vomitar. Nada. Se incorporó y vio la mancha de sangre en su lado de la cama. ¿Fue satisfactorio para ella? Estaba convencido de que sí, la llevó hasta el orgasmo antes de culminar él. Se frotó la cabeza desordenándose el pelo. Le dolía como siempre que bebía demasiado. ¿Por qué se sentía como un canalla? No había hecho nada indebido, no la había violentado y se había esforzado mucho en ser delicado. Y aun así... Se dejó caer sobre las almohadas y fijó la mirada en el techo. Maldijo entre dientes y tiró de su pelo con saña. ¿Adónde había ido tan temprano?

—Keating, ¿dónde está la señora? —preguntó al mayordomo a entrar al comedor.

—Ha salido a montar, señor.

—¿A montar? —lo miró incrédulo—. ¿Sola?

—Con Tom, señor.

—¿Cuánto hace?

—Media hora.

—¿Le ha dicho adónde se dirigía?

—A Rotten Row, señor.

—Que ensillen mi caballo —dijo corriendo hacia las escaleras para cambiarse de ropa.



Ruby miraba a Tom con una sonrisa sincera, aunque sus ojeras estaban tan marcadas que daban a su rostro una expresión triste.

—No puedo imaginarme tener siete hermanos —dijo.

—Ni falta que le hace, señori... señora —dijo rascándose la nuca— Me va a costar un poco acostumbrarme.

—Lo entiendo, no te preocupes. ¿Y tú eres el mayor?

—Así es, señora, y el cabeza de familia. Mi padre murió hace cinco años. De mis hermanos solo trabajan tres y ganan muy poco. No han tenido tanta suerte como yo.

—¿No les gustan los caballos como a ti?

—Oh, sí. Henry sueña con subirse a un caballo y a Ben le gusta cualquier cosa que se mueva. El único que no se acercaría a una cuadra es Isaac, es bastante miedoso.

Siguieron trotando por Rotten Row. La luz brumosa del amanecer dotaba el paisaje de una atmósfera gris acorde con su ánimo. Ruby respiro hondo, agradecida porque a esa hora no hubiese nadie. Escuchar a Tom hablar de su numerosa familia, había sido el mejor antídoto para distraerse de sus pensamientos.

Escucharon los cascos de un caballo a su espalda y los dos se giraron para ver quién se acercaba.

—Andrew —musitó Ruby antes de que el animal se detuviese junto a ella.

—Tom, vuelve a casa, yo acompañaré a la señora —ordenó él después de saludarlos.

—Sí, señor. Buenos días, condesa —dijo quitándose la gorra antes de alejarse de allí.

—No hacía falta que vinieras. Seguro que tienes un montón de cosas que hacer.

—Has salido sin desayunar. —Lentamente, deslizó los ojos desde su rostro hasta la silla de montar—. ¿No tienes molestias? No esperaba que te apeteciera montar, precisamente hoy.

Las mejillas de Ruby se encendieron tanto que tuvo el gesto instintivo de llevarse la palma de la mano a ellas.

—Estoy bien —musitó desviando la mirada.

—¿Ni una pequeña incomodidad? —preguntó él enarcando una ceja —. ¿Estás intentando menoscabar mi hombría?

Ella lo miró con una mezcla de terror y vergüenza.

—Mmme molesta bastante, pero no…

Él sonrió divertido y se inclinó para cogerla de la mano un instante Ruby sintió un escalofrío que se extendió hasta su hombro.

—Volvamos a casa a desayunar. Después tengo que ir a la cámara para recoger algunos documentos. La próxima semana trabajaré desde casa.

—¿Toda la semana?

Andrew asintió y Ruby sintió una emoción que le llenaba el pecho ¿Significaba eso que él deseaba estar con ella?

—Tenemos eventos casi todos los días, todo el mundo quiere que lo visitemos y mi madre también ha organizado algo. Me será más fácil asistir a todo si no tengo que ir a la cámara.

La ilusión se desinfló como por ensalmo y lo siguió obediente hacia una de las salidas.

—¿Qué eventos? —preguntó.

—Esta noche tenemos la cena en casa de los Dagnell.

—Sí, eso lo sé —dijo cortante.

Andrew frunció el ceño y la miró con curiosidad.

—¿No te caen bien los Dagnell?

—No los conozco.

—¿No los…?

Ella lo miró de manera elocuente y él enmudeció algo avergonzado Se había olvidado de que Ruby no se movía precisamente en su círculo.

—Cameron es amigo mío y sus padres son personas influyentes. La cena es, precisamente, para que conozcas a más gente. De hecho, e jueves mi madre organizará un té en tu honor para presentarte a algunas damas.

—¿Tú vendrás?

—No. Es solo para mujeres. También tenemos una velada musical y la exposición de flores de los Stuart. Como ves, será una semana agitada. —La miró entornando los ojos buscando en su rostro lo que no decía—. También nos han invitado a una lectura literaria en casa de los vizcondes Harbor. Te aconsejo que te prepares algún fragmento, pues es seguro que la vizcondesa te hará leer.

Asustada, Ruby detuvo el caballo.

—¿Leer? ¿Yo? ¿En público?

—No temas, todos lo haremos.

El fantasma de su tartamudez le trajo recuerdos del pasado que aceleraron los latidos de su corazón.

—¿Cuándo será esa lectura?

—En dos semanas.

—¿No podríamos irnos a Aveldon?

—¿A Aveldon? ¿Cuándo?

—Hoy. Dijiste que podíamos ir. Que a Noah le gustaría.

—Pero no me refería a ahora. Acabamos de casarnos, tenemos compromisos…

—No creo que a nadie le importe —dijo fingiendo entusiasmo—. Me encantaría ver la propiedad y que Noah la conozca también.

—Ruby…

—Podría ser divertido. ¿Tienes caballos? Seguro que los tienes Podríamos hacer alguna excursión.

—Son seis horas de viaje, no está aquí al lado, precisamente.

—¿Solo seis? —insistió—. Podríamos salir después del desayuno Almorzaríamos por el camino, seguro que a Noah le encanta la idea Será una aventura para él.

—¿A qué viene esto, Ruby? —La miró ceñudo—. No podemos presentarnos allí sin avisar. Hay que dar tiempo al servicio para que airee los colchones y compren suministros. Y habría que avisar a mis padres de que vamos a ir. Por no hablar de que haríamos un feo a nuestros amigos, nos han invitado a...

—Tus amigos.

—¿Qué?

—Son tus amigos, no los míos. No los conozco y dudo que ellos tengan ningún interés en conocerme a mí. Lo que quieren es ver lo patética y poco apropiada que soy y comprobar si lo que dicen de mí es cierto.

—¿De qué estás hablando? ¿Alguien te ha incomodado?

Ella lo miró con una extraña seguridad que no tenía ni idea de dónde salía. Elevó el mentón sin esconderse.

—No hace falta que seas tan cuidadoso conmigo, no voy a romperme. Solo contesta sí o no, ¿podemos ir a Aveldon?

—No.

—Está bien. No volveré a molestarte con esto —agitó las riendas y puso al caballo al trote sin esperarlo.

CAPÍTULO 32



Andrew jugaba con su sombrero mientras la esperaba. Al ver pasar a Sarah le hizo un gesto para que se acercase.

—¿Dónde está la señora? ¿Sabe que la estoy esperando?

—Está dando las buenas noches a Noah. Si no lo hace, el niño tarda más en dormirse. Seguro que le ha pedido un cuento y eso la ha retrasado.

El conde frunció el ceño, molesto consigo mismo.

—Ve y dile que baje ya, no quiero llegar tarde. Debería saber que odio llegar tarde —musitó cuando la criada se alejó.

Ruby hizo su aparición ataviada con un vestido en un tono amarillo suave y bajó las escaleras con suma elegancia. Andrew se preguntó de dónde habría sacado ese porte regio tan natural. Estaba seguro de que no había recibido clases para ello.

—¿Noah está bien? —preguntó cogiendo el chal de sus manos para colocárselo solícito.

—Muy bien. Gracias —dijo por su ayuda y se dirigió a la puerta.

Andrew la abrió y la dejó pasar. El coche aguardaba.

—Señora Condesa. Señor Conde, qué alegría verlos. La boda fue magnífica, lo pasamos realmente bien mi esposo y yo.

—Gracias, lady Dagnell —dijo él con un gesto cortés.

Ruby saludó con simpatía y le preguntó por el pequeño roto que se había producido en su vestido durante uno de los bailes en los que participó.

—Oh, ya se lo he regalado a una de mis criadas, la única tan oronda como yo. Ella lo arreglará y podrá disfrutarlo sin duda. Pienso hacer una visita a la señorita Drummond, en cuanto tenga hora. Al parecer gracias a usted, tiene exceso de solicitudes.

Ruby sonrió satisfecha y se cogió del brazo de su esposo cuando se dirigieron a saludar al resto de invitados a la cena. Cameron se acercó a ellos en cuanto se separaron de su madre.

—Bienvenidos —dijo saludándolos con simpatía—. ¿Os apetece un poco de vino?

Los dos lo siguieron hasta la mesa de las bebidas y uno de los lacayos les sirvió sendas copas y se las entregó.

—¿Ha sucedido algo destacable hoy? —preguntó Andrew y luego se llevó la copa a los labios.

—Tu hermano ha tenido una de sus intervenciones y el señor Russell se ha visto obligado a actuar para calmar a alguno de nuestros colegas. Nada fuera de lo normal.

Ruby observó la habitación disfrutando de su bebida, mientras los dos hombres hablaban sobre política. No conocía a nadie y se había apretado demasiado el corsé, por lo que le costaba respirar, lo que no era muy buena idea teniendo en cuenta que habían ido a cenar.

—Discúlpenme un momento —pidió dirigiéndose a los dos caballeros.

—¿Ocurre algo? —preguntó Andrew solícito.

—Nada que no pueda solucionar. —Miró a Dagnell—. ¿Podría indicarme algún lugar privado? Un tocador o…

—Por supuesto, mi madre ha habilitado un salón para las damas. —Hizo un gesto a un lacayo para que se acercase y le pidió que la acompañase hasta allí.

Ruby lo siguió ante la atenta mirada de su esposo, mientras Dagnell miraba a su amigo con una expresión burlona.

—Veo que sigue de una pieza —dijo en tono bajo—. Después de tanto tiempo, no estaba seguro de si podrías contenerte.

Andrew lo miró ceñudo y con una expresión muy severa. Bebió un trago de su copa antes de responder.

—Un día alguien te va a romper esa bocaza que tienes, Cameron.

—Estoy seguro, pero no me cambies de tema. ¿Por qué no quieres hablar de ello? ¿Pasó algo fuera de lo común? ¿No te acordabas de cómo se hace?

—Un caballero no habla de esas cosas.

—Dime al menos si todo salió como era de esperar.

Andrew enarcó una ceja.

—¿A qué viene tanto interés?

—Somos amigos.

—¿Y eso qué tiene que ver? A mí no me interesa saber cómo te fue anoche con la señorita Tissier.

—Pero yo te lo contaría, si quisieras saberlo.

—Pero no quiero.

—Pero yo te lo contaría.

Andrew lo miró con la mandíbula apretada y Cameron sonrió satisfecho.

—Le preguntaré a ella. Será un modo de que vaya conociéndome.

Andrew dio un paso hacia él con actitud amenazadora.

—¿Vas a pegarme en la casa de mis padres? —susurró el otro conteniendo la risa—. ¿Con toda esta gente aquí?

—No se te ocurra incomodarla. Bastante difícil se lo ponen todo como para que tú colabores en eso.

Cameron frunció el ceño.

—¿Difícil? ¿Por qué?

—Solía ser la niñera de Noah.

—Ya.

—Sí, ya. —Andrew se llevó la copa a los labios y bebió un sorbo.

—¿Se están metiendo con ella esas arpías?

Andrew enarcó una ceja de nuevo.

—Si le dices esas cosas a ella no ayudarás a que todo se calme.

—¿Qué le dices tú?

—Que tenga paciencia.

Cameron echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

—¿Paciencia? Vaya.

—¿Qué?

—¿Sobre qué cosas tiene que tener paciencia exactamente?

—No me lo ha contado en detalle, pero puedes imaginarlo.

—Oh, sí, ya lo creo que puedo. Las he visto despellejar a más de una sin inmutarse.

—Se cansarán —dijo Andrew fingiendo seguridad.

—Desde luego.

—En cuanto tengan otra víctima.

Cameron asintió y Andrew fingió no percatarse de su mirada escrutadora, así que su amigo tuvo que atacar directamente.

—Y, mientras tanto, dejas que tu mujer se enfrente a ellas sola.

—No es ninguna niña, sabe defenderse.

—Lo imagino —dijo Cameron poniéndose serio—. Por lo que sé lleva toda su vida haciéndolo. Quizá imaginó que ahora que tenía un esposo, las cosas serían diferentes, pero ya veo que tú quieres dejarle claro que no.

Andrew lo miró ceñudo y se colocó de frente a él.

—Lo dices como si la hubiese abandonado.

—No, no, por favor, Dios me libre de decir semejante cosa. Lo has dicho tú.

—Estoy para lo que me necesite, pero no me ha pedido ayuda.

—¿Sabe que puede pedírtela? ¿O te has limitado a dejarle claro que solo amarás a Claire el resto de tu vida?

—Cameron, te estás pasando.

—Es tu esposa, Andrew, si alguien debe protegerla eres tú.

—No necesito que me alecciones. No permitiré que la ofendan, si soy testigo de algo incorrecto, intervendré.

—Claro, por eso se cuidarán mucho de que tú no seas testigo.

Andrew lo miró con preocupación y luego buscó alrededor.

—¿La señorita Knigge y la señora Hanlon no vienen esta noche?

—Oh, sí, llegaron antes que vosotros. Deben estar… acicalándose.

Andrew miró rápidamente hacia la puerta con preocupación.

—¿Tu hermana podría…?

Cameron no respondió y fue en busca de Mary.

Ruby tenía la mano en el pomo de la puerta y había abierto solo dos dedos en cuanto el lacayo se marchó de allí. Se había quedado inmóvil al escuchar la voz de la señora Hanlon.

—¿De verdad creéis que anoche fue su primera vez? —se reía ante su escandalizado público—. Estoy segura de que esa mujer es toda una experta en satisfacer a un hombre. ¿Cómo si no iba a conseguir que alguien de la talla del conde, cayera en sus redes?

—Señora Hanlon, qué cosas dice.

Reconoció la voz de la señorita Knigge riéndose también.

—Le encanta ponernos coloradas —dijo una voz desconocida.

—Vosotras no sabéis de esto, no habéis estado casadas, pero ni os imagináis lo manejables que son los hombres en nuestras manos. Esa *señora* —dijo exagerando la voz—, lo ha manipulado de manera admirable. Podría ser perfectamente una actriz de doble carrera.

Todas las allí presentes sabían que se refería a mujeres que alternaban entre el escenario y la cama de hombres de clase alta, que tenían debilidad por las de su profesión.

—Una vez vi a una de esas… cortesanas —dijo una voz joven que Ruby tampoco reconoció—. Mi madre me hizo darme la vuelta cuando pasó cerca de nosotras. Llevaba un vestido escarlata, con un escote profundo que dejaba muy poco a la imaginación.

—Quizá la condesa también tenga uno de esos vestidos —dijo Lady Hanlon provocadora—, para la intimidad, claro. En público debe aparentar ser una dama.

—¿Quién era su madre? —preguntó una de aquellas voces desconocidas—. ¿Alguien lo sabe?

—Pregunté por ahí —respondió de nuevo la señora Hanlon—. Nadie sabe nada. Las personas que la conocieron están muertas. Quizá ella también lo esté, por lo que yo sé su hija no ha vuelto a verla desde que la abandonó.

—¿De verdad hizo lo que dicen? —preguntó la señorita Knigge.

—Sí, lo hizo —afirmó su amiga—. Se lo escuché decir a la señora Woodhouse hace tiempo. Su madre la abandonó moribunda y si no llega a ser por los vecinos que la encontraron, habría muerto.

—¡Dios Santo! —exclamó una de las presentes—. ¿Qué madre hace eso?

—Una que no quiere a su hija, por supuesto —afirmó la señorita Knigge—. ¿Es verdad que era una niña… tontita?

—¡Oh! —exclamó una de las jóvenes—. ¡Y ahora es la Condesa de Aveldon!

—¿Entendéis ahora por qué estoy tan preocupada por el conde? —dijo Lady Hanlon con voz afectada—. Seguro que no sabe ni quién era su padre.

—¿Su madre era una…?

Ruby no pudo más, cerró la puerta y se alejó de allí a toda prisa. E corsé había dejado de importarle.

CAPÍTULO 33



Andrew miraba a su esposa, que había estado sumida en un profundo mutismo durante toda la velada en casa de los Dagnell. El carruaje se movía suavemente y siguió observándola aún unos segundos antes de hablarle.

—¿No lo has pasado bien?

Ruby parpadeó despacio antes de girar la cabeza para mirarlo. Tenía una expresión cansada y la mirada vacía.

—Sí, ha sido muy… agradable. La señora Dagnell es una mujer encantadora y su hija ha estado pendiente de mí durante toda la cena.

—Has comido muy poco.

Ella no disimuló su sorpresa porque se hubiese fijado.

—Llevaba el corsé muy apretado y no tenía mucho espacio para la comida.

Andrew frunció el ceño.

—¿Por eso fuiste al tocador de señoras?

—Sí, pero… había mucha gente y… no entré.

Su marido no era ningún tonto y comprendió que había pasado algo.

—¿Te han incomodado? —Ella lo miró interrogadora—. La señora Hanlon o la señorita Knigge, ¿te han dicho algo?

Ella negó con la cabeza.

—Solo las he visto en la cena. Y han sido muy amables.

—Ruby… —Se inclinó ligeramente hacia ella—. No puedo ayudarte si no me cuentas lo que pasa.

—No pasa nada —dijo sonriendo con tibieza—. Solo estoy terriblemente cansada.

Volvió a mirar por la ventana y él la observó en silencio el resto del trayecto. No sabía qué decirle ni cómo decírselo y era evidente que insistir solo aumentaba su incomodidad. No soportaba quedarse quieto cuando detectaba un problema, pero no podía presionarla.

Cuando llegaron a la casa, Andrew se quedó un momento hablando con el mayordomo, que tenía preguntas para él. Ruby subió la escalera y él la observó con mirada fija mientras escuchaba a Keating.

Sarah entró al cuarto para ayudarla, pero ella le dijo que no la necesitaba esa noche y la despidió sin mirarla. Se quitó el vestido, se puso el camisón y desmontó el intrincado recogido para cepillarse el pelo. En lugar de quedarse frente al espejo, lo hizo mirando por la ventana. No soportaba ver su cara reflejada.

Cuando la puerta de la habitación se abrió, dio un respingo. Se giró sorprendida y abrió mucho los ojos al ver a Andrew, como si se hubiese olvidado de que ocupaban la misma habitación.

—Ya te has desvestido —dijo sorprendido—. ¿Dónde está Sarah?

—Le he dicho que no la necesitaba —dijo volviendo a guardar el cepillo en el cajón.

A Andrew no le pasó desapercibido el gesto y se acercó frunciendo el ceño.

—¿Por qué guardas tu cepillo en el cajón? ¿No debería estar…? —Se percató entonces de que sobre el tocador estaban las cosas de Claire y apretó los labios un instante—. Deberían haber quitado todo esto mañana hablaré…

—No, por favor —se apresuró ella con un gesto de la mano—. Me gusta así.

Él la miró confuso y la siguió en su recorrido hasta la cama. La vio apartar las sábanas, tumbarse sobre ella boca arriba y colocar las manos juntas sobre su vientre.

—Estás muy cansada. Esta noche no…

—No importa —lo cortó ella rápidamente.

—Claro que importa. —Se acercó y la miró con una ligera sonrisa.

—¿No… quieres? —preguntó ella con timidez.

—No es eso. Necesitas descansar.

—Yo sí quiero —dijo enfrentándolo sin miedo—. Quiero todos los días. Debo darte un hijo.

—Ruby no…

Ella suspiró, se puso de pie, agarró su mano y la llevó hasta uno de sus pechos. Andrew sintió la calidez bajo la tela y lo envolvió instintivamente para apretarlo con suavidad. Ruby cogió su otra mano

y la guio debajo del camisón hasta su sexo. El corazón de Andrew se aceleró al ver que estaba mojada y aún no la había tocado. Ruby comenzó a desabrocharle los pantalones y, cuando pudo alcanzar su erección, la sujetó con firmeza. Trató de guiarlo en esa posición hasta ella, pero él era bastante más alto y sus esfuerzos le provocaron una extraña ternura. Quiso acariciarle el rostro y de repente sintió un latigazo en el estómago que le provocó una arcada. Claire apareció en su mente. Mirándolo con ojos vacíos. Extendiendo sus pálidos brazos hacia él.

La empujó sobre el colchón y sin quitarse las botas, se bajó los pantalones y la agarró de los muslos para tirar de ella. Ruby buscó sus ojos, pero él tenía la vista clavada en el punto en el que sus cuerpos se unían. No hubo preparación ni caricias. Tan solo la agarró de las caderas y se hundió en ella, provocándole un cataclismo de dolor y placer que tuvo un efecto explosivo y físico en los dos. Las extremidades de Ruby se tensaron como si alguien estuviera tirando de una cuerda que la atravesara de arriba a abajo. Sus sentidos quedaron paralizados en ese punto de conexión. Lo sentía en la punta de los dedos y en la lengua, el olor a sexo inundó su nariz, lo veía detrás de los ojos cuando los cerraba y escuchaba la fricción de sus cuerpos dentro de su cabeza, lenta y constante. Se aferró a las sábanas mientras el inesperado orgasmo la arrollaba. Su absoluta entrega provocó en él un gruñido casi animal y se dejó ir con una violenta arremetida final.

Esta vez no la limpió. Salió de ella, se subió los pantalones y abandonó el cuarto sin decir nada. Ruby se quedó un momento sobre la cama, aún sentía las contracciones de su sexo y tuvo la osadía de llevarse una mano a ese centro para sentirlas en la piel. También percibió la espesa semilla fluyendo de su cuerpo y en un gesto casi desesperado trató de llevarla de nuevo a su interior.

—Tengo que hacerlo bien —sollozó de impotencia—. Tengo que ser útil.

Andrew entró en su despacho y se fue directo al mueble de las bebidas. Vertió una generosa cantidad de whisky en un vaso y bebió hasta que le ardió la garganta. Se apartó el pelo de la cara tirando de él

hacia atrás. Sentía una furia inhumana. Quería darse de cabezazos contra la pared. ¿Cómo podía comportarse de esa forma? ¡Era su segunda noche juntos! La había tratado como a una... No podía dejar que esa palabra sonase siquiera en su cabeza. Se paseó por la estancia desquiciado. Él no era así. No era esa clase de hombre. Quería dejarla descansar. No era una animal que necesitaba satisfacerse a toda costa. Pero Claire... Claire...

Siguió caminando y apuró el contenido de su vaso. Después volvió a la botella y lo rellenó. Necesitaba calmarse antes de subir.

—¡Dios! —gruñó entre dientes.

No se imaginaba que sería así. ¿Cómo era posible...? No debería sentir... nada. Había pasado todo el día tratando de no pensar en su cuerpo, en esos pechos firmes que lo miraban desafiantes. En su vientre, suave y delicado, que le mostraba el camino al paraíso. Necesitaba pensar. Calmarse y pensar. Se sentó en su butaca y permaneció un buen rato rumiando. Estaba claro cuál era el problema. Llevaba dos años sin acostarse con una mujer. Después de la muerte de Claire, su libido se había apagado por completo. No sentía el menor deseo y no se le ponía dura más que de manera fisiológica. Por eso temió que no funcionase la primera noche. Y, sin embargo, su erección fue tan brutal que casi lo asustó. Sus cuerpos se acoplaron tan perfectamente que fue como si... Volvió a gruñir furioso. Si rememoraba lo sucedido no iba a poder calmarse. Al contrario. Miró su pantalón y la enorme protuberancia que evidenciaba. Masculló una maldición antes de beber un largo trago de whisky.

Era la novedad. La carencia de dos años que su cuerpo sí había sentido, aunque él no lo supiera. Cerró los ojos y de nuevo apareció Claire en su memoria. Siempre estaba ahí, escondida entre sus pensamientos. Con ella todo era dulce y suave. La acariciaba con ternura, no le gustaba que fuera brusco. Tampoco le gustaban las sorpresas. Se tumbaba, se besaban y él la tomaba. Siempre estaba dispuesta a ello, todos los días, hasta que se quedó embarazada de Noah. Entonces decidió que podían espaciarlo un poco. El sexo nunca fue una prioridad para ella. Lo amaba en todas sus facetas, le decía, no solo en la cama. Él se acostumbró a prescindir cada vez más de su intimidad a medida que avanzaba el embarazo. Y después...

Echó la cabeza atrás y cerró los ojos pensativo. Ruby no era Claire No era Claire. Ruby lo increpaba, lo confundía, lo irritaba. Pero también la admiraba. Siempre había respetado su firmeza, su elegancia, su manera de exigir un espacio que el mundo no quería otorgarle de manera natural. Cuando la veía con Noah o con Heather con los niños del orfanato, veía a una mujer compasiva y nada melosa Hablaba con sencillez, pero sin afectación. Noah se reía con ella a carcajadas. Nunca había visto reírse tanto a su hijo como estando con ella. Y el modo en el que lo había enseñado a pedir lo que necesitaba.. Era maravilloso verlos juntos.

Esa tarde había subido a buscarla para recordarle la hora a la que saldrían para la cena y los vio sentados juntos en el suelo. Estaban de espaldas a él, frente a la ventana. Ruby tenía las piernas dobladas bajo la falda del vestido y a Noah sentado sobre ellas. Los dos con una mano elevada para tratar de coger las motas de polvo que flotaban a contraluz. Ella cantaba una dulce canción infantil y Noah la tarareaba con ella. Había sentido una punzada en el pecho que lo había dejado sin aliento. Se mantuvo inmóvil, siendo testigo de ese momento mágico Hasta que Annie llegó y dijo su nombre en voz alta. Ruby se giró a mirarlo y él temió que sus ojos pudieran leerlo, por lo que inmediatamente apartó la mirada y le recordó la hora a la que partirían esa noche. Después se fue sin más.

Miró hacia la pared, aunque no estaba viendo nada. Se sentía un canalla por no mirarla cuando la tomaba. Sabía que con eso le hacía daño, que ella buscaría sus ojos y se sentiría… usada. ¿Dejaría de amarlo entonces? Quizá ya había empezado a apagarse esa llama. Era lo mejor para ella. Él no podía fingir. No podía mirarla con afecto mientras la poseía. Eso sería… una traición abominable.

—Claire —musitó apretando los ojos—. Mi Claire.

Murió por su culpa, por su deseo de tener hijos. Era demasiado frágil, demasiado débil. Tenía un cuerpo pequeño y no estaba hecha para ser madre. Todo se volvió rojo. De nuevo la sostenía en sus brazos y ella lo miraba sin verlo. Gruñó y se limpió las lágrimas antes de apurar el contenido de su vaso. Los sollozos se le escaparon, dejando un dolor intenso en su pecho. Maldijo entre dientes. No quería que

Ruby sufriera, pero no podía darle más de lo que le daba. Tendría qu
aprender a vivir con ello.

CAPÍTULO 34



El tenedor quedó suspendido en el aire y ella abrió los ojos como platos.

—¿Hoy?

Andrew sonrió al tiempo que asentía.

—La señora Morton se marchó hacia allí hace una hora y se encargará de organizarlo todo para cuando lleguemos.

—¿La señora Morton se ha ido? —Miró a Keating—. ¿Tan temprano?

—El señor vino a despertarme cuando aún no había amanecido señora, al parecer no ha dormido mucho.

Andrew se encogió de hombros con pesar.

—Lo siento, Keating.

—No se disculpe, señor —sonrió el mayordomo.

Ruby se puso de pie.

—¿Qué haces? —espetó Andrew—. Termina de desayunar.

—Tengo muchas cosas que preparar. Mi ropa, la de Noah. ¡Oh Noah se va a poner tan contento! Estos días hemos estado hablando de Aveldon, se lo mostré en el mapa y le conté…

—Ruby, siéntate. —¿Por qué no podía dejar de sonreír como un tonto?

Ella obedeció, pero estaba tan nerviosa que cogía el tenedor, lo soltaba y volvía a cogerlo.

—¿La temperatura es igual que en Londres? —preguntó.

—Un poco más fría, pero prácticamente igual.

—¿Hay libros? Me llevaré los cuentos de Noah. ¿Hay juguetes? No claro, ¿por qué habría juguetes? Noah no ha ido nunca. Llevaré…

—Sí hay juguetes. Y libros. Y cuentos. Mis hermanos y yo íbamos mucho a Aveldon cuando éramos niños.

—¡Ah, claro! —dijo asintiendo—. ¿Querrías contarme algo de esa época?

—¿De cuando era niño?

—¡Sí! ¿Cómo era vivir allí en familia? ¿Desayunabais juntos? Sois cuatro hermanos y no os lleváis muchos años, claro que desayunaríais juntos.

Andrew sonrió con ternura.

—¿De verdad quieres que te cuente mi infancia?

Ruby asintió repetidamente y Andrew comenzó a hablar casi sin esfuerzo. Se sorprendió de las cosas que guardaba en su memoria cosas en las que no había pensado en años.

—¡Charlotte era tremenda! —Ruby se reía a carcajadas después de escuchar la historia en la que se hizo pis encima por no abandonar un juego en el que iba ganando.

Andrew vio que Keating y el lacayo también se reían.

—Si mi hermana se entera de que he contado esto, me matará —dijo contagiándose de las risas.

—No diremos nada, ¿verdad? —preguntó Ruby girándose para mirar a los criados.

—Ni una palabra —afirmó el mayordomo.

Andrew vio satisfecho que Ruby había vaciado el plato y asintió.

—Ya puedes ir a prepararlo todo. Saldremos después del almuerzo.

Ruby se levantó rápidamente y salió del comedor casi a la carrera.

El carruaje siguió la curva del sendero y Ruby se inclinó ligeramente en el asiento para mirar por la ventanilla. La tarde caía con suavidad sobre la campiña, tiñendo los campos y las suaves colinas de un tono dorado. El aire olía distinto allí y ella aspiró su aroma con avidez.

—Ya casi estamos —susurró Andrew para no despertar a Noah.

El niño dormía en el asiento de enfrente, con la cabeza apoyada en el regazo de Annie.

Ruby se asomó un poco más cuando el bosque dio paso a la explanada en la que se había levantado la casa. Sus ojos brillaron por la emoción, era aún más hermosa que en las láminas que había visto de ella. Tres plantas, con una fachada color miel y forma asimétrica. Flanqueada por dos alas ligeramente adelantadas, contaba con grandes ventanales que reflejaban el cielo cambiante a esa hora. La puerta de

roble estaba abierta y el servicio esperaba en perfecta formación, al pie de la escalinata del pórtico, sostenido por columnas jónicas.

—Bienvenidos a Aveldon —los saludó el mayordomo, un hombre fornido de unos cincuenta años.

—¿Han tenido buen viaje? —preguntó la señora Morton con una sonrisa.

—Muy bueno —afirmó Andrew antes de presentarles a Ruby y a Noah.

Los criados respondieron con respeto, pero con menos sobriedad de lo que se acostumbraba en Londres. Ruby sonrió satisfecha al ver que Noah respondía con educación y cortesía.

La señora Morton presentó al servicio para que Ruby se familiarizara con sus nombres.

—El señor Brindle es el mayordomo de Aveldon, la señora Cunningham es la cocinera. —Los criados iban haciendo reverencia o genuflexión según correspondía—. Claude es el segundo del señor Brindle y también actuará como ayuda de cámara para el señor conde. Estas de aquí son Betty y Susan, las dos doncellas. Margaret y Christine ayudan a la señora Cunningham y con la limpieza de la casa. John es el mozo de cuadras y Bob el cochero.

Ruby los saludó a todos afectuosamente y les presentó a la niñera. Después entraron a la casa. Olía a cera, madera antigua y lavanda, por lo que imaginó que habían estado limpiando y encerando a toda prisa bajo las órdenes de la señora Morton. El vestíbulo era muy grande y aun así, resultaba cálido.

—Este es el ala principal. A la derecha está el salón formal y a la izquierda el comedor. Esas puertas dan a la biblioteca. —Andrew señaló unas dobles cercanas a la escalera—. Por ese pasillo de la izquierda se llega al salón de té y a la sala de música. Por el de la derecha se va al despacho de mi padre y al invernadero de interior—. Miró al mayordomo—. Le enseñaré a mi esposa y a mi hijo la primera planta. Encárguese del equipaje.

—Por supuesto, *milord*.

—Hoy no se preocupe mucho por la cena —dijo Ruby mirando a la cocinera antes de que regresase a sus tareas—. Nos apañaremos con lo que tengan.

—Qué bien —dijo la enjuta mujer muy seria—. Tenía pensado preparar un banquete con lo poco que hay en la alacena, pero mejor lo dejo para mañana, cuando nos lleguen los suministros.

Ruby se quedó perpleja y miró a Andrew que claramente estaba reprimiendo una sonrisa.

Subieron a la primera planta y los llevó directamente al que sería el cuarto de Noah. Una puerta interior daba a otra habitación que sería la de Annie, un dormitorio mucho más lujoso que el que tenía en Londres. La niñera no pudo disimular su entusiasmo.

—Es precioso —dijo mirando a Ruby que sonreía satisfecha— Nunca he dormido en una cama como esta.

—Es la única habitación comunicada —dijo Andrew—. Disfrútala.

Le hizo un gesto a Ruby para que lo acompañara y ella se despidió de Noah con un beso en la frente antes de seguir a su esposo.

—¿Te ha gustado la señora Cunningham?

—Me ha parecido una mujer muy antipática. Supongo que no le caigo bien.

Andrew sonreía abiertamente.

—Es la protegida de mi madre, sabe que tiene su apoyo y lo ejerce con mano de hierro. Es arisca, antipática y muy irónica con todo el mundo.

—¿Contigo también?

—¡Oh! Conmigo más que con nadie, ya lo verás.

Ella frunció el ceño incrédula.

—Te acostumbrarás. Me recuerda un poco a la señora Perkins.

—A su lado la señora Perkins es una mujer encantadora. Jamás pensé que diría esas palabras —dijo esto último solo para ella y Andrew se rio con más ganas.

El dormitorio que iban a ocupar era enorme y luminoso. Tenía una gran chimenea de mármol blanco con vetas grises y encima un espejo ovalado. Frente a él habían colocado dos sillones tapizados en azul y dorado. En la repisa había un pequeño retrato de una pareja y Ruby se acercó para verlo mientras Andrew abría la ventana. Cuando él se volvió la vio con el marco dorado en la mano y mirando aquella pintura con fijeza. Cerró los ojos un instante, pero no hizo comentario alguno.

Ruby dejó el retrato donde estaba y se giró para observar la habitación en su conjunto. En su cabeza se repitió como un mantra solo estuvo aquí una vez. Solo una vez.

La cama era de buena madera, roble casi seguro. Los postes eran torneados y tenían intrincadas formas florales. El dosel estaba tapizado en terciopelo azul oscuro, igual que el cabecero. Caminaba por el cuarto mientras observaba los detalles. Acarició la suave colcha de brocado.

Los tres grandes ventanales miraban al lago, las cortinas eran dobles de gasa y terciopelo. Frente a una de las ventanas habían colocado una *chaiselonge* curvada y frente a esta, una mesa baja.

El tocador contaba con un espejo ovalado de tres cuerpos y Ruby se reflejó en él, sonriente y agradecida. No había nada allí, ningún objeto que hubiese pertenecido a la anterior condesa, a excepción del pequeño retrato al óleo. Abrió los cajones para cerciorarse y respiró aliviada al comprobar que estaban vacíos. Andrew la vio en el espejo y comprendió su alivio. Había sido muy claro en sus órdenes. No entendía lo del retrato.

—¿Tienes aquí tu despacho? —Ruby señaló el rincón junto a la tercera ventana, en el que había un escritorio con una lámpara de aceite y una butaca de respaldo alto.

—Este era mi cuarto de soltero. Podía trabajar hasta altas horas de la noche y me resultaba más cómodo hacerlo aquí.

Ella asintió y se acercó al ropero. Lo abrió con cierto temor, pero se calmó al ver que no había nada. Se giró y miró la habitación en su conjunto.

—Todo es azul oscuro —dijo poniéndose las manos en la cintura.

—Supongo que está pensado para el dormitorio de un hombre. Puedes cambiarlo a tu gusto.

—Me gusta así —dijo sincera y con una mirada limpia y brillante.

CAPÍTULO 35



Ruby avanzaba junto a Andrew por el camino que comenzaba en la puerta lateral de la propiedad. El sendero, bordeado de hayas y espinos blancos, descendía suavemente hasta el corazón de la aldea. A ambos lados, campos de trigo verdeaban bajo el sol, punteados aquí y allá por amapolas. Ruby sonrió espontánea al ver unas cuantas ovejas en los ribazos, vigiladas por un pastor que se acercó sonriente al reconocer a Andrew.

—¡Señor conde! —exclamó alegre y enseguida se contuvo— Disculpe, señoría, hacía tanto tiempo que no lo veíamos por aquí…

—No se disculpe, por favor —dijo Andrew, acercándose para estrecharle la mano, provocando que el hombre se retrajera perceptiblemente—. Le presento a mi esposa.

—Señora condesa —dijo el hombre inclinándose repetidamente— Luke Dibble, para servirla.

Ruby respondió con una sonrisa tímida y un leve movimiento de cabeza. Andrew le preguntó por su esposa y sus hijos y después de unos minutos de cortesía, continuaron con su paseo.

—Su familia ya trabajaba para mi bisabuelo. Luke pertenece a la cuarta generación de la familia Dibble en estas tierras. No te dejes engañar por su profesión, se ha leído todos los libros de nuestra biblioteca y es un gran conversador.

A medida que descendían, la campana de la iglesia parroquial tocó una única vez, indicando la proximidad del mediodía. Andrew la cogió de la mano y Ruby sintió aquel gesto en el centro del pecho.

—Ese es el cementerio parroquial —dijo él señalando.

A la derecha, el cementerio asomaba tras un seto bien recortado con sus lápidas desgastadas y las cruces de piedra cubiertas de musgo.

—El templo y el campanario datan del siglo XIII, aunque ha sido restaurado varias veces. La última por mi abuelo.

—Está muy bien cuidado —dijo ella con sincera admiración.

—Nosotros nos encargamos de que no les falten recursos y ellos cuidan de todo como si fuese suyo. Ciertamente, lo es, lo disfrutan mucho más tiempo que nosotros. —Sonrió alegre.

Entraron en la aldea, una hilera de casas bajas de piedra caliza, con techos de pizarra o de paja, alineadas en torno a una plaza irregular. Ruby se fijó en el pozo comunal, cubierto por una estructura de madera. Dos muchachas llenaban cubos mientras cuchicheaban entretenidas. Una de ellas los vio aparecer y a punto estuvo de volcar el cubo que iba a depositar en el suelo.

—¡La madre! —exclamó sin contenerse.

—Buenos días —saludó Andrew.

Las dos muchachas se apresuraron a doblar las rodillas poniéndose de frente a ellos.

—Buenos días, señor conde. Buenos días, señora condesa.

Andrew sonrió afable y Ruby inclinó la cabeza al pasar.

—Todo el mundo te conoce —musitó cuando estuvo segura de que no la oían.

—Vine todos los años hasta… —calló a tiempo y Ruby no insistió.

—Huele a pan recién hecho —dijo ella unos minutos más tarde.

Andrew señaló hacia un cartel colgante, oxidado por la intemperie que mostraba un ciervo dorado sobre un fondo rojo.

—Su cerveza es buena, pero el pan es excelente. Te traeré antes de que nos marchemos, pero dejaremos primero que todo el mundo sepa que hemos llegado.

—¿Por eso me has traído a pasear por la aldea? ¿Es una especie de anuncio oficial?

Andrew asintió divertido.

—Es mucho mejor que ir casa por casa diciendo que el conde tiene a su condesa.

La calidez con la que dijo esa frase, la normalidad con la que hablaba con ella, hizo que ese paseo fuese el momento más feliz de su vida.

Se detuvieron sobre un puentecillo de piedra sobre un riachuelo que serpenteaba entre juncos y margaritas. A lo lejos un niño con la camisa arremangada chapoteaba con un palo, mientras la que debía ser su hermana, lo vigilaba desde la orilla.

—¿Esto está en vuestras tierras? —preguntó Ruby.

—Todo lo que ves. Las casas están arrendadas y los campos también. La renta se cobra dos veces al año.

—¿Y qué pasa si tienen malas cosechas?

—El administrador estudia cada caso en profundidad. No podemos dejar que la gente no pague y ya está. Eso acabaría con la propiedad y ellos también perderían. Pero no somos inflexibles.

—¿Tienen escuela? —preguntó Ruby señalando a los niños.

Andrew la miró entornando los ojos.

—¿Si te digo que no, querrás montar una?

—Eso responde a mi pregunta. —Siguió observando a los niños con fijeza—. No estarían jugando ahí de tenerla.

—¡El joven conde y su esposa! —gritaron varias mujeres corriendo hacia ellos.

Andrew las saludó con naturalidad y Ruby alzó la mano y sonrió.

—¿Han venido a pasar el verano? —preguntó la más joven después de muchas reverencias.

—Solo nos quedaremos una semana.

—¡Oh, qué pena! —dijo la misma.

—Tienen sus cosas, niña, no pueden estar de picos pardos como tú —la regañó la que tenía el pelo blanco.

—Como no estarán para la fiesta de la cosecha, les organizaremos una —dijo la que parecía la madre de la más joven.

—No es necesario —dijo Andrew.

—Podemos hacerla el día antes de que se marchen. ¿Qué les parece? —siguió la madre—. Nos da tiempo de sobra de cocinar y de organizarlo todo. Y a ustedes no les interrumpirá nada, solo tienen que acudir a la plaza y disfrutar de la celebración.

—Muchas gracias —se adelantó Ruby—. Estaremos encantados de asistir.

Las mujeres la miraron satisfechas y después de unas exageradas reverencias, volvieron por donde habían llegado.

—Creía que no te gustaban las fiestas —dijo Andrew sorprendido.

—No sé por qué, pero pienso que esta sí me va a gustar.



—¡No corras, grillo, que te vas a caer! —dijo Ruby con dulzura.

—¿Cómo lo has llamado? —Andrew la miró ceñudo—. ¿Grillo?

Ruby asintió.

—Le di a elegir y escogió ese nombre. Le gustan los grillos.

El pequeño corrió de nuevo hacia ella y alzó los brazos para que lo cogiera. Ruby lo acomodó en su cadera y Noah se agarró a su cuello y apoyó la cabeza en su hombro. Sus rizos rubios, suaves como plumas, le acariciaron la mejilla haciéndola sonreír.

—¿Estás cansado? Normal, llevas todo el día correteando por todas partes. —Lo acunó con un suave vaivén.

—No estoy cansado, mamá —dijo él con voz somnolienta.

Ruby sintió una ternura infinita, como le pasaba cada vez que él la llamaba mamá. Y a Noah debía gustarle usar ese nombre, porque la llamaba así todo el tiempo.

Andrew los miraba con un sentimiento al que no pudo ponerle nombre. Se abrazaban, se acariciaban y se hablaban con una confianza que emana solo del cariño. Se sintió un intruso allí.

—Vamos a ver a los caballos —pidió el niño.

—Es muy tarde. Hay que cenar y acostarse. Has tenido un día agotador.

—No. Los caballos —dijo apartándose lo suficiente para poder mirarla.

Ruby frunció el ceño.

—¿Me estás contradiciendo, muchachito?

El pequeño asintió una vez con mucha energía y Ruby fingió ponerse seria.

—Tenía pensado leerte un cuento entero esta noche, pero si no te portas bien…

Noah abrió los ojos como platos.

—Mañana. Mañana veré a los caballos. Quería decir mañana —dijo asintiendo como si ella se lo hubiese imaginado todo.

—Ah, vale, pensaba que querías ir ahora.

El niño negó muy serio y Ruby le dio un beso en la frente. Sus ojos se cruzaron con los de su esposo y una llama se encendió en su pecho.



—Gracias, Susan —dijo cuando terminó de ayudarla a prepararse.

La doncella salió del cuarto y Ruby se sentó en la cama a esperar. Empezaba a acostumbrarse a la rutina nocturna y la anticipación tenía un efecto extraño en ella. Por un lado, lo deseaba. Su cuerpo y su mente lo deseaban. Quería que la acariciara, quería sentir sus manos y sus labios tocándola. Lo quería todo de él. Pero por otro, desearía que aquello parase, no para siempre, un tiempo. El suficiente para que pudiera pensar con claridad, para que…

—Siento haberme retrasado —dijo él entrando en el cuarto mientras se aflojaba el pañuelo del cuello—. Brindle quería tener claro lo que hemos venido a hacer. Y la señora Cunningham no está muy conforme con lo de que se haga una celebración en la plaza la última noche, cree que le va a dar demasiado trabajo.

—¿A ella? ¿Por qué? —preguntó Ruby doblando las rodillas y abrazándose a ellas.

Andrew vio su gesto y sintió una punzada de deseo al ver sus muslos expuestos. Tiró el pañuelo a una butaca y luego lo siguió el chaleco. Caminó hasta la ventana y corrió las pesadas cortinas sin dejar la menor rendija. Ruby lo observaba con curiosidad y lo vio ir hasta la lámpara y apagarla también. La habitación quedó completamente a oscuras. Lo oía moverse e imaginaba las prendas cayendo sobre la butaca. Tropezó con algo a juzgar por el golpe y el gruñido malhumorado que se escuchó a continuación, y de repente sintió el peso en la cama y el colchón cedió a su lado. Su olor llegó a ella secándole la garganta y sintió su mano en el tobillo. Suave y delicado subió por la pantorrilla, acarició la rodilla y continuó serpenteando por el interior de su muslo. Cuando sintió aquella mano en su sexo respondió con un gemido. No veía nada en aquella oscuridad, a pesar de tener los ojos abiertos, y sentir su mano tocándola la estremecía de miedo y placer. Andrew exhaló contra su cuello y cubrió su boca con un

beso intenso y profundo sin apartar la mano de la humedad caliente que ella le ofrecía sin recato.

—Andrew...

Él detuvo su mano. Dejó de respirar. Su voz, áspera y dulce a mismo tiempo lo atravesó de parte a parte. Sintió un cúmulo de emociones que no encajaban allí: deseo, ternura, pero también rabia porque no se callara, porque se empeñase en recordarle que estaba allí que era su cuerpo el que acariciaba. No quería que lo nombrase así, no con esa entrega sin protección. Quiso acabar cuanto antes y se colocó entre sus piernas sin más preámbulo. El corazón de Ruby se aceleró cuando Andrew se deslizó lento e imparable. Lo acogió sin reservas dejando escapar un gemido largo y sentido. Extendió las manos buscando su rostro en la oscuridad. Quería que la besara, quería besarlo ella. Levantó la cabeza de la almohada y él fue a su encuentro. Ruby puso en aquel beso todo el amor que sentía, su renuncia y su entrega. Quería que lo supiera, que no importaba, que ella amaba por los dos.

Andrew enterró el rostro en su cuello y empujó despacio. Quería sentir sin pensar. Eran dos cuerpos dándose placer, nada más. Nada más. Se colocó de rodillas y tiró de sus caderas colocándola elevada sobre sus muslos. Siguió moviéndose despacio dentro de ella y su mano se deslizó desde su cadera para acariciarle el clítoris. Ruby no tardó en perder el control y se rindió al placer, respirando como si le faltase el aire. Aceleró sus movimientos y los sonidos húmedos y quejumbrosos llenaron la habitación. Ella empezó a contraerse y él dejó caer la cabeza hacia atrás al sentir que la presión ascendía imparable.

Volvió a colocarse sobre ella para llegar hasta su boca y le dio un beso profundo e intenso. Por primera vez no se apartó en cuanto terminaron. Se quedó unos segundos respirando contra su piel. Ruby lo abrazó y él la sintió con cada fibra de su cuerpo. Se deslizó a un lado llevándola consigo. Ella recostó la cabeza en su pecho mientras él la rodeaba con sus brazos. No hubo palabras, solo sus respiraciones suaves y profundas. Estaban en calma. Satisfechos. El sueño los encontró juntos y juntos se los llevó. Sin culpa. Sin reproches. En una cama sin tragedia.

CAPÍTULO 36



La jornada amaneció radiante y las risas se escuchaban en el jardín de la casa de Aveldon. El aire olía a heno cortado y a tierra fresca. La hierba, aún húmeda por el rocío que se negaba a irse, brillaba como un manto frente a ellos. Habían recorrido el prado junto a la casa clavando en él los aros y las estacas para el *Pall-mall*. Annie vigilaba a Noah asegurándose de que el niño no se acercaba a la zona de juego.

—¿Es que no ves que no cabe? —dijo Andrew sin parar de reír— ¿Cómo vamos a colarla por ahí?

Ruby miraba su obra con el ceño fruncido y las manos en la cintura.

—Deberías haberte explicado mejor.

—¿Es culpa mía?

—Por supuesto que es culpa tuya. ¿Acaso yo sé jugar a esto?

—¿Y por qué no lo has dicho?

Ella se volvió hacia Annie y Noah, que estaban cerca de la casa. No quería que el niño oyera cómo su padre la regañaba.

—Solo hay que tirar del aro un poco hacia arriba, tampoco te vas a morir por eso, digo yo. —Señaló los hierros demasiado hundidos.

—¿Solo eso, verdad? —Andrew se inclinó para probar con uno y, en cuanto lo soltó, el hierro se deslizó hacia abajo lentamente dentro de los agujeros—. Hay que sacarlos todos y volverlos a clavar en otro sitio.

—Podríamos hacer que la bola saltase por encima —dijo Ruby como si se le acabase de ocurrir una idea genial.

—¿Qué?

—En lugar de hacer que pasen por debajo, que pasen por encima.

Andrew la miró sin dar crédito.

—¿Vas a cambiar las reglas del juego para no tener que mover los aros?

Ella señaló la extensión del prado.

—Hemos andado mucho para ponerlos, si hacemos todo eso de nuevo, no haremos nada más esta mañana. Solo intento aprovechar el tiempo.

—Cambiando las reglas del juego. —Andrew se debatía entre un «no sé qué diablos está haciendo» y un «¿por qué disfruto tanto viéndolo?».

—¡Madre mía! ¿Esas reglas tuyas se han aprobado en la Cámara de los Lores? ¿Tú qué votaste? ¡Las reglas del *Pall-mall* son inamovibles —dijo esto último poniendo voz grave—. Solo es una bola y un aro.

Cogió la maza para hacer una demostración y le dio con tal fuerza que la bola salió disparada hacia donde estaba Andrew. Él tuvo tiempo justo de apartarse, antes de que el proyectil rozara su hombro. Ruby soltó la maza y se cubrió la boca para ahogar un grito.

—¿También quieres matarme? —preguntó Andrew incrédulo.

—¡Te has puesto en medio! —replicó ella.

—¿Que me he puesto...? ¡Esto es increíble! ¿Hay algo que no sea culpa mía? ¡No estoy en la línea de tiro!

—Está claro que sí —dijo Ruby encogiéndose de hombros, aunque por dentro estaba terriblemente avergonzada—. Lo normal sería que te colocaras detrás de mí.

—Está claro —dijo él situándose a su espalda.

—¿Seguimos jugando?

—¿Con tus reglas?

Ruby asintió.

—Si me las explicas, intentaré cumplirlas. —Andrew intentaba contener la risa.

—Es fácil. Cuando lleguemos a uno de mis aros, la bola tiene que pasar por encima y cuando lleguemos a los tuyos...

—La bola pasará de la manera correcta —terminó él.

—Puedes decirlo así.

—¿Cómo lo dirías tú? —preguntó, colocando la maza para golpear la bola.

—De la manera aburrida.

Andrew lanzó la bola. Esta pasó por encima del aro con un arco perfecto y continuó rodando un trecho.

—Me toca volver a tirar —dijo él al ver que ella se colocaba en posición.

Ruby frunció el ceño.

—¿Por qué? Ya has tirado.

—Pero he pasado.

—¿Y? ¿Por qué ibas a volver a tirar? Eso no tiene ninguna lógica.

Andrew se planteó explicarle cuál era la finalidad del juego, pero comprendió que no serviría de nada y aceptó su destino.

—¿Mi bola ha pasado? —preguntó ella señalándola después de lanzarla hacia un lado—. Está más adelantada que el arco.

Andrew elevó una ceja antes de responder.

—Está varias yardas a la derecha.

—Pero por delante de... —La mirada de su esposo la hizo enmudecer—. Está bien, volveré a tirar si es lo que quieres.

Andrew abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla negando con la cabeza. Su esposa fue en busca de la bola y la colocó en el lugar de inicio otra vez. Al parecer sus tiros eran ilimitados. Andrew se apresuró a protegerse detrás de ella. Ruby entornó los ojos, movió la maza varias veces y le dio un ligero golpecito. La bola se deslizó demasiado suavemente y chocó contra el aro, deteniéndose. Ella sonrió con falsa duda.

—¿Eso no vale?

—Según tus normas, no ha saltado por encima.

Ruby lo pensó un momento y Andrew estuvo a punto de echarse a reír.

—¿Quieres que te enseñe cómo se golpea la bola?

Ella lo miró con ojos muy abiertos y asintió. Andrew dejó su maza en el suelo y se colocó detrás de ella.

—Separa un poco las piernas —dijo junto a su oído colocando las manos sobre las de ella—. Has de sostener la maza con firmeza, pero sin crispación.

Ella sintió aquel cuerpo pegado al suyo y la envolvió una cálida sensación de pertenencia.

—Mira al objetivo, no a la bola —siguió él.

—Ajá... —asintió levemente, aspirando su aroma.

—Balancea todo el cuerpo, además de los brazos.

Se movió con ella. Golpearon la bola y esta saltó por encima de arco.

—¡Oh! —Se giró y lo abrazó entusiasmada.

Andrew la sujetó por la cintura y la inmovilizó contra su cuerpo. E corazón le latía con fuerza. Tenía una mirada curiosa y una sonris brillante. No conseguía apartar los ojos de sus labios. Sin decir un palabra la soltó y recogió su maza para dirigirse hasta donde hab caído su bola anterior. Ruby fingió no percatarse de nada y siguieron e juego desde sus posiciones.

El partido acabó para Andrew al completar el circuito, mientra que Ruby seguía atascada en el segundo aro. O le daba con demasiad fuerza o demasiado flojo. Más a la derecha o totalmente a la izquierda En dos ocasiones creyó haberlo logrado, pero la bola golpeó el hierro salió disparada.

Cuando él se acercó, ella tenía las mejillas arreboladas por e esfuerzo y una expresión irritada de lo más graciosa.

—Creo que he ganado limpiamente —dijo Andrew mirándola co los hierros en la mano derecha.

—¿Se puede hacer eso? —preguntó señalándolo—. Has quitado lo aros y ahora ya no puedo demostrar mi valía.

—El juego acaba cuando uno llega al segundo poste —dij mostrando la madera que sostenía su mano izquierda.

—Según mis reglas, no. —Se cruzó de brazos, molesta—. Debería haberme preguntado.

Andrew arrancó del suelo el aro con el que ella había estad peleándose demasiado rato. Ruby abrió la boca con ojos sorprendidos y lo siguió camino del primer aro.

—No puedes hacer esto. Claramente estás infringiendo mis norma por lo tanto, el juego queda anulado. Tu victoria está completamente e entredicho y no puedes…

—¿Quién ha ganado? —preguntó Annie al verlos acercarse.

—Yo —respondió Andrew sin falsa modestia.

—Ha hecho trampas —dijo Ruby—. Está descalificado.

Él no respondió y continuó hacia la casa con las piezas del juego cuestas, excepto…

—Trae tu maza —ordenó sin girarse.

Ruby frunció los labios y obedeció con la maza al hombro y e orgullo herido. Noah correteaba detrás de una mariposa y Anni intentaba no reírse.



Los días pasaron con la calma de un río que no halla obstáculos er su camino. Aveldon se convirtió para ellos en una tregua inesperada Por las mañanas salían a montar antes de que el sol calentas demasiado. Andrew le explicaba historias de su infancia, de lo aldeanos o quizá se las inventaba, pero al final siempre la interrogab inexorablemente sobre sus recuerdos. Ruby trataba de esquivar l mayoría de sus preguntas, pero tenía el don de sonsacarla sin que ell pudiese resistirse. La trataba con amabilidad, pero nunca traspasaba l línea de lo correcto.

Después paseaban con Noah hasta la hora del almuerzo. El niñ corría delante como un potrillo con demasiada energía, descubriendo e mundo a cada paso. Andrew había dejado en Londres su prudenci distante y empezó a mirar a su hijo como lo que era: un niño co demasiado entusiasmo y ningún miedo al peligro. En dos días y cargaba con él a hombros y Ruby se reía al ver que el niño usaba l cabeza de su padre como un tambor o que lo despeinaba sin temor.

—¿Te hace gracia? —preguntó Andrew enarcando una ceja.

Su esposa asintió vehementemente y se rio con más ganas. Cuand Noah se cayó raspándose las rodillas, Andrew fingió caerse a su lado y se puso a bramar como un animal herido, lo que provocó que el niño l mirase perplejo y no se quejase. Luego, su padre se puso a cuatro pata y el pequeño se subió a su espalda olvidándose de sus heridas. Rub miraba a todas partes, rogando que no pasara nadie que fuese testig de semejante estampa.

A veces iban hasta el lago y tiraban piedras, otras combatían co espadas sacadas de la rama de un árbol, jugaban al escondite o fingía cazar mariposas. Noah perdió la timidez con su padre, se subía en s regazo sin preguntar y apoyaba la cabeza en su pecho cuando tení sueño. Ruby sentía que le explotaba el corazón al verlos juntos y

cómodos el uno con el otro. Andrew se encargaba de llevarlo a la cama todas las noches y luego los dejaba para que Ruby le leyese un cuento.

La cercanía con su hijo ablandó el corazón de Andrew y se mostró cada vez más distendido y relajado. Después de cenar, pasaban a saloncito contiguo igual que hacían en Londres, pero aquí solían charlar de temas de los que Ruby no había hablado nunca. Él comentaba noticias que había leído en el periódico, cuestiones políticas que le preocupaban, y se descubrió disfrutando al debatir con ella. Su esposa tenía una mente lúcida y afilada y no dudaba en rebatirle todo aquello en lo que no estaba de acuerdo con él. Eso lo sorprendió enormemente. Habían discutido antes, muchas veces, pero esto era distinto. El modo en el que ella defendía sus ideas era... excitante para él.



Quitó todos los objetos entre la chimenea y la cama para no tropezar con nada y apagó la lámpara dejando la habitación a oscuras. Ruby estaba tumbada bocarriba, como siempre, con el camisón hasta las rodillas y las manos apoyadas en su vientre. El corazón le latía desbocado y se mordió el labio expectante.

—Siéntate —pidió él sobresaltándola. No lo había escuchado acercarse a la cama.

Hizo lo que le pedía y lo ayudó al ver que trataba de quitarle el camisón. Levantó los brazos y sintió en la piel desnuda el aire que él provocaba con sus movimientos. Se dispuso a tumbarse, pero él no se lo permitió poniendo una mano en su espalda. Con la otra mano recorrió el valle entre sus pechos y siguió hasta su estómago. Acarició la zona de sus costillas y Ruby no pudo evitar una risita tonta.

—Me haces cosquillas —musitó.

Andrew se inclinó y cubrió su boca besándola de un modo obsceno casi violento. Ruby buscó dónde agarrarse y le rodeó el cuello con los brazos. Sintió la mano que envolvía uno de sus pechos y volvió a gemir al notar la presión con la que apretaba. ¿Debería estar asustada? No estaba siendo delicado como otras veces, parecía... necesitado.

Se separó de ella y la empujó suavemente para que le hiciera sitio en la cama. Ruby siguió sus movimientos con las manos apoyadas suavemente en su cabeza. Notó que se colocaba entre sus piernas y a punto estuvo de lanzar un grito al percibir su aliento en la humedad de su sexo.

—¿Qué haces? —musitó aterrada.

En lugar de responder, acercó su lengua y la lamió perverso. Ruby trató de apartarse, pero él la sujetaba con firmeza. Tiró de ella y atrapó entre los labios aquella delicada protuberancia que solía tocar con sus dedos. Se vio arrastrada a una vorágine imparable en la que su cuerpo dejó de pertenecerle y se entregó por completo a aquella boca que la devoraba sin compasión. Andrew le hizo cosas que ni entendía ni querría recordar más tarde. La poseyó de un modo lascivo y brutal que la elevó a cotas altísimas de placer. Cuando creyó que ya no podía aguantar más, la penetró y se movió dentro de ella mientras la besaba aún con su sabor en la lengua. Gritó cuando ambos llegaron al orgasmo y Andrew se tragó su grito para silenciarla.

Cuando se tumbó a su lado, la envolvió con sus brazos y aspiró el aroma de su pelo. El corazón le latía desbocado y no era solo a causa de la excitación que acababa de experimentar. Un miedo atroz había empezado a abrirse paso en su mente. ¿Y si se quedaba embarazada? Cerró los ojos y la apretó contra su cuerpo, Ruby enterró la cara en su pecho y él gruñó contenido.

—¿Ocurre algo? —susurró ella.

Escuchaba los latidos de su corazón, que golpeaba con fuerza contra su mejilla. Él no dijo nada y a los pocos segundos se quedó dormida en sus brazos.

CAPÍTULO 37



Las mujeres fueron llegando a la iglesia en grupitos pequeños de dos o tres. Ruby estaba esperándolas desde hacía un buen rato y las recibía con un saludo afectuoso y una sonrisa. Cuando la última de ellas, la más longeva de Aveldon, tomó asiento, carraspeó para aclararse la voz y se colocó lo bastante cerca como para que pudieran oírla sin que tuviera que gritar. La campana dio entonces las diez de la mañana.

—Les habrá parecido extraño que las haya convocado a todas aquí —dijo mirando a la que parecía la portavoz—. Usted es la señora Bentham, ¿verdad?

—Sí, señora condesa, para servirla.

—Tiene usted dos hijos, ¿verdad?

Asintió con expresión cautelosa.

—Hay muchos niños en esta aldea —dijo mirándolas para identificar a las madres—. Me preguntaba si querrían que sus hijos recibieran educación.

—¿Educación? —preguntó una de ellas con el ceño fruncido— ¿Quiere enviarlos a la escuela?

—Yo no quiero que mis hijos se vayan a ninguna parte —dijo otra.

—Ni yo.

Un leve murmullo recorrió la nave.

—Mi marido necesita a esos muchachos, no puede prescindir de ellos…

Ruby miró a su alrededor, contando que había unas treinta mujeres en total. Eran lavanderas, granjeras, esposas de pastores, panaderas… Rostros curtidos por el viento y el trabajo duro, pero también ojos inteligentes y perspicaces. Mujeres desconfiadas que no querían que nadie se metiese en sus asuntos.

—No sé si lo saben —dijo recuperando su atención—, pero antes de ser condesa fui maestra en el Hogar de acogida Woodhouse. Soy huérfana y no me avergüenzo de ello.

El silencio fue sepulcral.

—Gracias a la educación que recibí, he podido ser una persona de provecho. Y creo firmemente que eso es el mayor donativo que puede hacérsele a un niño. Le estoy hablando con el corazón en la mano, no como la Condesa de Aveldon, sino como Ruby, una simple maestra.

Esperó por si alguien quería decir algo más, pero todas estaban petrificadas.

—En los días que llevo aquí he podido ver que hay muchos niños en esta aldea. Los más pequeños corretean por ahí mientras sus hermanos más grandes trabajan. No estoy diciendo que dejen de ayudar en lo posible, por supuesto, sé que necesitan todas las manos. Les pregunto si querrían que durante unas pocas horas al día, sus hijos aprendiesen a leer y a escribir. A sumar y a restar…

—¿Para qué? —preguntó una de esas mujeres—. Nosotros no sabemos nada de eso y no lo hemos necesitado.

—Sí que lo han necesitado, lo que pasa es que como no lo han aprendido no lo saben.

—Los míos saben hasta multiplicar —dijo una mujer bastante más joven que ella—. Les he enseñado con las semillas. Y claro que sirve sirve muchísimo, lo que pasa es que vosotras lo hacéis sin daros cuenta ¿A ver cómo ibas a saber cuánta harina necesitas para hacer pan?

—Pues echando tres cazos —dijo otra.

—Eso es cálculo, ella tiene razón —dijo Ruby señalando a la joven —. Lo que yo les propongo es enseñar a sus hijos, como yo enseño a mío.

Las mujeres abrieron los ojos como platos.

—¿Los va a enseñar usted?

—No. —Ruby sonrió afable—, me refiero a que les enseñará una maestra con el mismo sistema que yo empleo para Noah.

—¿Y dónde está esa maestra? Aquí no hay nadie que pueda enseñar.

—Yo me encargaría de eso. Y de habilitar un lugar y traer todo el material necesario: pupitres, pizarras, libros…

—¿No tendríamos que pagar nada?

—Por supuesto que no. Mi esposo está totalmente de acuerdo conmigo. Pero no quiero imponerles nada, si lo hacemos será porque todas estén de acuerdo.

—Yo voto que no —dijo la anciana sentada junto a la que Ruby supuso que era su hija.

Todas se volvieron a mirarla y Ruby comprendió que su palabra tenía cierto peso allí.

—¿Por qué no está de acuerdo? Me gustaría conocer su opinión.

La mujer lo pensó un momento antes de hablar.

—Si les dais esa educación les estaréis diciendo que hay un mundo ahí fuera aparte de lo que conocen. No se quedarán. En cuanto puedan volarán y nos dejarán solos. Todo eso que dice la condesa está muy bien para los ricos. Viven en ese mundo. Pero vuestros hijos viven en este y aquí no hacen falta escuelas. Así es como yo lo veo.

Ruby comprendió enseguida que las palabras de aquella mujer tenían mucho más peso que las suyas. Era su primera visita a Aveldon y no podía pretender ganarse su confianza la primera vez que hablaba con ellas. Sonrió afable.

—Respetaré vuestra decisión, sea la que sea. Como os he dicho, no pretendo imponer nada. No hace falta que me deis una respuesta aún. Habladlo entre vosotras y si en algún momento decidís que queréis una escuela para...

—Yo la quiero —dijo la joven que había hablado antes—. No me importa si mis hijos se van el día de mañana, quiero lo mejor para ellos.

—¿Y crees que nosotras no? —dijo otra.

—Yo no he dicho eso. Lo que digo es que quiero que tengan oportunidades. —Miró a Ruby—. Quiero la escuela, condesa.

—¿Y te crees que la va a montar solo para ti? —se burló otra de aquellas mujeres.

—¿No queréis que vuestros hijos sepan de números? ¿Que puedan leeros las cartas que siempre tenéis que llevarle al párroco? Que aprendan es bueno para ellos, pero también para nosotros.

—¿Para qué le va a servir a tu marido con las ovejas?

—Mi marido sabe contar y sabe escribir —dijo orgullosa—. ¡Él fue el que me enseñó! Señora condesa, ayúdenos, no deje que su cerrazón prive a nuestros hijos de vivir mejor que nosotros.

—Yo... —Una mujer que no había dicho nada y que estaba sentada en el mismo banco que la anciana levantó la mano levemente para

llamar la atención de Ruby—. Tengo tres hijas y... me gustaría... que aprendieran a leer.

—Con mis cuatro hijos suman siete —dijo la joven—. ¿No es suficiente, señora?

Ruby se alegró al ver su entusiasmo y también porque detectó una expresión ansiosa en otras mujeres, lo que le hizo sospechar que no se atrevían a dar su parecer para no molestar a la anciana.

—Bien, haremos esto si a todas les parece bien. Buscaré una maestra y organizaremos la escuela. Solo irán los niños cuyos padres lo aprueben. Nada de obligatoriedad. ¿Les parece bien?

Todas miraron a la anciana que movía la cabeza con pesar.

—Será un desastre para el pueblo, pero de acuerdo —afirmó—. Si mi nieta quiere que sus hijos estudien y se marchen de Aveldon, que así sea. Siempre ha sido una cabezota.

La joven fue a sentarse a su lado y la abrazó riéndose.

—No seas zalamera —dijo la anciana tratando de quitársela de encima—. Ya sabes que conmigo no funciona. Si acepto es porque lo vas a hacer igual. Con ese marido que tienes no podía ser de otra forma.

Ruby les pidió entonces que se presentaran todas y así supo que la joven que la había apoyado se llamaba Holly y la que había estado de acuerdo y tenía tres hijas, Lily. La anciana era la señora Dibble, la abuela del pastor que conoció el primer día y que, al parecer, era el esposo de Holly.



—¿Quiere hacer pan? —La señora Cunningham la miraba perpleja —. ¿Por qué?

—Para la fiesta.

—¿Usted quiere hacer pan para la fiesta? —Se puso las manos en la cintura y el señor Brindle cerró los ojos un instante.

—¿Le parece mal?

—No. ¿Por qué iba a parecerme mal? Si quiere, yo escribo su correspondencia y usted se encarga de mi cocina.

—Hago alguna cosa más aparte de escribir cartas. —Por algún motivo a Ruby le caía bien aquella mujer.

—¿Sabe hacer pan?

—No. De ahí que le haya pedido ayuda.

—Ah, ya entiendo. Cuando dice que «quiere hacer pan» lo que quiere decir, en realidad es que quiere decirme que yo haga pan.

—No. Quiero hacerlo yo.

—Pero, ¿por qué?

La cocinera estaba perdiendo su inexistente paciencia.

—Quiero hacer algo para los aldeanos.

—Pero ya lo hace, vamos a llevar muchísimas viandas y todo el vino y el whisky saldrá de esta casa.

—Pero nada de eso lo he hecho yo.

—Señora Cunningham… —El mayordomo intentó mediar—. La señora condesa quiere tener un detalle con la gente de Aveldon.

—Eso ya lo ha dicho ella, señor Brindle, tengo un oído muy fino. Pero no entiendo por qué tiene que ser pan. Y en mi cocina.

—¿Dónde quiere que haga el pan, si no es en su cocina? —preguntó remarcando el «su» y cruzándose de brazos.

—¿En ninguna parte? Usted ya ha hecho algo para los aldeanos, les ha dado una escuela.

—Pero yo no voy a hacer la escuela, solo he dado la idea.

—Y va a costearla.

—Pero eso no…

—Ya, ya, lo he entendido. Es usted muy persistente. Normalmente la gente se cansa antes que yo.

Ruby sonrió abiertamente.

—¿Me enseñará a hacer pan? —preguntó.

La cocinera la miró de arriba abajo y movió la cabeza con resignación.

—Pero tendrá que ponerse otra ropa. Y algo en el pelo, o se rebozará en harina.

—No soy nada torpe en la cocina, ya lo verá.

—Estoy segura.



—Ojalá su nieta la convenza —dijo mientras le anudaba el pañuelo a Andrew.

Se habían vestido para la celebración que organizaban en la aldea como despedida. Para Andrew era ropa sencilla, pero Ruby tenía otra percepción sobre lo que era sencillo. Aún no se había acostumbrado a lujo que ostentaba por ser condesa.

—La señora Dibble es una mujer dura, pero adora a su nieta. S alguien puede conseguir el milagro, es ella, sin duda.

Colocó las manos en la cintura de su esposa y ese gesto la hizo estremecer, por lo dulce y cálido que era. No pudo disimular su sonrisa

—Pareces contenta —dijo él mirándola divertido.

—Lo estoy. Han sido unos días maravillosos —dijo sin protegerse— Los más felices de mi vida.

Andrew asintió satisfecho y se inclinó para besarla en la frente cuando hubo terminado con el nudo.

—¿A pesar de no haber tenido éxito con tu escuela?

Ella lo miró incrédula.

—¿Que no he tenido éxito? Ya lo creo que sí.

—¿Quién será la maestra? —Él inclinó la cabeza sonriendo—. Ya tienes a alguien en mente. ¿Quién es?

—Alice Bledel —dijo ella con las manos apoyadas en su pecho y sintiendo cómo él iba acercándola más y más.

—Bledel... Me suena ese nombre. —Sus manos avanzaron por su cintura hasta tocarse en su espalda.

—Es una maestra del orfanato.

—Mmmm. —Se inclinó y le besó en el cuello.

Ruby gimió sin poder contenerse y fue la invitación perfecta para su esposo que atrapó su boca sin más preámbulos. Aquel fue un beso extraño. No era como los que le daba en la cama con la luz apagada Este fue cálido, profundo e intenso, pero parecía dar más que recibir Fue un beso luminoso y despierto, aunque los dos tuvieran los ojos cerrados. Sus lenguas se acariciaron. Ruby percibía cada roce, su sabor su mano sujetándole la nuca para que su cabeza descansara. Era un

beso distinto a todos los que le había dado y su corazón se expandió en un latido poderoso. ¿Sería posible que…?

La soltó de repente y se apartó de ella mirándola de un modo tan intenso que a Ruby le temblaron los huesos.

—Será mejor que vaya a ver si Noah está listo —dijo él turbado dirigiéndose hacia la puerta.

Ruby lo observó hasta perderlo de vista. Tuvo miedo de que su mente la estuviese engañando. Lo había sentido. Había sentido la complicidad y la calidez. Había sentido una conexión profunda con él que iba más allá del beso. Se llevó la mano al cuello mientras recuperaba la respiración. Después fue hasta el tocador para asegurarse de que no se notaba nada extraño en su cara. Pero lo que vio la dejó perpleja. Ese brillo desconocido en sus ojos era el mismo que había visto en los de él. Una sonrisa luminosa se abrió paso en sus labios y se apoyó en la pulida superficie de madera. No se lo había imaginado. Estaba segura. Había emoción y había sentimientos.

CAPÍTULO 38



El sol comenzaba a descender cuando llegaron a la plaza. Las sombras se estiraban y el cielo se teñía de rosa detrás del campanario. La música de varias flautas y dos violines se mezclaba con el bullicio de varios niños que bailaban a su aire. Las mujeres repartían comida a los que se acercaban a sus improvisados tenderetes, mientras los hombres fumaban o charlaban alegremente, contagiados por el ambiente festivo.

Ruby sonreía como una niña y le mostraba a Noah los dulces de uno de los puestos.

—¡Tarta! —exclamó el niño, y corrió hacia el puesto en el que había varios tipos de tarta y pasteles de diferentes colores.

—La señora Cunningham ha preparado sus favoritas —murmuró Annie en tono bajo—. Vayan a saludar a la gente, yo me encargo de Noah.

Andrew asintió y Ruby caminó a su lado.

—Señor conde —lo saludó la anciana señora Dibble con una reverencia que hizo que Ruby se preparara para sujetarla si perdía el equilibrio—. Todos estamos muy contentos de que hayan pasado estos días aquí.

—Ha sido muy agradable —dijo con una sonrisa sincera.

La mujer se dirigió entonces a Ruby y su calidez la envolvió como un manto.

—Sé reconocer cuándo pierdo una batalla y con usted la he perdido de manera limpia.

—Pero si la mayoría de mujeres han dicho que no a la escuela ¿cómo dice eso?

—Ay, condesa, tengo demasiados años como para no saber reconocer el ruido que esconde el silencio. Esas mujeres no se atreven a contradecirme, pero vi sus ojos cuando usted habló. Quieren darles a sus hijos esa educación de la que usted tan bien habló.

—¿De verdad cree que será malo para ellos?

—No, señora, creo que será malo para nosotros. —Sonrió y se despidió de ellos para luego alejarse con paso renqueante.

—¿Cuántos años debe tener? —preguntó Ruby en tono muy bajo.

—Creo que ya estaba aquí cuando se fundó Aveldon.

Ella lo miró interrogadora y sonrió al ver la burla en sus ojos. La música subió de tono y aceleró el ritmo cuando ellos se acercaban. Hombres y mujeres comenzaron a danzar con vueltas rápidas y palmadas. Holly, la nieta de la señora Dibble, se acercó a Ruby.

—¿Le gustaría bailar, señora?

—No conozco el baile —dijo y aun así tomó su mano.

—No hace falta, solo deje que la música la mueva como quiera.

Ruby miró a su esposo antes de dejarse arrastrar. Andrew la observó desde su posición y mientras lo hacía su respiración se fue agitando y su corazón aceleró su ritmo. Estaba feliz, la vio saltando como una niña, riendo por las cosas que le decía Holly, contagiada por la alegría del entorno. Algunos mechones se escaparon de su recogido y Andrew sintió la suavidad de su tacto en la yema de los dedos. Y entonces algo se le retorció en las entrañas. El rostro de Ruby cambió y a la que vio fue a Claire, su Claire. Joven y hermosa danzando como una ninfa. Sus manos se movían sinuosas y su risa era como escuchar cascabeles en una iglesia. Su dulce Claire, que murió para darle un hijo. Su dulce Claire empapada en su propia sangre. Su dulce Claire enterrada bajo un montón de tierra. Jamás volvería a danzar, ni a reír ni a sostener a su hijo en los brazos.

—¿Usted no baila? —preguntó uno de los aldeanos acercándose a él.

Andrew parpadeó como si regresara de una pesadilla.

—No —dijo rotundo—. No bailo.

Se alejó de allí y fue hasta donde una mujer servía bebidas. Pidió brandy y reconoció el sabor familiar. Se alegró de que aquellos hombres pudiesen disfrutar por un día de lo que él tenía en casa. Se giró hacia la pista y vio que Ruby seguía bailando y riendo.

Esa noche no la tomó y Ruby lo deseaba tanto que no pudo dormirse. Bien entrada la madrugada y cansada de intentar no moverse

en la cama para no despertarlo, se levantó despacio y salió del cuarto sin hacer ruido. Bajó a la cocina y se preparó un té mientras repasaba la noche. Una sonrisa se dibujó en su rostro al pensar en todas las locuras que había hecho. ¡Incluso había apostado! Jamás en su vida se había apostado nada con nadie y tampoco había jugado jamás a algo tan estúpido como lanzar una moneda a un círculo. ¡Pero había sido tan divertido!

—¿De qué te ríes?

La voz de Andrew a punto estuvo de hacer que se le cayese el cazo de las manos.

—¿Esa agua está hirviendo? —preguntó él ceñudo y enseguida se lo quitó de las manos y vertió el contenido en la tetera—. ¿Quieres quemarte?

—Me has sorprendido —dijo ella y se apretó el nudo de la bata.

A su marido no le pasó desapercibido el gesto, que le pareció de lo más dulce. Teniendo en cuenta que la había recorrido con sus manos que le intimidase que pudiera verle el camisón, por el mero hecho de no estar en el dormitorio, resultaba de lo más gracioso.

—¿Habrá para los dos? —preguntó mirándola.

Ruby asintió y se afanó en preparar las tazas.

—¿No podías dormir? —Andrew la miró sin expresión alguna.

Ella negó con la mirada baja fingiendo colocar bien las tazas sobre sus platitos.

—Lo pasaste demasiado bien en la fiesta.

Ruby alzó la vista y la clavó en sus ojos.

—¿Hice algo mal? —preguntó con preocupación—. No debería haber jugado a ese juego tan tonto, ¿verdad? Y tampoco debería haber bailado. Lo siento.

—No hiciste nada mal. Estuviste encantadora y todos lo pasaron mejor gracias a ti.

Ruby cogió uno de los platitos con la taza para llevarlos a la mesa y temblaba tanto en sus manos que tuvo que sujetarla para que no se le volcase el contenido. Andrew suspiró y se cruzó de brazos apoyando el trasero en la encimera.

—Noah lo ha pasado muy bien —dijo.

—Sí, ¿verdad? —sonrió feliz—. Esto me ha hecho pensar que tiene que ver más a sus primos, le gusta mucho estar con otros niños. También me gustaría llevarlo algún día al orfanato. ¿Te parecería bien? Ya sé que esos niños no son de su clase, pero a su edad no es capaz de percibir la diferencia. Y es bueno que sepa que no todo el mundo tiene la misma suerte, que hay personas que...

La agarró de la mano y tiró de ella pegándola a su cuerpo. Después apartó el pelo de su cara y la miró a los ojos con ternura.

—Sabía que serías una buena madre para Noah.

Ella no podía hablar, sus ojos lo miraban con tanto amor que a él se le pudrieron las entrañas.

—Ruby, no me mires así, por favor.

—Estoy bien —dijo ella forzando una sonrisa. Veía en sus ojos la oscuridad que lo llenaba.

Lo abrazó y apoyó la mejilla en su pecho para oír su corazón. Durante unos segundos ese fue el único sonido que escuchó.

Sentados frente a sendas tazas de té, charlaron relajados.

—La casa del roble está vacía y será perfecta para la escuela —dijo ella, después de contarle sus planes.

—Lo tienes todo bien atado. Cuando me pediste permiso ya lo habías decidido, ¿verdad?

Desvió la mirada sin poder contener la sonrisa y su esposo entornó los ojos para mirarla con más atención.

—Eres una diablilla muy lista. Voy a tener que poner mucha atención a lo que me dices o acabarás por meterme en un lío. —Bebió un sorbo de té—. No me esperaba verte bailar como una auténtica campesina. Creía que eras una persona seria y responsable.

Ella lo miró enarcando una ceja.

—Querrás decir sosa y aburrida —se burló—. Creo que el aire de Aveldon tiene algo que me nubla el entendimiento. Tranquilo, verás que cuando estemos en Londres volveré a ser la misma Ruby de siempre.

—Me gusta esta Ruby. Y la Ruby de Londres. Me gustan todas las Ruby que conozco.

Ella dejó la taza en el platito fingiendo no haberlo oído.

—Me parece bien —dijo Andrew después de unos segundos—. Lo que has dicho antes de llevar a Noah al orfanato. Creo que será muy beneficioso para nuestro hijo.

—Noah es un niño muy bueno.

—Con una madre como tú, no puede ser de otro modo —dijo él convencido.

Ruby se ruborizó sin poder evitarlo y bajó la mirada a su taza.

—Quizá no pueda darte más hijos.

—No te preocupes por eso.

Ella lo miró de frente.

—Tú también crees que soy demasiado mayor.

—No me importa.

Se mordió el labio visiblemente avergonzada.

—Veo que ya has asumido que no seré madre.

—Ya eres madre —dijo él tajante.

Ruby desvió la mirada para ocultarle su emoción, pero él no había acabado de hablar.

—¿No será suficiente? —preguntó él con cierta preocupación— Noah…

Percibió en su voz casi una súplica. Lo miró confusa y vio en sus ojos el dolor y el temor que sentía ante su posible respuesta.

Ella asintió, con una expresión que lo encendió por dentro.

—Amo a Noah. Ahora es mi hijo. Pero me gustaría… No quiero decepcionarte

Él extendió el brazo y la agarró de la mano entrelazando sus dedos.

—Me das mucho más de lo que merezco.

—No digas eso. —Apretó sus dedos—. No lo digas.

—No puedo…

Esas palabras la desgarraban por dentro, pero le sostuvo la mirada consciente de que él necesitaba decirle algo.

—Siento no poder mirarte cuando… —Soltó el aire cerrando los ojos un momento, consciente de que iba a dolerle—. No puedo traicionarla, ¿lo comprendes, verdad? Ella murió por mi culpa. Sabía el riesgo que corría y lo permití.

—No digas eso, tú no sabías…

—Lo sabía. —Ahora era él el que apretaba su mano—. Fui un egoísta y un estúpido. El doctor Brelsford dijo que sus caderas eran demasiado estrechas, que habría problemas y aun así…

—¿Ella lo sabía? —preguntó y Andrew asintió—. Entonces fue decisión suya arriesgarse. Yo también me arriesgaría. Por tener un hijo tuyo.

Andrew empalideció y soltó su mano. Apretó los dientes y su mirada cambió volviéndose más dura y fría.

—No quiero más hijos. Con Noah me basta.

Ella frunció el ceño.

—Lo que quiero es que cuides de él, que nunca sienta la falta de su madre como la siento yo.

El corazón de Ruby se aceleró, pero le sostuvo la mirada consciente de que por algún motivo quería hacerle daño.

—Por eso te elegí —siguió él—. Eras una opción segura y sin complicaciones. Si creyera que puedes quedarte embarazada no te…

Ruby no movió un músculo. Fue como si el mundo se hubiese congelado en un segundo. Acababa de hacer añicos sus ilusiones de aquellos días, pero la tristeza que veía en sus ojos era tan honda que no pudo culparlo por ello. Sabía que no se lo había imaginado. Pero él nunca aceptaría otra cosa que aquella mentira que se había construido. Porque esa mentira podía sostenerlo. Cargaba con una deuda que jamás podría saldar: Claire estaba muerta y creía que era culpa suya. No importaba lo que ella hiciera. No aceptaría jamás que estaba desarrollando sentimientos por ella.

Se levantó despacio y recogió las tazas vacías con manos firmes. Había dejado de temblar y se habían secado sus ojos.

—Será mejor que durmamos algo, mañana nos espera un largo viaje de regreso.

CAPÍTULO 39



Katherine había pospuesto el té que quería organizar para mostrar su total sintonía con su nuera. Ruby entró en la casa de los duques con un ánimo mucho más alegre que el que tenía antes de su viaje a Aveldon.

—Querida Ruby, estás preciosa —dijo la duquesa abrazándola—. No hay duda de que Aveldon ha obrado su magia contigo. A Andrew le pasaba lo mismo cuando era niño. ¿Cómo lo ha pasado Noah?

—Maravillosamente bien, duquesa, no quería regresar. Y yo tampoco —dijo en un tono más bajo.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme con tanta formalidad? Katherine o mamá, es lo único que tolero.

Ruby asintió con expresión amable. Entraron al salón donde se encontraba un grupo de mujeres. A algunas ya las conocía. Elinor y Emma se acercaron a abrazarla y le dedicaron palabras tan amables y cariñosas como Katherine. Luego saludó a Clementine. Hannah la abrazó efusivamente, demasiado para su gusto, pero estaba acostumbrada.

—Te presento a la señora Dunham y a la señora Segal —dijo Katherine en cuanto su sobrina la soltó.

—Encantada —dijo cortésmente.

—A la señorita Vickars ya la conoces.

—Ese vestido le favorece muchísimo —dijo la susodicha con simpatía—. Aunque creo que es el color de sus mejillas el que provoca ese efecto.

Ruby se acercó después a la señorita Ashton y la saludó con afecto.

—He traído pastelitos de los míos —comentó en voz baja, como si fuera un secreto—. Coge uno enseguida o Elinor se los comerá todos.

—La he oído —dijo la susodicha

Caitlin se rio bajito escondiéndose detrás de Ruby.

—¿Qué le ha parecido Aveldon? —preguntó la señora Segal.

—Es una aldea preciosa y sus habitantes, encantadores —dijo Ruby sentándose al lado de la señorita Ashton.

La anciana le dio unas palmaditas cariñosas en la mano.

—A mi hermana le gustaba mucho, ¿verdad, duquesa?

—Así es —afirmó Katherine.

—¿Piensan asistir a la velada literaria de la vizcondesa Harbor? –preguntó la señorita Vickars—. Tendré que prepararme algo, supongo.

—¿Qué dice? —La señorita Ashton había perdido mucho oído.

Ruby se inclinó y le repitió la pregunta.

—¡Ah! Claro que tiene que prepararse algo. No querrán que leamos los viejos.

—Ayer mi esposo y yo estuvimos paseando por Hyde Park y vimos a la señora Hanlon con el hijo mayor de los Dagnell —comentó la señora Dunham—. ¿Pronto tendremos otra boda en Londres?

Ruby y la señorita Vickars se miraron interrogándose.

—El señor Dagnell es muy amigo de su esposo, condesa —comentó la señora Segal—. Seguramente fue él quien los presentó.

—Sí, el señor Dagnell es un buen amigo de mi marido —afirmó Ruby procurando sonar lo más normal posible, sin dar ninguna información al respecto. Entre otras cosas, porque no la tenía.

—¿Ya os ha contado Hannah que quiere viajar a Alemania? –preguntó Elinor desviando el tema.

—¿A Alemania? —Katherine frunció el ceño—. ¿Para qué?

—Quiere estudiar en la Kaiserswerth —explicó su madre—. Un hospital-escuela para mujeres que desean cuidar enfermos.

—¿Qué? —Emma la miró con preocupación—. ¿Quieres ser médico?

—Sí, claro que quiero, pero no se me permite —dijo la joven sin el menor pudor—. Tengo que conformarme con ayudar a cuidar a los enfermos, no tengo permiso para curar a nadie.

—Pero no hace falta que te vayas a Alemania para eso —dijo la señora Dunham con una gran sonrisa—. Mi esposo trabaja en el *St Thomas's*. Yo podría hablarle de ti. Me consta que siempre están necesitados de manos. Pero debes saber que es una tarea muy desagradable.

—¿Lo haría? —Hannah se mostró entusiasmada—. ¡Oh! He enviado cartas a todos los hospitales y ninguno acepta mis súplicas. Por eso escribí a Kaiserswerth.

—Pues no creo que haya ningún problema, siempre que tus padres estén de acuerdo. —Miró a Elinor, que asintió—. No se hable más hablaré con mi esposo.

Hannah aplaudió entusiasmada y Ruby sonrió con cariño. Sabía lo mucho que lo deseaba y que pudiese hacerlo en Londres era mucho mejor que tener que viajar tan lejos de casa.

La tertulia fue agradable y Ruby se sintió muy cómoda con aquellas mujeres. Katherine había sabido escoger muy bien para esa primera reunión. Cuando las invitadas abandonaron la casa de los duques quedó solo la familia y Ruby aprovechó para hablar con Elinor de un asunto que no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

—Primero yo y ahora Hannah. En el orfanato os van a faltar manos —dijo sentada frente a ella en el sofá.

—No te preocupes, ya estamos buscando ayuda.

Ruby se mordió el labio nerviosa.

—¿Qué pasa? —Se rio Elinor—. Cualquiera pensaría que me tienes miedo.

—No es eso. Sé que es el peor momento para quitarte a una maestra…

Elinor entornó ligeramente los ojos.

—¿Quieres una niñera para Noah? Creía que estabas contenta con Annie. ¿Y qué ha pasado al final con la señorita Colbert?

—No es nada de eso. La señorita Colbert no regresará. Su madre la necesita. Gracias a sus cuidados ha mejorado muchísimo. Y no es para Noah para lo que necesito a Alice.

—¿Alice Bledel?

—Quiero abrir una escuela en Aveldon y creo que ella puede encargarse de un proyecto así.

Elinor fue ampliando su sonrisa.

—¿La primera vez que visitas la aldea y ya has decidido abrir una escuela?

—Hay muchos niños allí. Me ha costado convencer a sus madres pero creo que lo he conseguido.

—Estoy orgullosa de ti —dijo Elinor cogiéndola de las manos— Muy orgullosa. Y me parece una idea estupenda.

—¿Crees que Alice estará de acuerdo?

—Es una joven muy decidida y no se asusta con facilidad. Seguro que le encanta la idea. ¿Quieres que la prepare o prefieres que sea una sorpresa?

—Oh, te agradecería muchísimo que se lo dijeses cuanto antes, así puede pensárselo antes de hablar conmigo.

—Perfecto, pues yo hablaré con ella en tu nombre.

—Allí no hay huérfanos —explicó Ruby—, pero quiero ayudar a esos niños para que, tanto ellos como sus padres, tengan una vida mejor.

—Ay, Ruby, Ruby, siempre pensando en los niños. ¿Qué dice Andrew?

—Le parece bien.

—¿Cómo no va a parecerle bien? Esto dice mucho de su esposa.

—¿Vas a tenerla para ti sola todo el rato, mamá? —preguntó Hannah de pie frente a ellas—. Vamos a dar un paseo.

Cogió a Ruby de la mano y la arrastró hacia la puerta. Clementine se levantó y corrió tras ellas. Ya en el jardín, la bombardearon a preguntas. Eran tantas las cuestiones que Ruby acabó riéndose a carcajadas.

—¿De qué se ríe? —preguntó Hannah ceñuda.

Clementine se había cruzado de brazos y la miraba con los ojos entornados.

—Está feliz.

—¿Verdad? —Hannah la imitó en su pose y ambas observaron a su amiga a la espera de que dejase de reírse.

Cuando Ruby paró, le lloraban los ojos. Se los secó con su pañuelo sintiéndose observada.

—Parece que Aveldon te ha sentado de maravilla —dijo Hannah.

Ruby asintió mientras continuaba con su tarea.

—¿El primo Andrew se ha portado bien?

—¡Hannah! —Clementine le dio un codazo mirándola con ojos muy abiertos.

—¿Qué he dicho?

—Venid —dijo Ruby señalando hacia un banco del jardín— Sentémonos allí.

Una vez sentadas, les contó todo lo que podía contarse de su semana en Aveldon.

—¿Solo una semana y ya les has montado una escuela? —se burló Hannah—. Espera a que vayas en Navidades.

—¿En Navidades? —preguntó Ruby entusiasmada.

—Lo ha dicho por decir —se apresuró Clementine—. No le hagas caso.

—Visto lo visto, quizá Andrew quiera llevarla. Está claro que la ha hecho muy feliz, ¿no es eso lo que debería querer cualquier marido?

—Qué sabrás tú lo que quiere un marido —se burló Clementine.

—Ni falta que me hace. Yo no pienso casarme.

—Desde luego. Si te casas ya puedes olvidarte de eso de cuidar a enfermos. ¿Por qué quieres cuidar a enfermos? ¿No te da… cosa?

Hannah miró a su prima con una ceja levantada.

—No necesito volver tan pronto —dijo Ruby—, con que vayamos el verano próximo, me conformo. Andrew tiene mucho trabajo, ha sido todo un detalle que se tomara esos días para pasarlos con… nosotros.

—¿Y Noah? —preguntó Hannah—. Tengo muchas ganas de verlo ¿Ha disfrutado tanto como tú?

—Oh, sí, muchísimo. Además… —se interrumpió sin saber si debía hablar de ello—. Andrew y él… Estos días les han unido mucho.

—¡Qué alegría! —exclamó Clementine—. El primo Andrew era el tronco de un árbol con ese niño. Lo sostenía en sus brazos como si no corriera la misma sangre por sus venas.

—Andrew quiere mucho a Noah —espetó Hannah.

—No he dicho que no, pero hasta mi padre le mostraba más cariño que él.

—Es por Claire. Lo que le pasó fue espantoso.

—Pero el niño no tiene la culpa —siguió Clementine—. No puede cargarlo con ese peso. Él no eligió venir al mundo.

—Eso es cierto —afirmó Hannah.

—Necesita tiempo —dijo Ruby con una dulce sonrisa—. Solo eso.

—Tienes razón —dijo Clementine fingiendo seguridad—. Tú harás que se olvide de todo aquello.

—Seguro que sí —corroboró Hannah.

—Creo que ha llegado la hora de marcharme —dijo Clementine poniéndose de pie.

—¿No te quedas a cenar?

Hannah y Ruby se levantaron también.

—No. Esta noche cenan en casa unos amigos de papá. De cuando fue capitán de un barco, ya sabéis.

Hannah se rio.

—Y no quieres perderte sus historias.

Clementine negó riendo también, al darse cuenta de lo mucho que la conocían.

CAPÍTULO 40



Dagnell miraba a su amigo con fijeza y Andrew soportaba su escrutinio escondido detrás de un vaso de whisky y en mitad de un salón del club cosa que esperaba fuese suficiente como para que no lo interrogase...

—¿Qué ha pasado para que tengas esa cara?

—¿Qué cara?

—Pareces... relajado. No sé la última vez que te vi relajado, pero de eso hace mucho tiempo.

—Es lo que suele pasar cuando descansas.

—No, no, no. A mí no me vengas con esas. ¿Qué habéis hecho? —Se llevó el vaso a los labios esperando su respuesta.

—Pues lo que se hace en Aveldon. —Lo pensó un momento— Pasear, hablar con los aldeanos, jugar al *pall-mall*...

Dagnell entornó los ojos al ver la sonrisa que afloraba a sus labios.

—Ya veo, ya. ¿Se le da bien el juego?

—¿Bien? —Soltó una carcajada—. ¡Clavó los aros tan hondo que se inventó nuevas reglas para no tener que desclavarlos! La bola tenía que saltar por encima. En mi vida me he sentido más estúpido que jugando con ella.

Dagnell lo vio reírse a carcajadas mientras su ceño se iba arrugando cada vez más sorprendido.

—Un día se empeñó en hacer pan —siguió Andrew que tenía la mente a muchas millas de allí—. La señora Cunningham es una santa dejó que le pusiera la cocina patas arriba y el pan quedó tan duro que no se podía comer.

—¿Y tu cocinera no se enfadó? Pero si esa mujer...

—Es imposible enfadarse con Ruby, simplemente no puedes. Tiene un modo de decir las cosas, un modo de hacer que creas que no podían hacerse de otro modo... ¡Ha convencido a la señora Dibble de lo de la escuela! —Movía la cabeza mientras se reía—. De verdad que es capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Te mira con esos ojos de sorpresa, como si las evidencias no fueran con ella.

Dagnell seguía estudiándolo con una mezcla de alivio y temor en e estómago. Desvió la mirada y se conminó a no decir nada, sabiendo lo que eso provocaría. Andrew terminó de reír y bebió un sorbo de su bebida mirándolo. Poco a poco la alegría fue abandonando su cuerpo y se vio a sí mismo desde fuera. Su semblante se oscureció.

—¿Qué? —preguntó con los ojos clavados en Dagnell.

—Nada.

—Nos conocemos desde hace demasiados años, Cameron. Suéltalo.

—No voy a decirlo.

—¿Por qué?

—Porque si lo digo, sé lo que pasará.

—Ya estás con tus tonterías. Di lo que sea.

—Creo que la señora Greenwood se está haciendo un hueco ah dentro. —Señaló su pecho.

El conde apretó el vaso en la mano con mirada furiosa.

—Andrew…

—Cállate.

Cameron se recostó contra el respaldo y torció una sonrisa.

—A ver si te aclaras. Me empujas a hablar y luego me manda callar.

—No dices más que estupideces —masculló entre dientes—. Solo he pasado unos días tranquilo. ¿Es que no puedo ni descansar unos días?

—¿Qué tiene de malo lo que he dicho?

A Andrew se le abrieron los orificios de la nariz al coger aire con ganas. Lo dejó escapar con un bufido.

—Si no soy alma en pena, es que soy feliz, ¿no?

—Andrew.

—Tengo que ir por la vida como un fantasma arrastrando mis cadenas.

Algunos caballeros lo miraron con curiosidad. Estaba hablando más alto de lo aconsejable.

—Dejemos este tema —pidió Cameron, consciente de adónde los llevaba.

—Estoy harto —masculló Andrew contemplando su vaso—. Muy harto.

—Vaya, señor conde, parece usted alterado —dijo Lewis Holdway apoyando una mano en el respaldo de la butaca de Dagnell.

Andrew contuvo una maldición, lo último que necesitaba en ese momento eran las pullas de su cuñado.

—Me han dicho que has llevado a tu flamante esposa a Aveldon ¿Familiarizándose con sus posesiones? De niñera a condesa, nada menos. No debe ser fácil el cambio. —Se sentó en una butaca entre los dos amigos.

Andrew elevó una ceja sin decir nada y después de un momento cogió su copa y bebió un sorbo.

—¿Qué ocurre? ¿No está saliendo como esperabas? —Lewis los miró a ambos alternativamente—. Cuando he entrado parecías irritado.

—No es asunto tuyo —dijo Cameron torciendo una sonrisa—. ¿Por qué no vas a molestar a otra parte?

—¿Molestar? Podría decirse que Andrew y yo somos familia. ¿Ya has olvidado que estuvo casado con mi hermana? Solo han transcurrido dos años desde su muerte, pero yo no la olvido.

Andrew lo fulminó con la mirada.

—Yo tampoco —dijo con dureza.

—Y, aun así, le has buscado una sustituta. —Chasqueó la lengua moviendo la cabeza con pesar—. Podrías haber encontrado algo mejor ¿Una niñera? Y encima más vieja que tú. Aunque supongo que es práctico, sabe cuidar niños, está claro.

—¿Qué quieres, Lewis? No te has sentado para tocarme las narices eso podrías hacerlo de pie.

—Pues ya que lo dices, ¿podrías hablar con tu hermano?

Andrew enderezó levemente la espalda y frunció el ceño.

—¿Con Benjamin?

—Está agitando a los trabajadores de nuestra fábrica y, como comprenderás, a mi padre y a mí no nos ha hecho ninguna gracia.

—¿Mi hermano ha hablado con tus trabajadores?

Lewis asintió.

—Tuvieron una reunión hace tres días y ahora tienen exigencias a las que pretenden que demos respuesta.

Andrew entornó los ojos.

—¿Has probado a escuchar a tus trabajadores, en lugar de venir a molestarme a mí?

Lewis endureció su expresión.

—Últimamente, Benjamin está enfadando a mucha gente. Incluso a los miembros de su partido —dijo mirando a Dagnell—. Me consta que lo han llamado al orden.

—Lo que pase en mi partido no es cosa tuya —dijo Cameron.

Lewis torció una sonrisa.

—Ya veo, vais a hacer piña. Muy bien —dijo poniéndose de pie despacio—. Yo creo que aún estáis a tiempo de evitarle un problema pero si queréis que intervenga yo…

Andrew se puso de pie también.

—¿Tú? ¿Qué vas a hacer tú?

—Lo que sea necesario. No permitiré que nadie le llene la cabeza a mis trabajadores con ideas subversivas. Me da igual si es hijo de un duque o de quien sea. Estoy seguro de que a tu padre no le gustará ver su nombre arrastrado por el fango, que es donde acabará si tu hermano no deja de meterse donde no le llaman.

—No metas a mi padre en esto —masculló.

—Harías bien en preocuparte por Benjamin, si quieres proteger a tu familia.

Andrew dio un paso hacia él con mirada peligrosa.

—Y tú harías bien en no tocarme las narices.

—Mi hermana no debió casarse nunca contigo —escupió Holdway —. Deberíamos haber sabido que los Greenwood sois unos egoístas que solo pensáis en vuestro propio beneficio.

—Señores, haya paz —dijo otro de los socios del club.

—Di lo que quieras decir —lo animó Andrew—. No te quedes con el veneno dentro o acabará matándote.

Lewis se inclinó hacia él mirándolo con inquina.

—Sabías lo que pasaría y lo permitiste.

Andrew empalideció, pero no lo rebatió.

—Mi madre te advirtió del peligro de un embarazo para ella y tardaste un mes en preñarla después de eso.

Esperó a que Andrew lo negase, pero él no dijo nada. Estaba pálido como un muerto y tenía los puños apretados. Dagnell quería intervenir

pero estaba seguro de que su amigo lo apalearía si lo defendía. En e fondo Lewis solo estaba diciendo en voz alta lo que él pensaba.

—Que hayas sustituido a mi hermana por esa mujer resultaría cas ofensivo. —Torció su sonrisa—. Está claro que has perdido el buer gusto.

—Puedes decir todo lo que quieras sobre mí, no te replicaré Aceptaré tu veneno sin protestar. —Dio un paso hacia él y lo agarró de la solapa—. Pero a mi mujer, ni la mientes, Lewis. Te lo advierto.

Su cuñado se sacudió su agarre de un manotazo y soltó una carcajada.

—No me digas que te has enamorado de ella.

—Lárgate, Lewis —musitó Dagnell muy cerca de su cara y con una clara advertencia en su gesto.

El otro apretó los labios visiblemente furioso y después de unos segundos, asintió.

—Que tengan un buen día —dijo saludando a los miembros del club que los miraban con desagrado.

—Maldito desgraciado —musitó Andrew para sí.

Dagnell suspiró.

—Es un imbécil, pero en lo de Benjamin tiene razón. Tu hermano está haciendo enfadar a mucha gente. Deberías hablar con él.

Andrew apuró el contenido de su vaso y salió de allí sin decir palabra.

—Espera —pidió Cameron siguiéndolo hasta la calle.

Andrew lo miró impaciente.

—¿Qué? Tengo que cenar con mis padres y antes tengo que ir a un sitio —dijo con aspereza.

—Entonces verás a Benjamin. —Dagnell torció una sonrisa viéndolo subir al carruaje. Se acercó a la ventanilla cuando cerró la portezuela—. No le des muy fuerte.

Andrew dio dos palmadas en la puerta y el cochero se puso en marcha.

—¡Cuánto tiempo! —exclamó el doctor Brelsford invitándolo a sentarse.

—No le entretendré, he visto que tiene personas esperando.

—Tranquilo, son revisiones rutinarias —dijo afable—. Permítame felicitarlo por su reciente matrimonio.

—Gracias.

—¿Es por eso que viene a verme? ¿Su esposa presenta signos de embarazo?

Andrew lo miró con fijeza y tardó unos segundos en contestar.

—¿Hay algún modo de que eso no suceda?

El médico se echó ligeramente hacia atrás mirándolo ceñudo.

—No le entiendo.

—¿Hay algo que pueda tomar mi esposa para no quedarse embarazada?

—¿No quiere tener más hijos?

—No.

El doctor Brelsford no podía estar más sorprendido.

—Hay… algunas sustancias. La ruda, el poleo, el tanaceto… Pero se dan en casos muy concretos, no porque sí.

—El de mi esposa es un caso muy concreto.

—Señor conde, entiéndame. Estas plantas pueden ser muy tóxicas. No querrá que su mujer enferme.

—Eso es lo que no quiero —masculló para sí.

El médico entornó los ojos y afiló su mirada. Empezaba a entender. Respiró hondo y trató de sonreír.

—¿Le apetece un whisky? —preguntó levantándose—. Mi mujer no me deja beber solo, así que me hará un favor si se toma un traguito conmigo.

Andrew asintió y esperó a que volviese con los vasos. El médico dio un trago y continuó hablando.

—Imagino lo que le ocurre, y le ofrezco una alternativa. Podría visitar a su esposa, ver su constitución…

—No quiero que pase por un parto.

—Las mujeres tienen hijos todos los días y la mayor parte de ellas sobrevive sin problemas.

Andrew dejó escapar el aire en un suspiro y luego bebió un largo sorbo de su vaso antes de responder.

—¿Puede garantizarme que mi esposa no morirá en el parto? –preguntó muy serio.

—Ningún médico puede garantizar eso. Pero si hacemos un examen exhaustivo podemos descartar posibles complicaciones y valorar los riesgos. ¿Su esposa sabe que ha venido a verme?

—No.

—¿Y si le doy la tintura, le explicará para lo que es?

—No.

—Entonces no puedo dársela —dijo el médico dejando el vaso sobre la mesilla—. Lo siento, pero es muy peligroso.

Andrew frunció el ceño dejando el vaso también.

—¿Peligroso por qué?

—¿Ha mantenido relaciones con su esposa?

Andrew asintió.

—Ya podría estar embarazada. Si toma esa tintura y lo está, la criatura podría morir, podría sufrir daños irreparables que hiciese que naciese enfermo. Podríamos causar un daño grave a su esposa también. No voy a hacer eso.

—¿No hay nada que no conlleve peligro? —preguntó ansioso.

—Sí, claro que lo hay, y usted sabe perfectamente lo que es.

—¿Se refiere a…?

—Abstinencia, sí. Si no quiere tener hijos, no mantenga relaciones con su esposa.

—Pero eso es…

—Una locura, sí —afirmó el doctor Brelsford.

Andrew le agradeció su ayuda y se fue de allí más enfadado de lo que había llegado. ¿Por qué todo tenía que salirle mal?

CAPÍTULO 41



Ruby lo miraba preocupada, en todo el rato que llevaba en casa de sus padres apenas la había mirado de soslayo y era evidente que estaba enfadado por algo.

—Fue muy divertido —dijo ante la pregunta de Alexander sobre el *pall-mall*—. No había jugado nunca, pero Andrew tuvo mucha paciencia conmigo.

—Cuéntanos, hijo —pidió su padre con una sonrisa.

—¿Qué quieres que cuente, papá? Ruby no sabe jugar. Fue todo un despropósito.

—Por Dios, hijo —intervino su madre—. No puede jugar peor que yo.

—Tú sabes que hay que colar la bola por debajo del aro, mamá.

Lo dijo de un modo que hizo que a Ruby se le tiñeran las mejillas de rojo y Hannah miró a su primo ceñuda.

—No es que Ruby esté muy acostumbrada a juegos estúpidos, tenía cosas más importantes de las que ocuparse.

Andrew la miró severo.

—No lo niego.

—Pues lo has dicho como si creyeras que lo hacía mal a propósito.

—Hannah… —Elinor trató de contener a su hija.

—Cada uno sabe de lo suyo —dijo Katherine forzando una sonrisa mientras su hijo volvía a poner toda la atención en su copa de vino.

Pero Hannah estaba realmente molesta por cómo Andrew se estaba comportando. Se había fijado en él nada más llegar y en cómo Ruby era amable y solícita con él y su primo la esquivaba todo el tiempo con hartazgo. Aquello no se parecía en nada a lo que Ruby les había contado esa tarde y eso la había puesto furiosa con él.

—Sí, eso es cierto —dijo refiriéndose al comentario de la duquesa— Ruby sabe mucho de niños, a nadie más se le había ocurrido montar una escuela en Aveldon.

Andrew dejó la copa en la mesa y miró a su prima.

—Eso aún no está decidido.

Ruby lo miró sorprendida, pero se abstuvo de decir nada.

—¿Que no está decidido? —se sorprendió Hannah—. Pero si mama va a hablar con la señorita Bledel para que se traslade a Aveldon.

Andrew fijó sus ojos en Ruby con severidad.

—Yo… creí… —titubeó ella.

—No hables con nadie, tía Elinor —dijo muy serio—. Yo no he dado mi consentimiento aún.

—Pero si es una idea excelente —dijo su madre.

—Hay muchos factores a tener en cuenta —dijo él con el mismo tono.

—Pero, hijo, a Ruby le hace mucha ilusión…

—No puedo permitir que se altere la vida de toda una aldea solo porque a mi esposa le haga ilusión, mamá.

Benjamin no había dicho una palabra en toda la cena y observaba a su hermano con evidente preocupación. Percibía la tensión que sostenía y que nadie más parecía apreciar.

—Dejemos este tema para otro momento —pidió—. ¿Habéis oído hablar de ese invento francés, el daguerrotipo? Dicen que captura la imagen de una persona exactamente como la vemos.

Andrew rellenó su copa y continuó escuchando en silencio mientras evitaba mirar a su hermano. Cuando acabó la cena pidió hablar con él en el despacho de su padre y dejaron a los demás en el salón contiguo.

—¿A ti qué coño te pasa? —dijo de muy malos modos cerrando de un portazo.

Benjamin elevó una ceja y lo miró incrédulo.

—Hermanito, esa forma de hablar no es…

—Déjate de estupideces, aquí estamos tú y yo solos. Responde a mi pregunta.

—¿Era una pregunta? —Benjamin sonrió—. ¿Qué coño me pasa con qué?

—¿Fuiste a ver a los trabajadores de los Holdway? ¿Acaso no sabes que esa familia nos odia?

—En todo caso te odiarán a ti —dijo con total tranquilidad—. Y tampoco es que me importe lo que piensen de mí los Holdway precisamente. Seguro que ha sido Lewis, ¿a qué sí? Menudo imbécil trata a sus empleados como si fuesen esclavos.

—Entonces es cierto. —Andrew se puso las manos en la cintura y lo miró incrédulo—. Ahora te dedicas a agitar a los trabajadores de los demás.

—Yo no agito nada, me limito a escuchar.

—¿Escuchar? —Se rio sin humor—. Te conozco desde que naciste Benjamin, tú no te limitas a escuchar.

Su hermano se acercó al escritorio, apoyó el trasero y se cruzó de piernas y brazos sin dejar de mirarlo.

—¿Te molesta que haga mi trabajo? Alguien tiene que preocuparse por los obreros.

—Benjamin, que nos conocemos. Tú serías activista si padre no fuese duque.

El otro lo pensó un momento y después negó con la cabeza.

—Te equivocas. Me gusta el trabajo que hago. No como a ti.

Andrew lo miró visiblemente enfadado.

—No estamos hablando de mí.

—¿Solo tú puedes decidir de qué se habla? Soy un hombre, Andrew que sea menor que tú no me deja sin derechos.

—Meterte en esos asuntos acabará por perjudicar a padre, ¿lo has pensado?

—No solo lo he pensado. Hablo con nuestro padre de política casi a diario. Sabe perfectamente lo que pienso y me ha dicho en incontables ocasiones que no quiere que su título interfiera en mis decisiones. Yo no voy a ser Duque de Greenwood, Andrew, y eso tiene sus ventajas. – Sonrió sincero.

Su hermano se apartó el pelo de su cara sin poder despojarse de la rabia que sentía.

—A mí también me gusta mi trabajo.

Benjamin amplió su sonrisa.

—Te gustaba, pero ya no. ¿Sabes lo que sentía antes cuando iba a verte hablar en la cámara? Orgullo. ¿Sabes lo que siento ahora?

—¿Qué?

—Tristeza.

Andrew se sentó en una butaca y apoyó la cabeza en las manos inclinado sobre las rodillas. Benjamin fue a sentarse a su lado.

—¿Qué te ha pasado?

—No sé de qué me hablas.

—Ya. —Benjamin movió la cabeza con desagrado.

Permanecieron en silencio durante unos segundos hasta que Andrew se incorporó y se apoyó en el respaldo para mirarlo.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Me invitaron a una de sus reuniones. Querían hablarme de sus argumentos para pedir el voto.

—Otra vez con eso.

—Sí, otra vez con eso. No pararán hasta que obtengan algo a cambio de dar estabilidad. Son la clase trabajadora, Andrew. ¿Te acuerdas cuando hablabas de ellos con respeto?

—Sigo respetándolos.

—Pero no mueves un dedo. Estás en contra de que puedan votar ¿Acaso no tienen derecho a decidir sobre su futuro?

—Ya hablamos de esto, Benjamin. No tengo ganas de discutir. Me duele la cabeza.

—Te has pasado con el vino —negó con evidente disgusto— Siempre haces eso.

Andrew lo miró ceñudo.

—¿Qué?

—¿Es por Claire, verdad? Creía que lo habías pasado bien en Aveldon. Estabas contento. ¿Sabes cuánto hacía que no te veía contento?

—Cállate.

—No me da la gana. Tú te has metido en mis cosas, así que ahora te aguantas.

—Acabaré dándote una paliza.

—Es posible, eres más fuerte que yo, pero no te irás sin unos buenos golpes. No olvides que manejo el *jō* mejor que tú. —Señaló el palo colgado en la pared.

—¿Me golpearás con el *jō* de Joseón? —se burló—. Buena suerte con papá si lo rompes.

—¿Cuándo vas a olvidarla?

—Nunca —dijo rotundo.

—Ruby es ahora tu mujer.

—Ella lo sabe.

—¿Lo sabe? ¿Qué sabe? ¿Que te has atado a una muerta de por vida?

—Benjamin, tienes unos bonitos dientes, no quisiera rompértelos pero me estás tocando mucho los…

—Claire no querría esto, hermano —siguió el otro ignorando sus amenazas—. Te quería. Y querría que fueses feliz. ¿Qué pasa con Noah?

—No metas a Noah en tus delirios, él está bien.

—¿Está bien? Quizá ahora no se dé cuenta, pero qué pasará cuando crezca. ¿Imaginas lo que sería ver a nuestro padre enamorado de una muerta y sin amar a mamá?

Andrew se levantó y lo agarró por la pechera obligándolo a levantarse.

—Hemos venido a hablar de ti, no de mí. No te metas en mi vida.

—Vaya, pero tú sí puedes meterte en la mía.

—Exacto.

—¿Eso está incluido en el título o solo es porque eres imbécil?

—Escoge tú —dijo Andrew sin soltarlo.

—Entonces lo de imbécil.

—Deja a los Holdway en paz. Limítate a tus discursos en la cámara y no te involucres con los cartistas. Acabarás teniendo problemas serios, si sigues tentando a la suerte. Eres hijo de un duque, Benjamin no de un obrero. A ellos no les importas, solo te utilizan.

—Lo sé —dijo obligándolo a soltarlo.

—¿Lo sabes? —Andrew lo miró ceñudo.

—Claro que lo sé. ¿Por qué iba a importarles? Yo no tengo carencias y vivo la mar de cómodo en esta casa.

—Cierto, deberías pensar en buscarte un un lugar para ti solo, ¿no?

Benjamin enarcó una ceja.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Tienes veintitrés años.

—¿Ahora tengo que irme porque tú te fuiste a mi edad?

—¿Vas a traer aquí a mujeres? —preguntó Andrew desconcertado —. No creo que a mamá…

—¡No!

—¿Entonces?

Benjamin se sonrojó visiblemente y Andrew abrió los ojos como platos.

—¿No has…? —El conde se llevó una mano a la nuca y la frotó incómodo.

—No quiero hacerlo pagando.

—Ben, me estás asustando.

—Lo haré cuando encuentre a la mujer adecuada —sus mejillas se sonrojaron un poco más.

Andrew se habría reído si no fuese su hermano.

—No querrás estrenarte con tu esposa.

—Eso es exactamente lo que pretendo.

—Te recomiendo que practiques antes. Mucho. No sabes la cantidad de cosas que pueden salir mal. Y que saldrán mal. Creía que eras más listo. —Andrew volvió a frotarse la nuca pensativo.

—Se acabó hablar de esto. No es asunto tuyo.

—¿No te apetece? Deberías ver a un médico si no se te…

—¡Andrew!

—¿Qué? Es una cuestión fisiológica. No puedes estar con eso ahí atascado para siempre.

Benjamin maldijo entre dientes y se apartó de él para dirigirse a la puerta.

—Aléjate de los cartistas —advirtió Andrew antes de que saliera.

Su hermano pequeño dio un portazo y él volvió a frotarse la nuca. Esa no era su casa, el que debería irse era él.

CAPÍTULO 42



Ruby bajó a desayunar con el corazón agitado, casi a la carrera y se frenó en seco al entrar al comedor. Miró al mayordomo que estaba sirviendo un plato para Andrew y contuvo la explicación que había repasado todo el rato que había tardado en vestirse. La noche anterior se había quedado dormida esperándolo. Andrew le dijo que subiría en cuanto hubiese revisado un documento y cuando se despertó por la mañana él ya no estaba.

—Buenos días —saludó Andrew con una sonrisa.

—Buenos… días.

Se sentó en su silla y esperó a que le sirvieran el té y le pusieran delante un plato con huevo y tostadas.

—¿Qué tal has dormido?

—Bien… —Miró hacia el mayordomo, visiblemente incómoda.

—Keating, puede retirarse, ya estamos servidos —dijo el conde.

Ruby esperó a que cerrase la puerta.

—¡Lo siento! —exclamó—. Me puse a leer y debí quedarme dormida.

—Sí, con el libro encima del pecho y completamente destapada — sonrió divertido—. No tienes que disculparte.

—Pero…

—No es culpa tuya, yo bebí demasiado y tardé bastante en subir. No estaba de buen humor, lo siento.

—Me di cuenta. ¿Quieres hablar de ello?

—Tuve un encuentro desagradable con Lewis Holdway. Cosas de Benjamin.

Ruby comprendió que no quería entrar en detalles y no insistió.

—¿Vas a la cámara hoy?

—Sí. Ah, recuerda que mañana tenemos una velada literaria en casa de la vizcondesa.

—¡Oh! —exclamó con los ojos muy abiertos—. ¡Es mañana!

—¿Ya lo habías olvidado?

Ruby asintió repetidamente.

—¿Qué puedo leer?

—Tienes una extensa biblioteca donde elegir —dijo él.

—Pero ¿qué se suele leer en estos eventos? Nunca he estado en ninguno, Andrew, tienes que ayudarme. ¿Tú vas a participar?

Su esposo asintió y sin decir una palabra se llevó el tenedor a la boca.

—¿Qué vas a leer? ¡Cuéntamelo!

—No.

—¿Por qué?

—No quiero darte ideas. Debes elegir algo por ti misma.

—¿Y si no es conveniente?

—Eres una gran lectora, seguro que se te ocurren un montón de ideas de lo más convenientes.

—Andrew, por favor. Me da mucha vergüenza.

—¿Te da vergüenza leer un fragmento de un libro? —frunció el ceño, desconcertado.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

—No, no lo sé.

—Por… lo que me pasa si me pongo nerviosa.

Él la miraba con fijeza.

—¿Te refieres a lo de tartamudear?

Que lo dijera con tanta naturalidad la desarmó.

—Por favor, ayúdame.

Él entornó los ojos y la escrutó con suma atención.

—¿Cuándo fue la última vez que te sucedió?

Ruby desvió la mirada.

—Hace mucho tiempo.

—¿Años?

Ella asintió. Él hizo algo entonces que le cortó la respiración. Se inclinó hacia delante y le cogió la mano con firmeza.

—Yo estaré allí. Si te pones nerviosa, mírame.

El calor la abrasó desde dentro, aquellos ojos azules fijos en ella, su mano firme y su voz segura. Asintió agradecida.

—Y ahora, come —ordenó soltándola—. Anoche apenas probaste bocado.

Al mencionar la noche anterior, Ruby se mordió el labio inquieta.

—Lo que dijiste…

Andrew la miró interrogador.

—Sobre la escuela —añadió ella.

—Dije muchas tonterías. No suelo beber mucho, porque no me sienta bien. Y ya te he dicho que estaba enfadado.

—Entonces, ¿no te parece mal que hable con la señorita Bledel?

—Claro que no, ve a verla hoy mismo, si quieres.

—¿Te parece bien que lleve a Noah conmigo?

—Claro. —Sonrió afable—. Ya lo hablamos.

—Gracias, Andrew. Me hace mucha ilusión.

Ruby sonrió tan feliz que a él se le retorcieron las tripas. Qué fáci era contentarla.

—Leeré un poema de Percy Bysshe Shelley —dijo mirándola con cierta nostalgia.

Ruby pensó preguntarle cuál era el poema que había elegido, pero algo en su mirada le dijo que no quería saberlo.



Ruby y Noah estuvieron esa mañana en Laringston, en el Hogar de Acogida Woodhouse. El pequeño lo pasó en grande jugando con los otros niños, mientras su madre hablaba con la señorita Bledel de su proyecto de escuela en Aveldon. Charló con la señorita Perkins, saludó a sus antiguas compañeras y antes de marcharse les entregó los regalos que había llevado para todas. Almorzaron en casa de Matilda y Walter que a Ruby le pareció preciosa, y luego visitaron juntas las fábricas acompañadas de Elinor y Henry.

Todos fueron encantadores con ella y Noah estaba tan contento que se marcharon de allí más tarde de lo esperado. Cuando llegaron a casa Andrew estaba visiblemente preocupado.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —dijo cogiendo a Noah en brazos

—He jugado con muchos niños, papá. Y he aprendido mucha cosas.

—¿Ah, sí? —preguntó su padre llevándolo hacia la escalera—. ¿Qu has aprendido?

—Que a los caballos no les gusta que les griten.

—No me digas. —Se giró y vio que su esposa se agarraba a pasamanos para subir. Apretó los labios consciente de lo cansada qu estaba.

—Y he comido tarta —siguió Noah—. Y una cosa verde que estab muy rica.

Andrew le hizo un gesto a Ruby para que siguiese hacia e dormitorio.

—Yo me encargo —dijo.

Ella lo agradeció con un gesto y en cuanto entró en la habitació corrió a tumbarse en la cama.

Estaba tan cansada que le pesaba todo el cuerpo. Había intentad abarcar demasiado visitándolos a todos. Además, Noah tenía má vitalidad de la que imaginaba, no la había dejado parar ni un momento Sonrió al recordar lo feliz que se había mostrado y lo cariñoso qu había sido con todos los niños. Elevó los brazos por encima de la cabez y se desperezó para estirar los músculos.

Andrew entró en el cuarto y se detuvo frente a ella, que lo mir apoyándose rápidamente en los codos con intención de levantarse.

—No vuelvas a hacerme esto —dijo empujándola suavemente par que volviese a tumbarse—, menudo susto me has dado. No puede pasarte todo el día fuera y llegar prácticamente a la hora de la cena.

—¿Podrías excusarme esta noche? Estoy tan cansada que no podrí probar bocado.

—Por supuesto que no, tienes que comer. Diré que te preparen u baño para que puedas relajarte un rato y después bajarás a cenar comerás todo lo que te pongan en el plato.

Ruby entornó los ojos divertida.

—Te gusta mucho mandar.

—No. Lo que me gusta es que me obedezcan.

Lo vio dirigirse a la puerta. Después cerró los ojos un momento solo un momento. Y se quedó dormida.



—Yo me encargo —dijo Andrew a Sarah quitándose la chaqueta— Avise a Keating de que bajaremos en una hora.

La doncella salió y Andrew observó a su esposa durante unos segundos. Una punzada de culpa lo atravesó, pero se deshizo de ella con una respiración. Se quitó el chaleco y comenzó a doblar las mangas de la camisa, sin quitarle los ojos de encima. Sonrió. Dormía como un bebé. Se acercó a la cama, puso una rodilla en la alfombra y le desató los botines, después los deslizó suavemente por su pie hasta dejarlos en el suelo. Acarició los dedos sobre las medias y pensó que tenía unos pies preciosos. La soltó y se incorporó llevándose la mano a la nuca Dejó escapar el aire que salió tembloroso de su garganta. O se centraba en su tarea o aquello no acabaría en el baño. Las medias estaban sujetas en los muslos, así que las liberó y las hizo descender muy despacio. Primero una y luego la otra. Al notar el frío en las piernas Ruby se colocó de lado y se encogió bajo la falda del vestido. Andrew sonrió e inclinó la cabeza para darle las gracias por facilitarle el trabajo Buscó entonces el lazo que sujetaba la falda y lo desató muy despacio Tiró de la prenda con la misma delicadeza y consiguió quitársela sin que se despertara. Tan solo emitió un suave ronroneo.

—¿Por qué lleváis tanta ropa las mujeres? —masculló en tono bajo frente a las enaguas.

Aquella tarea estaba siendo mucho más ardua de lo que había esperado. Nunca había desnudado a una mujer dormida. Cuando estaban despiertas ellas colaboraban en el proceso e iba acompañado de gestos muy agradables que hacían el trabajo placentero. Una sonrisa divertida se formó en sus labios. Ver su cara cuando se despertase iba a compensar todo el esfuerzo, estaba seguro. Desató las cintas de las enaguas y respiró hondo antes de deslizarlas por debajo de su cuerpo Contrario a lo que pensaba, consiguió retirarlas sin dificultad.

Llegó el turno del corsé y se mordió el labio con preocupación Estaba muy apretado. Movió la cabeza, ¿por qué nadie quería ponerse eso? ¿Por qué elevaban sus pechos de manera tan antinatural? Recordó la forma perfecta y la sintió en la palma de su mano. Una punzada de deseo lo atravesó. Contuvo una sonrisa perversa. Se sentía como un ladronzuelo al que no tardarían en pillar robando, si no se concentraba Comenzó a desatar los cordones. Ruby gimió de gusto cuando su cuerpo se liberó y él frunció el ceño molesto. No era de extrañar aquella era una prenda de tortura.

Consiguió desatarlo por completo y lo dejó abierto sobre la cama Ya solo quedaba la camisa de lino en la parte superior. Le quitó los calzones agradeciendo que la camisa le llegase hasta los muslos. Soltó el aire con un bufido, felicitándose por su aguante, mientras ignoraba la erección dentro de sus pantalones. No podía quitarle la camisola sin despertarla, así que decidió meterla en la bañera con ella puesta. A cogerla en brazos, la prenda se deslizó permitiendo que su mano se topase con la suave y cálida piel de sus nalgas. Recordó entonces las palabras del médico sobre el mejor método para que no se quedase embarazada. Cerró los ojos un momento y respiró hondo, después entró en el baño y se inclinó para depositarla suavemente en la bañera Ruby abrió los ojos y se aferró a su cuello por la sorpresa.

—¿Qué haces?

Andrew sonrió.

—Te has quedado dormida.

Ruby sintió que le ardían las mejillas y no era por la temperatura del agua precisamente. Andrew tiró de la camisa hacia arriba.

—Levanta los brazos —pidió al tiempo.

Ella lo hizo y observó cómo escurría la prenda y la depositaba en una silla. Después lo vio coger un paño de lino y ponerse de rodillas.

—¿Qué… haces? —preguntó al ver que lo mojaba y lo frotaba contra la pastilla de jabón.

Él no respondió. Cogió una de sus manos y le pasó el paño a lo largo del brazo, hasta las axilas.

—No es necesario, puedo hacerlo… —Trató de quitarle el lino con la otra mano.

—Shssss, estate quietecita —susurró él.

Ruby sintió que el corazón se le aceleraba, pero se quedó inmóvil Él deslizó el paño por su hombro, su cuello, bajó hasta su pecho y lo recorrió con tanta suavidad que a ella se le erizó el vello. Andrew sonrió al ver cómo sus pezones respondían y se recreó en ellos sin recato Luego bajó por su estómago y ella se anticipó arqueándose levemente Él siguió bajando por sus muslos y no se detuvo hasta llegar a uno de sus pies. Lo elevó con una mano, sacándolo del agua y lo lavó con delicadeza.

—Nunca había visto unos pies tan bonitos como los tuyos —dijo con voz áspera.

Ruby tuvo que morderse el labio para no gemir por el ansia que sentía entre las piernas. Andrew la ignoraba, como si no fuese consciente de lo que ella esperaba. Como si no supiese el significado de los ruiditos que ella emitía ni percibiese su agitada respiración. Añadió jabón y siguió lavándole el otro pie, con la misma delicadeza, dedo a dedo. Ruby juntó los muslos tratando de contener el fuego que ardía en su centro.

—¿Estás incómoda? —preguntó él con expresión neutra.

—Muchísimo… —jadeó ella.

Él soltó el trapo y deslizó la mano por su pierna en sentido ascendente hasta cubrir su sexo con la palma de la mano.

—¿Te molesta aquí?

—Andrew… —susurró ella en lo que parecía más un quejido que su nombre.

—¿Quieres pedirme algo?

—Por favor…

—¿Por favor qué? —dijo él sin mover aquella palma caliente.

—Tócame —pidió al fin.

Andrew no se hizo de rogar y la abrió despacio usando sus dedos para explorarla. Avanzando y retrocediendo, mientras el agua llegaba hasta su manga. Ella gimió y se deslizó hacia abajo, por lo que él tuvo que sujetarla con firmeza con su otro brazo.

—Tenemos que bajar a cenar en unos minutos, es mejor que no se te moje el pelo —susurró con la boca en su oído y voz suave.

Ruby se agarró al borde de la bañera y cerró los ojos para no buscar su mirada. La penetró con dos dedos mientras reclamaba su boca. Ella

gimió desesperada y él mordió su labio inferior como castigo. La acariciaba con tal maestría que cualquiera pensaría que llevaban años casados. Sabía exactamente dónde y con qué presión debía tocarla.

Cuando sintió las contracciones alrededor de sus dedos, estuvo a punto de correrse como un muchacho. Finalmente, fue capaz de contenerse y Ruby dejó caer su cuerpo sin fuerzas en el brazo que la sostenía. Le dio tiempo a recomponerse antes de levantarse para coger una toalla.

—¿Puedes levantarte? —preguntó con un tono dulce.

—No estoy segura —dijo ella.

La ayudó, agarrándola de la cintura y cuando estuvo de pie, la envolvió en la toalla y la sacó de la bañera depositándola en el suelo. Ahora era ella la que rehuía su mirada, claramente avergonzada. Andrew pensó que nunca la había visto tan hermosa, con las mejillas coloradas, los ojos con lágrimas de pasión y los labios inflamados.

—Será mejor que nos vistamos —dijo él soltándola despacio—. A saber lo que pensaría el señor Keating de nosotros si nos retrasamos.

Ruby enrojeció aún más y salió del baño caminando de puntillas.

CAPÍTULO 43



Ruby se miró en el espejo valorando su atuendo. Para una velada literaria, parecía una elección excelente. Había optado por un vestido de muselina de seda en color verde salvia, delicadamente bordado con motivos florales en un tono un poco más claro. Evocaba la naturaleza de forma sutil. El cuerpo del vestido se ajustaba a su figura, con una cintura alta y un corpiño entallado de costuras verticales. Esta vez puso buen cuidado en que Sarah no apretase demasiado el corsé, para que pudiese respirar con total normalidad. Las mangas francesas terminaban debajo del codo y estaban adornadas con volantes de encaje de Bruselas. Sonrió al pensar en ello. Ahora usaba encaje de Bruselas. Ella, que antes tenía cuatro vestidos casi iguales.

Se movió frente al espejo a uno y otro lado para ver su escote cuadrado desde distintos ángulos. El fruncido de tul cubría la parte alta de sus senos. Dio un paso atrás para ver bien la falda que caía suave y fluida. Pequeños plisados laterales le daban el cuerpo suficiente sin llegar a la rigidez de otros tejidos. Miró entonces el joyero que Andrew le había dejado esa mañana en el tocador. Se preguntó dónde habría guardado las cosas de Claire. Supuso que estarían en su despacho para poder contemplarlas a diario. ¿Sostendría su cepillo imaginando que todavía olía a ella? Abrió el joyero y se preguntó cuántas veces las habría usado Claire. Si alguna de esas preciosas piezas habían sido engarzadas expresamente para ella. ¿Estaría ahí su anillo preferido? Cogió un delicado colgante y se ató la cinta al cuello con un nudo. Miró el resultado y asintió complacida. Cogió de la mesita el papel en el que había escrito el fragmento que pensaba leer si se veía obligada a ello. Y salió del cuarto.

Andrew la observó mientras bajaba la escalera. Estaba radiante con ese color tan arriesgado. Noah, que correteaba por el vestíbulo esperando con Annie para despedirlos, corrió hasta ella y la abrazó

mientras repetía: guapa, mami, guapa. Ruby se agachó frente a él y lo abrazó con ternura.

—¿Has hecho todas tus tareas? —preguntó alisándole la chaqueta con suavidad.

El niño respondió con su habitual entusiasmo y luego preguntó quién le leería el cuento esa noche.

—Le toca a papá, ¿no? —preguntó elevando la mirada hasta Andrew.

El pequeño corrió hacia su padre y le tendió los brazos.

—Me toca a mí, sí —respondió levantándolo.

El niño le rodeó el cuello con los brazos y le plantó un beso en la mejilla. Ruby sintió que se henchía el corazón, pero desvió la mirada rápidamente. Andrew besó a su hijo y luego lo bajó al suelo, junto a Annie.

—Entreténgalo un poco si nos retrasamos —pidió antes de hacerle un gesto a Ruby para que pasara delante de él.

Cuando subieron al coche se sentaron uno frente al otro y Andrew la miró con una cálida sonrisa mientras ella seguía abanicándose los ojos con la mano tratando de secar su emoción.

—¿Eso funciona? —preguntó divertido.

—No estoy segura.

Él sacó el pañuelo y se lo entregó. Con mucho cuidado Ruby se secó las comisuras de los ojos y las pestañas. Después se lo devolvió y él lo colocó en su bolsillo convenientemente.

—¿Qué es lo que te emociona tanto?

Las lágrimas acudieron raudas en cuanto formuló la pregunta y Andrew se rio ya sin contención al tiempo que sacaba el pañuelo de nuevo.

—Verte con Noah.

—Cualquiera diría que no me habías visto con mi hijo.

—Pero ahora es distinto. Desde que estuvimos en Aveldon…

Andrew asintió, pero no hizo ningún comentario.

—¿Qué vas a leer? O, mejor aún, léemelo a mí.

—¿Ahora? —Ella abrió mucho los ojos—. ¿Aquí?

—Todavía faltan unos minutos para que lleguemos, seguro que te da tiempo.

A Ruby le sudaron las manos, pero se dio cuenta de que si no era capaz de leérselo a él solo, ¿cómo iba a leerlo delante de toda esa gente? Sacó el papel que había copiado y que llevaba doblado en su bolsito. Andrew frunció el ceño, pero se abstuvo de hacer el menor comentario.

—Estoy muy nerviosa —confesó.

—No tienes por qué. El señor Telford se come las eses y Lady Oram se salta las palabras que no le gustan. Todo el mundo comete errores. Es lo que nos hace humanos.

Aquello no la tranquilizaba mucho, pero se abstuvo de advertirlo y carraspeó para aclararse la voz.

—«No puedo soportar más en silencio. Debo hablar con usted por cualquier medio a mi alcance. Me desgarra usted el alma. Estoy entre la agonía y la esperanza. No me diga que es demasiado tarde, que tan preciosos sentimientos han desaparecido para siempre. Me ofrezco a usted nuevamente con un corazón que es aún más suyo que cuando casi lo destrozó hace ocho años y medio. No se atreva a decir que el hombre olvida más prontamente que la mujer, que su amor muere antes...»

Su voz se iba modulando a medida que leía y Andrew no podía quitar los ojos de esos labios que se movían y que él sabía suaves y delicados. Sintió su sabor en la punta de la lengua y tuvo que contenerse para no interrumpirla.

—«No he amado a nadie más que a usted. —Levantó la mirada del papel y la posó en Andrew, que estaba muy serio—. Puedo haber sido injusto, débil y rencoroso, pero jamás inconsciente. Solo por usted he venido a Bath; solo por usted pienso y proyecto. ¿No se ha dado cuenta? ¿No ha interpretado mis deseos? No hubiera esperado estos diez días de haber podido leer sus sentimientos como debe usted haber leído los míos. Apenas puedo escribir. A cada instante escucho algo que me domina. Baja usted la voz, pero puedo percibir los tonos de esa voz cuando se pierde entre otras. ¡Buenísima, excelente criatura! No nos hace usted en verdad justicia. Crea que también hay verdadero afecto y constancia entre los hombres».

Ruby dobló el papel y se topó de nuevo con una intensa y profunda mirada en los ojos de su esposo.

—El capitán Frederick Wentworth —musitó él.

Ruby guardó rápidamente el papel en el bolsito y miró por la ventanilla del coche.

—No podrías haber escogido un texto mejor —dijo él.

—No imaginaba que hubieses leído a la señorita Austen.

—Sus obras están en mi biblioteca, como habrás podido comprobar.

—¿Has leído todos los libros que hay en esas estanterías? —preguntó sorprendida.

Él asintió y ella sonrió con evidente admiración.

—Yo aspiro a poder decir lo mismo en un tiempo.

—Intentaré proporcionarte el suministro necesario para que eso no sea posible. He visto lo mucho que te emociona ver los libros que aún no has leído.

—¿Me has visto? ¿Cuándo?

—Sueles deambular por la biblioteca y acaricias los lomos de los libros como si ellos pudieran sentirlo. Pero te detienes cuando es uno que aún no has leído.

El rubor en sus mejillas se hizo más intenso.

—¿Cómo? Nunca has…

—La ventana que da al jardín.

—¿Me has espiado por la ventana?

Él soltó una pequeña risita.

—Espiar es una palabra curiosa en este contexto. Simplemente te vi y me acerqué a mirar. También te he visto con Noah. ¿No es demasiado pequeño para que le leas a la señorita Austen?

—No entiende lo que digo —explicó ella—, pero escuchar las palabras hace que se amplíe su vocabulario. La otra opción sería hablar con él durante mucho rato y no me gusta mucho hablar.

—No. Te gusta más escuchar.

Ella asintió, con un estremecimiento. Saber que la había estado observando todo el tiempo que había estado viviendo en la casa como la niñera, la inquietaba y emocionaba al mismo tiempo. Que, además, se fijara en qué cosas le gustaban, la perturbaba. Como lo que había ocurrido en la bañera. No podía sacárselo de la cabeza. Aquello había sido algo totalmente gratuito, no tenía nada que ver con la procreación

La había acariciado sin fundamento alguno y cada vez que lo recordaba su cuerpo se encendía como una tea.

—¿Tienes calor? —preguntó él viendo que se ponía roja.

—Un poco —dijo abanicándose con la mano.

—Ya hemos llegado —dijo Andrew cuando el coche se detuvo—. El aire fresco te aliviará.

Bajó primero y luego la ayudó a descender cogiéndola de la mano.

CAPÍTULO 44



La residencia de los Harbor se alzaba con sobria elegancia en una de las esquinas más tranquilas de Chester Street, una hilera de casas georgianas de tres alturas con fachadas de estuco blanco y balcones de hierro forjado. A diferencia de otras mansiones más pomposas del vecindario, la casa de los Harbor no exhibía columnas ni estatuas. Solo una placa junto a la puerta principal, que anunciaba que aquella era una antigua casa vizcondal. Los escalones de piedra que llevaban hasta la puerta estaban tan pulidos como el latón de la aldaba. Entraron a un amplio vestíbulo, de altos techos, suelo de mármol claro y una escalera curva.

—Señores condes —los recibió la anfitriona con grandilocuencia—. Adelante, bienvenidos a nuestra humilde morada. Estábamos escuchando la interpretación de una obra de Mozart, por parte de la señorita Carmichael. Muy… curiosa, diría yo.

Andrew y Ruby saludaron cortésmente y el mayordomo los libró de sombrero y chal para que pudieran seguir a la vizcondesa. Cuando entraron en el salón todas las miradas se dirigieron a ellos y Ruby se alegró al ver a Emma y Edward Wilmot entre los asistentes.

—No podías faltar —dijo Andrew besando a su tía.

—Ya sabes que no me pierdo un evento literario. —Emma miró a Ruby con afecto—. Estás guapísima, Ruby, me alegro de verte aquí ¿Vas a leer algo?

Ella miró a su alrededor mordiéndose el labio y Emma comprendió que no le hacía ilusión esa idea. Le puso la mano en el brazo y se inclinó para que solo ella la escuchara.

—Si lees, piensa que estás en el orfanato leyéndoles a los niños —dijo con cariño—. Es algo que hacías a menudo, ¿verdad?

Ruby asintió sonriendo con timidez. Se sentía enormemente agradecida por el cariño que recibía de la familia Wharton. Pero Emma la intimidaba, con su inteligencia y su elocuencia. Tenía un sexto

sentido para detectar la inseguridad que le pesaba siempre sobre los hombros. Y, aunque sus palabras lograban tranquilizarla de manera sorprendente, hacía que se sintiera expuesta a su mirada. Respiró hondo y se dispuso a representar su papel lo mejor que pudiese para no avergonzar a Andrew.

La primera en leer fue la anfitriona, que escogió un poema de Byron. Después le tocó el turno a su esposo, que inundó la sala con su potente voz, leyendo un fragmento de una de las novelas de Sir Walter Scott. Poco a poco Ruby se fue relajando y se encontró con que estaba disfrutando mucho de la velada. El momento más intenso fue cuando Andrew leyó el poema de Percy Bysshe Shelley. No cogió ninguno de los libros que Lady Harbor había hecho colocar sobre un mueble auxiliar. Se sabía el poema de memoria por lo que Ruby supuso que lo había recitado antes. Sus ojos se cruzaron un instante, pero él apartó la mirada y ella supo entonces a quién iba dedicado.

«Cuando las suaves voces mueren,
su música aún vibra en la memoria;
cuando las dulces violetas enferman,
su fragancia se prolonga en los sentidos.

Las hojas del rosal, cuando la rosa muere,
se apilan para el lecho del amante;
y así en tus pensamientos, cuando te hayas ido,
el amor mismo dormirá».

Un suave murmullo corrió por toda la sala y las miradas de los allí presentes se clavaron en Ruby sin disimulo. Ella mantuvo una expresión neutra, sin mostrar emoción alguna, aunque su corazón se había saltado unos cuantos latidos. Su voz profunda, la tristeza que había imprimido en sus palabras, la traspasó como un cuchillo bien afilado. Andrew se colocó a su lado, pero no se miraron. La señorita Knigge se levantó para leer, pero el libro que buscaba no estaba entre los elegidos, y la vizcondesa detectó que faltaban algunos más.

—Aprovechen para tomar una copa de vino y charlar mientras lo solucionamos —dijo sonriendo animada.

—Ha sido muy hermoso —dijo Ruby cuando todos se dirigieron a bufé y se quedaron solos—. El poema que has elegido.

Andrew estaba tremendamente serio, pero no dijo nada.

—¿Cómo saben los libros que se van a leer? —Trataba de sona distendida. Incluso se atrevió a intentar sonreír, aunque no le salió mu bien.

—Teníamos que decírselo al mayordomo al que le hemos dad nuestras cosas.

—Yo no he dicho nada.

—Pero yo sí.

—¿Le has dicho el mío? Creía… —Pensó en el papel que llevaba e el bolsito.

—¿Que ibas a usar ese papel manuscrito que has desplegado en e coche? —La miró entonces y en sus ojos había una chispa extraña.

Ruby creyó que la ridiculizaba y bajó la cabeza.

—Lo siento.

—¿Por qué te disculpas? —preguntó él con excesiva dureza—. ¿Po qué siempre te disculpas?

Lo miró sin comprender por qué de repente estaba enfadado co ella. No había hecho nada, ni siquiera había leído aún. Frunció el ceñ y Andrew desvió la mirada y cerró los ojos un momento, tratando d recuperar la calma.

—Lo siento —dijo mirándola atormentado—. No debí leer es poema…

—Señor conde —dijo el anfitrión, que se había acercado a ellos si que ninguno de los dos se percatase—. Me gustaría hablarle de mi viaj a España si tiene un momento. Tengo cosas muy interesantes qu comentarle.

A Andrew le costó enormemente dejar de mirarla a ella, per finalmente se giró hacia el vizconde.

—Por supuesto, vizconde.

—Vayamos con sus compañeros de partido, el señor Slater est muy locuaz esta tarde.

Andrew la miró pidiéndole permiso y su esposa asintió. Lo observó mientras se alejaban hacia un rincón de la sala y no se movió a oír la voz de Lady Hanlon.

—Señora condesa, qué bien que la encuentro a solas, quería hablar con usted.

Ruby sintió que se le contraían los músculos de la espalda, pero sonrió afable.

—Dígame, señora Hanlon.

—Sé que su marido y el señor Dagnell son buenos amigos y me preguntaba si usted podría hablarme de él.

—No lo conozco mucho, apenas hemos coincidido desde que me casé.

—Oh, pero las mujeres tenemos un sexto sentido para estas cosas, seguro que usted sabrá si es un hombre honorable o no.

Ruby mantuvo su sonrisa y relajó los hombros.

—El señor Dagnell, como usted bien ha dicho, es muy amigo de mi esposo y le aseguro que Andrew no tendría tanta relación con alguien poco honorable.

—Lo imaginaba —dijo con una risita tonta—. ¿Cree usted que tengo alguna posibilidad de poder conocerlo mejor?

—No veo por qué no. Los dos están en Londres y frecuentan los mismos lugares.

—Si usted y su esposo tuvieran a bien organizar alguna cena a la que ambos fuésemos invitados…

Ruby no daba crédito, ¿le estaba pidiendo ayuda a ella? ¿Después de todo lo que había dicho a sus espaldas?

Una doncella se acercó en ese momento y le preguntó si podía acompañarla. Tuvo que disimular para que no se le notara lo aliviada que estaba por ello.

—¿Me disculpa?

Lady Hanlon frunció la boca, pero asintió obligada. Aún tenía muchas cosas que decir, pero estaba claro que tendría que comentárselas en otro momento.

Ruby siguió a la doncella fuera del salón.

—¿Qué ocurre? —preguntó cuando la llevaba hacia el vestíbulo.

—Hay una mujer en la puerta que insiste en que tiene que verla. —La doncella se mordió el labio inquieta—. Señora condesa, es una mujer poco… educada. El señor Pointer no ha dejado que entrara en la casa y está fuera esperándola.

La sangre abandonó el rostro de Ruby. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie las veía y asintió.

—No se preocupe, yo me encargo. Siga con su trabajo.

—¿Seguro, señora? ¿No prefiere que la acompañe o que avise a su marido?

—No, de ningún modo. —Trató de sonreír, rogando porque la doncella no percibiese el temblor de su voz—. No molestaremos al conde por una cuestión doméstica.

Esperó hasta que la joven se alejó y atravesó el vestíbulo con paso decidido. Abrió la puerta y salió dejándola entornada.

—Menos mal —dijo su madre mirándola de arriba abajo—. ¡Vaya! Eso que llevas puesto debe costar un dineral.

Ruby entornó la puerta a su espalda.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía que hablarte enseguida. Leo está perdiendo la paciencia. Ya han *pasao* muchos días desde la boda y tú no haces más que divertirte con tu esposo, mientras que nosotros seguimos sin poder hacer na.

—Te dije que me pondría en contacto contigo cuando tuviese el dinero.

—¿Y cuándo será eso? Lo necesitamos ya, hija.

—No me llame así.

—Vaya, que *remilga t'has* vuelto, soy tu madre, por más que te pese. Y si crees que vas a engañarnos, quítatelo de la cabeza.

—Por favor, baje el tono —dijo entre dientes mirando a una persona que pasaba a cierta distancia—. En cuanto...

—No, no, no, nada de «en cuanto» —la cortó haciendo aspavientos —. Me *ties* que decir qué día y a qué hora. Eso *m'ha* dicho Leo y eso te digo yo.

—La semana que viene —dijo con el corazón acelerado y manos temblorosas.

—¿Seguro? No pareces *mu* convencida. ¿Al final voy a tener que hablar con tu *marío*? Seguro *qu'él* no *s'anda* con tonterías.

Ruby la miró horrorizada, sus ojos a punto de salirse de las órbitas.

—Si habla con él, le juro que…

Molly soltó una carcajada que la hizo enmudecer.

—Vaya con la mosquita muerta. Has *sacao* el carácter de tu padre —Se inclinó hacia ella bajando el tono—. Si vuelves a amenazarme *t'arrepentirás*. Esta es la última vez que *t'aviso*. Si en una semana no cumples tu palabra, le haré una visita al conde y *s'acabó*.

Se dio la vuelta y se marchó dejándola paralizada frente a la puerta

—Es su turno, condesa —dijo la anfitriona cuando terminó de leer la señora Hanlon.

Ya no quedaba nadie más y Ruby se preguntó si era casualidad que la hubiesen dejado para el final. No había prestado atención a ninguna lectura ni a nada de lo ocurrido, después de hablar con su madre. No siquiera recordaba cómo había entrado en la casa. Tenía que leer un fragmento que, de pronto, le parecía ridículo. Sin darse cuenta sacó el papel de su bolsito y el rumor que se produjo la confundió. Levantó la mirada y observó a los allí presentes, algunos escondían risitas burlonas, otros cuchicheaban sin recato. Andrew se acercó a ella y le cogió el papel de las manos, después le puso un ejemplar del libro «Persuasión» que era el que ella había escogido y volvió a su lugar. Miró el libro confusa y aún tardó unos segundos en comprender. Con manos temblorosas buscó la carta del capitán Wentworth. Las letras bailaban delante de ella mientras imaginaba a su madre entrando en aquel salón y señalándola con el dedo. Imaginó el desprecio profundo en los ojos de su esposo. Los cuchicheos y exclamaciones horrorizadas de los presentes. Miró a Andrew y deseó morirse. Caer fulminada y desaparecer sin más. Descansar. Olvidar. ¿Qué pensaría él de ella si descubriese que lo había engañado vilmente? ¿Creería que estaba de acuerdo con ellos? ¿Que todo había sido un plan orquestado para aprovecharse de él? Algunos invitados charlaban en voz baja, otros la miraban con curiosidad. Emma le sonrió con calidez y el cariño que emanaba de esa sonrisa la estremeció. Cuánto se disgustaría si supiera la clase de persona que era. La madre que tenía. Escuchó una dulce voz

en su cabeza que le decía algo incomprensible y buscó a Claire entre los presentes. Estaba allí. La había oído…

—¿Necesita algo, condesa? —repitió la anfitriona a su lado.

Ruby negó con la cabeza y volvió a mirar el libro. Leer. Tenía que leer. Para eso estaba allí. Solo tenía que leer. Palabras. Letras…

—«Nnnnno… pupupu…». —Paró mientras su pecho subía y bajaba de manera agitada. Los ojos se le nublaron, apenas veía lo que había allí escrito—. «Pupupuedo… ssssoppporrrtar…».

El silencio era tan intenso que el sonido de sus uñas al arañar la contraportada la hizo estremecer. Andrew llegó hasta ella, le cogió el libro y lo dejó con los demás sin soltarle la mano.

—Mi esposa no se encuentra bien —dijo con una sonrisa amable— Discúlpennos.

Sin esperar respuesta, la sacó de allí.

CAPÍTULO 45



Andrew fue amable en el viaje de vuelta, trató de quitarle importancia a lo ocurrido, pero Ruby parecía enferma. Tiritaba a pesar de que la temperatura era muy agradable y estaba pálida como una muerta. Se retiró a su cuarto en cuanto llegaron y no bajó a cenar. Cuando él se metió en la cama, ella fingió estar dormida y contuvo la respiración cuando él la tapó con cuidado asegurándose de que no tenía fiebre.

En cuanto estuvo segura de que él se había dormido, se levantó sigilosa, se puso la bata y las zapatillas, tomó la lámpara de aceite y salió del cuarto. Una vez en el pasillo se detuvo frente a un cuadro que estaba colgado en la pared. Levantó la luz para verlo en detalle. Por algún motivo sentía náuseas cada vez que lo veía. No le gustaba nada. Aunque quizá lo que no le gustaba no era el cuadro en sí, era una escena campestre de lo más normal, pero el hecho de saber que estaría siempre allí, que formaría parte de la casa y que ella no había tenido nada que ver en su elección, la alteraba enormemente. Nada en aquella casa había sido decisión suya. Todas y cada una de las cosas que había allí, las había elegido ella. Claire. La casa era suya. El cuadro era suyo. Noah era suyo. Andrew era suyo.

Se giró alumbrando el pasillo y siguió caminando hasta la biblioteca. Cerró la puerta con cuidado, no quería despertar a nadie necesitaba pensar y tenía la cabeza repleta de ideas inconexas. Dejó la lámpara sobre el escritorio y comenzó a deambular por la estancia poniendo cuidado en no tropezar con los muebles. Necesitaba el dinero. Tenía que conseguirlo cuanto antes. Y Andrew no debía enterarse de nada.

Se agarró una de las trenzas y comenzó a juguetear con ella entre los dedos.

—Podría vender algo, pero ¿qué? No tengo nada de valor —musitó.

El joyero apareció en su mente y se detuvo en seco en mitad de la estancia.

—No —susurró horrorizada—. No. No. No.

Imaginó a su madre parada delante de ella: «Nadie se dará cuenta Y si se enteran, te haces la loca».

Caminó más deprisa poniendo todo su empeño en la evolución de sus pensamientos. Podía pedirle ayuda a Elinor, decirle parte de la verdad. Podía contarle que había encontrado a su madre, que estaba en una situación terrible y quería ayudarla... Se mordió el labio con demasiada fuerza y sintió el sabor metálico de la sangre en su lengua No, a Matilda. Ella la ayudaría. Podía pedir un préstamo en su nombre se lo pagaría con su asignación y añadiría los intereses que considerase necesarios. Matilda le guardaría el secreto. Pero ¿Walter? Sollozó a pensar en Heather. Si Heather no se hubiese marchado a Escocia, ella no estaría en esa situación. Desde el principio habría sabido qué hacer y, probablemente, no la habría dejado casarse con Andrew.

Iba arriba y abajo de la biblioteca, caminando rápido y con la mirada desquiciada mientras sus manos se movían descartando ideas y atrapando otras. De repente se detuvo en seco.

—¿Y si le pido ayuda a la duquesa? Ella querrá proteger a su hijo y su buen nombre...

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas al imaginar la decepción en los ojos de Katherine. Se llevó los puños a las sienes, para aliviar el terrible dolor de cabeza. Debería subir a la habitación, despertar a Andrew y confesárselo todo. Eso es lo que debería hacer. Decirle lo que había hecho, que la despreciara y la repudiara. Acabar de una vez con esa tortura insoportable. Se le doblaron las rodillas y cayó sobre la alfombra al hacer frente a la verdad: no tenía forma humana de conseguir seiscientas libras si no robaba esas joyas. Era su única opción. No había más que pensar. Se quedó allí de rodillas durante horas, llorando con amargura mientras repasaba una tras otra todas sus pérdidas, como si fuesen cicatrices que acariciaba con un dedo.

El día la encontró tumbada sobre la alfombra con la mirada clavada en el techo. Ya no había lágrimas, solo una firme resolución. Cubrió su corazón con una dura capa de piedra y apenas notaba ya su latido dentro del pecho. La lámpara se había apagado y la dejó allí olvidada. Salió de la biblioteca y regresó al dormitorio antes de que Andrew despertara.

Se quitó la bata y se subió a la cama, se sentó a horcajadas sobre é y le subió la camisola dejándolo expuesto. Lo tomó con sus manos y lo guio recibiéndolo entero. Andrew abrió los ojos y la miró primero confuso, pero rápidamente volvió a cerrarlos con un gruñido. Ruby se inclinó hacia atrás con un gemido al sentirse completamente llena. Se inclinó sobre él y le rozó la comisura de la boca con la suya. Su lengua emergió tímida y se paseó por su labio inferior, mientras Andrew apretaba los puños. Lo sintió tenso, casi rígido, pero no le importó. Estaba excitada, lo deseaba y tenía la absoluta convicción de que si no lo tenía dentro, moriría. El cuerpo de Andrew respondió, ajeno a torbellino de pensamientos inconexos en su cabeza. Era como si no le perteneciese. Como si fuese de ella y pudiera usarlo sin pedirle permiso. No había nada más en el universo que aquella fricción absolutamente irresistible que iba a vaciarlo de un momento a otro. Ruby se movía lenta e inexorable, como si supiese exactamente cuál era la cadencia perfecta para ellos. Apoyó una mano en su abdomen y siguió deslizándolo dentro y fuera, en una danza extraordinaria y desquiciante al mismo tiempo. Ninguno de los dos habló. Los sonidos que llenaron la estancia no formaban palabras, eran reflejos de sus cuerpos hablando. Gemidos y jadeos acompasados que se unían a la fricción húmeda y al crujir de las sábanas.

Andrew sintió las contracciones que indicaban que Ruby alcanzaba el orgasmo.

—Mírame —suplicó ella agarrándole las mejillas con las manos.

El corazón iba a estallarle en el pecho, sentía como su cuerpo se preparaba para descargar en ella y todos los músculos relacionados estaban tensos como las cuerdas de un violín.

—Abre los ojos —sollozó ella—. Por favor, amor mío, solo una vez.

La agarró de las caderas y salió de ella derramándose en el colchón con un gruñido furioso. Ruby lloraba y reía al mismo tiempo.

La había mirado.



Observaba el plato con su desayuno y movía los pedacitos de huevo revuelto de un lado a otro con el tenedor.

—El joyero que encontré en mi tocador… —dijo antes de levantar la vista y posarla sobre los ojos de su esposo.

Andrew, que no había dicho una palabra en toda la mañana, la miró sin expresión.

—¿De dónde han salido? —siguió ella—. Las joyas.

—Las compré.

Ruby asintió.

—¿Para mí?

Andrew miró al mayordomo y luego a su esposa que seguía con sus ojos fijos en él.

—Sí.

—¿Todas son… nuevas? ¿No hay ninguna joya familiar?

El conde apretó los labios malinterpretando su interés y negó con la cabeza. Ruby suspiró y pinchó un pedacito de huevo. Después asintió aliviada.

—Gracias —dijo cogiendo el salero de mesa y echando una cantidad generosa sobre los huevos—. Por comprármelas.

—¿Están sosos? —preguntó Keating solícito—. ¿Quiere que le diga a la señora…?

—No se preocupe. Hoy la comida no me sabe a nada —dijo apartando la silla para ponerse de pie.

Andrew se levantó como gesto de cortesía.

—No has comido nada.

—No tengo hambre —dijo ella—. Discúlpame, por favor.

Salió del comedor sin esperar respuesta. Andrew esperó unos segundos y luego lanzó la servilleta sobre su plato y la siguió a grandes zancadas. La alcanzó en las escaleras.

—Espera —ordenó.

Ruby suspiró antes de darse la vuelta.

—Vuelve, tienes que comer algo —dijo con aquel semblante serio.

—No soy una niña, no me moriré porque no desayune un día.

—Anoche tampoco cenaste.

—No tengo hambre —dijo desviando la mirada—. No quiero que me siente mal.

—Compré esas joyas porque supuse que no... tenías ninguna Nunca te ponías nada.

—Te lo agradezco.

—Tendrás joyas de la familia más adelante.

Ruby frunció el ceño y después de unos segundos negó con la cabeza.

—No te preocupes, no te lo he preguntado porque quisiera tenerlas Solo quería asegurarme.

Ahora el confundido fue él.

—¿Asegurarte de qué?

Ella se encogió de hombros.

—El joyero apareció ahí sin más. Quería saber.

—Debería habértelas dado yo. —Se apartó el pelo de la frente y resopló—. A veces, me comporto como un estúpido.

—No pasa nada. Todo está bien. Vuelve al comedor y termina tu desayuno.

—Si tú no vienes, me marcho ya. —Ella no se movió—. Está bien como quieras.

Ruby se dio la vuelta para subir las escaleras y escuchó sus pasos alejándose. Llegó al dormitorio con el corazón acelerado y se dirigió directamente hacia el joyero, pero antes de abrirlo Andrew entró en el cuarto y cerró tras él de un portazo.

—¿Qué sucede? —preguntó a bocajarro.

—Pensaba...

Atravesó el cuarto y se detuvo frente a ella con el brazo extendido para señalar hacia la cama.

—¿Qué ha sido eso?

Las mejillas de Ruby se colorearon, pero no apartó la mirada.

—¿A qué te refieres? —lo provocó.

—Estaba dormido.

Su esposa no parecía tener intención de facilitarle la tarea.

—¿Te gustaría que yo hiciese algo así? —le espetó—. ¿Que te tomara mientras duermes? ¿Qué pretendías?

—No lo sé.

—¡Me has obligado a mirarte!

Ahora sí apretó los puños furiosa.

—¡Claro! Eso es lo que te molesta. No que haya usado tu cuerpo como tú usas el mío. Lo que te importa es haberme mirado. Por eso me has apartado.

—No hables así —masculló incrédulo—. Yo no uso tu cuerpo, eres mi esposa.

—Perdón, esposo mío, tienes razón. Mi cuerpo es tuyo y puedes hacer con él lo que desees.

—Ruby…

—Puedes tocarme y disfrutar de él tanto como gustes. —Endureció su expresión y sus gestos—. Pero no puedes correrte dentro de mí si me miras.

—Hablas como si tú no disfrutaras —le espetó él torciendo una sonrisa—. Recuerda que he oído tus gritos de placer.

—Sí, yo también gozo de las mieles de la intimidad conyugal, pero quería que, por una vez, vieses en quién dejabas tu simiente.

—No vuelvas a hacerlo.

—¿Qué exactamente? ¿Montarte mientras duermes o pedirte que me mires?

—Ninguna de las dos cosas —dijo con voz hiriente—. Ese comportamiento no es propio de ti.

El pecho de Ruby subía y bajaba agitado, tenía los puños apretados y los ojos lanzaban llamaradas que amenazaron con convertirlo en cenizas.

—Se hará como tú desees, por supuesto —dijo y a continuación hizo una genuflexión profunda bajando la cabeza.

—Ruby, no me provoques —masculló él.

Ella se irguió y dio un paso hacia él con el mentón levantado.

—¿O qué?

Andrew sentía la sangre rugiendo en sus oídos y el corazón bombeando con fuerza. Sentía el fuego de aquella mirada en su vientre y apenas podía contener sus manos para no tocarla.

—No sé qué te pasó ayer, pero tú no eres así.

—¿Cómo soy? —preguntó ella sin apartarse—. ¿Complaciente? ¿Sumisa? ¿Te gusta que me humille? ¿Que me rebaje? ¿Te avergoncé ayer cuando tartamudeé delante de tus amigos? ¿Te molestó que se

rieran de mí? Claro, después de tener a la mejor mujer del mundo ahora tienes que conformarte con esto.

—¿De qué estás…?

Ella se rio a carcajadas y se cubrió la boca como si lo lamentara.

—Discúlpame, no he podido evitarlo. Es que esto es muy gracioso.

—No lo es.

—«Nnnnno… pupupu… —se ridiculizó a sí misma—. Pupupuedo.. ssssopp…»

Andrew la agarró de los hombros y la obligó a mirarlo.

—¿Qué demonios te ocurre?

Ella cerró los ojos un instante y dejó salir el aire de sus pulmones muy despacio. Cuando volvió a mirarlo, Andrew la soltó lentamente Tenía la mirada vacía.

—No me hagas caso. No me encuentro bien. Lo de ayer me trajo muy malos recuerdos. Necesito estar sola, nada más. Estaré bien volveré a ser la de siempre. Te lo prometo. Márchate, Andrew, y no vuelvas hasta esta noche. Necesito… tiempo.

Él sabía que estaba mintiendo, pero pensó que presionarla solo agravaría el problema. Además, su propia estabilidad pendía de un hilo y cuando más rato permanecía frente a ella, más débil era su resistencia.

—Está bien. Almorzaré en el club, con Cameron y Benjamin.

Se dio la vuelta y la voz de Ruby lo hizo detenerse.

—La señora Hanlon me pidió que la ayudásemos con el señor Dagnell.

Andrew se giró despacio.

—¿Qué?

Ruby suspiró con cansancio.

—Me pidió que los invitásemos a cenar para facilitar su encuentro.

—A ti no te gusta la señora Hanlon.

—¿Y qué importa lo que a mí me guste? Deberías indagar para saber si tu amigo tiene interés en ella y, de ser así, ayudarlo. No se ha casado. —Se dirigió hacia la ventana para abrirla.

—¿Quieres que le pregunte a Cameron si le interesa la señora Hanlon? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

—La distancia más corta entre dos puntos es la línea recta.

Andrew tenía un caos mental tan abrupto que no fue capaz de contestar. Salió del cuarto y Ruby se sentó en la cama muy despacio.

CAPÍTULO 46



Clementine la miraba sin dar crédito.

—¿Que quieres que haga qué?

Ruby se había presentado en casa de los Burford con la excusa de invitar a Clementine a dar un paseo a caballo. Cuando las dos se quedaron solas le dijo el motivo real de su visita. La hija de Harriet la miraba sin saber cómo responder a su petición.

—¿Quieres empeñar tus joyas? ¿Por qué?

Ruby miró hacia la puerta y tiró de ella para llevarla hasta el sofá. Se sentaron una frente a la otra y sacó un pañuelo que llevaba en el bolso. Lo abrió para que viese el botín que refulgía ante su escrutadora mirada. Clementine la miró con cara de susto.

—¿Qué ocurre, Ruby? Tienes que contármelo.

—No tengo a nadie más a quien acudir, pero no puedo contarte nada.

—El primo Andrew...

—Él no puede enterarse.

—Ay, Ruby, me estás asustando.

—Yo no puedo ir a una casa de empeños, Clementine, soy la esposa de Andrew Greenwood, alguien podría reconocerme.

—¿Y yo sí? —Miró las piezas, que sin duda costaban mucho dinero.

—No he hecho nada malo. Esto es para proteger a Andrew y a Noah y a los duques...

Clementine se mordió el labio. No era una persona cobarde y tampoco alguien que deja a otro en la estacada. Asintió despacio.

—Tendré que ir a Hatton Garden —dijo pensando en voz alta—. Le pediré a mi doncella que me acompañe. Tranquila, sé que jamás me delataría, antes se dejaría matar.

Ruby sintió que se le escapaba una sonrisa cargada de ternura.

—¿Cuánto dinero necesitas? —preguntó Clementine con mirada resuelta.

—Seiscientas libras.

Clementine abrió mucho los ojos y volvió a mirar las joyas.

—Ninguna casa de empeños te dará tanto, Ruby.

La otra frunció el ceño.

—Estas joyas valen más que eso.

—Desde luego. —Las cogió observándolas de más cerca—. Sacaría más vendiéndolas.

—Pero si las vendo, las pierdo para siempre.

—Y quieres recuperarlas, claro.

Ruby asintió mordiéndose el labio.

—Está bien, lo intentaré. Pero ¿cuánto dinero puedo aceptar si no llega a esa cifra?

—Necesito seiscientas libras —repitió pesarosa.

La otra lo pensó un momento y asintió de nuevo.

—De acuerdo. En cuanto tenga noticias iré a verte.

Cogió el pañuelo, envolvió bien las joyas y se las guardó en el bolsillo del vestido poniéndose de pie.

—Deberías irte para que pueda…

Ruby la abrazó con emoción y después se marchó sin decir nada más.



Por la tarde Clementine se presentó en casa de sus primos y Ruby la llevó a la biblioteca para que le contara.

—He visitado varias casas de empeño, por eso he tardado tanto en venir. No te dan más de cuatrocientas treinta libras, Ruby.

La otra se dejó caer en el sofá con cansancio. Si empeñaba más joyas, Sarah se daría cuenta y Andrew acabaría sabiéndolo. Con esas que había cogido ya se estaba arriesgando demasiado.

—Si de verdad lo necesitas, vas a tener que venderlas. —Clementine se sentó a su lado—. Puedo hacerlo yo, si quieres.

Ruby negó con la cabeza.

—No será necesario. —Le puso una mano en las suyas y las apretó con cariño—. Muchas gracias por intentarlo. Perdóname por ponerte en

esta situación.

—Ruby, no tienes que pedirme perdón, lo que tienes que hacer es confiar en mí y explicarme lo que te pasa.

Clementine vio cómo se cubría la cara con las manos y exhalaba un suspiro que pareció más un lamento. Ruby tardó unos segundos en responder y cuando lo hizo no pudo parar de hablar. Lo soltó todo sin miramientos hasta quedar exhausta. Miró a la joven esperando ver reproche o desprecio en sus ojos, pero lo único que vio fue una mirada concentrada y arrugas en su frente.

—Mmmm… —Clementine se agarró la barbilla en ese gesto que hacía cuando pensaba—. Vas a darles las joyas directamente y que se encarguen ellos de venderlas, ¿verdad?

Ruby asintió levemente.

—Te acompañaré a verlos, no puedes ir sola. Estas joyas son más que suficientes para pagar lo que te piden. Yo quitaría el broche e intentaría que se conformasen con lo demás.

Los ojos de Ruby se humedecieron y durante un momento no pudo articular palabra. Clementine le cogió las manos y se las apretó sin dejar de mirarla.

—Debes haber pasado un infierno todo este tiempo. Pero no tenías por qué. Somos familia, Ruby. Mi padre está acostumbrado a tratar con personas de esa calaña, te ayudaría sin…

—¡No! —exclamó soltándose de su agarre—. No puedes contárselo a nadie.

—Papá se reiría si supiera…

—Por favor —dijo mirándola aterrada—. Por favor, Clementine, no se lo cuentes a nadie. Por favor.

—Tranquila, yo no se lo voy a contar a nadie, pero deberías hacerlo tú. No es culpa tuya. Uno no elige a sus padres.

La otra respiró aliviada, mientras asentía pensativa.

—No quería desprenderme de las joyas —susurró cerrando los ojos un instante.

—¿Por qué tienes tanto miedo de que Andrew se entere? Es tu esposo, te apoyará en todo. Eres la víctima, no un cómplice.

Ruby bajó la mirada a sus manos que se retorcían nerviosas.

—No debí casarme, Clementine. Debí cancelar la boda y darle a Andrew la oportunidad de retirar su petición.

—Andrew no se habría echado atrás.

Ruby levantó la mirada y la clavó en ella.

—Tu primo no me ama. Se casó conmigo para tener una madre para su hijo.

Clementine dejó escapar el aire en un suspiro.

—Sé que vuestro matrimonio es de conveniencia, pero creí que también había afecto entre vosotros. —Hizo una pausa valorando si seguir hablando o callarse—. He visto cómo le miras, Ruby.

La otra no se escondió y asintió por toda respuesta. Clementine colocó una mano en su brazo y apretó suavemente. No hacía falta decir nada.

—Hoy ya es tarde para ir hasta ese lugar —dijo Ruby obviando el otro tema—. Si te parece bien, podemos ir mañana.

—Claro. Vendré yo y salimos desde aquí. Si no mi madre se va a oler algo. Ya me ha preguntado hoy qué nos traíamos entre manos. —Sonrió cogiéndola del brazo para ir hacia la puerta del salón—. Es difícil esconderle nada a Harriet Burford. Y ahora, quiero ver a Noah antes de irme.

Ruby se recompuso y sonrió también.

—¿Y si el dragón viviese dentro del armario? —preguntó Clementine con un susurro cómplice, arrodillada en la alfombra frente al pequeño.

El pequeño abrió mucho los ojos y volteó la cabeza hacia el armario.

—¿Un dragón? —Sostenía media galleta en la mano y con la otra daba vueltas a una pieza de madera.

—¿No lo has oído respirar? —Se tapó los labios con un dedo y se señaló el oído con la otra mano.

Noah escuchó con atención y sin moverse.

—Yo no oigo nada —dijo muy bajito.

Clementine frunció el ceño y los labios poniendo una cara muy graciosa. Noah ensanchó una sonrisa.

—Te pones muy fea —dijo señalándola.

—¿Yo fea? ¿Pero qué dices? —Su prima se puso las manos en la cintura y miró a su madre—. Tu hijo es un diablillo.

Ruby caminó hasta el armario y abrió las dos puertas para mostrarle al niño que no había ningún dragón dentro.

—No hagas caso a Clementine, es muy fantasiosa, hijo.

—¿Fantasiosa? —Se encogió de hombros—. Es mucho más divertido ser fantasioso, ¿verdad, Noah?

El niño asintió repetidamente y luego le dio un mordisco a su galleta.

—Yo dormía con dragones cuando era niña —siguió Clementine— De hecho, uno dormía siempre bajo mi cama. Se llamaba Petrus.

—¿Petrus? —Se rio el niño—. ¡Qué nombre tan feo!

—Estoy de acuerdo —afirmó la joven estirando las piernas y apoyándose en las manos ligeramente atrasadas—. Yo querría que se hubiese llamado *Escupefuego* o *Lanzallamas* o *Dientesafilados*, pero él se empeñó en llamarse Petrus, ¿qué podía hacer yo?

—¿Y dónde está ahora? —Otro mordisco a su galleta.

—Se aburrió y se fue. Lo echo de menos. Sobre todo cuando hace frío. No sabes lo rápido que enciende la chimenea un dragón. Es instantáneo.

Noah se puso de pie y caminó hasta el armario.

—¡Petrus! —lo llamó golpeando la puerta con su manita— ¡Veeeeen!

Clementine, Ruby y Annie se miraron conteniendo la risa. El niño se giró hacia Clementine.

—No viene.

—Estará muy lejos para escucharte. O quizá esté dormido. Le gustaba mucho dormir.

—Si viene, ¿puedo quedármelo?

Clementine asintió y el niño sonrió entusiasmado y volvió a golpear la puerta.

—Pero los dragones solo vienen cuando ellos quieren. Son muy suyos. Si lo llamas, no vendrá.

Noah volvió a su sitio sobre la alfombra. Dobló las piernas cruzadas apoyando los codos en las rodillas. Sostenía aún un pedacito de galleta

con dos dedos y tenía una expresión pensativa.

—Yo quiero ser caballero —dijo para sí—. Los caballeros tienen un caballo, no un dragón.

Ruby se arrodilló con ellos y Annie comenzó a recoger los juguetes desperdigados por la habitación.

—Los dragones solo existen en nuestra imaginación —dijo acariciándole el pelo—. Los caballos y los caballeros, en cambio, sí están con nosotros. Así que deberías ser un caballero que monta a caballo.

—Como papá.

—Eso es, como papá.

—Mamá tiene razón —dijo Clementine mirándolo con cariño—. Los dragones solo existen en nuestra imaginación, pero eso no significa que no podamos jugar con ellos.

Lo cogió en brazos y se puso de pie dando vueltas con él agarrado por las axilas.

—¡Soy una dragona! —exclamó haciéndolo reír—. Voy a enseñarte a volaaaaaar.

Ruby los miró divertida y se puso de pie despacio, agradecida por aquel paréntesis en sus problemas. Clementine la miró dejando a Noah en el suelo.

—Debería irme —anunció.

—Te acompañamos, ¿verdad, hijo? —Le tendió la mano y el niño se agarró a ella asintiendo.

CAPÍTULO 47



Leo Dodds era un tipo atractivo. Tenía unos cuarenta años, claramente más joven que Molly, y vestía con pulcritud. Sus ojos azules centelleaban a la luz de la lámpara que había sobre la mesa. Miraba a Ruby con una expresión lobuna, como si estuviera comparándola con su madre y valorando la posibilidad de hincarle el diente.

—Vaya, vaya, Molly, no me habías contado que tu hija fuese tan guapa.

—¿Guapa? —La madre de Ruby enarcó una ceja con evidente desagrado—. No es guapa. Solo se parece a mí en el pelo y en los ojos, en lo demás es como su padre, que era un mal bicho.

Leo Dodds no estaba mirando sus ojos precisamente y Ruby estuvo a punto de cerrarse el chal de muselina sobre el busto. Se contuvo para no demostrar lo mucho que la intimidaba.

—Haga el favor de comportarse como una persona decente. Ya sabemos que no lo es, pero seguro que puede disimular un poco —dijo Clementine con expresión severa.

—¿Y quién es esa jovencita que la acompaña? —dijo Dodds conteniendo la risa—. Ese pelo rojo me dice que es una gata salvaje.

Clementine sonrió sin el menor temor y dio un paso adelante.

—Me llamo Clementine Burford. Estoy segura de que ha oído hablar de mi padre.

El rostro de Leo perdió por completo la hilaridad y sus ojos se empequeñecieron. Clementine amplió un poco más su sonrisa, había visto esa cara muchas veces cuando se mencionaba su nombre.

—Si quiere, puedo presentárselo.

—No será necesario —dijo él rápidamente.

—Dejaos de presentaciones, ¿has *traío* el dinero? —dijo Molly visiblemente molesta porque su hombre mostrase interés en otras mujeres.

—No he podido conseguir dinero —dijo Ruby acercándose a la mesa para depositar el pañuelo con las joyas—. Pero traigo esto.

Leo se levantó de la silla y se acercó al alijo. Cogió las piezas y las analizó una a una.

—Vaya, vaya.

Molly se había acercado también y cogió el collar de perlas para ponérselo. Leo se lo quitó de las manos sin mucho tacto y le dio un empujón para que se apartara.

—No son para ti —le espetó tajante—. Ni se te ocurra pensarlo siquiera.

—Con esto queda saldada la deuda —dijo Ruby, aunque no tuviese deuda alguna.

—De *ande* ha *cogío* esas, seguro que hay más —dijo su madre.

Leo volvió a observar las joyas con atención antes de responder.

—Un trato es un trato —dijo extendiendo la mano para que Ruby se la estrechara.

Ella miró esa mano y luego elevó la mirada a sus ojos, pero antes de que hiciera nada, Clementine se adelantó y se la estrechó ella.

Leo soltó una carcajada sorprendido por su firmeza.

—Es usted fuerte, para ser tan pequeña.

—Y podría partirle algunos huesos con un palo, si se terciara —lo soltó con brusquedad.

—Espero no comprobarlo nunca.

La joven pelirroja se volvió hacia Molly con la misma expresión severa que había empleado con él.

—Deje en paz a la condesa —advirtió—. Sepa que somos muchos para defenderla y no permitiremos que vuelvan a molestarla.

—Será… —Molly dio un paso hacia ella y Dodds extendió el brazo para cortarle el paso. Lo miró rabiosa—. ¿Vas a dejar que *m'hable* así?

Dodds se encogió de hombros y Molly miró a Clementine con unos ojos que lanzaban llamas.

—Es mi hija y tú no *ties na* que decir.

—¿Su hija? Usted perdió ese derecho cuando la abandonó. —Miró a su alrededor buscando algo que se pareciese a un *jō*.

Ruby la agarró del brazo consciente de lo que era capaz.

—Vámonos, Clementine. Aquí hemos terminado.

—Tranquila, señorita... Clementine —dijo Dodds visiblemente divertido—. No volveremos a molestar a la señora condesa. Le doy mi palabra.

—No creo que tenga usted de eso —respondió Clementine con soberbia—. Pero si mi padre se entera de su existencia, les aseguro que no será dinero lo que les traiga.

Las dos jóvenes salieron de allí escuchando los gritos de Molly ante las carcajadas de su hombre. Ruby ni siquiera miró a su madre.



La vida en casa de los condes de Aveldon recuperó la tranquilidad. Ruby volvía a ser la de siempre y Andrew se convenció de que aquellos días nunca habían sucedido. El Parlamento cerró a mediados de agosto y comenzó a pasar más tiempo en casa. Noah entraba a menudo en su despacho y siempre era bien recibido. Se subía en sus piernas para contarle algo imposible de posponer, como que había comido una delicia o que había aprendido una palabra nueva y su padre lo escuchaba con suma atención y una perenne expresión de cariño. Cuando Ruby estaba presente los observaba embelesada y su amor los envolvía como una manta protectora invisible, sin que ninguno de los dos se percatase.

Después de cenar, pasaban tiempo juntos en el salón. A veces leían en silencio, pero era un silencio cómplice y agradable que ninguno tenía intención de romper. Otras veces charlaban sobre un tema doméstico o sobre alguna de las noticias que Andrew leía en el periódico y que compartía con ella mientras bordaba.

En la cama habían adoptado la costumbre de Aveldon de cerrar las cortinas, apagar la lámpara y quedarse prácticamente a oscuras. De esa forma Ruby no tenía que verlo apartar los ojos y Andrew podía relajarse sin temor a que sus ojos se cruzaran sin querer. Pero había cambiado algo más. La primera vez que él se había apartado fue cuando ella lo montó estando dormido. Ruby creyó que lo había hecho porque

lo había obligado a mirarlo, pero pronto descubrió que no. Cada noche que estaban juntos, él salía de ella antes de correrse. Cuando Ruby le preguntó, le dijo que quería darle tiempo antes de embarazarla. De eso hacía varios meses, y cuando el verano llegó a su fin Ruby tuvo claro que él no quería un hijo suyo.

—¿Tienes todo lo que necesitas para la recepción de mañana por la noche? —preguntó Andrew ofreciéndole la copita de jerez antes de sentarse en la butaca.

—Sí, por supuesto. —Ruby se llevó la copa a los labios y bebió un sorbito—. ¿Es cierto lo que dicen de Su Majestad la Reina? ¿Va a casarse con el príncipe Alberto?

Él asintió y Ruby dejó la copa en la mesita echándose hacia delante.

—¿Estás seguro?

—Ya has oído los rumores —dijo fingiendo indiferencia.

Ruby abrió los ojos expectante, pero después de unos segundos de silencio, no pudo aguantar más.

—¡¿Qué?!

—Ruby, no puedo hablar de eso.

—¿Por qué no? ¿Crees que voy a salir a gritarlo a la calle? Solo quiero saber si están enamorados o es un matrimonio concertado. Ella es tan joven. Se merece casarse por amor.

Lo dijo con tal ternura que a él se le calentaron los huesos. La miró con atención y no vio en su rostro la menor muestra de amargura. No pensaba en sí misma cuando hablaba de otra mujer, una joven y enamorada que iba a casarse por…

—¿Tú no quieres que nuestra reina esté enamorada? —preguntó ella viendo que no decía nada.

—No es asunto mío.

—Que sea feliz, ¿no la hará mejor reina?

—No necesariamente —dijo él sin cinismo—. Si es una buena soberana sabrá dejar a un lado sus sentimientos personales. La historia nos ha dado monarcas demasiado embebidos en sí mismos y no es que fueran buenos reyes, precisamente.

—Pero es tan joven… —Se recostó en el asiento mirándolo decepcionada.

Andrew sintió el irrefrenable deseo de contentarla.

—Está bien, te lo diré. Parece que lo que en principio fue una decisión política, se ha convertido en otra cosa.

Ruby abrió mucho los ojos y se irguió de nuevo.

—¿Lo sabes seguro? ¿Quién te lo ha dicho?

—Lord Melburne.

Sonrió satisfecho cuando vio que daba palmaditas como hacía Noah cuando estaba contento por algo.

—Me alegro mucho por ella —dijo sincera—. Estoy segura de que su felicidad repercutirá en su misión.

—Ojalá tengas razón. Tengo la impresión de que vienen tiempos difíciles.

—Creía que las cosas con los cartistas se habían calmado. Es lo que dijo Dagnell el otro día.

Andrew hizo un gesto con la cabeza que indicaba que no estaba de acuerdo.

—En este tema la opinión que vale es la de Benjamin y está muy activo. Demasiado para mi gusto.

Ruby volvió a centrarse en su bordado, con rostro pensativo, y Andrew la observó ensimismado. Su vida había cambiado mucho los últimos meses. Sentía una profunda emoción al pensar en su hijo. Lo sorprendía cada día con un nuevo gesto y le fascinaba lo fácil que le resultaba relajarse estando a su lado. Y todo era gracias a Ruby. Ella los había unido y se mantenía en un segundo plano cuando él estaba, para no quitarle la atención de su hijo. Era una mujer extraordinaria, nunca exigía nada y se entregaba por entero.

—¿Te gustaría que fuésemos a pasar unos días a Aveldon? —dijo de pronto—. Podríamos acompañar a la señorita Bledel en su traslado y pasar allí un par de semanas. Así podrías supervisar el funcionamiento de la escuela y ella no se sentiría tan sola los primeros días.

Ruby sintió que el corazón se le aceleraba.

—¿Querrías?

Él asintió sonriente.

—¡Oh, Andrew! —dijo soltando la labor y arrodillándose ante él.

Cogió una de sus manos y se la llevó a la mejilla.

—Me haría mucha ilusión —confesó—. La señora Dibble le va a dejar su casa, ahora que se ha ido a vivir con su hija, pero Alice no

conoce a nadie allí y es tan tímida…

Andrew se inclinó y le depositó un beso en el pelo. Después la miró desde esa corta distancia.

—¿Sabías que tienes un don para influir en la vida de la gente?

—No.

—¿No?

—Claro que no —negó turbada, pero no se apartó—. Es solo…

—¿Qué me dices de Alice?

—Eso ha sido casualidad.

—¿Y yo? ¿Noah? ¿No fuiste tú la que convenció a mi tía Elinor de que dejase a Hannah trabajar con el doctor Dunham?

Él esperó a que se explicase sin disimular lo bien que se lo pasaba viéndola intentarlo. Su esposa desvió la mirada al no encontrar las palabras.

—Tengo entendido que la señorita Ashton y lady Jenkins se han acomodado muy bien estando juntas. —Siguió divirtiéndose.

—Las dos estaban solas —dijo Ruby frunciendo el ceño—. Y se conocen desde siempre. A cualquiera se le podía haber ocurrido.

—Pero se te ocurrió a ti.

—Es una tontería —dijo con las mejillas sonrosadas.

—Ven aquí —dijo él echándose hacia atrás y dando palmaditas en su pierna.

—¿Qué?

—Siempre quieres saber la razón de todo.

—Por supuesto.

La cogió de la cintura y la sentó sobre sus rodillas. Una risa nerviosa la atacó sin previo aviso mientras trataba de mantenerse erguida. La mano de su esposo le acarició la espalda, mientras la otra la sujetaba por los muslos para que no se apartase.

—¿Eres feliz, Ruby?

Ella lo miró sorprendida y sintió que se le calentaba el cuerpo.

—¿Te alegras de haberte casado conmigo?

Asintió sin dejar de mirarlo.

—No quiero que me mientas. Ni en eso ni en nada. La verdad es muy importante para mí, ya lo sabes.

Un escalofrío recorrió su espalda y Ruby tragó saliva sin variar de expresión.

—¿Eres feliz? —volvió a preguntar mirándola fijamente.

Asintió de nuevo y él cerró los ojos un momento, como si hubiese temido otra respuesta.

—A veces me da miedo que me odies.

—¿Odiarte? Eso es imposible.

Se inclinó despacio y lo besó. Andrew colocó una mano en su nuca devolviéndole la caricia con ganas. Los labios de Ruby eran carnosos y suaves y a él le gustaba respirar su aliento. Su lengua lo retaba sin timidez, atrás quedaron aquellos besos torpes, casi infantiles de los primeros días. Movió la mano en su muslo y lo apretó con firmeza, para que supiera que la deseaba. Ruby reflejó aquel simple gesto en sus ingles y gimió por ello. La boca de Andrew se deslizó hacia su cuello y la mordisqueó con calma, mientras la mano de su espalda bajaba hasta una de sus nalgas y la agarraba con fuerza.

—No podemos hacer esto aquí… —jadeó ella—. Keating podría entrar en…

Él la hizo callar con su lengua y metió una mano en su escote abarcando su pecho y apretándolo sin contención.

—Andrew… por favor —gimió desesperada.

Él apoyó la frente en su hombro y respiró tratando de recuperar la calma.

—Ve —ordenó empujándola suavemente—. Sube y desnúdate, nada de camisón. Iré enseguida.

Ruby salió de allí con un sentimiento que era mitad risa, mitad terror. Cuando se cruzó con el señor Keating dio un respingo.

—¿Necesita algo la señora?

—Nnnnnno, Keating, muchas gracias. Me retiro ya. —Echó a correr hacia las escaleras.

El mayordomo la vio alejarse con expresión confusa y cuando se giró para dirigirse hacia el salón vio que Andrew salía de allí con paso rápido y una más que evidente urgencia.

—Buenas noches, Keating —dijo sin detenerse.

—Buenas… noches, señor.

CAPÍTULO 48



Era la primera vez que organizaba una recepción como aquella, con tantos comensales, y estaba muy nerviosa. Repasó todos los detalles con la señora Morton por enésima vez y escuchó a la señora Hardwick relatar cada uno de los platos fríos que serviría en el bufé.

—No tienes nada de lo que preocuparte —dijo Clementine quitándose el sombrero para dárselo a Keating—. Todo va a salir bien.

Ruby miró sus rizos rojos maravillada. Leo Dodds tenía razón tenía una belleza casi salvaje. Sus ojos grandes y vivaces competían con una boca de labios gruesos y bien definidos. Todo en Clementine era hermoso, su rostro, su cuerpo y, sobre todo, su alma. No olvidaría nunca cómo la había ayudado en uno de los momentos más difíciles de su vida. La agarró del brazo y se dirigieron juntas al salón.

—Que nos sirvan el té en el saloncito, Keating. Qué bien que has venido. Nos comeremos las pastas que prepara la señora Hardwick y me dirás lo tonta que soy por preocuparme tanto por una recepción entre amigos. —Se sentaron una junto a la otra en el sofá—. No tengo nada que temer, lo cierto es que no me necesitan. El servicio de esta casa funciona como un reloj, todo el mundo sabe lo que hay que hacer. Yo solo estorbo y pregunto todo el rato.

Clementine sonrió abiertamente.

—Mamá odia estas cosas. Se pasa los dos días antes del evento de un humor insoportable. Dice que siempre ocurren imprevistos sin importar lo mucho que se esfuerce. Ella suele hablar de maldiciones y brujería por parte de la madrastra de mi padre, ya la conoces.

Ruby sonrió, pero no dijo nada al respecto. Las doncellas entraron con el servicio del té y Clementine las saludó con simpatía. Sarah le preguntó por Susan, su doncella, que había estado enferma.

—Ya está casi recuperada, pero no la dejo volver a trabajar hasta mañana —respondió—. Le llevé una pila de libros y creo que se ha leído dos. No hay manera de que la enganche a la lectura.

—Susan se crio en el campo —dijo Sarah conteniendo la risa—. No soporta estar encerrada.

—Cierto. Nunca se queja cuando le pido que me acompañe a cualquier parte, está lista en un periquete. En cambio, cuando le digo que lea conmigo, siempre encuentra algo mejor que hacer.

Ruby se rio con ellas y las doncellas se despidieron dejándolas solas.

—¿Te quedarás hasta esta noche? Puedes cambiarte aquí.

—No, me tomo el té y me voy corriendo, que tengo cosas que hacer. Quiero escribir a Meredith y a Edmund. Hace varios días que recibimos carta y aún no he tenido tiempo de responderles.

—¿Cómo están? —preguntó Ruby cogiendo su taza para llevársela a los labios.

—Muy bien. A los tres nos encanta Calcuta, ya lo sabes.

—La India debe ser un país increíble. —Ruby apoyó el platito en su regazo.

—Lo es. Tenemos mucha suerte de tener allí al tío Harvey y la tía Marianne, eso nos ha permitido pasar largas temporadas con ellos. —Bebió un sorbo y la miró sonriente—. Sobre todo a Meredith, que siempre tiene ganas de ver a la prima Eve. Si viviera en Londres sería su mejor amiga. Y Edmund... Bueno, él solo necesitaba alejarse de la señorita Emerson.

Ruby sabía del compromiso de esa señorita con un caballero de Glasgow, pero no había indagado en los detalles.

—Le irá bien estar lejos una temporada —siguió Clementine— hasta que deje de hablarse de ello. Mientras estuvo aquí no había día que papá y él no discutieran.

—¿Sigue culpándolo?

—Está convencido de que ella no lo habría rechazado de no haber estado él en contra. Pero eso es una tontería, papá jamás habló con ella no interfirió de ningún modo.

—Edmund necesita un culpable.

—Sí, yo también lo creo.

La puerta se abrió y apareció Annie con Noah de la mano. El niño corrió hacia ellas y su madre lo abrazó con cariño antes de que Clementine lo tomara en sus brazos, sentándolo en su regazo.

—¿Cómo está el niño más guapo de Londres?

—¿Quieres jugar conmigo?

—Hoy no puedo, chiquitín —se excusó la joven apartándole el pelo de la frente—. Pero prometo que mañana o pasado vendré y nos pasaremos la mañana buscando ranas en tu jardín.

—Mañana nos vamos a Aveldon —dijo Ruby.

—¡Aveldon! —gritó el niño dando palmas—. Ovejitas…

Clementine miró a Ruby interrogadora.

—¿Mañana?

Ruby asintió.

—Estaremos fuera dos semanas. Vamos a llevar a Alice y la ayudaremos en lo que necesite.

—¿Ya está todo listo en la escuela?

—Sí. Los pupitres llegaron hace una semana y las pizarras un par de días después. Holly se ha encargado de todo y me escribió para decirme que la señorita Bledel podía instalarse cuando lo deseara.

—No pensaba que sería todo tan rápido. —Miró a Noah, que se bajó de sus piernas y cogió a su niñera de la mano.

—A jugar —dijo tirando de su mano.

—Id —asintió Ruby—. Intentaré darle yo de cenar.

—Ni se le ocurra —dijo Annie negando con la cabeza—. Tiene que arreglarse.

El niño salió corriendo y la niñera fue tras él. Cuando se quedaron solas, Clementine la miró como si estuviese evaluando lo que iba a decir a continuación.

—¿Has tenido… noticias?

Ruby no necesitaba más datos para saber a qué se refería.

—No. Después de aquel día, no he vuelto a saber de ella.

—Bien. —Sonrió afable.

—¿Y Andrew no ha notado la ausencia de… ya sabes?

—No. No se fija mucho en esas cosas.

—Mejor. —Dejó la taza sobre la mesa y la miró con un brillo en los ojos que Ruby conocía bien—. He recibido carta de la señora Morrison, la madre de Bonnie McEntrie. Me ha invitado a visitarlos en primavera. Dice que puede ponerme en contacto con un primo de su esposo que

podría tener información sobre la relación de Alasdair MacDonald y John Braxton.

—Te veo entusiasmada. —Ruby se llevó la taza a los labios sin perder detalle.

—Lo estoy, al parecer guarda un montón de documentos antiguos de la familia. ¿Te imaginas todo lo que podría haber ahí?

—También podrían ser un montón de papeles viejos, Clementine.

—No sé cómo voy a poder esperar hasta la primavera. El invierno se me va a hacer larguísimo.

—Pero si estamos en otoño —se burló la otra.

—Eso, tú ayúdame.

—Y para que luego solo tenga un listado de facturas.

—Qué mala eres.

Las dos se rieron y cogieron un pastelito cada una.

—¡Está delicioso! —exclamó tapándose la boca.

La puerta se abrió y entró la señora Morton seguida de la cocinera.

—Condesa, perdone que la moleste —dijo el ama de llaves con su habitual seriedad—, la señora Hardwick tiene un problema.

—Ellen se ha cortado y no puede ayudarme en la cocina. Todos los demás están con lo suyo y yo no voy a poder sola. ¿Cree que podrían traer a alguien de la casa de los duques? Son muchos platos, señora. Y hace dos años que no organizo algo tan grande.

Ruby se puso de pie mirando a Clementine.

—Voy a tener que dejarte.

—Por supuesto —dijo la otra levantándose también—. Yo me marcho. No se preocupe, señora Hardwick, nos apañaremos con lo que prepare.

La mujer se secó el sudor con el delantal, respirando agitada.

—Señora Morton, acompañe a Clementine a la puerta. Y usted y yo señora Hardwick, vayamos a la cocina. —Le pasó el brazo por los hombros mirándola con afecto—. Yo la ayudaré.

—¡¿Qué?! ¡De ninguna manera! —La mujer se revolvió con expresión asustada—. ¿Cómo va una condesa…?

—No se lo diremos a nadie —dijo Ruby bajando el tono cuando salieron del saloncito—. Esto quedará entre usted y yo. Tengo experiencia en la cocina, ayudé muchas veces en la cocina del orfanato.

—Pero eso no puede ser.
—Tranquilícese, verá cómo no la decepciono.

CAPÍTULO 49



Al día siguiente, Andrew miraba a su esposa con una sonrisa satisfecha mientras Keating servía el té del desayuno.

—¿Qué?

—Una recepción magnífica. Mi madre no dejó de alabarte durante toda la velada.

—La duquesa es una mujer muy generosa. Aunque todo hubiese sido un desastre, habría encontrado el modo de felicitarme.

Él la miró con calidez, el modo en el que hablaba de su madre era tan afectuoso que lo conmovía.

—Saldremos después del almuerzo —dijo cogiendo la taza de té.

Ruby sonrió alegre y se colocó la servilleta sobre la falda.

—Noah está entusiasmado. ¿Has pensado en lo del perrito? Dijiste que cuando volviésemos a Aveldon…

—Hay un *King Charles Spaniel* esperándolo.

—¡¿Qué?!

Su esposa abrió la boca entusiasmada y la cubrió con las manos en un gesto muy gracioso. Andrew soltó una carcajada.

—Qué pena no tener forma de guardar estas expresiones tuyas. Tu cara es tan reveladora…

Pero Ruby seguía emocionada y anonadada a partes iguales.

—¿Cuándo…?

—Le dije al señor Dibble que me lo consiguiese.

Ruby se levantó de la silla sin probar el té.

—¿Qué haces? —preguntó Andrew ceñudo.

—Voy a despertar a Noah para contárselo.

—¿Qué? —Se rio—. Haz el favor de sentarte.

—Se pondrá tan contento.

—Se lo diremos cuando acabemos de desayunar.

—Pero…

—He dicho que te sientes —dijo sonriendo—. ¿Ha visto, Keating? Mi esposa no tiene el menor aguante.

—Eso no es cierto —dijo ella volviendo a sentarse—. Soy una persona muy paciente.

—¿No vas a dejar que se lo diga yo? —pidió él elevando las cejas.

Ruby lo miró confusa.

—Ccclaro. Tienes razón, debes decírselo tú.

Andrew sonrió divertido y le guiñó un ojo en un gesto casi imperceptible.

Noah saltaba en la cama entusiasmado y Annie miraba el colchón con cara de pena. Sarah y Martha iban a tener mucho trabajo esa mañana para recomponerlo.

—¡Un perrito! ¡Un perrito! ¡Un perrito! —gritaba el niño.

Andrew lo cogió en brazos y se lo puso en los hombros, sin que dejase de gritar.

—Hay que cambiarlo —dijo Ruby haciéndole un gesto para que lo bajara.

Andrew se inclinó hacia ella y la besó en los labios, provocando que el niño callase y que Annie desviase la mirada conteniendo la risa.

—*Jijijiji*, papá te ha dado un beso —dijo el pequeño.

Andrew volteó la cabeza para mirarlo.

—Guárdame el secreto, hijo.

El niño asintió repetidamente. Los dos miraron a Ruby, que era la viva imagen de la estupefacción.

—¿Cuánto rato crees que puede aguantar mamá sin respirar? —preguntó el padre.

Ruby miró a la niñera, que seguía con la mirada clavada en la ventana.

—Annie, ocúpate de Noah cuando el conde deje de hacer el tonto —Salió del cuarto a toda prisa.

Andrew bajó a su hijo, lo dejó en la cama, le dio un beso en la frente y corrió tras ella. La alcanzó en mitad del pasillo y la agarró del brazo obligándola a girarse. Ella vio su sonrisa divertida y le devolvió una expresión malhumorada.

—Annie estaba delante.

—Sabe que eres mi esposa.

—¡No puedes besarme en público!

—Solo era nuestro hijo y su niñera.

—Por eso mismo.

La agarró de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Ahora estamos solos.

La miraba con tanta intensidad que a Ruby se le desbocó e corazón.

—¿Te he dado las gracias? —preguntó con voz áspera.

—¿Pppor qué?

—Has devuelto la alegría a esta casa, a mi hijo y a…

Ella esperó ansiosa. *Dilo. Dilo, por favor*. Él la miró unos segundo y sus ojos mostraron distintas emociones a gran velocidad. La soltó y dio un paso atrás con el pecho agitado.

—Voy a… —Señaló la escalera y después de unos segundos, caminó hacia ella con paso rápido.

Ruby lo vio alejarse sin mirar atrás y se quedó un momento all sola, con el corazón temblando y aquel ansia que manaba de su pecho incesantemente. Lo había visto en sus ojos, era una mirada de amor y brotaba como una fuente imparable, pero él no iba a permitirlo. No rompería su promesa a una moribunda jamás. Caminó hacia la escalera también. Quería escribir una carta a Heather antes de marcharse a Aveldon. Allí no tendría mucho tiempo libre.

Mi querida Heather,

Aquí estoy preparándome para un esperado viaje a Aveldon. Los próximos días los dedicaré a jugar con mi hijo y a atender las necesidades de mi esposo, que está empeñado en que aprenda a jugar al ajedrez contra mi voluntad.

Por aquí, todos estamos bien y deseando que tu embarazo llegue a término. No sabes las ganas que tengo de ver a mi sobrino. Pienso malcriarlo todo lo que pueda.

Hannah sigue queriendo irse a Alemania, pero de momento la hemos contentado con trabajar con el doctor Durham. Ayer hablé con Clementine y me contó que la señora Morrison le había escrito para invitarla a visitarla en primavera. Por supuesto, no puede ir sola, así que quizá me anime a acompañarla. Podría llevar a Noah conmigo y así conoceríamos a tu criatura. Tengo muchísimas ganas de verte. Siento que hace demasiado que no me has visto. Espero que puedas reconocerme…

Keating entró en la biblioteca para anunciarle que tenía una visita.

—¿Lady Hanlon?

—Sí, señora. La he hecho pasar al saloncito de tarde, porque está limpiando el de mañana. No tenía noticia de que tendría una visita a esta hora.

—Ni yo —dijo levantándose sin mucho entusiasmo—. Gracias Keating. Intentaré solucionar lo que sea lo más rápido posible.

CAPÍTULO 50



Lady Hanlon se levantó del sofá en el que estaba sentada en cuanto la vio entrar y, al acercarse a Ruby, esta se percató de su rostro demacrado y sus pronunciadas ojeras.

—Necesito su ayuda, señora condesa —dijo en cuanto se sentaron —. Anoche sucedió algo totalmente inesperado en su casa… No sé cómo hablar de ello sin morirme de la vergüenza. Le aseguro que mi comportamiento me horroriza más a mí que a nadie, pero estoy en una situación muy difícil y… —Se interrumpió temblorosa y se sujetó las manos como si necesitara aferrarse a algo.

Ruby se levantó y fue hasta un mueble, lo abrió, sacó una botella y llenó una pequeña copa. Regresó junto a su visitante y se la ofreció.

—Beba, parece que lo necesita.

La condesa esperó a que se calmase y pudiese hablar con relativa normalidad. La viuda no apartó los ojos de su copa mientras hablaba.

—Anoche, la señorita Vickars nos descubrió al señor Dagnell y a mí en una situación… digamos que… comprometida.

—¿Comprometida?

La viuda la miró con timidez, lo que a Ruby le resultó extraño en ella.

—El señor Dagnell me convenció de que lo acompañara a la biblioteca. Creí que quería mostrarme algún libro, pero en realidad… era otra cosa la que quería.

Ruby abrió los ojos horrorizada.

—¿Se propasó con usted?

Lady Hanlon asintió.

—No me forzó, no estoy diciendo eso. Es solo que… nubló mi entendimiento. Siento algo por ese caballero, ya lo sabe. Me besó y luego… Nunca me había pasado algo así. Mi esposo era un hombre de edad avanzada y yo no he disfrutado de demasiadas… atenciones.

Ruby se llevó la mano a la boca. ¿En su casa? ¿Con todos sus invitados?

—La señorita Vickars entró en la biblioteca en ese momento, no sé con qué intención, pero está claro que nos vio. Y ahora no sé qué hacer. Si esto se descubre será un escándalo monumental y quedaré completamente expuesta.

—¿Y qué pretende de mí?

—Necesito que su marido hable con el señor Dagnell, que le haga cumplir con su deber.

—¿Quiere que mi esposo lo obligue a… casarse con usted?

—Eso es lo que haría un hombre decente.

—Pero él no puede…

—Señora condesa, se lo estoy pidiendo por favor. Me consta que es usted una mujer compasiva…

—Pero… es que… no sé cómo…

—Soy una mujer rica y con posición, el señor Dagnell no saldría perdiendo con esta unión. Yo me comprometo a ser una buena esposa para él. Ayúdeme, se lo suplico, no se lo pe…

Unos gritos fuera hicieron que Ruby se girase hacia la puerta con preocupación.

—¡Condesa! —gritó una voz femenina.

—Discúlpeme un momento —dijo poniéndose de pie—. Vuelvo enseguida.

Salió del salón y apresuró el paso hacia el vestíbulo donde se escuchaba a Keating tratar de calmar a una persona que exigía hablar con ella. Esa voz…

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con tono autoritario.

—Ahora vas a ver —dijo Molly mirando a Keating con expresión de triunfo—. No sabes quién soy yo.

—Yo me encargo, Keating.

—Señora, ¿aviso al señor?

—Por favor, no —pidió ansiosa mirando hacia el pasillo que llevaba a su despacho—. Déjeme a mí.

—Como desee.

Cuando se quedaron solas, miró a su madre con expresión fría.

—¿Qué haces aquí?

—Leo *m'ha dejao* —respondió lastimera.

—Te dije que no quería volver a verte.

—¿Es que no escuchas? —preguntó dando un paso hacia ella—. ¡Leo me ha *dejao*! Se quedó con tus joyas y ahora tiene la pensión como quería.

—Eso no es asunto mío.

—¿Que no es asunto tuyo? —Molly apretó los labios y se enderezó con mirada furiosa—. Vas a tener que darme algo a mí.

—Te dije...

—No *m'importa* lo que dijiste. Si no me das algo, hablaré con tu marido.

Ruby apretó los puños, mientras el frío la traspasaba.

—Márchate.

Molly entornó los ojos ligeramente y luego desvió la mirada como si buscase algo.

—Con que esas tenemos, ¿eh? ¿Dónde está? Voy a hablar con él ¡Señor conde! —gritó haciendo ademán de adentrarse en la casa.

Ruby la agarró del brazo y la empujó hacia la puerta.

—¿Qué haces? —Su madre intentaba soltarse—. ¡Suéltame! ¡Será malnacida!

—¿Qué pasa aquí?

La voz de Andrew a su espalda le congeló la sangre en las venas Ruby miró a su madre a los ojos y había una súplica desesperada en ellos, mientras en su cabeza repetía: «por favor, por favor, por favor».

—¡Hombre, aquí está mi yerno! —dijo Molly.

Ruby sintió el sabor de la sangre. Se había mordido la lengua.

—¿Quién es usted?

Molly se libró del agarre de Ruby y caminó hasta Andrew que la miraba inquisitivo.

—Soy la madre de Ruby, Molly Brown. —Hizo una tosca genuflexión—. *Uste* puede llamarme mamá.

Andrew tuvo que hacer muchos esfuerzos para no lanzar una exclamación de sorpresa. Molly se giró hacia su hija que seguía de espaldas a ellos.

—He *venío* a verla porque necesito ayuda. Las joyas que nos dio se las ha *quedao* Leo y el muy *desgraciao m'ha echao* de casa sin *na*.

La mandíbula de Andrew se marcó fuertemente y sus manos se crisparon como si quisiera soltar algo que le pesaba.

—¿Las… joyas?

—Ah, claro, *m'hija* no se *l'ha* dicho. Nos dio unas joyas *pa* que Leo comprase la pensión, pero ahora él *m'ha dao* la *patá* y no tengo *ande* vivir. *L'he pedío* ayuda, pero *s'hace* la tonta.

—¿Ruby? —Andrew miraba hacia ella, que seguía sin moverse— Ruby, mírame.

Ella se giró despacio y Andrew sintió que una mano le retorcía las entrañas.

—¿Desde cuándo pasa esto?

La palidez en su rostro hacía que sus ojos acuosos brillasen aún más. No podía articular palabra, estaba paralizada. Andrew miró entonces a su madre y respiró hondo por la nariz.

—Desde el día de la boda —respondió Molly—. Vine a verla antes de que fuera a la iglesia.

—Entiendo —dijo él.

¡No, no lo entiendes! —gritaba Ruby en su cabeza—. *¡No lo entiendes!*

—¿Y qué es lo que quiere?

—¿*Pos* qué va a ser? Dinero. Lo bastante pa largarme bien lejos de Londres.

—¿Dónde se aloja?

—No tengo *ande* ir y tampoco dinero *pa* pagarme una habitación. – Miró a su alrededor—. Aquí deben tener muchos cuartos vacíos. Podría quedarme hasta…

—¡No! —gritó Ruby y su voz salió de su garganta como un gruñido animal.

Se clavó las uñas en la palma de la mano con saña.

—Tome este dinero —dijo Andrew tendiéndole unas monedas— Con eso tendrá suficiente para un par de días. Cuando sepa dónde se aloja, envíe una nota. Yo me pondré en contacto con usted. No vuelva a venir a esta casa. ¿Lo ha entendido?

—Sí, lo *entendío*, soy pobre, no tonta.

—Bien. Que tenga un buen día.

Ruby miraba detrás de él y su rostro era la imagen viva del terror Se giró bruscamente y se topó con Lady Hanlon.

—Bueno, yo me voy —dijo Molly abriendo ella misma la puerta— Dos días. Si no, volveré.

Cuando la puerta se cerró, Ruby corrió hasta Lady Hanlon y se tiró a sus pies.

—Por favor, por favor, no diga nada. Le prometo que la ayudaré tanto como pueda con su asunto. Se lo prometo, pero no diga nada de lo que ha visto.

La dama miraba a la condesa a sus pies con una expresión que a Andrew le pareció de lo más repugnante. Se acercó a ellas en dos zancadas y obligó a Ruby a levantarse del suelo, agarrándola del brazo con muy poca delicadeza.

—¿Le importaría dejarnos, Lady Hanlon? Mi esposa y yo tenemos que resolver un asunto familiar.

—Por supuesto —dijo la viuda con una pérfida sonrisa.

—¡Señora Hanlon, por favor! —gritó Ruby desesperada.

La mujer se giró despacio y la miró con una expresión desolada.

—Condesa, ¿por quién me toma? Jamás revelaría un suceso tan delicado a nadie. Es usted mi amiga y no tiene nada que temer. Mis labios están sellados.

Andrew esperó hasta que la mujer salió de la casa y entonces tiró de Ruby hacia las escaleras.

CAPÍTULO 51



Andrew la miraba imponente y se cernía sobre ella como una estatua de mármol. Estaba sentada en la cama y trataba de responder con total sinceridad a sus preguntas. Había dejado de temblar y su agotamiento había llegado entonces hasta la extenuación.

—¿Desde cuándo te chantajea?

—Desde el día de la boda. Se presentó aquí cuando iba a salir hacia la iglesia.

—¿Por eso llegaste tarde?

Ruby asintió.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y no respondió.

—¿Eres consciente de lo que un escándalo como este podría hacerle a mi familia?

Su serenidad le puso a Ruby los pelos de punta.

—Puedes divorciarte de mí. Aceptaré cualquier acusación que…

—¿Divorciarme? ¿Quieres humillarme públicamente?

Ella elevó la mirada.

—Lo siento mucho —dijo con cansancio—. Siento que te sientas humillado, siento haberte puesto en esta situación. Debí cancelar la boda, lo sé, pero…

—Debiste darme la oportunidad de arreglar esto cuando tenía arreglo.

Ruby asintió.

—Me iré de esta casa. Ahora. Me iré sin nada, Andrew. Podrás acusarme de abandono y divorciarte de mí. Lo siento, lo siento tanto…

Se cubrió la cara con las manos. Él la agarró de las muñecas y tiró de ella para levantarla.

—No harás nada, escúchame bien —ordenó contenido—. A partir de ahora, me preguntarás antes de tomar cualquier decisión. No

pensarás, no actuarás y no decidirás nada que yo no te haya permitido ¿Me oyes?

Ruby sintió la furia de su esposo en todo el cuerpo. Una furia silenciosa, que no requería de gritos porque su intensidad era tal que emanaba por todos sus poros. El corazón le latía desbocado y las lágrimas cesaron de golpe. Andrew la soltó con brusquedad.

—Cancelamos el viaje —masculló—. Tú se lo dirás a Noah.

Ella asintió resignada.

—No dormiré aquí. De momento me trasladaré al que tú ocupabas antes de...

—¡No! —exclamó ella horrorizada—. Esta habitación... Yo no quiero estar aquí si tú no estás.

—¿No has oído lo que acabo de decirte? —preguntó inclinándose hacia ella hasta estar tan cerca que sintió su aliento rozándole la nariz —. No quiero oír tu opinión sobre nada, lo único que tienes que hacer es obedecerme. Hoy almorzaré fuera. Ni se te ocurra salir de esta casa.

Esperó hasta que ella asintió temblorosa y se marchó dando un portazo. Ruby se tumbó en la cama y encogió las piernas haciéndose un ovillo. Más de una hora después se miraba al espejo y trataba de disimular el rastro de sus lágrimas, sin mucho éxito, usando los polvos de su tocador. Añadió un poco de rubor y color en los labios. Salió de cuarto con el mismo vestido, que estaba arrugado por haberse tumbado con él. Noah no disimuló su tristeza y se abrazó a ella llorando por no ir a Aveldon, pero los niños tienen un sexto sentido para las emociones y enseguida percibió que ella estaba aún más triste que él y dejó de protestar. Sentir sus manitas alrededor del cuello a punto estuvo de arrastrarla a una vorágine de autocompasión, así que dejó a Noah con Annie y se dirigió a las dependencias del servicio. Les explicó que el viaje había sido cancelado y les pidió que preparasen solo almuerzo para Noah. Supuso que todos sabían lo ocurrido. Era imposible que no hubiesen escuchado los gritos.

Se sentó frente al escritorio y miró la carta que estaba escribiendo para Heather. Parpadeó varias veces tratando de aclararse la vista. Las lágrimas gotearon sobre el papel dejando manchas grises y ella las observó caer como si de un espectáculo se tratase. Ya está. Por fin había pasado lo que más temía y de la peor forma posible. Tuvo en su mano

evitarse todo aquel sufrimiento. Si hubiese cancelado la boda, nada de todo aquello habría ocurrido. Andrew seguiría siendo un amigo y ella viviría tranquila en el orfanato. Sin amar. Sin dolor.

Cogió la pluma, la mojó en el tintero y comenzó a escribir de nuevo

¿Cuál es mi pecado? Me lo pregunto muchas veces y nunca encuentro una respuesta satisfactoria. A veces pienso que debí de ser un monstruo en otra vida y estoy pagando por ello. Pero no creo en la reencarnación, así que ni ese consuelo tengo.

Mojó la pluma.

¿Entonces? ¿No son mis pecados los que estoy limpiando sino los de otro? ¿Los de quién? ¿Los de mi madre? ¿Los de mi padre? ¿Por qué? ¿Acaso no merezco tener una vida? ¿Ser feliz? Antes creía que ser feliz era estar en paz. No tener miedo de que te abandonen o te golpeen. Ver la alegría de los seres a los que amas y sentirte partícipe de esa alegría. Ahora sé que es mucho más. Ser feliz es jugar a un juego estúpido sin nombre y reírte a carcajadas mientras tratas de golpear una bola. Ser feliz es ver al hombre al que amas jugar con su hijo sin culpa. Ser feliz es sentir…

Levantó la pluma y su mano tembló sosteniéndola. Pensó en cómo la acariciaba, en lo que sentía justo antes de que todo estallase. Había rozado la felicidad con los dedos, sabiendo que no era suya. Porque él no era suyo, era de Claire. Y entonces lo comprendió. Ese era su pecado. Se había atrevido a ocupar el lugar de una muerta.

Dejó la pluma en el tintero y estrujó el papel, desechándolo. Se recostó en el respaldo de la silla y miró hacia la ventana. Se imaginó que Claire estaba a su lado. Casi pudo sentir su pequeña mano sobre el hombro, crispada como una garra.

—Tú no estás aquí —musitó para sí.

No salió de la biblioteca en toda la tarde. Permaneció en esa silla mirando hacia la ventana, sin darse cuenta de que se hacía de noche. Alguien del servicio entraba y le preguntaba si necesitaba algo. Ella respondía que no y que la dejaban sola.

—Señora condesa —dijo Keating.

Ruby lo miró sin expresión.

—No necesito…

—La cena está servida —la interrumpió con delicadeza—. Y el señor la espera en el comedor.

Ella dio un respingo y se levantó inmediatamente.

Andrew la miró con desaprobación.

—No te has cambiado —dijo como si él no llevase puesta la misma ropa con la que se había marchado aquella mañana.

—Estaba… —señaló hacia la puerta y no supo qué decir.

Se sentó con la mirada baja y dejó que el mayordomo le sirviese la sopa. Andrew la observaba con preocupación. Estaba despeinada y con el vestido arrugado. Tenía profundas ojeras y los ojos apagados. Había llorado mucho. Que estuviese enfadado no significaba que no le importase su sufrimiento.

—¿Has comido algo hoy?

—¿Qué? —preguntó ella mirándolo confusa.

Andrew desvió la mirada hacia Keating, que negó con la cabeza.

—Déjennos solos, por favor —pidió—. Nosotros nos serviremos. Gracias Keating.

El mayordomo y su ayudante salieron del comedor y cerraron suavemente la puerta.

—Come —ordenó.

Ella lo miró como si acabase de llegar, luego bajó la mirada al plato pero no se movió.

—¡Oh, maldita sea! —masculló él perdiendo la paciencia.

Arrastró la silla hasta colocarla a su lado, cogió la cuchara y la sumergió en la sopa.

—Abre la boca.

Ella lo miraba como si le hubiese pedido que caminase con las manos.

—Abre la boca, Ruby. Aaaaa.

Hizo ademán de coger la cuchara de su mano, pero él se la agarró con la que tenía libre y la colocó sobre su pierna sin soltarla.

—Aaaaa —repitió y Ruby abrió la boca.

—Buena chica —dijo él y repitió el proceso.

Ruby lo miraba como si quisiera memorizar su rostro.

—He visto a Noah y estaba tranquilo —dijo Andrew mientras la alimentaba—. Le he leído yo el cuento de esta noche. Te has olvidado de él.

Ella se mordió el labio con fuerza.

—Tienes que dejar de hacer eso —dijo mirándola a los ojos—. No puedes morderte con tanta rabia.

Ella asintió sin decir nada y siguió comiendo lo que le daba.

Con el segundo plato consiguió que Andrew la dejara comer sola y él volvió a su sitio en la mesa.

—¿Puedo retirarme? —preguntó Ruby cuando él se disponía a pasar al salón.

—No —dijo tajante—. Tenemos que hablar.

Le indicó la butaca que ella solía ocupar y él fue a servir dos copas. Ruby se sentaba con la espalda erguida y las manos en el regazo. Le entregó una copita de oporto y se sentó en la otra butaca sosteniendo la suya.

—¿Cuánto les has dado ya?

Ruby respiró hondo y bebió un sorbo de su copa antes de responder.

—Me pidieron seiscientas libras. Yo no tengo ese dinero y…

—Les diste las joyas que te regalé, ya lo sé. Pero ¿cuántas y cuáles le diste?

—Lo siento. Te devolveré el resto.

—Son tuyas. Puedes hacer con ellas lo que te plazca.

Ruby lo miró mortificada.

—¿No imaginaste que te pedirían más?

Ella negó con la cabeza.

—¿Habías visto a tu madre antes? Me refiero…

—No. Ni siquiera recordaba bien su cara. Creía que… me parecía a ella.

—No os parecéis en nada —dijo él sin contención alguna.

Ruby tragó saliva.

—Debes repudiarme —dijo con firmeza—. No va a dejar de hacer esto. Si le das dinero, volverá a por más.

—De eso me encargo yo.

—Debes repudiarme, es la única manera de proteger a tu familia.

—Voy a dejarles muy claro que iré a por ellos si vuelven a acercarse a mi familia.

Ruby negó con la cabeza.

—Si me marcho no podrán hacer nada contra ti. Todo lo malo que digan de mí jugará a tu favor. Debes repudiarme públicam…

—¡Basta! —la voz de Andrew sonó atronadora en aquel pequeño salón—. No vuelvas a decir eso.

Andrew se levantó de la butaca y Ruby se encogió en su asiento instintivamente. Su esposo la miró estupefacto.

—¿Qué creías que iba…?

Se sentía tan ofendido por ese gesto que optó por no hablar de ello en ese momento. Su ánimo ya estaba lo bastante alterado como para añadir un nuevo agravio a todo lo demás. Dejó su copa sobre la mesita y atizó el fuego de la chimenea.

—¿Cómo supo lo de nuestra boda? —preguntó.

—Por una criada.

—¿Podemos creer algo de lo que diga tu madre?

—No lo creo —musitó.

Permanecieron un momento en silencio.

—Yo no me parezco a ella —aclaró Ruby.

Andrew volteó la cabeza para mirarla.

—¿No? Me mentiste sabiendo que no me gustan las mentiras.

—No te mentí.

—¿Ah, no? —dejó el atizador en su sitio y se giró hacia ella— Dijiste que te había entretenido la madre de un niño del orfanato.

—Y así fue. —Lo miró orgullosa—. Yo soy una de ellos, por si lo has olvidado.

Él sonrió sin humor.

—Bien jugado.

—Nunca quise perjudicarte —dijo con una firmeza sorprendente dado su aspecto actual—. Pensaba que podía solucionarlo sin involucrarte.

Él apretó la mandíbula.

—Debiste confiar en mí. Darme la oportunidad de…

—Tienes razón y mi primer impulso fue cancelar la boda. Pero… – Desvió la mirada y bajó el tono—. Deseaba tanto ser tu esposa… Fu una egoísta. Ese pecado sí es mío.

Andrew entornó ligeramente los ojos preguntándose de qu pecados hablaba. Ruby lo miró de nuevo y había determinación en su ojos.

—No dejaré que esto salpique a tu familia. Ni siquiera volveré a orfanato, me iré de Londres.

—Esa mujer es tu madre y tú eres mi esposa, no hay forma de qu no me vea salpicado. Yo me encargaré de solucionarlo y tú no irás a ninguna parte. Te quedarás en esta casa y cuidarás de nuestro hijo. – Hizo una pausa—. ¿Has oído lo que he dicho, Ruby? Respóndeme.

Ella asintió.

—En voz alta.

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Me quedaré en esta casa, cuidaré de Noah y engendraré a tu hijos. Si es que puedo hacerlo —dijo sin mirarlo.

Andrew apretó los labios y dejó salir el aire por la nariz sin deci nada al respecto.

—Buenas noches.

Ruby escuchó sus pasos y contuvo la respiración hasta que escuch la puerta cerrarse.

CAPÍTULO 52



Leo Dodds leyó el documento con atención y una vez acabó su lectura miró a Andrew y a los dos hombres que lo acompañaban con una ceja levantada.

—¿Esto es legal?

—Completamente —respondió Andrew—. Si incumplen cualquiera de mis condiciones, los demandaré. Y no duden de que acabarán en la cárcel.

—¿Qué dice ese papel? —preguntó Molly de muy malos modos.

Leo la miró enarcando una ceja.

—Que si hablamos de tu hija, iremos a la cárcel. ¿Qué has hecho idiota?

—Yo no he hecho *na*.

—Si no hubieras hecho nada, no estaría él aquí. —Miró a Andrew— ¿Qué ha hecho?

—Se presentó en mi casa para pedir más dinero.

Leo dio un golpe en la mesa y se levantó amenazador.

—¡Eres estúpida! ¿Cuántas veces te dije que no hicieras eso?

—¡Me echaste a la calle!

—¡Serás puta! Te abriste de piernas para ese desgraciado.

—Creía que sería bueno *pa'l* negocio. —Intentó agarrarse a su chaqueta—. Yo solo te quiero a ti.

Él la apartó de un manotazo.

—¿Quererme? Tú no sabes lo que es querer. Y ahora estoy metido en un lío por tu culpa.

—No firmes *na*, que diga lo que quiera.

Dodds miró a Andrew, que torció una sonrisa perversa.

—Si no firman el documento, no pararé hasta verlos en la cárcel. Probablemente yo saldré un poco perjudicado, la gente hablará de mi familia un tiempo, pero les aseguro que emplearé todo mi dinero y m

influencia en conseguir que ninguno de los dos vuelva a ver la luz de sol en toda su miserable vida.

—¿Dejará que se rían de su esposa? —se burló Molly—. *Tos* sabrán quién es la condesita, por más que se ponga esos vestidos tan caros.

—Todo el mundo sabe quién es mi esposa. —Andrew la miró con dureza—. Una mujer decente y buena que no le ha hecho daño a nadie jamás.

—Yo he cumplido mi palabra. —Leo volvió a la silla y colocó las manos en sus muslos en actitud indolente—. No tengo intención de hablar de su esposa ni de molestarlo más. Fue muy generosa con nosotros a pesar de todo. Sé que Molly la abandonó y por eso jamás he querido tener hijos con ella, no sirve para ser madre.

—¡Oye! Yo era una cría cuando la tuve. Y su padre nos molía a palos a las dos. Y luego va y se muere, el muy desgraciado. Nos dejó sin *na* ¿qué iba a hacer yo? ¿Cargar con ella? ¡Bastante tenía con salir yo adelante! Y eso fue bueno *pa* ella, mira lo bien que se lo ha *montao*.

Andrew sentía que la sangre le hervía en las venas.

—Señor Dodds —dijo despacio—, soy parlamentario, Conde de Aveldon y futuro Duque de Greenwood. Tengo dinero y posición para aplastarlos a los dos como a gusanos. Firmarán este documento, que se rige por las leyes y costumbres de Inglaterra. Y cualquier litigio derivado de su incumplimiento será resuelto, a mi favor, por la autoridad judicial competente.

—¿Y si no? —lo provocó Molly.

Andrew respiró hondo y dejó escapar el aire con impaciencia.

—Pediré que investiguen el robo de las joyas de mi esposa. Las encontrarán, pueden estar seguros. Esas joyas llevarán a las autoridades hasta ustedes dos. —Apoyó las manos en la mesa inclinándose hacia delante mirando a Leo fijamente—. Bajo ningún pretexto permitiré que vuelvan a extorsionarme. Si para evitarlo debo enfrentar el hecho de que mi esposa salió de un vientre desnaturalizado, lo haré. ¿Se hablará de nosotros? Sin duda, pero solo hasta que surja otro escándalo. Pero usted y esa mujer, pasarán el resto de su vida en prisión.

Se incorporó con una sonrisa malévola.

—Usted decide. ¿Firman ese documento o se enfrentan a mí?

Leo cogió la pluma al instante, la mojó en el tintero y firmó.

—Ella no sabe escribir —señaló con un dedo manchado de tinta.

El abogado de Andrew se adelantó para hablar.

—Que trace una equis y yo añadiré una adenda.

—No pienso hacer eso —dijo ella cruzándose de brazos.

Leo se levantó con tanta violencia que la silla salió disparada hacia atrás y cayó al suelo con estrépito. La agarró del cuello y la empujó hasta una de las vigas que sostenían el techo. Molly no podía respirar cuando sintió su aliento en la oreja.

—Vas a firmar ese documento y te juro por mis pelotas que si vuelves a molestarles o le cuentas a alguien quién eres, yo mismo te mataré. Y sabes que no voy de farol.

La soltó de golpe y Molly tosió tratando de coger aire con desesperación.

—No iré a la cárcel por tu culpa. ¡Firma! —ordenó Leo dándole un empujón.

Molly obedeció y el señor Brain agregó la aclaración y firmó también. Luego fue el turno del secretario, que actuaba como segundo testigo. Y por último, Andrew.

—¡Hala! —susurró Molly al ver la elaborada filigrana del conde mientras se frotaba el cuello.

Andrew hizo un gesto y el secretario recogió el documento. Leo y él se miraron durante unos segundos y finalmente el conde asintió.

—Buenas tardes —dijo, y se dirigió a la puerta.

—Espere —pidió Molly.

Andrew la miró con desprecio.

—Dígale a *m'hija* que estoy orgullosa. Ha *sio* mucho más lista que yo —dijo mirando a Leo por el rabillo del ojo.

—Usted no tiene ninguna hija —masculló Andrew, y sin más salió de allí ignorando los improperios a su espalda.

El carruaje se detuvo frente a la casa de Lady Hanlon, y Andrew bajó seguido por los dos hombres que lo acompañaban.

—¿Quiere que nos quedemos aquí, señor?

—Sí, no tardaré.

El secretario se adelantó para llamar a la puerta y cuando e mayordomo les abrió, anunció al conde. El criado lo hizo pasar y l pidió que esperase un momento para advertir a Lady Hanlon.

—Viene solo —dijo el mayordomo en tono bajo.

—¿Ha dicho el motivo? —preguntó ceñuda.

—No, señora, pero creo que no debería hacer esperar al conde. N parecía de muy buen humor, la verdad.

—Corra, hágalo pasar, William.

Se retorció las manos nerviosa. No había dejado de pensar en l que había sucedido en aquella casa y en cómo podría utilizarlo en s propio beneficio sin ponerse en contra a un hombre tan poderos como…

—¡Señor conde! —exclamó cuando entró en su salón—. ¿A qué deb este honor? William tráiganos té y algún refrigerio.

—No estaré mucho —lo detuvo Andrew—, por favor, no traiga nada

Lady Hanlon le hizo un gesto con la cabeza al mayordomo y est salió de allí cerrando la puerta tras de sí.

—Siéntese. ¿Le sirvo al menos una copa de vino?

—Lady Hanlon —dijo Andrew sin moverse de donde estaba—. E otro día presenció una desagradable escena en mi casa.

—Señor conde, ya le dije a su esposa que no tiene nada de lo qu preocuparse. Yo no…

—Verá, no puedo impedir que cuente lo que vio y no voy a amenazarla diciéndole lo que ocurrirá si propaga esa información. S que me conoce y sabe perfectamente a lo que se expone si me convier en su enemigo. No he venido a eso, a lo que he venido es a advertirle d que si vuelve a tratar a mi esposa sin la consideración que merece, vo a ser muy poco amigable con usted.

Lady Hanlon empalideció visiblemente incómoda.

—Espero que no lo olvide, porque voy a estar muy atento. A parti de hoy no dejaré pasar ni un solo gesto desconsiderado hacia ella. No l merece, como estoy seguro de que ya habrá comprobado. Mi esposa y ha sufrido bastante y no dejaré que nadie más la trate de forma injusta ¿Me ha entendido?

Lady Hanlon asintió despacio con una expresión tan anonadada que en otras circunstancias habría resultado graciosa.

—Discúlpeme por haberme presentado de manera tan intempestiva. Que tenga un buen día.

La mujer lo vio salir de allí y se dejó caer en el sillón con la boca abierta.

CAPÍTULO 53



El resto de la semana, Ruby se pasó el día con Noah. No tenía permiso para salir de casa, así que solo recibía visitas familiares y rechazaba todas las invitaciones aduciendo un malestar pasajero. Emma fue a visitarla y Ruby temió que, con su perspicacia, consiguiese sacarle hasta el último de sus secretos. Pero la tía de Andrew leyó en su ánimo desde el primer minuto y no forzó confidencias por su parte. Matilda la visitó la segunda semana, y le estuvo contando todas las novedades del hogar de acogida. Para Ruby fue un poco de aire fresco en una habitación cerrada. Le llevó algunos dulces que había hecho la cocinera por orden de la señorita Perkins, un par de libros de la señorita Crowder y dibujos de los niños.

Las primeras noches se desvestía y se tumbaba en la cama a la espera de que Andrew la visitara, pero después de varios días sin que acudiera, dejó de esperarlo. Sabía que su madre y ese tal Leo habían firmado el documento, pero no lograba quitarse de encima aquel terror atávico a verla aparecer en cualquier momento. Se imaginaba en medio de un salón repleto de gente y siendo señalada por todos, mientras se reían de su esposo.

Andrew siguió durmiendo en el otro cuarto, mientras ella pasaba las noches en la habitación de Claire. Apenas dormía y lo poco que lo hacía sufría terribles pesadillas. Una y otra vez se despertaba con el corazón acelerado y sensación de asfixia, como si alguien hubiese cubierto su cara con una almohada. Después de eso se quedaba despierta, revolviendo las sábanas inquieta. Y su mente la torturaba recordando las caricias de Andrew, su peso en la cama, su respiración relajada…

Cada noche cenaban juntos. Fingían hablar, aunque solo encadenaban palabras que apenas tenían sentido. Después él se retiraba a su despacho. Siempre estaba en su despacho y ella sabía que lo que no quería era estar con ella. Le guardaba rencor, estaba segura. Y

no lo culpaba. Se casó con ella porque creyó que era alguien fácil que no le daría problemas y no hacía más que complicarle la vida con sus burdos sentimientos y una madre indecente y vulgar. ¿Se preguntaría cuánto de esa mujer había en ella?

Se levantó de la cama y deambuló por la habitación. Tenía la mirada desquiciada y el cuerpo ardiendo. No podía soportar aquella sensación que mezclaba la rabia, el dolor y la culpa y lo convertía en un golpe en su pecho con cada latido. Lo deseaba. Quería sentir sus manos acariciándola, el sabor de su boca... Se estaba volviendo loca. Se detuvo en seco con el corazón latiendo desbocado. Era su marido. Era su marido. Y ella estaba allí para darle un hijo. Salió de su cuarto, recorrió el pasillo y entró en el dormitorio que había sido suyo mientras solo fue la niñera. Andrew giró la cabeza hacia la puerta cuando la oyó entrar. Ella se quitó el camisón junto a la cama y lo dejó caer al suelo. Sin decir nada, él se hizo a un lado para dejarle sitio y cerró los ojos antes de besarla.

Al parecer él estaba tan necesitado como ella y la pasión los abrasó. Ruby lo acariciaba con su lengua sin el menor recato y él se estremeció ante su arrollador deseo. Andrew deslizó los labios por su mandíbula, bajó por su cuello empujado por sus gemidos, y no se detuvo hasta atraparle el pezón entre los dientes. Apretó lo justo para arrancarle un quejido áspero y deslizó su mano hasta encontrar la humedad caliente. Se colocó entre sus piernas.

—Por favor —suplicó Ruby—. Por favor...

Lo deseaba, no había duda. Andrew se detuvo un instante y a punto estuvo de buscar sus ojos. Le estaba suplicando que la tomara. La descarga de un rayo lo atravesó y mantuvo la mirada baja, pero lo que no pudo contener fue su empuje. Se clavó en ella y Ruby salió a su encuentro hundiéndolo más. Andrew la embistió con ritmo contenido primero, después sin piedad y ella enredó sus piernas alrededor de sus muslos aferrándose a su cintura. Cuando lo marcó con las uñas, él le cubrió la boca con la mano sabiendo que iba a gritar y el jadeo se estrelló contra aquella palma, húmedo y caliente.

—Estoy aquí —susurró Ruby—. Estoy aquí.

Andrew aceleró. La respiración errática, el sudor deslizándose por su pecho. Lo sentía en todas partes. Sentía su peso, el golpe cuando

llegaba al límite, la dulce sensación de estar a punto de partirse en dos El placer le dobló los dedos de los pies y la arqueó contra él estrujándolo por dentro. Andrew se hundió más hondo, más rápido con esa furia que era también ternura. Cuando el orgasmo fue ya inevitable para él, se apartó y descargó su simiente sobre el colchón ahogando un quejumbroso gemido. Ruby cerró los ojos un segundo sentía los labios hinchados y dejó escapar un largo y profundo suspiro Se incorporó despacio, bajó de la cama, recogió el camisón del suelo y se lo metió por la cabeza. Andrew siguió cada uno de sus movimientos pero no la retuvo. Cuando cerró la puerta sin hacer ruido, él extendió la mano, la pasó por la almohada húmeda por sus lágrimas y masculló un lamento ahogado.

Establecieron una rutina perversa. Durante el día se comportaban como si Ruby siguiese siendo la niñera de Noah, con la única diferencia de que ahora la llamaba mamá. Andrew pasaba la mayor parte de tiempo fuera de casa y no acudían apenas a eventos. Cuando lo hacían se comportaban con total corrección y amabilidad el uno con el otro y a los ojos de todos eran un matrimonio perfecto. Por la noche cenaban juntos, hablaban de cosas triviales. Luego él se retiraba a su despacho y Ruby bordaba, leía o simplemente miraba al techo hasta que subía a su cuarto. Una noche ella y otra él se visitaban después de que el reloj hubiese dado las once. La pasión entre ellos era más que evidente y el deseo no hacía más que aumentar. Quizá por el hecho de negarse el cariño propio de semejante intimidad, por mostrarse fríos y distantes el resto del tiempo, cuando se entregaban el uno al otro lo hacían con una furia volcánica.

Ruby perdió la timidez y Andrew dejó a un lado la contención Seguía sin mirarla y se apartaba antes de derramarse, pero ella ya no lloraba. Muchas veces todo sucedía muy rápido, apenas sus cuerpos se tocaban, él la poseía. Pero otras parecía deleitarse con ella, la recorría con sus labios, la exploraba con su lengua y la acariciaba de un modo casi reverencial. Ruby se acostumbró a mantener los ojos cerrados todo el tiempo y sustituía las imágenes reales por otras en las que Andrew la miraba con devoción, la acariciaba observando en su rostro cada

mínimo gesto y ella reía, reía todo el tiempo. Lejos de satisfacerla, sus fantasías comenzaron a pudrirse dentro de ella. Cada vez se sentía más sucia. Empezó a ver a su madre al mirarse al espejo. Y los recuerdos que había enterrado muy hondo en su cerebro, regresaron.

Pérdida.

Tras pérdida.

Tras pérdida.

Solo había una situación en la que Ruby brillaba sin el menor ápice de sufrimiento y era cuando estaba con Noah. Con él podía reírse, se sentía limpia y pura. El niño la adoraba sin reservas. Paseaban juntos, jugaban, le daba de comer y lo acostaba cada noche. El pequeño se había unido tanto a ella, que la estaba sosteniendo con sus pequeñas manitas, convirtiéndose en consuelo para su alma.



—Mi querida condesa, qué sorpresa verla por aquí.

Ruby salía de la librería con Noah en los brazos y se topó con la señorita Knigge y lady Hanlon en la puerta. Por el modo en que la señorita Knigge la miraba estaba claro que reprobaba seriamente que cargase con el pequeño. La mujer miró a Annie que estaba a su lado con un montón de libros y cuentos.

—Veo que añora su oficio —siguió—. Tantos años ocupándose de los niños de otros…

Ruby apretó los labios suavemente captando la poco sutil indirecta

—¿Qué madre no disfruta de la ternura que provoca sostener el cuerpo de su hijo en brazos? Si alguna vez es madre, me entenderá.

La señorita Knigge trató de disimular que la había molestado y miró a Lady Hanlon, sorprendida de que no aprovechase la ocasión para soltar una de sus pullas.

—¿Ha estado enferma? —preguntó poniendo de nuevo toda su atención en la condesa—. Lleva semanas sin acudir a ningún evento. Si ya está bien, supongo que participará en el bazar benéfico para viudas y

huérfanos de los obreros de Spitalfields. Imagino que la vizcondesa la habrá invitado.

—Recibí la invitación, sí.

—¿Y piensa asistir? La anterior señora Greenwood fue parte de la organización el año de su boda. Fue una anfitriona magnífica, todos quedamos maravillados de su...

—Imogen —la cortó Lady Hanlon—, la condesa tendrá cosas más importantes a las que dedicar su tiempo. Ese bazar lleva organizándose décadas y seguirá muchas más, la señora Greenwood —hizo hincapié en el apellido—, tendrá ocasión de participar muchas veces. Me he alegrado mucho de verla, señora condesa. Dé saludos a su esposo. Vamos, llegaremos tarde a nuestra cita. Que tenga un buen día.

Agarró del brazo a su amiga y la arrastró con ella haciendo caso omiso a sus protestas.

Esa noche, durante la cena, Ruby mencionó el asunto a su esposo que estuvo muy interesado en saber cómo había respondido Lady Hanlon a las provocaciones de la señorita Knigge.

—Ha sido muy extraño —dijo pensativa—. Lady Hanlon parecía incómoda con la actitud de su amiga. No es que me haya defendido pero digamos que no se ha aprovechado de la situación para atacarme.

—Me alegra que tenga claro que debe respetarte.

Ella suspiró y le sostuvo la mirada.

—Ahora lo entiendo. Has sido tú, ¿verdad? Has hablado con ella.

Andrew asintió y Ruby dejó el tenedor en el plato. Había perdido el poco apetito que tenía. Se limpió la comisura de los labios.

—¿Te parece mal? Gracias, Keating. —El mayordomo le hizo un gesto a su ayudante y salieron del comedor.

—No. Lo entiendo. Que me pongan en evidencia no me daña solo a mí. —Lo miró de frente—. Puedes obligarlas a tolerarme, pero no conseguirás que me respeten.

—Para eso tú tienes que poner de tu parte —dijo con dureza.

Ruby lo miró sin dar crédito.

—Claro. —Asintió con cansancio—. Es culpa mía.

—Eres la condesa de Aveldon, deberías comportarte como tal.

Ella sintió que se le retorcían las tripas y su respiración se agitó haciendo que su pecho subiera y bajara visiblemente.

—Deberías enseñarme. Como sabes, no he recibido educación adecuada. ¿Debo ser más sumisa? ¿Complaciente? ¿Debo sonreír todo el tiempo?

—Fíjate en lo que hace mi madre. —La miraba con fijeza.

—La duquesa es una mujer maravillosa, jamás podré estar a su altura.

—Solo necesitas dejar de hacer esto.

Ruby lo miró confusa. Parecía muy enfadado y no entendía por qué exactamente. No es que no le hubiese dado motivos para ello, pero es que al sentarse a cenar no parecía estar de malhumor.

—¿Esto?

—Deja de comportarte como si no lo merecieras. Como si estuvieses ocupando un lugar que no te pertenece.

—Es exactamente eso —dijo incrédula.

Andrew dio un golpe en la mesa, los cubiertos saltaron y provocaron un respingo en ella.

—¡Eres mi esposa! Si alguien no te respeta, debes actuar en consecuencia. La condesa de Aveldon no se encoge, no se humilla y no se acobarda.

—¿Quieres que me enfrente a ellas? ¿Que les plante cara?

Andrew bajó el tono y por algún motivo sonó mucho más peligroso al hacerlo.

—Quiero que te defiendas.

Ella apretó los labios.

—Hazlo —ordenó—. Defiéndete de mí. ¿Estoy siendo injusto? ¡No me lo permitas!

—Para ti es muy fácil hablar así —dijo con ojos brillantes—. Has crecido en un hogar feliz, te han amado, has tenido todo lo que cualquiera podría desear.

—¿Y? ¿Quieres compasión? ¿Quieres que te regalen lo que no has tenido?

—¡No! Solo quiero… que me dejen en paz.

—Pero no van a hacerlo —se burló él—. Las cosas no son como tú quieres que sean, son como son. ¿Qué vas a hacer al respecto, aparte de

lloriquear y encogerte cuando alguien te dice algo que no te gusta?

Ruby cerró los puños sobre la mesa sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¿Ahora vas a llorar? —dijo él torciendo una sonrisa—. ¡El arma secreta de las mujeres!

Ella apretó los labios respirando por la nariz para tratar de contenerlas.

—¿Qué esperas de mí? —siguió él con la misma crudeza—. ¿Quieres que hable con todas las damas de Londres como hice con Lady Hanlon? ¿Que las obligue a aceptarte?

—No.

—¿Entonces? ¿Vas a dejar que te ignoren y te ridiculicen?

—¿Cómo quieres que lo evite?

—No diciéndote las cosas que te dices. ¿Por qué te pusiste a tartamudear en casa de los Harbor? Yo te lo diré, ¡por las cosas que te inventas!

Ruby se sentía tan expuesta que quería gritarle que se callara.

—Seguro que imaginaste que todos se reían, que se burlaban, que te señalaban con el dedo. Pero ¿sabes qué, Ruby? A nadie le importas. Todos están demasiado preocupados por ellos mismos como para pensar en ti. Solo tenías que leer, nada más. Lo hiciste en el carruaje conmigo y no te trabaste en ningún momento.

—Tienes razón en una cosa —dijo poniéndose de pie para salir del comedor—, a nadie le importo.

—No he dicho que hayamos terminado. —Tiró la silla al levantarse y fue hasta ella al ver que no se detenía.

Cerró la puerta apoyando la mano en ella y cuando Ruby se giró quedó atrapada con su cuerpo.

—¿Algo de lo que he dicho es mentira?

Ruby lo miraba con una mezcla de furia y tristeza. Negó y desvió la mirada.

—Mírame —ordenó él sin moverse un milímetro.

—¿Qué quieres de mí? —musitó ella obedeciendo—. ¿Qué más quieres que te dé? ¡Te lo he dado todo!

Él pareció debilitarse, pero fue solo un instante.

—¿Por qué tartamudeaste? Y no quiero excusas, solo la verdad.

—Mi madre se presentó en casa de los vizcondes. Me provocó tanto terror que todos pudieran saber…

—¿Qué? ¿Que es tu madre? ¿Acaso eres responsable de ella?

—¡Sí! Lo soy —dijo dolida—. Tú no lo entiendes porque…

—Ya, porque soy hijo de los duques de Greenwood. Porque me han querido. Porque no me abandonaron.

Ruby escondió la cara entre las manos y él la agarró de las muñecas y se las apartó despacio.

—Tienes razón —dijo suavizando el tono—. Es cierto, tú lo tuviste más difícil, te abandonaron. Te… golpearon.

Ella lo miró horrorizada.

—¡No! —exclamó con un rugido—. Tú no tendrías que saber eso.

—Pues lo sé. —La sacudió ligeramente—. Escúchame, Ruby. Nadie nos da el lugar que merecemos en el mundo. Si el que te dieron a ti no es el que te corresponde, lucha, no te dejes arrastrar, no te resignes.

—No puedo —sollozó—. No soy tan fuerte como crees.

—Lo eres. Eres dulce y comprensiva, pero también eres paciente inteligente y fuerte. La persona más fuerte que conozco. Tú no eres la que debe avergonzarse. Son ellos, los que te maltrataron y te abandonaron. Tú jamás harías eso con tu hijo.

—¡Oh, no! —Apoyó la cabeza en su pecho llorando con una intensidad abrumadora.

—No. —La apartó suavemente—. No llores. Mírame, Ruby.

Ella lo hizo y sus ojos lo estremecieron.

—Si yo pudiera…

—Puedes —dijo ansiosa agarrándose a las solapas de su chaqueta— Puedes, Andrew. Lo estoy viendo en tus ojos.

—Estás confundida.

—No, no lo estoy. Me niegas algo que es mío y has dicho que debo exigirlo. Pues bien, te lo exijo a ti. ¡Mírame, Andrew! Mírame y dime que me amas.

Él la miró, pero no fue capaz de decirlo.

—Me amas —afirmó ella con rabia.

Andrew negó con la cabeza desviando la mirada.

—Me amas. Me amas. Me amas.

Él le tapó la boca empujándola contra la puerta, sentía que le iba a explotar la cabeza, el corazón le latía tan rápido y con tanta fuerza que parecía que fuese a romperse. Su visión se nubló y el conjuro que había en sus ojos se desvaneció.

—No te amo —dijo furioso—. Solo puedo amar a una mujer. Y está muerta.

Ella sacudió la cabeza para librarse de su mano y consiguió que la soltara.

—Deberías haberte casado con Lady Hanlon si querías sostener esta mentira.

Él cerró los puños visiblemente furioso.

—Sí, debería haberlo hecho. Creía que contigo sería fácil. Una mujer sin esperanza, sin futuro, sin nada que le pertenezca.

—Y, aun así, me amas.

—Deja de repetir eso —torció la sonrisa con expresión perversa— ¿Te hace sentir mejor? ¿Lo necesitas para aceptar la condena que has escogido?

—No, no me hace sentir mejor. Me destroza por dentro. Me está matando.

—Entonces para.

—Pararé si tú haces algo.

—¿Qué? ¿Qué quieres que haga?

—Tómame una vez con la luz encendida. Tómame mirándome a los ojos para que pueda ver en ellos que no me amas y jamás volveré a decírtelo.

—No hables así —masculló rabioso.

—¿Por qué abandonas mi cuerpo antes de…?

—Ruby, para.

—¿Por qué? —le exigió dando un paso hacia él—. ¿Tanto me desprecias que no quieres que te dé un hijo?

Andrew se apartó el pelo de la frente, pero no respondió.

—Una vez, solo te pido eso. Una vez, quiero que me hagas el amor una vez y me digas que no me amas mirándome a los ojos. No volveré a pedirte nada. Seré una esposa sumisa. No protestaré, no lloraré, no esperaré…

—Basta, Ruby. Esto es lo que somos, te lo advertí, maldita sea.

Ruby sentía deseos de gritar. Quería gritar tan fuerte que resquebrajase el hielo con el que había cubierto su corazón.

—Eres un cobarde, Andrew Greenwood. Un maldito cobarde y te desprecio por ello.

Se dio la vuelta pegada a la puerta y salió del comedor echando a correr como si la persiguiera el mismísimo demonio.

Andrew temblaba de rabia. Quería gritar y romper cosas. Nunca había sentido una furia tan intensa, era como si alguien estuviese retorciéndole las entrañas y quisiera arrancárselas. Se apartó el pelo tirando con saña. Le costaba respirar.

—Perdóname, Claire —susurró desesperado—. Pérdoname...

CAPÍTULO 54



No volvieron a yacer juntos. Desde aquella noche su relación se limitó a cenar en la misma mesa, manteniendo conversaciones sobre temas cotidianos, para acabar despidiéndose con un cordial «Buenas noches». Delante de Noah se comportaban con amabilidad y frente a todo el mundo, con cortesía. Parecían un matrimonio bien avenido aunque un poco fríos en sus gestos.

—¿Ha confirmado su asistencia el Marqués de Budge? —preguntó Andrew.

—Sí —afirmó ella mientras Keating servía el vino en las copas— Todos los invitados enviaron notas de aceptación. Imagino que el motivo de la celebración lo merece.

El mayordomo llenó las copas de vino y volvió a su lugar junto a James.

—Hay una gran alegría en Londres con motivo del compromiso de la Reina con el Príncipe Alberto. Te adelantaste a los demás al pensar en organizar un baile de celebración. Hasta mi madre dijo que habías sido muy rápida.

Ruby bebió un sorbo de su copa y volvió a coger el cubierto para seguir comiendo.

—¿Estás nerviosa?

—No —dijo ella sincera.

Andrew entornó ligeramente los ojos mirándola con atención. Era la primera vez que organizaba un baile de semejante envergadura. Habían invitado a las personalidades más influyentes de Londres y todo el mundo había aceptado la invitación.

—¿De verdad?

Ella lo miró sin expresión y luego asintió.

—En realidad ha sido todo muy fácil. La señora Morton sabía exactamente lo que hay que hacer, el servicio me ha ayudado en todo. Y tu madre me ha dado algunos consejos muy útiles.

—Me alegro.

—He invitado a los Holdway.

Andrew asintió.

—Y han aceptado la invitación.

—Se habrían puesto en evidencia de haberla rechazado.

—Hoy llegará tu traje del sastre —siguió ella.

—No he visto tu vestido. ¿Lo tienes ya? ¿Qué color has elegido? Déjame adivinar… ¿Azul?

Ella sonrió sin humor y asintió.

—Perfecto —dijo él con evidente aprobación—. Seguro que es sobrio y delicado al tiempo.

Por algún motivo aquello la molestó, y el tenedor se detuvo en el aire. Suspiró y el cubierto terminó su descenso hasta el plato. Era tan previsible.

—¿Qué hiciste con la ropa de Claire? —preguntó de pronto.

Andrew la miró confuso.

—¿Qué?

Ruby levantó la mirada y la posó en él.

—¿Dónde está? No te desharías de ella.

La expresión de Andrew se contrajo y posó la mano en el mantel sin apartar la mirada.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tengo curiosidad. Imagino que está guardada en algún baúl.

Andrew miró a Keating incómodo, pero no hizo ningún gesto.

—Se encargó mi madre —respondió mirando el plato.

—Claro —dijo ella apartando las verduras y colocándolas en un orden perfecto.

Andrew frunció el ceño con preocupación.

—Ruby…

—No me gusta mucho mi vestido. Es… tan predecible. Habría querido ver otros para inspirarme, pero siempre pido lo mismo. Cecilia es una magnífica modista, pero la diseñadora es Sophia y está en París ¿te lo había dicho? Seguro que se le habría ocurrido algo original. Mi vestido de novia fue perfecto. Todo el mundo lo dice.

Volvió a mezclar las verduras y les dio vueltas en el plato haciendo chirriar el tenedor. Andrew detuvo su mano y ella lo miró extrañada.

—Come —dijo él.

Ruby volvió a fijar la vista en la comida y se sorprendió al ver e revoltijo que había hecho. Pinchó un trozo de pavo y se lo llevó a la boca sin el menor placer.

—¿Quieres cambiar el vestido con tan poco tiempo?

Ella lo pensó un momento y después de unos segundos sus ojos se iluminaron.

—Iré al taller de Cecilia para pedirle unos arreglos. Me gustaría tener algo… original.

Andrew asintió.

—¿Me permites salir?

Su esposo frunció el ceño.

—No necesitas…

—Me ordenaste que no saliera de casa sin tu permiso —dijo con una inocente sonrisa—. ¿Me das tu permiso?

Él asintió levemente.

—Gracias, esposo —dijo ampliando su sonrisa—. Iré a verla mañana.

—Pero ahora come —dijo él poniendo atención en sus ojeras violáceas.

Se maldijo por verla hermosa a pesar de ello.



A la mañana siguiente, Ruby entró en el taller de Cecilia y la modista la recibió con alegría sincera.

—¡Señora condesa, bienvenida! —exclamó saliendo a su encuentro.

—Buenos días, señora Drummond. Espero que su esposo ya se haya recuperado.

—Oh, fue una caída muy tonta, pero ya está perfectamente. Gracias por preguntar —dijo acompañándola hasta el saloncito en el que solía atender a sus mejores clientas—. ¿Le apetece un té?

—No, gracias. —Se sentó y apoyó el bolsito sobre su falda.

Cecilia se sentó a su lado.

—Pues dígame, ¿a qué debo su inesperada visita? ¿Algún problema con el vestido? Todavía podemos revisarlo, quedan tres días para el baile.

—Necesito otro vestido.

—¿Qué? —Cecilia abrió mucho los ojos con preocupación—. ¿Qué ha ocurrido? Seguro que podemos…

—El último día que vine vi que estaba trabajando en un diseño muy… original.

La modista pensó a qué vestido podía referirse.

—¿Se refiere al que confeccioné para la señora Etchells?

Ruby se rio divertida al pensar en la anciana ataviada con aquel vestido.

—No, por Dios, pobre señora Etchells. Era uno de color rojo.

Cecilia empalideció.

—Oh, ese.

—Sí, ese. El escarlata. ¿Para quién era?

—Usted… no la conoce.

Ruby enarcó una ceja.

—¿Cómo lo sabe? ¿Tiene un listado con todos mis conocidos?

—Por supuesto que no, condesa.

—Puede llamarme Ruby, no hace falta formalismos entre nosotras. Yo fui niñera hasta hace poco. Antes estábamos en un estatus parecido ¿no cree?

Se levantó para dirigirse a la zona de taller. Allí dos jóvenes modistas trabajaban mientras fingían no haber escuchado la conversación que mantenían.

—Tomaos un descanso —dijo Cecilia.

Las modistas salieron del taller y Ruby revisó los vestidos terminados. El brillo escarlata refulgía entre las telas color pastel de los otros trajes.

—Es agradable tener una profesión —dijo pensativa mientras lo observaba sin tocarlo—. No hay muchas mujeres que puedan disfrutar de esa opción.

—Cierto —afirmó Cecilia visiblemente nerviosa.

—Sophia es una gran artista. Este vestido es una clara prueba de ello. Debe estar muy orgullosa de sí misma.

—Todos lo estamos —musitó su madre.

—Qué color tan precioso, ¿no cree?

Cecilia se mordió el labio y comprendió que debía actuar si no quería que aquello se le escapase de las manos.

—Tenemos un modelo precioso —dijo buscándolo con manos rápidas hasta dar con él—. Este color verde claro quedaría precioso con su color de pelo y su piel. Solo necesitaría unos pequeños arreglos para ajustarlo a su cuerpo. La clienta que lo pidió escogió otro traje y este…

—¿Para quién es? —la cortó Ruby acariciando la seda roja con manos delicadas—. Necesito saber quién es la dueña, ya que voy a comprárselo.

—Señora condesa…

La expresión horrorizada de Cecilia debería haberla amilanado pero Ruby ni siquiera la miraba.

—Pagaré lo que me pida. Sabe que eso no será un problema.

—No puede hablar con ella. —Cecilia apartó la tela escarlata de su mano con suma delicadeza—. Este vestido no es para usted.

Ruby la miró entonces y su expresión y la frialdad de sus ojos hicieron que contuviera la respiración.

—Que sea amigable no significa que estemos en la misma posición Cecilia —dijo con firmeza—. No le estoy pidiendo opinión, simplemente constato un hecho. Usted va a ajustarme este vestido para que me quede como un guante y yo pagaré lo que le parezca justo por él. No hay más que hablar.

CAPÍTULO 55



Andrew se acercó a Sarah al verla cruzar el vestíbulo.

—¿Mi esposa aún no está lista? —preguntó ceñudo—. Los invitados están a punto de llegar.

—No tardará en bajar.

Él frunció el ceño al ver que eludía su mirada y se apresuraba a marcharse. Esperó un minuto más y finalmente corrió hacia las escaleras para asegurarse de que todo iba bien. Al pasar por delante de la habitación de Noah escuchó al niño reír diciendo «Mamá, guapa» y se detuvo.

—Los invitados…

Se quedó paralizado al ver la escena. Ruby estaba de pie en mitad del cuarto y sostenía a Noah en brazos. El rojo del vestido nubló su mente y las imágenes de sus pesadillas se solaparon.

—Papá, mamá es una reina.

—Has estropeado la sorpresa —dijo Ruby satisfecha al ver la expresión petrificada en su rostro—. Debías verme apa…

—Deja a Noah en el suelo. —Andrew sentía un sudor frío bajando por su espalda y un dolor intenso en el pecho.

Ruby se sorprendió por la palidez de su rostro y bajó al niño con cuidado.

—¿Te encuentras mal? —preguntó acercándose a él.

Andrew la agarró del brazo con demasiada fuerza y la sacó de la habitación. Annie cogió a Noah y lo distrajo.

Él abrió la puerta de su dormitorio y entró con ella, cerrando después de un portazo. La sujetaba tan fuerte que Ruby temió que le quedara marca.

—Quítatelo —ordenó empujándola.

—¿Qué? ¡No!

—He dicho que te lo quites.

Su voz era como un cuchillo, afilada y fría.

—Andrew, los invitados están…

En dos zancadas estuvo frente a ella. Le dio la vuelta con brusquedad y rasgó el vestido con sus propias manos.

—¡Andrew! —gritó asustada, pero él no se detuvo y siguió tirando de él con violencia hasta que estuvo desgarrado en el suelo.

Se giró despacio y lo miró horrorizada.

—¿Pero qué…?

—Lo has hecho a propósito —mordía las palabras con rabia—. No sabía que pudieses ser tan perversa.

Ruby tenía los ojos llenos de lágrimas. Elevó el mentón y lo miró orgullosa.

—¿Tanto te molesta que me comparen con una puta? ¿Acaso no es lo que soy?

—Has perdido la razón —dijo mordiendo las palabras—. Ponte el vestido azul.

—No.

—Haz lo que te he dicho —ordenó de nuevo e inclinó la cabeza sin dejar de mirarla mientras respiraba hondo por la nariz—. No me provoques, Ruby, te aseguro que no te conviene provocarme ahora. Lo que has hecho…

—¿Qué he hecho? Es solo un color llamativo, nada más.

Recogió el vestido del suelo y lo dejó sobre la cama. Caminó hasta el armario y sacó el vestido azul para ponérselo ante la atenta mirada de Andrew. Cuando le pidió que le abrochase los botones, las manos de él temblaban de manera ostensible. Después lo vio darse la vuelta para apoyarse en el tocador con la cabeza baja y escuchó su respiración agitada.

—No quiero volver a verlo —musitó él como si le faltasen las fuerzas—. Quémalo, entiérralo, pero que no vuelva a verlo.

—Por supuesto, seré la mujer sumisa y dócil que usted desea, señor conde. Me pondré los vestidos que usted decida y me convertiré en un mueble.

Él gruñó antes de incorporarse y volverse hacia ella.

—Has elegido el peor día para hacerme esto. No imaginaba que podías ser tan cruel, Ruby. Temía que acabarías odiándome, pero… no esperaba que sucediera tan pronto.

Ella lo miraba confusa, sin entender nada.

—Los primeros invitados ya habrán llegado. Baja en cuanto estés.. lista.

Andrew caminó hacia la puerta y salió sin esperarla. Ruby miró e vestido rojo sobre la cama y luego se miró en el espejo del tocador.

—Una buena infusión de jengibre y tomillo es lo mejor para e catarro, Andrew —le decía Frederick.

—Sí, abuelo, pediré que me hagan una ahora mismo.

Meredith siguió con la mirada a su nieto cuando se alejó de ellos.

—Esos ojos no son de un catarro —musitó para sí.

—Seguro que ha cogido frío —dijo Frederick sin percatarse de l expresión preocupada de su esposa.

—Me encanta tu vestido —dijo Clementine con una sonrisa—, per no hace juego con tu cara.

Ruby la miró confusa.

—Tienes cara de funeral, Ruby. Eres la anfitriona, nadie se l pasará bien si te comportas como si estuvieses esperando para que t saquen una muela.

—¿Te han sacado alguna muela, Clementine?

—Lo cierto es que no —dijo la otra balanceando su vestido verd para ver cómo la falda se movía.

—Ve a bailar.

—No voy a dejarte sola. Está claro que algo pasa entre el prim Andrew y tú. —Se inclinó para poder bajar el tono—. ¿Ha vuelto...? Y sabes.

—No, no es nada de eso.

—¡Ajá! Lo sabía.

Ruby la miró ceñuda.

—¿Qué es lo que sabes?

—Pues que ha pasado algo. Has dicho que no es nada de eso, as que es otra cosa.

—Me duele la cabeza.

—¿No estaréis enfermos? Andrew tiene los ojos como si se lo hubiera restregado con arena.

—Le ha entrado hollín de la chimenea —mintió.

—¡Oh! —exclamó la otra poniendo cara de susto—. Qué horror. A mí me pasó una vez por estar jugando con el soplador. Luego me vi en el espejo y me reí mucho, tenía la cara negra y estaba muy graciosa Pero los ojos me dolieron durante días.

—Estás acaparando a Ruby, Clementine —dijo su madre llegando junto a ellas—. ¿No deberías estar con tus primas? Victoria se está aburriendo muchísimo.

—Victoria nunca se aburre, mamá. Seguro que está imaginando toda clase de historias con los invitados. Mírala, ¿no ves las expresiones de su cara?

Las tres mujeres observaron a Victoria y Harriet tuvo que reconocer que su hija tenía razón.

—¿Qué estará pensando? —preguntó Ruby.

—A saber —respondió Clementine—. Es la persona más fantasiosa que conozco.

—Igualmente, ve con ella un rato. —Harriet la empujó suavemente.

Clementine se alejó consciente de las artimañas nada disimuladas de su madre y fue a sentarse junto a su prima para darle conversación.

—Creo que voy a dejar que Clementine se marche una temporada a Lanerburgh —dijo su madre—. A ver si su tío Dougal la endereza.

Ruby sabía que Dougal no era realmente tío de Clementine, pero tampoco importaba.

—Está muy ilusionada con la idea —dijo Ruby.

—Dice que Victoria es fantasiosa, pero mi hija lo es aún más. Se parece demasiado a mí —dijo sonriendo—. Es la que más se parece de los cuatro. Y me da un miedo atroz.

Ruby observó a las dos primas con cariño. Eran completamente distintas. Mientras que Clementine era fuego, Victoria era tierra. Una era brillante y abrasadora y la otra firme y sólida.

—No habéis bailado aún —dijo Harriet observando a Andrew.

Ruby la miró confusa.

—¿Qué? Ah, no.

—Sois los anfitriones. La gente hablará si no bailáis al menos una pieza.

—Aún hay… tiempo —dijo Ruby sin convencimiento.

Harriet observó a los bailarines durante unos segundos.

—Una vez Joseph y yo nos peleamos justo antes de un baile como este. ¡Oh! Aquella fue una pelea mayúscula. Creo que fue entonces cuando rompí la lámpara que nos habían regalado Harvey y Marianne. Sí, creo que fue esa vez. —Sonrió con cierta timidez—. Tenía tendencia a romper cosas cuando me enfadaba mucho. No sabes lo que me costó bailar con él esa noche.

—No hemos… discutido —dijo ella y su voz tembló demasiado para sonar creíble—. De verdad. Solo hemos tenido un malentendido.

—Pues mi sobrino parece haber atravesado una tormenta en mar abierto.

Ruby observó a su esposo que hablaba calmado, pero su rostro se veía demacrado y con profundas ojeras. Sintió una punzada en el pecho. Quería castigarlo, era cierto, y esperaba una escena al bajar la escalera, pero imaginó que le provocaría aquella extraña reacción. Parecía devastado, la miraba como si lo hubiese atravesado con un puñal.

—Tengo que… Vuelvo enseguida.

—Oh, claro, claro, ve tranquila —dijo suponiendo que necesitaba ir al baño.

Salió del salón con paso tranquilo y la mente algo nublada. Necesitaba refrescarse un poco, se sentía como si tuviera fiebre. Se detuvo junto a la puerta abierta de su dormitorio, oculta junto a la pared.

—Pues me he llevado un susto de muerte cuando lo he visto —decía Sarah—. Parecía sangre. Y en esa cama precisamente.

—Solo es un vestido —dijo Martha.

—Tú no estuviste aquel día. No se me borran las imágenes de la cabeza.

—Ya. La señora Morton dice que parecía que iba vestida con su propia sangre.

—Así es —gimió Sarah—. Y el señor sosteniéndola en sus brazos roto de dolor.

—¿Para qué querría la condesa un vestido rojo? ¿Y por qué está roto?

—No lo sé.

Ruby se agarró a la pared con una mano, mientras la otra se aferraba a su garganta.

«No imaginaba que podías ser tan cruel, Ruby. Temía que acabarías odiándome, pero… no esperaba que sucediera tan pronto».

Se ayudó de la pared para llegar hasta el cuarto de Noah y entró en silencio. Se quedó apoyada en la puerta unos minutos mientras recuperaba la calma y dejaba de temblar. Cuando se acercó a la cama del pequeño, lo observó dormir plácidamente y luego su mente le mostró imágenes de los últimos meses. Su llegada a Londres para cuidar a Noah, la proposición, la boda, su madre… Un cúmulo imparable de malas decisiones. No debió aceptar ser la niñera de Noah no, sabiendo lo que sentía por Andrew. Debió darse cuenta de que estar tan cerca de él le nublaría el entendimiento. Solo así se podía comprender que se creyera capaz de soportar aquello.

Jamás lo aceptaría, no importaba cuánto le suplicase, cuánto le exigiese. Nunca le daría un lugar en su corazón, a pesar de que ella ya estaba allí dentro y se agarraba con uñas y dientes. Como la mala hierba que se adhiere a otras plantas para existir. Ocupando una tierra fértil que no es suya y viéndose arrancada sin compasión y desechada como lo que era, una planta carroñera que solo puede usarse para alimentar a los muertos.

Se vio a sí misma con aquel vestido. Comprendió lo que él había sentido, los recuerdos que ella le había traído. No era porque fuese un vestido inapropiado, era porque creyó que quería hacerle daño burlándose de su dolor.

Se llevó una mano a su vientre y lo acarició suavemente. Después se inclinó sobre Noah y lo besó en la frente. Por primera vez en su vida se sintió tranquila. Dicen que la resignación es mala, pero es mucho peor resistirse ante lo inevitable. Y eso ella lo sabía bien.

CAPÍTULO 56



—¿Qué demonios...? —Andrew entró en el dormitorio y la encontró llenando una maleta—. ¿Qué estás haciendo?

—Me marcho —respondió cuando llegó hasta ella.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loca? Tenemos la casa llena de invitados.

—Di que me he puesto enferma.

—Ruby, para —dijo cogiéndola del brazo.

—No quiero seguir con esta farsa. Lo que ha ocurrido hoy...

—Ya lo hablaremos.

—No, no lo hablaremos. Dejarás que se pudra bajo la alfombra —dijo soltándose de su agarre—. Me haces daño.

Andrew apretó los labios un momento y la observó seguir metiendo sus viejos vestidos en la maleta con la que había llegado meses atrás.

—¿Por qué guardabas esos vestidos? —preguntó sorprendido.

—Son míos —dijo ella.

—No voy a dejar que te marches.

—Andrew, por favor...

—Eres mi esposa, me debes obediencia, y he dicho que no te vas.

—¿Por qué haces esto? —preguntó mirándolo de frente.

—¿Por qué hago qué?

—Retenerme. Es mejor para ti que me vaya.

—Eres mi esposa —repitió.

—Lo soy. Pero puedo seguir siéndolo lejos de aquí. Al menos no tendremos que seguir torturándonos.

—¿Qué ha pasado, Ruby? Cuando te pedí matrimonio, te lo advertí. Te lo dejé muy claro...

—Me dejaste muy claro que no ibas a amarme. Pero sí me amas y aun así...

Él apretó los dientes, pero no respondió.

—Hay algo oscuro en ti. Algo perverso que te empuja a torturarte. No sé si es porque te sientes culpable de la muerte de Claire o por otra

cosa que no alcanzo a entender, pero sé que si me quedo aquí, nos destruirá a los dos.

—¿Por eso lo has hecho? ¿Sabes lo que he sentido al verte con ese vestido y sosteniendo a Noah en tus brazos? No, no lo sabes, porque de haberlo sabido no habrías sido capaz de infligirme un daño tan atroz.

—Yo no lo sabía. Me puse un vestido rojo para molestarte, sí, pero por otro motivo. Quería que vieras que me siento usada y menospreciada. Y que no lo merezco.

—¿Usada? —masculló—. ¿Por qué te empeñas en hacer esto? ¿De verdad no lo entiendes?

—No, no lo entiendo. No me miras cuando me acaricias y te apartabas de mí como si estuviese sucia…

—¡No! —La agarró por los hombros—. Visité al doctor Brelsford para que me diera algo para evitar…

Enmudeció al ver la expresión de terror en los ojos de su esposa.

—¿Qué?

La soltó despacio.

—No quería… No podría…

—Andrew no… ¡Andrew! —Se llevó una mano a la boca.

—No quiero verte embarazada. No quiero volver a pasar por todo eso jamás.

Ella lo miraba con una mezcla de terror y desprecio. Contuvo un sollozo y se dobló al sentir que se le revolvía el estómago.

—¿Quieres volverme loco? —dijo con una expresión que parecía confirmar que lo había conseguido—. Sí, Ruby, sí, te amo, te amo y me odio por ello. Juré que sería fiel a mi esposa y he faltado a mi palabra. Soy débil y solo he necesitado un poco de cariño para caer rendido a tus pies.

Ruby gimió y se agarró al poste de la cama para mantenerse erguida.

—Fui a ver a Brelsford para que me diese algo que impidiese que te quedaras embarazada, pero no era seguro, por eso me apartaba, para no…

—¿Me diste algo? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Qué?

—¡¿Me diste algo?! —gritó mirándolo furiosa.

—No.

Ella soltó el aire en un suspiro y se le escapó un sollozo aliviado.

—Ruby, ¿qué…?

—Estoy embarazada —gimió—. Si hubieras hecho daño al bebé…

Andrew abrió los ojos como platos y una sombra de terror emergió sin que pudiera disimularla.

—¡No!

—Sí, lo estoy. Y no pasaré un solo día más en esta casa.

—No —repitió rotundo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Atarme a la cama?

—No irás a ninguna parte.

Ella se giró y continuó haciendo el equipaje.

—Ruby, para —advirtió él.

Al ver que no hacía caso, agarró la maleta, volcó el contenido en la cama y la lanzó contra la puerta.

—¿Quieres que demos un espectáculo? Pues lo daremos.

—Me iré sin nada —dijo pasando junto a él.

Andrew la agarró del brazo sin miramientos y tiró de ella obligándola a mirarlo.

—No. Vas. A. Ninguna. Parte.

—¿Por qué? ¿Para qué me quieres aquí? Has engendrado a tu hijo sin mirarme siquiera. Eso es peor que tratarme como a una puta.

—Ruby, no me provoques.

—Seguro que a ellas las miran cuando las tocan.

—Lo hacía por ti.

—¿Por mí? —se rio—. ¿Eso es lo que te dices?

—Es la verdad. Al principio, me sentía tan culpable por haberme casado que no creía que pudiese tomarte.

—Pues no te costó nada —dijo con desprecio.

—¿Sabes lo que vi en tus ojos cuando me obligaste a mirarte, Ruby?

Intentó apartarse de él, pero Andrew le cogió la cara y la obligó a sostener su mirada.

—Una tristeza enorme. Un hambre desesperada de amor. Me rompió el corazón. ¿Crees que soy un trozo de carne con ojos?

—Pero preferiste sacrificarme a mí que estoy contigo antes que a su recuerdo.

—¿Quieres que te ame? ¿Para qué? ¿Para dejarme solo? ¿Para arrancarme el corazón y llevártelo a la tumba?

Ruby sintió aquellas preguntas como puñetazos en el estómago.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? ¿Acaso crees que Claire quería morirse?

—Creía que nunca amaría a nadie como la amé a ella. —Su voz sonó cortante—. Creía que era el amor de mi vida.

La atrajo hacia sí y la besó con rabia y desesperación. Ella trató de zafarse empujándolo con sus manos, pero él la agarró por las muñecas y se las colocó en la espalda inmovilizándola contra su cuerpo. Lo mordió y notó el sabor de su sangre en la lengua.

—Métetelo en la cabeza. —Se apartó lo justo para poder hablar— Eres mi esposa y no irás a ninguna parte.

—Me iré.

—No, no te irás, aunque para asegurarme de ello tenga que encerrarte bajo llave. Llevas a mi hijo en tu vientre y no te irás de mi lado. Eres mía, ¿me has oído? Mía.

Ruby se soltó de su agarre y le rodeó el cuello con los brazos. Lo besó con pasión y no opuso resistencia cuando él le subió la falda abriéndose camino. Ocurrió todo tan rápido que Ruby se asustó al sentirlo dentro. La presionaba contra el dosel de la cama y las molduras se le clavaban en la espalda, pero no se quejó, no quería que parase.

—¿Quieres que te mire cuando te poseo? —preguntó él furioso— Te miraré. Te miraré todas las veces. Miraré cómo te rompes, miraré cómo me suplicas y dejaré que me destroces, si es lo que quieres.

Ella gimió desesperada y la besó para acallarla sin dejar de empujar con violencia. Él sintió cómo se contraía y lo atrapaba, se bebió sus gemidos y la sintió exprimiéndolo. Empujó una última vez y se derramó dentro de ella con un gruñido áspero y largo. Escondió la cabeza en su cuello y Ruby se quejó dolorida.

—¿Puedo… moverme? Me duele… la espalda.

Él la miró confuso y pasó la mano por las torneadas columnas que tenían motivos florales… Le dio la vuelta de golpe y desabrochó el vestido.

—No pasa nada —dijo ella sin moverse.

—¡Dios! —susurró viendo las marcas—. Soy un bruto.

Ella se subió el vestido despacio y trató de abrochárselo sola Andrew le apartó las manos con delicadeza y se ocupó de ello.

—Lo siento —susurró.

—No es culpa tuya. —Se giró despacio.

Él dijo algo ininteligible entre dientes y luego dejó escapar el aire con un soplido. La cogió de la mano y tiró de ella.

—Bajemos, tenemos invitados a los que atender.

—Andrew…

Él se detuvo y esperó un momento como si necesitase ordenar sus pensamientos. Después se giró.

—Hablaremos más tarde. Cuando todos se hayan ido.

CAPÍTULO 57



Ruby estaba tumbada con la mejilla apoyada en el colchón y e camisón bajado hasta la cintura. Andrew, completamente vestido, l ponía un ungüento en la espalda para las rozaduras que le había hech con el dosel de la cama. Los últimos invitados se habían ido hací media hora.

—¿Te duele? —preguntó él, que apenas la tocaba con la yema de lo dedos.

—Apenas.

Cuando acabó de proteger todas las marcas, la ayudó a subirse e camisón y Ruby se metió bajo las sábanas dándole la espalda. Andre se quedó unos segundos mirándola, sopesando qué decir y finalmen se dejó caer bocarriba y fijó la vista en el techo.

—Lo siento —musitó.

—Ya te he dicho que no ha sido culpa tuya —su tono era d cansancio—. Debería haberme quejado.

—Nunca te quejas —dijo él con un suspiro—. Tendré que esta atento a tus necesidades si quiero que no te falte de nada, porque t jamás vas a pedirme nada, ¿verdad?

Ruby no se lo rebatió, no tenía sentido hacerlo.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —preguntó él mientras seguí mirando el poco interesante techo.

—No lo sé.

Andrew cerró los ojos llevándose una mano a la frente Permanecieron en silencio y él pensó que Ruby se había quedad dormida. Se incorporó dispuesto a marcharse a su cuarto.

—Deja que nos vayamos a Aveldon hasta que nazca —pidió Rub antes de que se alejara de la cama.

—No puedo irme de Londres tanto tiempo.

—No quiero que tú vengas. Solo Noah y yo.

Andrew sintió una punzada en el corazón.

—Ruby… por favor —suplicó.

—Necesito paz y contigo no la obtendré. Deja que nos vayamos.

No se volvió, a pesar del intenso silencio, lo sentía inmóvil en la habitación.

—Está bien —aceptó y salió del cuarto.

Andrew se detuvo en el pasillo apoyando una mano en la pared. Le costaba respirar y sentía un dolor intenso en el pecho. Dejó salir el aire de sus pulmones y respiró hondo varias veces antes de dirigirse a su cuarto. Una vez allí se desvistió aletargando su mente y borrando cualquier pensamiento que tuviese a Ruby como protagonista. Se metió en la cama y la imagen de ella vestida de rojo lo sacudió desde dentro. La angustia, el dolor y la desesperación hicieron presa de su ánimo. Se sentó en la cama y agarró su cabeza tirándose del cabello, le dolía horrores y sentía que el sudor empapaba su espalda.

—Esto no tenía que pasar —musitó—. Ruby… no.

Bajó los pies al suelo.

—¿Por qué hace tanto calor?

Se levantó inestable y fue a abrir la ventana. El aire frío de la noche inundó la habitación y él respiró hondo, aliviado. Permaneció un rato de pie mirando la luna con la mente perdida en un caos de imágenes inconexas, todas ellas aterradoras. Claire desangrándose. Claire en la caja. Claire bajo tierra… Solo que en todas aquellas imágenes Claire era Ruby.

Se dobló sobre sí mismo apoyándose en las rodillas. Las náuseas lo sacudieron, pero pudo contenerlas. Si Robert estuviera allí sabría qué decir. Siempre sabía qué decir. Se sentía perdido, asustado y muy solo. La habitación comenzó a girar y se dio la vuelta despacio para regresar a la cama. Se desplomó contra la mesilla de noche con un golpe seco.

OBJ

—¿Tú no vienes? —preguntó Noah con expresión compungida.

Andrew estaba agachado frente a él y sonreía con cariño sujetándole el bracito.

—Cuida de mamá, ¿me lo prometes?

El pequeño asintió aún con cara de pena.

—Iré a veros en cuanto pueda.

Se puso de pie, pero llevó al niño consigo. Noah le rodeó el cuello con sus bracitos y apoyó la cabeza en su hombro mirando a Ruby, que miraba a Andrew con preocupación. Tenía la frente perlada de sudor, a pesar del frío de la época. Percibió también un temblor en sus manos y parecía que le costase fijar la mirada. Frunció el ceño y le hizo un gesto a Annie para que cogiera a Noah.

—¿Puedes llevarlo al coche? Yo voy enseguida.

La niñera se llevó al pequeño que hipaba al decirle adiós a su padre. En cuanto el pequeño desapareció, Ruby extendió la mano para tocar la frente de su esposo, pero Andrew se apartó con disimulo.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Nada, me habré acatarrado.

—Andrew.

—Deberíais iros ya, no quiero que lleguéis de noche.

Ruby hizo ademán de darse la vuelta, pero finalmente fue hasta él y le tocó la mejilla a traición.

—Estás ardiendo —dijo con ojos muy abiertos.

Le apartó el pelo de la frente y él hizo un gesto involuntario de dolor.

—¡Tienes una herida en la cabeza!

—No es nada. Me golpeé con la mesita.

—¿Que te golpeaste? ¿Por qué? ¿Te emborrachaste?

—No.

Ruby empalideció.

—Señor Keating —dijo mirando al mayordomo que esperaba junto a la puerta—. Vaya a buscar al doctor Brelsford.

—Ruby…

—Dígale a Annie que saque a Noah del coche. No nos vamos.

Andrew la miró severo.

—No tienes que quedarte por mí. Estoy bien.

—¿Bien? Acabas de decirme que te golpeaste con la mesilla ¿Puedes explicarme cómo pasó?

Él estaba aturdido y le costaba respirar. Ruby lo agarró del brazo y tiró de él para ir hacia las escaleras.

—Puedo caminar —dijo enfadado soltándose de su agarre.

Ruby lo vio dar dos pasos y desplomarse en el suelo.



El doctor Brelsford llegó con prisa y las botas manchadas de barro Apenas cruzó el umbral Ruby salió a su encuentro.

—Gracias por venir tan rápido.

Brelsford entregó su capa a Keating y recobró su maletín antes de seguirla.

—¿Está consciente?

—Sí. Perdió el conocimiento unos minutos, pero ahora solo está como adormilado. —Subieron las escaleras con paso rápido—. Anoche se golpeó la cabeza contra la mesilla y estuvo inconsciente un buen rato. Tiene fiebre y dice cosas… incongruentes.

El médico asintió entrando en el cuarto. Caminó hasta la cama en la que Andrew yacía. Hacía más de dos años que había perdido a una paciente en esa cama.

—Déjeme con él —pidió a Ruby con suavidad.

Sarah llegó acompañada de James, el ayudante de Keating Brelsford lo señaló.

—Usted, venga aquí. Lo necesitaré para moverlo.

Ruby y Sarah salieron del cuarto y cerraron la puerta despacio.

—¿Le traigo algo, señora? ¿Un té? Debería tomar algo que la reconforte.

Ruby tenía la espalda recta, las manos apretadas y la mirada clavada en un cuadro de la pared.

—Odio ese cuadro —musitó.

Sin decir una palabra más, caminó hasta él, lo descolgó de la pared y lo golpeó contra su rodilla desgarrándolo. Luego miró a Sarah.

—Deshazte de él —ordenó.

Brelsford salió del dormitorio con el rostro serio. Se limpiaba las manos del bálsamo con el que había limpiado la herida de la cabeza de Andrew.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Ruby con expresión serena.

—Se dio un buen golpe en la cabeza y es muy posible que tenga una congestión cerebral. Le cuesta respirar y tiene una evidente confusión mental. No sangró mucho por la herida, podría ser que la hemorragia esté dentro de su cabeza. Habrá que vigilarlo. No he conseguido que me explique bien lo que pasó. No sé si algunos de los síntomas que presenta estaban ya antes del golpe o todos aparecieron después. Solo podemos esperar.

Ruby sintió que se le paraba el corazón.

—¿Se va... a...?

—No adelantemos acontecimientos —la cortó el médico consciente de cuál era su temor—. Si la hemorragia no es grave el cuerpo reabsorberá el sangrado. De momento, le trataremos la fiebre y lo mantendremos vigilado. Que esté cómodo y haga reposo absoluto. No debe moverse para nada. Esto es vital, condesa. —Ella asintió—. Le he hecho una pequeña sangría para rebajar la presión. Es lo único que puedo hacer por ahora.

—¿Puede... comer algo?

—Solo agua de cebada y algún caldo de huesos cuando tenga sed. Nada que tenga que masticar. Manténgalo abrigado si tiene frío y destápelo si tiene calor. Que no esté solo en ningún momento. Si vomita o delira demasiado, avíseme enseguida. Volveré esta noche.

El médico la agarró del brazo y se lo apretó suavemente tratando de reconfortarla.

—Es un hombre fuerte. Saldrá de esta.

El doctor Brelsford regresó por la noche y comprobó que seguía igual, por lo que concluyó que la hemorragia dentro de la cabeza era casi con toda probabilidad, el motivo de su estado actual.

—Las pupilas dilatadas y los terrores que lo agitan son habituales en estos cuadros. Que esté tranquilo, solo usted en el cuarto, señora Greenwood —dijo guardando sus cosas en el maletín—. Volveré mañana si no envía a nadie a buscarme. No hace falta que se lo diga pero cuide de él esta noche. Y que no se mueva.

—Sarah, acompaña al doctor.

Cuando salieron del dormitorio ella volvió a sentarse junto a Andrew, con el cuerpo inclinado hacia la cama. Le cogió la mano y se la acarició con suavidad. Su esposo la miró con ojos extraviados.

—Ruby… —susurró.

—Estoy aquí, amor mío —dijo ella con voz ronca.

—No te mueras —dijo él sin más y volvió a sumirse en la oscuridad.

Durante la noche Andrew comenzó a llorar y trató de levantarse de la cama, aunque sus movimientos eran erráticos e inconsistentes. Ruby consiguió que se calmara, sentándose a su lado en el colchón y dejando que apoyara la cabeza suavemente sobre su regazo. Sentir sus caricias lo tranquilizó.

Recostada en el cabecero y, sin dejar de acariciarlo con cuidado para no tocar la zona herida, comenzó a hablar. Quería que supiera que también tenía buenos recuerdos. Le habló de Heather, de Matilda y de los demás niños del orfanato. Le contó la primera vez que se subió a un caballo y cómo Brodie McEntrie la defendió de la señorita Duffield. Y luego su mente bajó a ese lugar al que procuraba no ir nunca. Le habló de su tartamudeo, de por qué se sentía tan insegura cuando la miraban. Le contó lo que sintió cuando su madre no regresó. El miedo y la tristeza que la embargó al saber que no le importaba a nadie.

Y entonces, empezó a hablar de él. De la primera vez que lo vio. De su sonrisa brillante y el modo en que le habló como si no hubiera diferencia entre ellos. De cómo le gustaba visitar a los barones Wharton con la esperanza de que él apareciera. Le gustaba ver el modo en que trataba a sus abuelos, la forma divertida que tenía de hacerlos rabiar. Le habló de lo mucho que se alegró por él cuando supo que se había enamorado. De las pocas veces que lo había visto con Claire.

—Era una joven adorable —musitó con la cabeza apoyada en la madera y una mano masajeándole suavemente la nuca—. Y se le notaba lo mucho que te amaba. Lloré al veros, pero no fue de amargura, fue de alegría. Solo quería que tú fueras feliz. En todos los escenarios posibles solo quería que fueras feliz.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y cerró los ojos un instante tratando de calmar su angustia. No quería hacer daño al bebé que crecía en su vientre, pero le estaba costando tanto no dejarse arrastrar por el miedo…

—Sigue hablando —pidió él sin abrir los ojos.

Ruby lo miró asombrada.

—¿Estás despierto? —Le tocó la frente y la notó fresca—. ¿Tienes frío?

—No —musitó él—. Estoy… bien. Sigue hablando.

—Llevo hablando más de una hora —dijo limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Me has estado escuchando?

Él hizo un ruidito de asentimiento.

—Quiero saber más —susurró—. Quiero saber qué has… sentido Conmigo.

Se inclinó para besarle el pelo y mantuvo sus labios allí unos segundos.

—¿Te hice… daño? La primera vez… ¿Fui… brusco?

Ella levantó la cabeza y negó, pero él tenía los ojos cerrados y no la veía.

—No —sollozó—. No fuiste nada brusco.

—Y aun así, te hice daño. —Una lágrima se deslizó desde la comisura de su ojo y Ruby la limpió enseguida.

—No me hiciste daño. Fuiste delicado y amable y te preocupaste por mí.

—Pero no te miré.

—Eso ahora no importa, amor mío. Lo único que quiero es que te cures. No hables de esto, te altera y…

—Lo siento —musitó él—. Lo siento tanto.

Ruby se apartó muy despacio colocándole la cabeza sobre la almohada. Después se tumbó a su lado y lo abrazó recostándose contra su pecho para escuchar sus latidos. Él la rodeó entonces con su brazo apretándola contra su cuerpo. Ruby gimió al darse cuenta de que estaba recuperando las fuerzas.

—Quise mirarte —musitó con voz somnolienta—. Todas las veces quise mirarte. Pero tenía miedo, un miedo atroz.

—Shssssss —lo calmó ella.

—Creía que si incumplía mi promesa, lo perdería todo otra vez —ya no podía parar—. El dolor me desquició. La muerte es un monstruo implacable y no atiende a ninguna súplica. Ella estaba, y de repente..

ya no. Su cuerpo cálido en mis brazos se tornó frío. Creí de verdad que jamás podría amar a nadie. Creí que podría cumplir mi promesa.

Ruby levantó la cabeza y lo miró, sus pupilas ya no estaban dilatadas y parecía verla bien.

—No te preocupes por nada —dijo acariciándole la mejilla—. Solo descansa.

Andrew levantó el brazo y le acarició el pelo con ternura.

—Te amo, Ruby. Por favor, no te mueras.

CAPÍTULO 58



Estaban sentados junto a la chimenea y Ruby lo observaba sin el meno disimulo.

—Deja de mirarme así —pidió él con una sonrisa burlona.

—¿Así cómo?

—Como si pensaras que voy a desmayarme. Han pasado tre semanas, estoy perfectamente.

—¿Cómo estás tan seguro? Nadie puede mirar ahí dentro —dij frunciendo los labios y cruzándose de brazos.

—No vas a escaparte —dijo aún con la sonrisa en los labios—. E doctor Brelsford dijo tres semanas sin intimar y hemos cumplido rajatabla. Esta noche...

—Esta noche dormirás como un bendito y punto. Hoy se cumple las tres semanas, así que hasta mañana no...

—Mañana montaré a caballo.

—De eso nada. ¿A dónde quieres ir? No necesitas...

—Y esta noche serás mía —la cortó.

—¡Andrew! —Miró hacia la puerta con nerviosismo—. Keatin podría...

—Keating ya es mayorcito, Ruby. Estoy seguro de que no s asustaría.

—Recuerda que nunca se ha casado. —Hizo ademán de coger s bordado.

—No. Ven aquí —ordenó él.

—¿Para qué?

—Ruby...

—Deja de poner esa voz tan autoritaria, conmigo no te va a...

Antes de que acabase la frase, él se había levantado. Sin miramientos tiró de ella y la abrazó pegándola a su cuerpo.

—Tenemos una conversación pendiente —dijo acariciándole l mejilla.

—Hemos hablado muchísimo estos días —respondió sin apartarse.

—Pero no de nuestro hijo. —Tocó su vientre por encima del vestido

Ruby se ruborizó al instante. Todavía no asimilaba que estaba embarazada. Ni siquiera se lo habían contado a nadie. Andrew la llevó con él y la sentó en su regazo.

—No voy a hacer nada indebido, solo quiero mimarte —susurró con cariño.

Ruby se acomodó sobre sus fuertes piernas y le rodeó el cuello con los brazos sin dejar de mirarlo a los ojos. Todavía se estremecía a recordar aquellas pupilas dilatadas y la mirada perdida.

—Me asusté muchísimo.

—Lo sé —dijo él con las manos en su cintura.

—Delirabas.

—¿Qué dije? —preguntó entornando los ojos.

—Muchas cosas.

Andrew le dejó unos segundos para que continuase, pero ella solo lo miraba con aquella intensidad que lo desarmaba.

—¿Qué cosas?

—Sobre todo me pedías que no me muriese. Todo el tiempo. Cuando despertabas era lo primero que decías.

Andrew asintió y ella se puso seria.

—Amor mío, todos tenemos que morirnos. Es algo que sabemos desde que tenemos uso de razón. El ser humano…

—No puedes morirte antes que yo —la interrumpió—. No puedes dejarme solo.

Ella le acarició el pelo de la nuca y luego apartó el que cubría la herida de la frente. Pasó los dedos suavemente por encima de la cicatriz pensando muy bien lo que iba a decir.

—Un parto puede complicarse —dijo con suavidad.

Andrew se tensó y sus dedos se le clavaron en la cintura. Ruby le agarró la cara con las manos y lo obligó a mirarla.

—Cada día que vivimos es un regalo.

—No hables así. —Él trató de apartar la mirada.

—Mírame, Andrew. —Esperó hasta que lo hizo—. No vuelvas a apartar la mirada de mis ojos si te estoy mirando. No puedes huir de mí nunca más. No voy a morirme, las mujeres tienen hijos todos los días y

el doctor Brelsford dice que tengo las caderas anchas y que soy fuerte No voy a morirme, amor mío. Pero no puedes afianzar tu seguridad y tu estabilidad en el hecho de que yo viva.

—Sí puedo.

—No, no puedes. No puedes vivir con miedo. No puedes transmitir ese miedo a nuestros hijos. Ni a mí.

Él dejó caer la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con un gruñido Ruby esperó a que volviese a abrirlos. Cuando la miró asintió lentamente.

—Tienes razón.

—La tengo.

Él suspiró y una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Ruby volvió a rodearle el cuello.

—Ya hablamos de esto.

—Cierto.

—La muerte no volverá a estar con nosotros cada vez que hablemos de temas importantes —sentenció ella—. Ahora estamos aquí, juntos, y vamos a tener un hijo. No dejaré que nada empañe nuestra felicidad.

Andrew amplió su sonrisa.

—Y sé que lo dices de verdad.

—Puedes estar seguro. —Lo besó levemente en los labios y se levantó para volver a su sillón.

—¿Entonces esta noche no…?

—No. Hasta mañana no se cumplen las tres semanas —dijo ella retomando la labor.

No vio la chispa divertida en los ojos de su esposo.



Ruby soñaba que estaba en una habitación oscura. Hacía frío y el viento se colaba por la ventana rota. Estaba sentada en el suelo esperando a que su madre regresara y su estómago rugía hambriento. Era un sueño recurrente, lo tenía de vez en cuando y siempre acababa despertando agitada y con frío. Desde que Andrew dormía abrazado a

ella, ese frío duraba apenas un segundo. En cuanto abría los ojos y lo sentía cerca, se disipaba por completo. Pero esta vez no fue así.

—¿Qué haces? —preguntó al ver que estaba desnudo a su lado.

Él respondió llevando una mano hasta sus muslos.

—Ya es mañana —dijo y cubrió su boca con un beso que no dejaba lugar para una discusión.

Andrew se puso de rodillas y le bajó el camisón por los hombros hasta la cintura. Cuando ella trató de sacar los brazos, él negó con la cabeza y, contra todo pronóstico, ella obedeció. Sus pechos estaban más grandes y lo comprobó poniendo sus manos en ellos.

—Mmmmm —dijo hambriento—. ¿Tienes frío?

—Un poco.

Andrew la soltó y bajó de la cama. Cogió la colcha y la arrastró hasta la alfombra, frente a la chimenea. Después regresó a por ella y la cogió en brazos.

—Puedo caminar —dijo riendo.

Pero él no respondió. La llevó hasta la improvisada cama, hincó la rodilla en el suelo y la depositó con sumo cuidado.

—Amor mío —susurró ella acariciándole la mejilla.

—Te advierto que estoy muy necesitado —dijo él sonriendo—. Es posible que esta noche no te deje dormir.

Ella se libró del camisón y se mostró desnuda sin recato. Andrew llevó su mano a su vientre y lo acarició con delicadeza, apenas lo tenía abultado, pero quería que sintiese la calidez de su mano.

Ruby sintió que la inundaba una explosión de felicidad al ver que Andrew miraba su cuerpo con devoción y sus ojos con ansia. La miró durante varios segundos. Quería que leyera en esa mirada todo lo que había sentido cada vez que la había tomado.

—Quería mirarte —susurró—. Me daba terror, pero era lo que más deseaba.

Ruby lo vio sonreír con una expresión que no podía catalogar. Era una mezcla de necesidad divertida y desesperación perversa.

—Y ahora, si me lo permite, señora condesa, voy a disfrutar de su cuerpo hasta dejarla completamente exhausta. He descansado tres semanas y tengo mucho que recuperar.

Se deslizó hacia abajo y rodeó sus pechos con las manos amasándolos con delicadeza, mientras su boca dejaba un rastro de besos por su abdomen hasta llegar a su vientre.

—Mamá y papá tienen que hacer cosas de mayores —susurró contra su piel—. Tú duerme, pequeña criatura.

Acto seguido volvió a subir y atrapó uno de sus pezones con los labios y comenzó a jugar con él inmisericorde. Su lengua y sus dientes se turnaron para torturarla con delicado placer. Ella gemía y se retorcía con un deseo tan arrollador que a punto estuvo de pedirle urgencia. Se contuvo mordiéndose el labio y pensando que él era el que sabía cuál era la mejor forma de llevarla al éxtasis. Solo tenía que esperar.

Andrew la recorrió entera con besos y caricias, y se recreó en escucharla gemir con la cabeza entre sus piernas. Ruby tuvo varios orgasmos y durante uno de ellos la penetró sin escuchar sus súplicas de que la dejara descansar.

—Shsssss —susurró apartándole el pelo sudado de la cara—. Toda la noche, ya te lo he dicho, amor mío.

Le agarró el rostro con las manos sin dejar de mirarla, mientras se movía dentro de ella con una ternura infinita. Sus pulgares le limpiaban las lágrimas de felicidad que no dejaban de fluir y Ruby sintió que estaba poseyendo su alma, no solo su cuerpo.

—Te amo.

La voz ronca de Andrew entró en su cabeza borrando de un manotazo todos los malos recuerdos. Se quedó con todo el espacio y lo llenó de palabras dulces y caricias lentas. Ella quería llorar y reír a mismo tiempo. Lo amaba tanto que temía que le explotaría el corazón.

—Sé una buena esposa y córrete —susurró él junto a su oído— Ahora.

Como si no pudiera desobedecer su orden, una oleada de placer la arrolló seguida de otra y otra y otra. Se convulsionó elevando los brazos por encima de la cabeza y su largo e intenso gemido llevó a Andrew al límite de su resistencia. Se dejó ir y estalló dentro de ella con una poderosa certeza. Era completamente suyo.

Fue una noche muy larga. Se adormilaban y de pronto uno de los dos estaba invadiendo al otro. Se entregaron sin contención ni medida. Estaban hambrientos el uno del otro y mezclaron lágrimas con

desesperación y gemidos, hasta que no pudieron más. Se quedaron dormidos. Andrew abrazado a su espalda en la cama y Ruby apretando su brazo bajo el pecho, como si temiera que la soltara.

Se despertó con la cabeza enterrada en su cuello, rodeada por sus brazos y con una pierna entre las suyas. La calidez de su cuerpo la hizo ronronear y él la atrajo más sin abrir los ojos.

—Te amo —dijo somnoliento.

—Mmmm —respondió ella.

Y volvieron a dormirse.

CAPÍTULO 59



Junio de 1840, Londres

La señora Hardwick miraba a Ruby con expresión malhumorada.

—¿Quiere que ponga peras dulces al pavo?

—Sí, eso he dicho.

—Va a estropear mi receta. Mi pavo es delicioso tal y como yo lo preparo.

—Lo sé, es uno de mis platos favoritos.

—Pero quiere estropearlo con esas peras.

—No, no quiero estropearlo, señora Hardwick, quiero añadir un toque personal.

—¿Personal? Esto tiene que ser por el bebé. ¿Qué será lo siguiente? ¿Frambuesas en el pollo?

Ruby sonrió perversa y la cocinera abrió los ojos como platos.

—¡Dios nos asista! —exclamó y se dio la vuelta para salir del salón refunfuñando.

Ruby se giró hacia Andrew, que había contemplado la escena anonadado.

—Ni la señora Cunningham en Aveldon se habría enfadado tanto —comentó ella.

—Su pavo es delicioso.

—Estoy de acuerdo. —Ruby volvió a la butaca y Andrew se levantó para ayudarla a sentarse—. Solo quiero que me deje experimentar.

La barriga pesaba ya demasiado y le costaba moverse. Su esposo se arrodilló junto a ella sin soltarla de la mano. Su expresión le hacía muy difícil hablar de pavos y pollos.

—Noah me ha preguntado esta mañana cuándo va a llegar su hermanita —dijo quitándole un zapato.

—Sigue empeñado en que es una niña —dijo ella con ternura.

—Tiene casi tantas ganas como yo.

—Yo también lo estoy deseando. La mayoría de los días estoy cansada y me duele todo.

Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Cuando él empezó a masajearle el pie, gimió de gusto provocándole una sonrisa.

—Hemos tenido un buen embarazo —dijo él concentrado en lo que hacía—. No nos podemos quejar.

Ella abrió los ojos y lo fulminó con la mirada.

—¿Hemos? La que está embarazada soy yo. ¿Y por qué no iba a quejarme? Tengo los tobillos y la cara hinchados y están en lados opuestos de mi cuerpo. Ya lo creo que puedo quejarme.

Él sonrió sin dejar la tarea.

—Por supuesto, amor. Quéjate todo lo que quieras, yo te escucho.

—Camino como un pato.

—Lo sé, amor.

—Me duele la espalda.

—Pobrecita.

—No puedo dormir a gusto.

—Ya falta poco.

—Ahí, ahí —dijo poniendo los ojos en blanco.

Andrew sonrió satisfecho.

—Necesito pensar en otra cosa —siguió desahogándose—. Hablar con alguien…

—Hablando de eso… —Levantó la mirada con una sonrisa— Tenemos una visita.

Ruby se agarró a los reposabrazos para incorporarse. Bajó el pie al suelo y se calzó rápidamente, mientras Andrew se ponía de pie.

—¿Qué? —preguntó intentando levantarse—. ¿Cuándo? ¿Quién?

—Despacio, amor —dijo ayudándola con delicadeza.

—¡Andrew! ¿Tú me has visto? ¡Apenas puedo moverme! ¿Y dónde están? ¡Ay, Dios!

—Tranquila, son familia.

—¿Te parece que es buen momento para recibir visitas?

—Creo que es un momento perfecto —dijo él con una brillante sonrisa.

—Y yo estoy totalmente de acuerdo con él.

La voz de Heather la hizo volverse tan rápido, que si Andrew no la tuviese agarrada, habría perdido el equilibrio. Abrió los ojos como platos y Heather corrió a abrazarla. Detrás de ella iba Robert con su bebé en los brazos.

—Pero mira quién está aquí —dijo Andrew acercándose a coger a su sobrino.

—Henry, te presento a tu tío Andrew —dijo Robert cediéndoselo— Todavía te acuerdas de cómo se coge un niño.

—He practicado mucho. —Le acarició la barbilla al pequeño con una enorme sonrisa.

Ruby ya se había acercado y en cuanto vio la carita de Henry, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Déjamelo —pidió sorbiendo.

Andrew lo puso en sus brazos con cuidado y Ruby comenzó a hablarle como si el niño pudiese entenderla.

—Eres una cosita preciosa, ¿lo sabías? —Henry la miraba con curiosidad.

—Esta es la tía Ruby, cariño —la presentó Heather—. Mamá la quiere mucho.

Las lágrimas se deslizaban por las mejillas de Ruby y Heather sonrió burlona.

—Pues sí que estás llorona —dijo.

—Déjamelo —pidió Andrew cogiendo al niño de sus brazos—. Os dejaremos para que habléis de vuestras cosas.

—Vayamos a ver a Noah —dijo Robert—. Está nervioso por la llegada de su hermano y...

—Hermana —lo interrumpió Heather enarcando una ceja.

Andrew la miró interrogador.

—Vas a tener una hija —afirmó con rotundidad.

—No preguntes —dijo Robert en tono bajo, y salieron del salón.

Se sentaron en el sofá, una frente a la otra.

—Lloro por cualquier cosa —se disculpó un poco avergonzada.

—A mí me dio por componer como una loca —dijo Heather.

—Entonces es que no te afectó en nada.

—No lo entiendes. —La cogió de la mano y se la apretó con cariño —. Componía hasta por la noche. En el último mes no pude dormir y

me pasaba las noches componiendo hasta que Robert venía a buscarme. Ese hombre merece un monumento. La paciencia que tuvo conmigo...

Ruby bajó la mirada a sus manos con una sonrisa divertida y contagió a su amiga.

—Andrew es igual, ¿verdad?

—Me cuida mucho, sí. Y es muy paciente, nunca se enfada, por muy insoportable que me ponga.

—Llevamos a sus hijos en nuestra barriga, es lo menos que pueden hacer.

Ruby la miró con emoción.

—Me alegro tanto de que estés aquí. —De nuevo se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Me moría por verte embarazada —dijo la otra apretándole la mano—. Si no hubiésemos traído a Henry, habríamos llegado antes pero Robert insistía en parar cada seis horas para que el niño descansara.

Ruby sabía por sus cartas lo felices que eran, pero escucharla era mejor que cualquier carta. Estaba pletórica, sus ojos brillaban al hablar de su esposo y su hijo.

—¿No te parece increíble? —preguntó con timidez—. Tú y yo casadas con Robert y Andrew.

—Que yo me casara con Robert, sí es increíble. Cualquiera que nos hubiese visto juntos... —Hizo un gesto divertido con la mano—. Pero que tú y Andrew estéis juntos, no creo que le extrañe a nadie. Sois perfectos el uno para el otro.

—No digas tonterías.

—Yo nunca digo tonterías. Soy una persona muy inteligente siempre me lo has dicho.

Ruby se rio negando con la cabeza.

—¿Están todos bien en Lanerburgh?

—Perfectamente. Desde la llegada de Clementine y Victoria, están la mar de entretenidos.

—¿No vas a quitarte el sombrero? —señaló Ruby—. Parece que estés deseando irte.

Heather se tocó la cabeza y se rio divertida mientras se lo quitaba Lo dejó en el asiento junto a ella.

—Venga, cuéntame cómo estás. Puedes despotricar todo lo que quieras. De Andrew, del bebé, de la casa… de todo.

—Pues hoy, curiosamente, me encuentro realmente bien —dijo acariciándose la barriga y luego le dedicó una mirada pícara—. Es muy raro, pero hoy no me duele nada. ¿De verdad piensas que va a ser una niña?

—La ciencia McEntrie dice que sí —se burló—. Tu barriga es muy redonda, tienes la cara hinchada… Va a ser niña. ¿Querías un niño?

—No me importa. Lo único que quiero es que esté bien.

—Además, ya tenéis a Noah. —Ruby asintió—. Lo quieres muchísimo, ¿verdad?

—Es mi hijo, Heather.

—Lo es —afirmó su amiga—. Una madre no es solo la que pare.

Ruby sabía que estaba pensando en Lavinia, que la había querido como a una hija.

—¿Ya no me guardas rencor? —preguntó Heather.

—Nunca he sentido rencor hacia ti. —Se cogieron de las manos.

—Si por mí hubiera sido, tú habrías ido a Escocia, no yo.

Los ojos de Ruby volvieron a humedecerse. Sabía que lo decía de verdad.

—No quiero que pienses que estaba resentida contigo, porque no era así. En realidad, lo que me pasaba era que creía que había algo malo en mí. Pero ahora sé que no es así.

Pensar en lo que su madre le había hecho, ponía furiosa a Heather pero imaginarla sola enfrentándose a todo eso…

—No estuve sola —dijo Ruby como si pudiera leerle la mente— Clementine me ayudó mucho. Y Andrew.

—Clementine me lo contó todo con pelos y señales.

—Pero si yo ya te lo había contado en una carta larguísima.

—Pero no es lo mismo. Además, tus cartas «larguísimas», no tienen más de dos cuartillas.

Ruby se rio divertida.

—Tendrías que haber visto a esa diablilla, me recordó a ti.

—Es por el pelo —dijo Heather secando la humedad de su rostro— Las pelirrojas somos muy peligrosas.

—Desde luego. No hay más que ver a Harriet. Esa mujer es puro fuego. Con la edad que tiene y no ha perdido ni un poquito de su fuerza —Hizo ademán de levantarse—. Voy a pedir que nos traigan té.

—Hemos comido pastelitos con tu hijo —explicó haciéndole un gesto para que no se moviera—. Llevamos aquí una hora, Ruby.

—¿Habéis visto a Noah? —preguntó sorprendida.

Heather asintió riendo.

—Estábamos escondidos en su cuarto de juegos. Andrew quería asegurarse de que estabas relajada. Los dos están muy ilusionados con la llegada del bebé. —Vio que su expresión se crispaba—. ¿Tienes miedo?

Ruby asintió.

—Después de lo que le pasó a Claire…

—Yo tuve miedo. Todas las embarazadas lo tienen. De repente, te das cuenta de que hay una criatura en tu barriga y tiene que salir por.. ahí. Resulta perturbador.

—Me dijiste en tu carta que para ti fue fácil.

—Sorprendentemente, sí. Fue muy rápido. —Le cogió la mano y se la apretó con cariño—. Cuando la tengas en tus brazos, verás que ha valido la pena.

—¿Estarás conmigo? —suplicó Ruby.

—Por supuesto, ¿a qué te crees que he venido?

—¿Hasta cuándo os vais a quedar?

—Todo el verano.

—¿Qué? —Ruby se llevó la mano al corazón.

—Robert echa de menos a su familia. Y queremos que disfruten de Henry una temporada al menos. Así que nos has hecho un favor.

—Os quedaréis aquí, por supuesto. Esta casa es enorme y hay cuartos de sobra.

—Solo hasta que nazca la niña y te acostumbres a ella. Después nos iremos a casa de mis suegros. Emma no me perdonaría que no la dejase tener a su nieto el mayor tiempo posible.

—No le digas a Noah que va a ser una niña, esperemos a que nazca no quiero que se haga ilusiones y luego…

—Luego nada. Va a ser una niña y le voy a componer el allegretto más precioso que hayas escuchado jamás.

Ruby asintió, emocionada.



Robert lo miraba muy serio, después de escuchar los detalles de la historia. Habían dejado a los pequeños al cuidado de Annie, y se habían servido una copa en el despacho de Andrew.

—Hay que reconocer que te luciste.

—Eso es lo que uno espera escuchar de un amigo, cuando se abre en canal.

—Debe quererte mucho si te lo ha perdonado todo —insistió el escritor sin inmutarse. Se llevó el vaso a los labios y bebió sin borrar su expresión crítica—. Y dime una cosa, ¿ya no tienes miedo?

—Estoy aterrado. Según se acerca el momento, me despierto más noches empapado en sudor.

—Yo también tuve miedo. Es difícil aceptar el papel que nos toca. No podemos protegerlas, no podemos ayudarlas, no podemos hacer nada más que sostenerles la mano y ver cómo sufren.

Andrew empalideció.

—Pero lo que le pasó a Claire no se va a repetir —siguió Robert—. Ruby es fuerte.

—Me lo digo todo el tiempo, pero no logro tranquilizarme.

Robert sonrió con una expresión que Andrew conocía bien.

—La amas de verdad.

Andrew asintió repetidamente con una mirada franca.

—Quise a Claire. Creía que era la mujer de mi vida, pero lo que siento por Ruby es tan intenso que me deja sin aliento. —Miró el vaso entre las manos antes de beber—. ¿Crees que se puede amar a dos mujeres?

—No lo sé, no me ha pasado.

Se quedaron unos segundos en silencio.

—Me pregunto cómo habría sido mi vida si Claire estuviera aquí. Cómo habría podido… soportarlo.

—Hay una parte de respeto y voluntad en el amor. Si Claire no hubiese muerto, probablemente nunca habrías mirado a Ruby de modo en que la miras ahora.

—Pero ella… es mi persona. ¿Entiendes, Robert? A Claire la quise con un amor dulce, suave y tranquilo. El corazón me aleteaba cuando estaba con ella. —Apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos un momento antes de volver a mirarlo—. A Ruby la amo con todos mis sentidos, la siento en cada fibra de mi ser. Lo supe desde la primera vez que la besé, nunca había sentido eso por nadie. Mi corazón se inflama cuando la tengo a mi lado, es como si de repente todo encajase en su lugar.

Los latidos retumbaban en el pecho de Robert. Era como si su primo hubiese entrado en su cerebro y estuviese leyéndolo por dentro. Asintió sin decir nada, porque cualquier cosa que hubiese dicho, habría sido un agravio al recuerdo de Claire.

—¡Adelante! —exclamó Andrew después de que alguien llamase a la puerta.

Keating entró con una visible emoción en el rostro y Andrew se puso de pie de inmediato.

—La condesa se ha puesto de parto.

EPÍLOGO 1

Londres, septiembre de 1840

—¡Noah, ven aquí! —lo llamó su madre mientras mecía a la pequeña Rebecca en sus brazos.

—Vamos, Pip. —El niño llamó a su perrito, que corrió en cuanto vio que él se alejaba.

—¿Qué te he dicho de salir al jardín sin Annie?

La niñera cogió a Rebecca de sus brazos y Ruby se agachó frente al niño.

—Mamá, Pip tenía que salir a hacer sus cosas, y Annie es muy lenta. Siempre tiene algo que hacer.

Ruby le arregló la ropa y luego lo miró a la cara.

—Las normas, querido muchachito, hay que cumplirlas. No debes salir fuera solo, si Pip necesita salir, le abres la puerta, pero tú esperas a Annie. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mamá —aceptó con voz de cansancio y dejando caer los hombros.

—Esto no es Aveldon, cariño, estamos en la ciudad.

—Sí, mamá, no lo olvidaré.

Ruby le dio un beso en la frente y se puso de pie. El niño echó a correr con Pip pisándole los talones.

—Tiene razón —dijo Annie en un susurro—. Siempre le hago esperar. Usted está lista en un momento, y eso que se ocupa de muchas más cosas que yo.

Ruby cogió de nuevo a la pequeña de sus brazos y la envolvió bien con la mantita. Estaban al final del verano y a esa hora ya refrescaba.

—Tener que encargarte de un montón de niños, te vuelve muy ágil sí. A veces, hasta lo echo de menos. Los niños, las discusiones con la señorita Perkins... —Sonrió divertida—. Estoy deseando presentarles a Rebecca.

La pequeña ronroneó pegando la mejilla al pecho de su madre y Ruby la miró con cariño.

—Tiene sueño —dijo Annie—. Iré a acostarla.

—No, ya voy yo. Tengo que hablar con mi esposo. Tú quédate con Noah y deja que corra para que esta noche caiga rendido en la cama.



Tocó en la puerta del despacho y entró. Andrew levantó la mirada del documento que revisaba y sonrió al verla. Se puso de pie y fue a su encuentro.

—¿A qué debo esta agradable interrupción? —dijo agarrándola por la cintura.

—Quería preguntarte si te parecería bien que yo me encargase este año del bazar benéfico para viudas y huérfanos de los obreros de Spitalfields.

—¿Qué? —Frunció el ceño sorprendido—. ¿Te lo han pedido?

—No. Pensaba ofrecerme yo.

—Será mucho trabajo, Ruby.

Ella apoyó las manos en su pecho y le sonrió burlona.

—¿Te crees que no soy capaz?

—Eres muy capaz —afirmó meciéndose suavemente con ella— Serías capaz de ocuparte tú sola del Parlamento si te dejaran.

—Tú búrlate, pero seguro que si hubiera mujeres en la Cámara solucionaríais antes los proble…

Andrew no pudo contenerse más y la silenció con su boca. Nunca se cansaba de besarla.

—No me has contestado —dijo ella cuando por fin pudo hablar.

—¿A qué? —fingió él.

—¡Andrew! —le dio una palmadita en el pecho con expresión severa.

Su esposo se rio a carcajadas.

—¿Desde cuándo tienes que pedirme permiso para nada? Creía que ya estaba claro quién manda aquí. En nuestra alcoba no te muestras nada tímida, esposa mía.

Ruby sintió que sus mejillas se ponían intensamente rojas y Andrew dejó de reírse con mirada perversa.

—¿Qué pasa, señora condesa? ¿Puede hacerlo, pero no puede hablar de ello?

—No seas malo —dijo bajando la mirada para no ver sus ojos burlones—. Esas cosas no se hablan.

—¿Por qué? —dijo pegándola a su cuerpo para que notara lo dispuesto que estaba.

—¡Andrew!

Él se inclinó para hablarle al oído.

—Si por mí fuera, no te dejaría salir de nuestra cama. Te ataría con un lazo de seda y estaría venerando tu cuerpo noche y día.

—Me matarías —susurró ella con la respiración agitada.

—Pero sería una muerte dulce. —Mordió el lóbulo de su oreja y ella gimió involuntariamente.

—Andrew... tienes que dejar de hacer... esto.

—¿El qué? —dijo mordisqueando su cuello.

—Esto...

—No sé de qué me hablas. Deberías ser más específica. —Siguió bajando hasta su escote, pero ella no se apartó.

Alguien llamó a la puerta y Ruby se apartó de él como si quemara. Andrew sonrió divertido y dio paso a Keating que los miró sin expresión alguna.

—La señora Holdway pide ver a la señora condesa.

Andrew frunció el ceño.

—Iré a recibirla —dijo Ruby antes de que él dijese nada.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Tú sigue con lo que estabas haciendo. Keating, vaya a buscar a Annie y dígale que lleve a Noah al salón dentro de media hora. Y haga que nos sirvan un refrigerio. Té y algún emparedado, por favor.



Lady Holdway miraba a Ruby con cautela.

—Me alegro mucho de verla —dijo la condesa con simpatía.

—¿De verdad se alegra? ¿Después de… todo este tiempo?

—Por supuesto. Y Noah también se alegrará. Todavía se acuerda de usted.

La mujer desvió la mirada y se mordió el labio con visible emoción.

—Veo que ha cambiado muchas cosas en la decoración.

Ruby revisó el salón. Las cortinas, la tapicería, las alfombras…

—Sí, durante el embarazo me ocupé de hacer esta casa un poco más mía.

—Lo entiendo, y estoy segura de que mi hija también lo entendería.

Ruby no quería avasallarla a preguntas, prefería que dijese lo que quería decir sin forzar la situación. Las doncellas llevaron el té y los emparedados. Ruby le sirvió una taza y se la ofreció con una cálida sonrisa que buscaba hacer que se sintiera más cómoda.

—Cuando tuve noticia de su boda, me llevé un gran disgusto —dijo lady Holdway al fin.

Ruby dejó su taza en la mesita y se dispuso a escucharla con atención.

—Estuve llorando sin parar durante días. Mi pobre hija… —Se secó las lágrimas y trató de calmarse—. Ahora es usted madre y estoy segura de que puede imaginar lo que es para mí.

Ruby asintió y la mujer volvió a limpiarse los ojos.

—Entiendo que él… no podía atarse al recuerdo de mi niña.

Ruby puso una mano sobre la suya y la miró con ternura.

—Andrew nunca olvidará a su hija. Y sepa que quiero a Noah como a un hijo, pero cuando tenga la edad suficiente para entenderlo, su padre y yo le hablaremos de su madre.

Se levantó del sofá y fue hasta la chimenea para coger algo. Cuando regresó le mostró el retrato de su hija.

—Claire dio su vida para traer a ese niño al mundo, y en esta casa nadie va a olvidarla. Se lo prometo.

—¿Los ama? —preguntó sin timidez—. ¿Ama a su esposo y a su hijo?

—Los amo a los tres con toda mi alma.

Lady Holdway esbozó una ligera sonrisa.

—Han tenido una hijita.

—Sí, se llama Rebecca.

—Me gustaría… conocerla.

Ruby volvió a ofrecerle la taza que ella cogió con manos temblorosas.

—Tómese el té antes de que se enfríe. Le sentará bien.

—¿Noah…?

—Enseguida lo traerán.

La mujer tomó un sorbito y volvió a mirar la estancia.

—Estas cortinas quedan muy bien con la tapicería —reconoció.

—¿Su esposo sabe que ha venido?

—Sí. Y que pienso ver a mi nieto si usted me deja. Es lo único que me queda de mi queridísima hija.

Los sollozos la sacudieron y Ruby le quitó la taza de las manos y luego la abrazó. La mujer se recompuso en unos segundos y la miró mortificada.

—Qué vergüenza —musitó.

—No debe avergonzarse. Como ha dicho, ahora soy madre y no puedo imaginar un dolor más grande que el suyo.

—Era una niña muy buena. Y quería mucho a… —se interrumpió con timidez—. El médico dijo que su cuerpo no estaba hecho para gestar, pero ella se empeñó. Andrew nos pidió ayuda a mi esposo y a mí para que tratáramos de convencerla de que no era necesario. Pero no quiso escucharnos. Era muy cabezota. Creo que la consentimos demasiado.

Ruby la escuchaba atentamente.

—Yo habría hecho lo mismo. —La señora Holdway se enjugó las lágrimas—. Cuando murió fue como si me arrancaran las entrañas y sentí una culpa tan honda por no haberla protegido, que estuve enferma casi un año. Luego, cuando empecé a recuperarme, quise ver a Noah, pero mi esposo no me lo permitió. Sé que temía que acabase enfermando gravemente si mantenía el contacto. Pero ahora ya ha entendido que lo necesito. Necesito ver a mi nieto. Verlo crecer, escucharlo reír, hablarle de su madre. Si a usted le parece bien. No pretendo inmiscuirme en sus vidas. Solo… verlo de vez en cuando.

—Es usted su abuela, por supuesto que me parece bien.

Lady Holdway la miró fijamente durante unos segundos.

—Quizá podamos consolarnos mutuamente. Usted no tiene madre y yo no tengo hija.

Ruby asintió con expresión cálida, pero no pudo responder porque la puerta del saloncito se abrió y Annie entró con Noah de la mano. La había lavado y peinado y le había puesto ropa limpia.

—¡Abuela! —El niño corrió hacia ella—. Tengo un perrito, se llama Pip. Ven, Pip, saluda a mi abuelita.

La mujer abrazó al niño con visible emoción y el pequeño se dejó sin demasiada resistencia. Ruby que contemplaba la escena con una intensa alegría aleteando en su corazón, desvió la mirada hacia el retrato de Claire. En la pintura al óleo, que se había traído de Aveldon la última vez que estuvieron allí, la joven tenía una expresión risueña y la mano en su vientre. Habría querido darle las gracias, decirle que cuidaría de ellos hasta su último aliento. Lady Holdway acarició al perrito y Noah se sentó junto a ella, parloteando sin parar hasta hacerla reír.

Y Ruby sonrió complacida.

EPÍLOGO 2

Mayo de 1840, Lanerburgh

—Mantente alejado de mi nariz —advirtió Anthony mientras se movían en círculos.

Los hombres estaban alrededor de los boxeadores, marcando el improvisado ring con sus cuerpos. El terreno estaba húmedo, la hierba desprendía un aroma fresco y el sonido del agua cercana les llegaba como un rumor constante.

Owen era más corpulento que Anthony, pero el otro lo compensaba con su mayor agilidad.

—Tranquilo, no estropearé tu bonita cara —dijo Owen moviendo los hombros.

Los presentes no se cortaban a la hora de lanzar imprecaciones y Alasdair terminaba de recoger el dinero de las apuestas con una sonrisa satisfecha. Ganara quien ganara, tenía las copas aseguradas.

—Nada de golpes bajos, ni tirar del pelo, ni meter los dedos en los ojos —advirtió el árbitro con voz potente—. Si uno cae, el otro se aparta

—Relájate, Joe —dijo Owen burlón—, no es nuestro primer combate.

Anthony fue el primero en lanzar un golpe, directo y rápido, pero Owen lo esquivó girando el torso, y respondió con un gancho a costado. Las risas y los gritos de los que observaban se elevaron de tono.

Tras el tercer asalto, los nudillos de Anthony estaban rasgados y su labio inferior sangraba bastante.

—¿Qué te ha pasado en Edimburgo? —preguntó Owen—. ¿Tanto estudiar te ha atrofiado los músculos?

—Tu ojo no opina lo mismo —dijo Anthony con expresión apenada —. Disculpa si te he dado muy fuerte, ¿aún puedes verme?

Owen lo embistió con una ráfaga de golpes al torso, que el otro absorbió como pudo, para después lanzar un derechazo a su mentón que dejó a su contrario en el suelo.

—¡Au! —exclamó Alasdair al ver a su amigo caer—. Eso ha tenido que doler.

Aguantaron seis asaltos y Owen fue el ganador, para alegría de Alasdair, que había apostado por él.

—Ya puedes ir pensando una excusa para la tía Enid —dijo a su primo cuando terminó de refrescarse con el agua del río—. Cuando te vea llegar con esa cara se va a poner furiosa.

—Déjame tu camisa —pidió Anthony señalándolo—. La mía está manchada de sangre.

—Tienes el labio partido, ¿dirás que te has mordido? —se burló el otro.

Pero Anthony seguía con el brazo extendido y su camisa colgando de su mano. Alasdair bufó e hizo lo que le pedía.

—¿Qué vamos a decir? —preguntó Alasdair—. Tenemos que contar la misma historia.

—¿Que nos han asaltado en el camino? —dijo Owen metiéndose en la conversación—. Mi hermana me va a patear el trasero cuando me vea llegar con estas pintas.

—Puedes estar seguro. Zinnia no desperdiciará la oportunidad de demostrarte su cariño —se rio Anthony.

—No entiendo cómo con solo trece años da tanto miedo —dijo Alasdair.

Anthony se puso la chaqueta y subió a su caballo. Los otros hicieron lo propio y se encaminaron los tres hacia *Slioscreige*.

Un carruaje esperaba en la puerta del castillo de los McEntrie cuando llegaron y vieron a dos viejas conocidas que discutían a voz en grito frente a las escaleras.

—Te dije que te encargabas tú —espetó Clementine con los puños apretados y pegados al vestido.

—Eso no es cierto, yo tenía que encargarme de la bolsa azul y tú de la roja.

—No, Victoria, te dije que tú... ¡Oh, qué rabia! Es igual, ya lo solucionaremos.

Se dio la vuelta al escuchar un relincho y al ver a los tres hombres que las miraban desde sus caballos con expresión divertida, enarcó una ceja y se puso las manos en la cintura.

—¿Os ha gustado el espectáculo? Mañana habrá otro pase a la misma hora.

Alasdair saltó de su montura y se acercó a ellas.

—Vaya, vaya, dos *sassenach* en Lanerburgh.

Owen y Anthony desmontaron también.

—¿Acabáis de llegar? —preguntó Anthony.

—Ahora mismo —respondió Victoria—. Todavía no hemos visto a nadie.

—¿Por qué os habéis pegado? —Clementine miraba a Anthony y a Owen alternativamente—. Creía que erais amigos. Espera, ¿ha sido una apuesta?

Los tres se miraron sorprendidos.

—Y vosotros dos os habéis cambiado de camisa —dijo señalando a los dos primos—. Está claro que no ha sido un accidente o un ataque nadie se cambiaría de camisa por eso. Anthony y Owen se han pegado y tú, Alasdair, te has encargado de las apuestas.

—No intentéis entenderla —dijo Victoria, que se había percatado del modo en que Owen la miraba, a pesar del disimulo—. Aceptadlo sin más.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó Alasdair.

—Yo creo que sí —respondió Anthony—. Recuerdo una vez, hace muchos años, que encontró dónde escondía Toby sus huesos. Llevaba semanas tratando de averiguarlo y ella lo resolvió a los dos días de llegar.

—En realidad lo supe el primer día —dijo Clementine cogiendo una de las bolsas.

Alasdair se la quitó de la mano y cogió otra más.

—Gracias. —Sonrió y miró a Anthony—. Vi a tu perro esconderlo pero fingí haberlo descubierto. Fue muy divertido ver tu cara.

Anthony frunció el ceño sintiéndose estafado y cogió otras dos bolsas para seguir a su primo. Owen se quedó atrás.

—Me alegro de verte, Victoria.

—¿Cómo está Zinnia? Espero verla pronto.

—Seguro que viene corriendo en cuanto sepa que estás aquí. Siempre habla de ti.

—¡Victoria! —la llamó Clementine—. ¿No vienes?

—Yo llevo los caballos de esos dos a las cuadras y me marcho –musitó Owen con timidez.

Ella asintió y al dirigirse hacia la puerta vio que Alasdair miraba a su amigo con reprobación. En cuanto sus ojos se cruzaron, el McEntri desvió la mirada y entró en el castillo. Victoria se encogió de hombros y los siguió.

Nota de la autora



Hola, mis cómplices literarias.

Estoy a punto de lanzar la novela y solo me queda tomarme un café con vosotras. Supongo que en vuestro caso venís con la novela ya terminada y ganas de matarme. En mi descargo os diré que yo sufrí muchísimo escribiéndola.

Lo sé. En serio, lo sé. Les he hecho sufrir muchísimo, pero los dos tenían el corazón hecho pedazos y tenían que reconstruirse desde dentro. El sufrimiento es un magnífico catalizador y destila un pegamento fortísimo.

Vayamos por partes: tenemos café, música sonando —en mi caso, «The Door», de Teddy Swims. ¡Qué voz tiene este hombre!

Creí que no llegaba a tiempo para la fecha que os di y, en mi idioma, eso es sinónimo de IMPERDONABLE. Así que, una vez

recuperada del todo de mi malogrado encuentro con el señor COVID, que me dejó hecha polvo…

Inciso: ¿se puede vomitar durante más de dos horas sin descanso y sin tener nada en el estómago? Se puede, doy fe. Mi familia creyó que el médico venía a darme la extrema unción, pero al final me dio biodramina y agua con una cucharita de café. No había forma de mantenerse de pie porque el mundo se empeñaba en dar vueltas como si estuviera dentro de una lavadora. En fin, ¿el peor día de mi vida? No, pero está en el top 5. Fin del inciso.

Después de esta asquerosa aventura, me puse a trabajar noche y día para cumplir con vosotras y, contra todo pronóstico, lo he conseguido. ¡Bien!

Y ahora, hablemos de lo que a vosotras y a mí nos importa. ¿Qué me decís de Andrew y Ruby? Este muchacho estaba verdaderamente traumatizado. Estoy segura de que, con Robert cerca, las cosas se habrían resuelto mejor y más rápido, pero el pobre estaba solo con sus demonios, y hay que ver lo poderosos que eran. En cuanto a Ruby, otra que tal baila. Que sí, que su padre le pegaba, su madre la abandonó sin importarle que se muriera, que la maestra la tomó con ella y su tartamudeo, que Heather fue adoptada, que Matilda fue adoptada, y ella no. Vale, sí: realmente había tenido una vida de mierda y era comprensible que lo que Andrew hace con ella la destrozase. Menos mal que el conde va a tener toda la vida para compensarla, porque si no se gana un pase VIP para el infierno.

Los Wharton y los McEntrie han transmitido amor del bueno a sus hijos, y estos viven las emociones y los sentimientos de manera brutal. La vara que tienen para medir es demasiado alta.

La cuarta novela será más ligerita, prometido. Con menos dolor y más risas.

¿Quién será? ¿Quién será?

La quinta, en cambio…
No. Me callo.
Solo os digo: Preparaos para… ¡Que te calles, jolines!

¿Me odiáis un poquito?

Yo, en cambio, os amo con pasión.

AVISO: Al principio de cada novela de la serie (antes del prólogo) tenéis los árboles genealógicos de las dos familias. No sé por qué Amazon no os los muestra.

Y también tenéis una dedicatoria de ambos protagonistas.

Seguidme en redes, ya sabéis:

Instagram: https://www.instagram.com/janawestwood_oficial/

TikTok: https://www.tiktok.com/@janawestwood

Threads: https://www.threads.com/@janawestwood_oficial

Amazon: https://www.amazon.es/Jana-Westwood/e/B01NCPV4ZB

Web: https://janawestwood.com/

Tenéis disponibles mis audiolibros en Audible, Nextory, Storytel, Kobo y demás plataformas digitales.

No os olvidéis de poner vuestras opiniones en Amazon. Se os nota el cariño.

Gracias por seguir recorriendo este camino conmigo.

¡Leed mucho!

¡Os quiero!

Jana.